

Charles Dickens

Tiempos difíciles



Colección Grandes Novelas

 libros
en red

Tiempos difíciles

Charles Dickens

Colección
Grandes Novelas



www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo
Dirección de Contenidos: Ivana Basset
Diseño de Tapa: Patricio Olivera

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español en versión digital
© LibrosEnRed, 2004
Una marca registrada de Amertown International S.A.

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

ÍNDICE

Libro primero. La siembra

- Capítulo I. La única cosa necesaria
- Capítulo II. El martirio de los inocentes
- Capítulo III. Una rendija
- Capítulo IV. El señor Bounderby
- Capítulo V. La nota tónica
- Capítulo VI. El circo ecuestre de Sleary
- Capítulo VII. La señora Sparsit
- Capítulo VIII. No hay que asombrarse de nada
- Capítulo IX. Los progresos de Celia
- Capítulo X. Esteban Blackpool
- Capítulo XI. Sin escape
- Capítulo XII. La vieja
- Capítulo XIII. Raquel
- Capítulo XIV. El gran industrial
- Capítulo XV. Padre e hija
- Capítulo XVI. Marido y mujer

Libro segundo. La siega

- Capítulo I. Efectos en el banco
- Capítulo II. Jaime Harthouse
- Capítulo III. El mequetrefe
- Capítulo IV. Hermanos y compañeros
- Capítulo V. Obreros y patronos
- Capítulo VI. La huida

Capítulo VII. Pólvora

Capítulo VIII. Explosión

Capítulo IX. Las últimas palabras

Capítulo X. La escalera de la señora Sparsit

Capítulo XI. Más abajo, siempre más abajo

Capítulo XII. La caída

Libro tercero. La cosecha

Capítulo I. Otra cosa necesaria

Capítulo II. Muy ridículo

Capítulo III. Muy decidido

Capítulo IV. Perdido

Capítulo V. Hallada

Capítulo VI. La luz de una estrella

Capítulo VII. Caza al mequetrefe

Capítulo VIII. Filosófico

Capítulo IX. Conclusión

Acerca del Autor

Editorial LibrosEnRed

Libro primero

La siembra

CAPÍTULO I. LA ÚNICA COSA NECESARIA

«Lo que quiero, pues, son hechos reales... No enseñéis a estos niños y a estas niñas nada que no se base sino en hechos reales, pues en la vida sólo hay una cosa necesaria: los hechos. No sembréis otra cosa; arrancad de cuajo todo lo demás. El espíritu de los animales racionales solamente puede educarse ateniéndose a los hechos; de lo contrario, nada podrá servirles de utilidad alguna. He aquí el principio en que educo a estos muchachos que tenéis en vuestra presencia... ¡Perseveremos en los hechos, señor...!»

El lugar de la escena era el desmantelado, monótono y sepulcral antro de una escuela; y el cuadrado índice del orador recalcaba sus observaciones y subrayaba cada sentencia tocando el brazo del maestro.

El énfasis del perorante se acrecentaba por el cuadrado muro de su frente imponente, que tenía sus cejas por base, mientras sus ojos hallaban cómodo aposentamiento en dos oscuras cuevas, sombreadas por el muro que interceptaba la luz. El énfasis del orador se hacía más evidente por el tono inflexible, seco y dictatorial. El énfasis del orador lo acentuaban los escasos cabellos que se erizaban a los lados de su calva cabeza; un plantel de abetos para resguardar del viento la reluciente superficie, toda cubierta de prominencias, semejantes a las de un pastel relleno de ciruelas, como si el cráneo fuera insuficiente para almacenar los sólidos hechos que en su interior se apiñaban. La adecuada indumentaria del orador: chaleco cuadrado, pantalón cuadrado de puro ancho, levita cuadrada por los hombros; sí, su misma corbata, puesta de modo que le apretaba muy poco cómodamente la garganta, como un hecho pertinaz, como un hecho demostrativo de energía, todo ello contribuía al énfasis.

—En esta vida no necesitamos nada más que hechos, señor ¡nada más que hechos!

El orador, el maestro de escuela y el tercer personaje adulto presente en la escena, retrocedieron un poco, para poder dominar mejor, y barrieron con sus miradas el plano inclinado donde estaban colocadas por orden aquellas criaturas, a modo de vasijas, dispuestas a que se les vertiera en su interior litros y litros de hechos, hasta que rebasaran por los bordes.

CAPÍTULO II. EL MARTIRIO DE LOS INOCENTES

¡Tomás Gradgrind, señor! Hombre de realidades. El hombre de los hechos y de los cálculos. Hombre que procede siempre sobre el principio de que dos y dos son cuatro y nada más, y que ningún raciocinio le hará conceder una fracción de más. Tomás Gradgrind, señor —recalcad este nombre de pila; Tomás, en una palabra— Tomás Gradgrind.

Con una regla, unas balanzas y una tabla de multiplicar en su bolsillo, dispuesto a pesar o medir cualquier parcela de la humana Naturaleza, dispuesto a pesar o medir cualquier fardo humano que se presente, y a daros exactamente la medida o el peso. ¡Es meramente cuestión de números, sencilla operación de aritmética elemental! En la cabeza de Jorge Gradgrind o de Augusto Gradgrind o de José Gradgrind —todos ellos seres ficticios, personajes no existentes— podríais esperar que entrara algún absurdo; ¡pero en la testa de Tomás Gradgrind... eso no, señor, imposible!

Bajo este aspecto se presentaba el señor Gradgrind mentalmente, en el círculo de sus íntimos amigos, y también al público en general. Bajo igual aspecto, sin duda, sustituyendo solo la palabra «señor» por la de «niños y niñas», Tomás Gradgrind presentaba en este momento a Tomás Gradgrind ante aquella especie de pequeñas vasijas o cantarillos colocados en fila, que había ante él, dispuestos a ser llenados de hechos hasta el mismísimo gollete.

Y, verdaderamente, fulguraba su mirada con tal ahínco desde las profundidades anteriormente mencionadas, que tomaba el aire de una especie de cañón, atiborrado hasta la boca con hechos y preparado para lanzarlos más allá de las regiones de la infancia en una sola descarga. Semejaba también una batería galvánica, cargada con una fea sustancia sustitutiva, que mecánicamente redujera a polvo, reemplazándolas, las tiernas imaginaciones.

—Niña número veinte —dijo el señor Gradgrind, señalando rectamente con su recto índice—. No conozco a esta niña. ¿Quién es esa niña?

—Celia Jupe, señor —respondió la número veinte, enrojeciendo, levantándose y haciendo una reverencia.

—¿Celia? Celia no es un nombre —replicó el señor Gradgrind—. No se llama usted Celia. Se llama usted Cecilia.

—Papá me llama Celia, señor —contestó la pequeña, con voz trémula y con otra cortesía.

—Pues hace mal. Tiene la obligación de no llamárselo —replicó el señor Gradgrind—. Dígale que es preciso que no lo haga. Cecilia Jupe, míreme... Vamos a ver... ¿Qué es lo que hace su padre?

—Entiende de caballos, con permiso del señor...

El señor Gradgrind frunció las cejas, y con un ademán dio a entender que rechazaba la reproable profesión.

—Aquí no queremos saber nada de esas cosas... En este lugar no debe hablarse de semejantes cosas... Su padre doma caballos, ¿no es verdad?

—Con permiso del señor, cuando no tiene otros caballos que domar, doma los del circo, señor.

—Es menester que aquí no nos hable usted del circo, muy bien, entonces. Diga, pues, que su padre es un domador de caballos. Supongo que curará a los que están enfermos...

—¡Ay, sí, señor!

—Muy bien. Es veterinario, cirujano, herrador y domador, Déme usted la definición de un caballo.

Celia Jupe experimentó el mayor terror al oír semejante pregunta.

—¡La niña número veinte es incapaz de definir un caballo! —exclamó el señor Gradgrind para edificación de todos los cantarillos humanos en general—. ¡La niña número veinte no posee ningún hecho relativo al más común de los animales! Vamos a ver: definición del caballo por algún niño. Usted, Bitzer, a ver.

El rígido índice del señor Gradgrind, después de pasearse por acá y acullá, eligió súbitamente a Bitzer, tal vez porque le había tocado sentarse casualmente bajo el mismo rayo de sol que, deslizándose por una de las ventanas de la sala, intensamente encalada irradiaba sobre Celia. Pues los niños y las niñas estaban sentados en toda la extensión del plano inclinado, en dos grupos, divididos al centro por un angosto pasillo; y estando Celia en el extremo de una fila, en el lado del sol, daba allí el comienzo de un rayo, del cual Bitzer alcanzaba el fin, sentado en el extremo de un banco en la parte opuesta y unas cuantas filas delante. Y siendo así que la niña tenía los ojos y el cabello tan negros, que los rayos del sol, hiriendo su cabeza,

les daban más vivacidad y lustre, mientras al chico de ojos claros y de tan claro cabello, el sol parecía arrebatarse el poco color que tenían. Sus ojos, apenas serían unos ojos, a no ser por la breve extremidad de las pestañas, que, provocando un contraste inmediato con otra cosa mucho más pálida, marcaban su forma. Su cabello, cortado al rape, podía ser una mera continuación de las pecas que cubrían su rostro y su frente. Su piel estaba tan enfermizamente desprovista de buen color natural, que se llegaba a sospechar que, si se la rasgaran, manaría sangre blanca.

—Bitzer —dijo Tomás Gradgrind—: venga la definición de un caballo.

—Cuadrúpedo. Granívoro. Cuarenta dientes, a saber: veinticuatro molares, cuatro caninos y doce incisivos. Muda el pelo en primavera; en los países pantanosos muda también de cascos: pezuñas, que requieren ser protegidas con hierro. Se le conoce la edad por señales que tiene en la boca...

Todo esto y mucho más dijo Bitzer.

—Niña número veinte —dijo el señor Gradgrind—: ahora ya sabe usted lo que es un caballo.

Inclinóse la niña de nuevo, y hubiera enrojecido más intensamente si hubiese podido enrojecer más aún de lo que desde el principio del interrogatorio había enrojecido. Bitzer, guiñando los ojos cuando miraba a Tomás Gradgrind, por protegerlos de la luz con los temblorosos cabos de sus pestañas, que parecían las antenas de insectos bulliciosos, se llevó los nudillos a la pecosa frente, a modo de saludo, y se volvió a sentar.

Se adelantó entonces en el estrado el tercer personaje. Era un hombre que se las pintaba solo para recortar y disecar los hechos; era funcionario del Estado, un verdadero pugilista, siempre en guardia, dispuesto a hacer tragar a la gente cualquier sistema como si fuese una purga; siempre visible en su despacho oficial, y dispuesto a luchar mano a mano contra toda Inglaterra. Para continuar hablando en términos de boxeo, diremos que era un verdadero genio para darse de mamporros con cualquiera que fuese y con cualquier pretexto. Entraba en la palestra y propinaba a su rival un derechazo, luego con la izquierda, le acorralaba, le comía el terreno, lo anonadaba, llevándolo hasta la maroma del cuadrilátero, y se dejaba caer sobre el infeliz distraídamente, lo más lindamente del mundo, a fin de ahogarlo, y procurando, al efecto, corlarle la respiración, incapacitándolo para seguir luchando después del plazo reglamentario.

—Muy bien —dijo este caballero, sonriendo marcadamente y cruzando los brazos—. Eso es un caballo. Ahora bien, niños y niñas: permitidme que os pregunte una cosa. ¿Podrías empapelar una habitación con estampas de caballos?

Tras un instante de silencio, la mitad de los niños gritó a coro: «¡Sí, señor!» Pero la otra mitad, conociendo por la cara que ponía el caballero, que el sí no era respuesta adecuada, exclamó a coro: «¡No, señor!», como pasa siempre en esta clase de exámenes o interrogatorios.

—Claro que no. Pero ¿por qué no podrían?

Nuevo silencio. Un niño corpulento y tardo de ademanes, con un modo de respirar fatigoso, aventuróse a contestar que «porque él ni por asomo empapelaría la habitación, sino que la pintaría».

—¡Pero es preciso tener la habitación empapelada! —dijo el caballero con énfasis.

—Es preciso tenerla empapelada —añadió Tomás Gradgrind— tanto si le gusta como si no. No nos hable usted de no empapelarla. ¿Qué significa eso, niño?

—Voy a explicarles —dijo el personaje, después de otro horrible silencio—, por qué no se empapelaría una habitación con imágenes de caballos. ¿Han visto ustedes en la realidad... de hecho, que los caballos se pasen, anden de arriba a abajo, por las paredes? ¿Eh?

—¡Sí, señor! —contesta la mitad de la clase.

—¡No, señor! —responde la otra mitad.

—Claro que no; esto lo dicen ustedes sin reflexionar —replicó el caballero, con una mirada de indignación hacia la mitad de la clase que se había equivocado—. Así, pues, no deben ver en ninguna parte lo que no vean en la realidad: no deben tener en sitio alguno lo que no tengan de hecho.

Tomás Gradgrind movió la cabeza en señal de aprobación.

—Este es un principio nuevo, un descubrimiento, un formidable descubrimiento —añadió el mencionado caballero—. Ahora bien: probaré de nuevo. Supónganse ustedes que van a alfombrar un gabinete. ¿Emplearían una alfombra que tuviera dibujadas sobre ella unas flores?

Existiendo ya un general convencimiento de que el «No, señor» era siempre la respuesta acertada para aquel personaje, el coro de «¡No!» fue muy nutrido. Únicamente unos cuantos débiles, rezagados, respondieron «Sí», entre ellos Celia Jupe.

—¡Niña número veinte! —exclamó el caballero, sonriendo, con la firme calma que infunde la superioridad de la ciencia.

Celia se puso colorada y se levantó.

—¿Así, pues, usted alfombraría su habitación, o la habitación de su marido, si usted fuese una mujer ya mayor y tuviese marido, con figuras de flores...? —preguntó el caballero—. ¿Por qué lo haría usted...?

—Con permiso de usted, señor, me gustan mucho las flores— respondió la chica.

—¿Y por esta razón pondría usted encima de ellas mesas y sillas, para que se pasease la gente sobre las flores con sus botazas?

—No les harían daño, señor... Con permiso del señor, no las aplastarían ni las mancharían... Serían las imágenes de lo que era lindo y agradable, e imagino que...

—¡Ay, ay, ay! ¡Pero si no hay que imaginar nada! —exclamó el caballero hinchado de satisfacción por haber entrado felizmente en sus puntos de vista—. ¡He aquí precisamente la cosa! ¡No debe usted imaginar, fantasear nunca...!

—Cecilia Jupe —repitió Tomás Gradgrind solemnemente—: ¡Usted no debe jamás permitirse imaginar cosa alguna! ¡Usted no es quién para hacer nada de ese jaez!

—¡Hechos, hechos, hechos! —exclamó el caballero.

—Y ¡hechos, hechos, hechos! —repitió Tomás Gradgrind.

—Usted debe ser regulada y gobernada en todas las cosas por los hechos —declaró el caballero—. Esperamos tener en breve plazo un Tribunal de hechos, compuesto por vocales entusiastas de los hechos que obligarán a la gente a ser gente de hechos y nada más que de hechos... Es menester que usted destierro para siempre la palabra «Fantasía». Nada tiene usted que ver con ella. No debe usted poseer ningún objeto de uso u ornamento que esté en abierta contradicción con los hechos. Usted no caminaría, no pasearía de hecho sobre las flores; luego usted no debe consentir o permitir que se paseen sobre las flores de las alfombras... Usted seguramente no ve que vengan a posarse en sus platos pájaros extraños ni mariposas de lejanos climas; luego no debe permitir que se pinten en la vajilla mariposas y pájaros extraños de lejanos climas... Usted no encuentra nunca en las paredes cuadrúpedos que anden por ellas; luego es menester que usted no tenga figuras de caballos en las paredes. Es preciso, que emplee usted —continuó el caballero— todos los proyectos, combinaciones y modifi-

caciones, en colores primarios de figuras geométricas, los cuales son susceptibles de prueba y de demostración. He aquí en qué consiste el nuevo descubrimiento; he aquí en qué consiste el hecho; he aquí en qué consiste el verdadero buen gusto.

La niña hizo una respetuosa reverencia y sentóse. Era muy joven, y el aspecto positivo del mundo que acababa de revelársele, parecía asustarla.

—Ahora —dijo el caballero— si el señor Choakumchild procediera a dar su primera lección, me complaceré, señor Gradgrind, en acceder a sus deseos para observar su método.

El señor Gradgrind le dio las gracias y, dirigiéndose al señor Choakumchild, le dijo:

—Señor Choakumchild: somos todo oídos. Y, en efecto, el señor Choakumchild comenzó con lo más florido de su estilo. Él y otros ciento cuarenta maestros de escuela habían sido modelados, como en un torno, al mismo tiempo, en la misma fábrica, con idénticos principios, lo mismo que si se hubiese tratado de otras tantas torneadas patas de piano. Se le había hecho desplegar todas sus disposiciones, y él había consultado una inmensa cantidad de volúmenes preñados de cuestiones abstrusas, verdaderos quebraderos de cabeza.

La ortografía, la etimología, la sintaxis y la prosodia, la biografía, la astronomía, la geografía y la cosmografía general, la ciencia de las proporciones compuestas, el álgebra, la agrimensura y la nivelación del canto y el dibujo lineal, eran cosas que sabía al dedillo. Había llegado por un áspero camino hasta el muy honorable Consejo privado de Su Majestad, Sección B., y había exprimido la savia de las más altas ramas de las matemáticas y de las ciencias físicas, del francés, del alemán, del latín y del griego. Conocía todo cuanto tiene relación con las fuerzas hidráulicas de todo el globo —cualesquiera que fuesen— y todas las historias de todos los pueblos, y todos los nombres de todos los ríos y montañas, y todos los productos, usos y costumbres de todos los países, y todas las posiciones y fronteras, de las que puede señalar cualquiera de las treinta y dos divisiones de la brújula. ¡Ah..., realmente el señor Choakumchild sabía demasiado, estaba más que saturado de ciencia! ¡Y si hubiera aprendido un poco menos, cuán infinitamente más podría haber enseñado!

Comenzó a laborar en su lección preparatoria, al igual de Morgana en los «Cuarenta Ladrones», mirando uno tras otro a todos los cacharros humanos que tenía delante, para ver lo que contenían.

Charles Dickens

—Dime, buen Chodkumchild: cuando hayas llenado hasta el borde cada una de esas ánforas con el hirviente caudal de ciencia, ¿estarás seguro de haber matado definitivamente dentro de ellas a ese ladrón que es nuestro poder imaginativo? ¿Estarás bien seguro de no haberlo mutilado o desfigurado tan sólo?

CAPÍTULO III. UNA RENDIJA

El señor Gradgrind abandonó la escuela y se dirigió a su casa en un estado de viva satisfacción. Era su escuela, y deseaba que fuese un modelo. Quería que en ella cada niño fuera un modelo, a imitación de los jóvenes Gradgrind que eran todos modelos.

Cinco eran los jóvenes Gradgrind y cada uno de ellos un modelo. Habían sido instruidos desde su más tierna infancia, acosados como liebres; tan pronto como pudieron andar solos, echaron a correr hacia la biblioteca.

El primer objeto del cual tenían una asociación de ideas, o del cual conservaban un vago recuerdo, era un gran encerado, donde un ogro, enjuto, trazaba con tiza blanca tiembles signos blancos.

No se crea que conocieran, por referencia ni por experiencia, nada relacionado con los ogros. ¡Que el santo hecho les libre de ello! Solamente me valgo de la palabra para designar un monstruo instalado en un castillo que fuese a la vez escuela, con Dios sabe cuantas cabezas dentro de la única visible, aprisionando a la infancia y arrastrándola por los cabellos a las sombras cavernas de los conocimientos generales.

Ninguno de los jóvenes Gradgrind había visto jamás una cara en la luna: estaban en el secreto de lo que era la luna antes de que hablaran con claridad. Ningún joven había entonado nunca esa canción estrafalaria:

¡Titila, titila, lejana estrella:

cómo me maravilla verte tan bella!

Ni tampoco:

Estrellita del cielo:

dime quién eres...

Ningún joven Gradgrind había experimentado la menor curiosidad con respecto a aquel planeta, ningún joven Gradgrind se había maravillado sobre el particular, porque todos los jóvenes Gradgrind, cuando contaban cinco años de edad, ya habían hecho la dirección de la Osa Mayor como un consumado profesor del Observatorio y había guiado el Carro menor como podía haberlo hecho el conductor de una locomotora. Ninguno de

los jóvenes Gradgrind había relacionado jamás una vaca del campo con la famosa vaca de retorcida cornamenta, la cual asesinó al perro que sacrificó al gato que mató a la rata que se comió la cebada de la cerveza, o bien con la vaca, más famosa aún, que se engulló a Pulgarcito. Jamás habían oído hablar de estas celebridades, y solamente habían concebido una vaca como un cuadrúpedo rumiante granívoro con varios estómagos.

El señor Gradgrind encaminaba sus pasos hacia su casa, tan positiva como él, a la que llamaban el Refugio de Piedra. Gradgrind se había retirado definitivamente del comercio de quincallería al por mayor antes de construir el Refugio de Piedra, y trataba de encontrar una ocasión para presentar en el Parlamento un presupuesto sobre la base aritmética. El Refugio de Piedra estaba situado en un erial, a una milla o dos de la gran ciudad... llamada Villahulla, en la presente relación tan verídica, que puede servir de guía a los viajeros.

El Refugio de Piedra tenía una forma regular en la superficie del paisaje.

Ni la menor alteración, debida a una sombra o a un tono más suave en la rudeza característica de los contornos.

Una gran casa cuadrada, con un pesado pórtico, que hacía sombrías las principales ventanas, así como las pobladas cejas del dueño le ensombrecían los ojos. Una casa calculada, medida, probada y compulsada. Seis ventanas a este lado de la puerta y otras tantas en este otro; total, doce ventanas en esta fachada; otras doce de la otra: veinticuatro en total. Un prado y un jardín con una avenida de arbolitos, todo como trazado con tiralíneas, como un tratado de contabilidad botánica. El gas y la ventilación, el servicio y las cañerías de agua, todo estaba dispuesto de un modo admirable y todo era de primera calidad. Sostenes y travesaños de hierro hasta lo topea, ascensores para que las criadas subieran y bajaran sus cepillos y escobas. Todo, en fin, cuanto puede desearse.

¿Todo? Sí, a fe mía, así lo creo. Los jóvenes Gradgrind tenían además gabinetes destinados al estudio de varios ramos de la Ciencia. Tenían una habitación para la colección de conchas, otra habitación para la de metalurgia, un gabinetito mineralógico, y todas las especies estaban ordenadas, catalogadas y rotuladas; y los trozos de piedra y de minerales que las componían parecían haber sido arrancados de la masa primitiva por instrumentos tan tremendos como sus propios nombres; en una palabra, para parafrasear la leyenda fútil de «Pedro Piper», leyenda que jamás había penetrado en aquel criadero de jóvenes Gradgrind, exclamaré:

—¡Si los tragones hijos de Gradgrind desean algo más, decidme, en nombre del cielo, qué más podrían apetecer!

Su padre proseguía su camino con aire alegre y satisfecho. Aparte su modo de ser, era un padre afectuoso, entrañable; pero él, probablemente, se hubiera descrito a sí propio —si se hubiera visto obligado, como Celia Jupe, a dar una definición— como «un padre eminentemente práctico», en la cual creía hallar una especial aplicación para su persona. Siempre que la gante se reunía, en Villahulla, fuese cual fuese el motivo de semejantes reuniones, algún villahullense estaba seguro de aprovechar para aludir a su eminentemente práctico amigo Gradgrind. Esto siempre agradaba al eminentemente práctico amigo. Sabía que era lo debido, pero de todos modos le agradaba.

Acababa Gradgrind de llegar hasta un terreno o solar sin dueño, en las afueras de la ciudad, cuyo terreno no estaba ni en la ciudad ni en el campo, participaba de ambos, cuando, de repente, un ruido de música fue a herir sus oídos. El zing-zing y el bum-bum de una orquesta, anunciando un circo ecuestre, que había elegido como domicilio en aquel lugar una barraca de madera, estaba entonces en plena algarabía. Fue banderola, ondeando en la cúspide del templo, anunciaba a la Humanidad que el circo de Sleary solicitaba se le visitase. El mismo Sleary en persona, estatua moderna de gigantescas proporciones, cuidaba de la taquilla y cobraba el dinero en una especie de confesionario de una arquitectura gótica muy primitiva. La señorita Josefina Sleary, como algunos pintados cartelones muy largos y muy estrechos la anunciaban, inauguraba el espectáculo con un gracioso ejercicio ecuestre titulado: «Las flores del Tirolo». Entre otras divertidas maravillas, pero siempre estrictamente morales, que era preciso ver para creerlas, el señor Jupe iba aquella tarde a poner de manifiesto los regocijados conocimientos de su perro «Patasalegres».

Iba también a exhibir su increíble hazaña de lanzar setenta y cinco quintales de peso por encima de su cabeza, sin parar un momento, de atrás hacia adelante, hasta formar en el aire una verdadera fuente de hierro sólido; hazaña nunca vista en otra parte, y que no podía ser retirada de los carteles, a causa de los estruendosos aplausos que le habían otorgado entusiasmadas multitudes. El mismo señor Jupe iba a amenizar el variado espectáculo con la representación de los clásicos donaires y agudezas shakesperianos. En fin, para terminar la representación, debía presentarse en su papel favorito el señor William Button, sastre de la calle de Tooley, en la jocunda comedieta titulada «Viaje del sastre a Brentford».

Creo excusado decir que Tomás Gradgrind no prestó la menor atención a aquellas trivialidades, sino que pasó como conviene que pase un hombre eminentemente práctico, rechazando o esquivando con su imaginación a aquellos zumbadores insectos, buenos, a lo sumo, para llevarlos a la Casa

de Corrección. Pero de pronto un recodo del camino la condujo al lado de la barraca, y en la parte trasera de ésta un cierto número de niños estaban congregados en furtivas actitudes, intentando entrever las, para ellos, prohibidas maravillas del circo.

Gradgrind se detuvo y exclamó:

—¡Y pensar que tales vagabundos arrebatan de las escuelas modelos a esa tierna infancia!

Habiendo entre él y la tierna infancia un trecho de tierra cubierto de hierba desmedrada y de escombros, sacó sus anteojos del chaleco para comprobar si había algún, niño cuyo nombre conociese, e intimarle la orden de retirarse.

El más increíble fenómeno se presentó claramente ante sus ojos! ¡Apenas cree lo que ve con sus propios ojos! ¿Y a quién está mirando? A su propia hija, a su metalúrgica Luisa, que está atisbando con toda curiosidad, con el mayor ahínco, por medio de un agujero o resquicio de las tablas de la barraca, y a su propio y matemático Tomás, agachándose en el suelo para alcanzar a ver siquiera un casco de caballo en la pantomima ecuestre de «Las flores del Tirol».

Mudo de sorpresa y confusión, el señor Gradgrind aproximóse al sitio donde su familia de tal suerte se estaba degradando, echó mano a los dos niños culpables, y dijo:

—¡Luisa! ¡Tomás!

Ambos se incorporaron, rojos y desconcertados. Pero Luisa miró a su padre con más atrevimiento que Tomás. Verdad es que Tomás no le miró, sino que se limitó a dejarse remolcar hacia su casa como una máquina.

—¡Por Dios vivo! ¡Esto es el colmo de la holgazanería y la sandez! —exclamó el señor Gradgrind, cogiendo a sus hijos de la mano—. ¿Qué hacíais aquí?

—Queríamos ver qué era eso —replicó Luisa breve y firmemente.

—¿Ver qué era eso?

—Sí, padre.

Se advertía en los dos niños un gesto de displicencia y de mal humor, sobre todo en la niña; sin embargo, a través del descontento, se observaba en el rostro de ésta que ardía una llamarada de entusiasmo que no había de iluminar nada, un fuego que nada tenía que consumir, una imaginación hambrienta que se mantenía a duras penas, y todo ello animaba, no obstante, su expresión. No con la vivacidad natural de la indiferente juventud,

sino con los inciertos, ávidos y vagos fulgores, que tenían una penosa analogía con las vacilaciones que se observan en las facciones de un ciego que va buscando su camino a tientas.

Luisa era una niña aún, de quince a dieciséis años; pero se presentía que, en un día no lejano, se convertiría de pronto en una mujer hecha y derecha.

Su padre lo pensó, cuando tenía la vista fija en ella. Era hermosa.

—Habría sido voluntariosa —pensaba Gradgrind en su espíritu eminentemente práctico— si hubiese sido educada de otro modo.

Y añadió en voz alta:

—Tomás, aunque tengo el hecho ante mí, bien a las claras, apenas puedo creer que tú, con tu educación y los medios de que dispones, hayas arrastrado a tu hermana a un espectáculo como éste.

—Yo fui quien le arrastré aquí —dijo rápidamente Luisa—. Yo he sido quien le ha obligado a venir a este sitio.

—Me apena oírlo. En verdad que me apena oírlo. Sin embargo, esto en nada disminuye la falta de Tomás, bien que aumenta la gravedad de la tuya.

Luisa miró a su padre de nuevo, pero ni siquiera una lágrima resbaló por sus mejillas.

—¡Vosotros aquí! ¡Tú! ¡Tomás y tú, para quienes está abierto el círculo de las ciencias; Tomás y tú, de quienes puede decirse que estáis repletos de hechos; Tomás y tú, que habéis sido educados con exactitud matemática. Tomás y tú! —gritó el señor Gradgrind—. ¡En una posición degradante! Estoy confundido.

—Estaba aburrida, papá. Estoy aburrida desde hace mucho tiempo— dijo Luisa.

—¿Aburrida? ¿De qué? —preguntó, estupefacto, el padre.

—No sé de qué... Creo que de todo.

—Ni una palabra más —replicó el señor Gradgrind—. Eres una mocosa. No escucharé más.

Y no volvió a abrir la boca hasta después de haber andado como una media milla; entonces, de pronto, gravemente, dijo:

—¿Qué dirán tus mejores amigos, Luisa? ¿Tan poco te preocupa la opinión que puedan formar de ti? ¿Qué diría el señor Bounderby?

Charles Dickens

Al oír pronunciar este nombre, Luisa le lanzó una mirada profunda y escrutadora. Nada vio él, porque antes de que la mirase, ella ya había bajado los ojos nuevamente.

Entonces Gradgrind repitió:

—¿Qué diría el señor Bounderby...?

Durante todo el camino, hasta llegar al Refugio de Piedra, mientras con una gravedad llena de indignación conducía a los dos delincuentes, repetía a intervalos:

—¿Qué diría el señor Bounderby...?

Como si el señor Bounderby hubiera sido el coco.

CAPÍTULO IV. EL SEÑOR BOUNDERBY

Pero el señor Bounderby no era el coco. ¿Quién era, pues, el señor Bounderby?

Pues bien: el señor Bounderby era un amigo del señor Gradgrind, tan íntimo como es posible serlo a un hombre completamente desprovisto de sentimiento, al aproximarse espiritualmente a otro hombre no menos desprovisto de sentimiento. Esta intimidad era la del señor Bounderby, o esta falta de intimidad, si el lector prefiere la expresión.

Era el señor Bounderby hombre muy rico: banquero, negociante, fabricante y no sé qué más. Un hombre gordinflón y pimpante, con un extraño modo de mirar y una risa de chirrido metálico. Un hombre hecho de grosero material, que parecía haberse ido estirando conforme iba engrosando.

Un hombre con la cabezota y la frente hinchadas, con venas muy pronunciadas en las sienes, y la piel tan estirada en la cara, que parecía le obligaba a tener forzosamente los ojos abiertos y levantados los párpados. Un hombre con un sempiterno aire de estar inflado como un globo dispuesto a soltar las amarras. Un hombre que no acababa de vanagloriarse de ser hijo de sus obras, el debérselo todo a sí mismo. Un hombre que no se cansaba nunca de proclamar, con una voz que parecía salir de una trompeta de bronce, su antigua ignorancia y su antigua pobreza. Un hombre que era un jactancioso, un verdadero fanfarrón de la humildad.

Contaba un año o dos menos que su evidentemente práctico amigo; el señor Bounderby parecía más viejo, pues a sus cuarenta y siete o cuarenta y ocho años, podía añadirseles otros siete u ocho sin reparo, sin que nadie se asombrara. No tenía ciertamente mucho pelo y podía creerse buenamente que se había ido a impulsos del viento de sus palabras, y que los que le quedaban, erizados y en desorden, se hallaban en aquella condición por estar constantemente expuestos al huracán de sus impetuosas jactancias y alabanzas.

En el salón simétrico del Refugio de Piedra, de pie ante la chimenea, calentándose al fuego, aclaraba a la señora Gradgrind algunas particularidades referentes a su nacimiento, con motivo de ser su cumpleaños. Se había instalado ante el fuego, en parte, porque era un día fresco de

primavera, aunque lucía el sol; en parte, porque la umbría del Refugio de Piedra conservaba siempre una gran humedad, y en parte también, porque allí ocupaba un sitio estratégico, desde donde podía dominar a la señora Gradgrind.

—Yo no tenía zapatos que ponerme —decía el señor Bounderby—. En cuanto a calcetines, no los conocía ni de nombre siquiera. Pasaba el día dentro de una zanja y la noche en una pocilga. Así celebré mi décimo cumpleaños. Y no pretendo decir que una zanja fuese para mi cosa nueva, pues en una zanja he nacido.

La señora Gradgrind era menuda, flaca, pálida, con alegres ojillos lilas, y de una debilidad mental y corporal inconcebibles; parecía un verdadero envoltorio de chales. Estaba siempre tomando potingues, que de nada le servían, y en cuanto mostraba indicios de volver a la vida normal, cuando parecía recobrar un tanto sus fuerzas, se veía instantánea e infaliblemente apedreada con algún hecho pesado que le arrojaba a la cabeza su marido.

La señora Gradgrind manifestó su creencia de que, al menos, la zanja estaría seca.

—No, mojada como una sopa. Con una cuarta de agua dentro —explicó el señor Bounderby.

—Lo suficiente para resfriarse un niño —consideró la señora Gradgrind.

—¿Resfriarse? Yo nací con una inflamación de los pulmones, y creo que de todas las partes de mi cuerpo que eran susceptibles de inflamarse —replicó el señor Bounderby—. Durante varios años, señora, fui una de las criaturas más míseras que han existido. Estaba tan enfermo, que no hacía otra cosa que gemir y llorar. Iba tan desarrapado y tan sucio que ni con pinzas hubiera usted podido tocarme.

La señora Gradgrind contempló lánguidamente las tenazas de atizar el fuego, y en cuanto su debilidad mental, su imbecilidad, pudo hacer.

—Ignoro en absoluto cómo resistí todo eso —continuó Bounderby—. Sospecho que a fuerza de voluntad. He sido siempre un carácter resuelto, y supongo que también lo fui entonces. Y heme aquí, ya ve a lo que he llegado, señora Gradgrind, y esto sin tenerlo que agradecer a nadie, sino a mí mismo.

La señora Gradgrind aventuró humilde y débilmente que seguramente la madre del señor Bounderby...

—¿Mi madre? ¡Me abandonó, señora, me abandonó allí donde le he indicado! —dijo Bounderby.

La señora Gradgrind, según costumbre, quedó súbitamente abstraída; volvió a caer en su apatía y no articuló ninguna palabra más.

—Mi madre me confió a mi abuela —prosiguió el señor Bounderby—, y por lo que recuerdo, mi abuela fue la mujer más indigna y despreciable de cuantas han existido. Si por casualidad me daban un par de zapatos, me los arrancaba de los pies y los vendía para tener con qué beber. ¡Cuántas veces he visto a mi abuela, tumbada en la cama, bebiéndose en ayunas sus buenas catorce copas de aguardiente!

La señora Gradgrind, sonriendo débilmente y no dando ninguna otra señal de vida, parecía, más que nunca, la silueta de una sombra chinesca en una linterna mal iluminada.

—Tenía una tienda de comestibles —continuó Bounderby—, y me cobijaba en una caja de huevos. Aquella fue la cuna de mi infancia: una caja de huevos. Tan pronto supe valirme para andar, me apresuré a tomar las de Villadiego. Entonces me convertí en un golfillo, en un pequeño vagabundo, y en vez de no tener más que una abuela para matarme de hambre y maltratarme, todo el mundo de todas las edades me maltrataba y me mataba de gazusa. Tenían razón, y hubieran hecho mal en obrar de otra manera, porque yo era un embarazo, una calamidad, una verdadera peste. Lo sé muy bien.

El orgullo que experimentaba el señor Bounderby de haber merecido en determinada época de su vida una distinción social tan grande como la de ser una molestia, un estorbo y una peste, solamente quedó satisfecho cuando hubo repetido tres veces estos primeros títulos de su gloriosa juventud, cuando hubo repetido esas tres afirmaciones de su jactancia.

—Supongo que era mi destino pasar por aquello, señora Gradgrind. Fuera mi destino o no, señora, yo me liberé. Salí de aquel lamentable estado sin que nadie me tendiera un cable. Vagabundeeé de golfillo, y vuelta a vagabundear; fui jornalero, comisionista, amanuense, mozo de cuerda, empresario, socio en comandita; fui Josué Bounderby de Villahulla. A eso llegué con tales antecedentes. Josué Bounderby de Villahulla aprendió sus primeras letras en los rótulos de las tiendas, señora Gradgrind, y logró saber la hora de un cuadrante a fuerza de estudiar el reloj del campanario de la iglesia de San Gil, en Londres, bajo la dirección de un desastrado y lisiado borrachín, ladrón de profesión y vagabundo incorregible. Hablad a Josué Bounderby de Villahulla de vuestras escuelas de distrito y de vuestras escuelas modelos y de vuestras escuelas normales y de todo ese revoltijo de escuelas, y Josué Bounderby de Villahulla os responderá francamente que todo eso en bueno y hermoso, que todo eso está bien; no gozó él de

tales ventajas; pero formadme hombres testarudos, gente de recios puños; la educación que él tuvo no convendría a todo el mundo, bien lo sabe; pero, sin embargo, tal ha sido su educación, y antes le hará usted tragar por fuerza aceite hirviendo, que obligarle jamás a suprimir los hechos de su pasada vida.

Sofocado cuando llegó al final de esta calurosa peroración, Josué Boun-derby de Villahulla; se detuvo. Calló precisamente en el crítico instante en que su amigo, el eminentemente práctico amigo, acompañado por los dos tiernos delincuentes, entraba en el salón. El eminentemente práctico amigo se detuvo también al verle, y lanzó a Luisa una mirada de reconven-ción, que decía claramente:

—¡Ahí tienes, justamente, a Boun-derby!

—¿Qué pasa? —exclamó el señor Boun-derby—. ¿Por qué nuestro joven Tomás está tan cariacontecido?

Hablaba de Tomás, pero miraba a Luisa.

—Estábamos curioseando en el circo, cuando papá nos ha sorprendido, —murmuró Luisa con tono altivo, sin levantar la vista.

—Sí, señora Gradgrind —dijo el marido de ésta de un modo muy digno—: y no me hubiese admirado tanto si hubiera encontrado a mis hijos leyendo poesías.

—¡Bondad divina! ¡Hijos míos! —exclamó lloriqueando la señora Grad-grind—. ¡Luisa, Tomás! ¿Cómo habéis podido? ¡Me dejáis atónita! Con-fiesa que verdaderamente hay motivo para hacerla aborrecer a una el haber tenido descendencia. Casi diría que hubiera deseado no tenerla. Y entonces quisiera saber lo que hubiera sido de vosotros.

Esta juiciosa reflexión no pareció impresionar favorablemente al señor Gradgrind, pues frunció con impaciencia el entrecejo.

—¡Como si no pudieseis ir, sólo de considerar lo mal que anda mi pobre cabeza, a entreteneros con las sales, con los minerales y las demás cosas que se os han comprado, en vez de iros al circo! —dijo la señora Gradgrind—. Vosotros sabéis tan bien como yo, que ningún joven tiene profesores de circo, ni tiene colecciones de circo, ni sigue cursos de circología. Luego entonces, ¿qué esperáis saber respecto a los circos? A más de que bastante tenéis que hacer, si estar ocupados es lo que deseáis. Tal como tengo ahora mi pobre cabeza, no podría recordar ni siquiera los nombres de la mitad de las cosas, de hechos, que os quedan por aprender.

—¡Esa es precisamente la causa! —dijo Luisa haciendo pucheros.

—No me digas que esta es la causa, porque no pueda ser tal cosa —replicó la señora Gradgrind—. ¡Ya estáis yéndoos a alguna cosología!

La señora Gradgrind no era un personaje científico, y ordinariamente mandaba a estudiar a sus hijos con aquella orden vaga, dejando a su libre albedrío la elección del estudio.

A decir verdad, la cantidad de hechos que contaba en el haber de la señora Gradgrind, era lamentablemente exigua; pero el señor Gradgrind, al elevarla a su alta posición matrimonial, tuvo en consideración dos razones. En primer lugar: la señora no dejaba nada que desear en cuestiones numéricas; y en segundo término: porque en ella no había ninguna «idiotez o tontería». Entendía por «idiotez o tontería», la imaginación, y en verdad que la señora estaba libre de semejante yugo, todo lo libre que puede estar un ser humano que no ha alcanzado la perfección de una idiotez absoluta.

—La simple circunstancia de encontrarse a solas con su marido y con el señor Bounderby, fue suficiente para que la admirable se abismara, se atontara de nuevo, sin que fuese preciso choque alguno con cualquier hecho nuevo. Así, pues, se anuló una vez más, quedó abstraída, y ya nadie reparó en ella.

—Bounderby —dijo el señor Gradgrind, aproximando una silla junto al fuego—: se ha interesado usted tanto siempre por mis chicos, sobre todo por Luisa, que no necesito de circunloquios para comunicar a usted que lo que he descubierto me ha dejado apenadísimo. Como usted sabe, sistemáticamente me he dedicado a la educación de la razón de mis hijos. Ya sabe usted que la razón es la única facultad que debe cultivarse. Y, sin embargo, Bounderby, por la inesperada circunstancia de hoy, aunque parezca una cosa insignificante, se diría que algo se ha filtrado en las almas de Luisa y de Tomás... algo que existe, o mejor dicho, que no existe... no sé cómo podré expresarme mejor diciendo algo que nunca se ha intentado desarrollar en ellos, y en lo cual la razón no entra para nada.

—Verdaderamente que no hay razón alguna para contemplar con interés a un hatajo de vagabundos —repuso Bounderby—. Cuando yo era un vagabundo, nadie me miraba con interés. Estoy seguro.

—Se trata, pues, de saber qué en lo que ha podido provocar esa vulgar curiosidad —dijo el padre eminentemente práctico, mirando el fuego.

—Voy a decírselo: es la ociosa imaginación.

—Espero que este acontecimiento no tendrá consecuencias —dijo el eminentemente práctico—, aunque confieso que este temor me ha asaltado según volvía a casa.

—Una imaginación ociosa, Gradgrind —repitió Bounderby—. Mala cosa para cualquiera, pero execrable, fatal, en una muchacha como Luisa. Pediría perdón a la señora Gradgrind por las expresiones un poco fuertes; pero bien sabe ella que no soy un hombre refinado. Quien espere refinamientos, se equivocará. No he recibido una educación refinada.

—¿No será —dijo Gradgrind, meditando, con los ojos fijos en el fuego y las manos en los bolsillos—, no será que algún profesor o algún criado les haya sugerido alguna cosa? ¿Habrán leído algo Luisa y Tomás? ¿Habrá penetrado en casa algún fútil libro de cuentos, a despecho de todas nuestras precauciones? Porque, la verdad, en espíritus que han sido formados metódicamente con compás y tiralíneas, desde la cuna hasta la fecha, ¡s un fenómeno tan extraño... tan incomprensible!

—Aguarde un momento —dijo Bounderby, en pie ante el fuego, y tan hinchado en su humildad vanidosa, que diríase que fuera a estallar, con verdadero peligro de los muebles circundantes—. Usted tiene en el colegio una de las chiquillas de los saltimbanquis.

—La llamada Celia Jupe —dijo el señor Gradgrind, mirando a su amiga con el aire de quien tiene algo que reprocharse.

—Bien; aguarde un instante —exclamó Bounderby—: ¿cómo es que entró allí?

—El hecho es éste: acabo de ver a esa niña por primera vez. Pero no siendo de la población, tuvo que dirigirse especialmente aquí, esto es, a la casa, para que se la admitiera y... sí, tiene usted razón, Bounderby, tiene usted razón.

—Espere un momento —exclamó Bounderby, una vez más—. ¿Vio Luisa a esa niña el día que vino aquí?

—Seguramente que la vio, porque Luisa me comunicó su petición. Pero no dudo de que la vería en presencia de mi señora.

—¡Oh, mi pobre salud! —respondió la señora Gradgrind—. La niña quería ir a la escuela, y mi esposo quería que a su escuela fueran niñas, y Luisa y Tomás me dijeron que la niña quería ir, que mi marido quería que fuesen niñas; así que, ¡cómo era posible oponerse, cuando el hecho en sí era tan claro!

—Pues bien; les diré a ustedes mi opinión —dijo el señor Bounderby—. Manden a paseo a esa chiquilla, que es lo más acertado, y asunto concluido.

—Eso es casi mi parecer. Casi me ha convencido.

—Hágalo en seguida —dijo Bounderby—. Tal ha sido mi lema desde mi más tierna infancia. Cuando concebí la idea de huir del cajón de huevos y de mi abuela, la realicé inmediatamente. Haga usted lo mismo. ¡Hágalo inmediatamente!

—¿Quiere usted dar un paseo? — le preguntó su amigo—. Tengo las señas del alojamiento del padre. ¿No será a usted desagradable dar una vuelta conmigo hasta la ciudad?

—¡Desagradable! Nada de eso —dijo el señor Bounderby—. Estoy a sus órdenes, con tal de que sea ahora mismo.

Así diciendo, el señor Bounderby se echó con descuido en la cabeza su sombrero, pues siempre se lo echaba así, como indicando que era un hombre que había pasado la vida muy atareado en desenvolverse por su propio esfuerzo, sin tiempo para aprender a cubrirse. Con las manos en el bolsillo salió al vestíbulo.

—Jamás llevo guantes —acostumbraba a decir—. No me he encaramado con guantes por la escala social, pues de haberlos llevado, no estaría en tan alto puesto.

Habiendo quedado Bounderby en el vestíbulo uno o dos minutos, mientras el señor Gradgrind fue a buscar las señas del padre de la consabida niña, abrió la puerta del cuarto de estudio de los niños, y echó una ojeada al enmoquetado aposento, el cual, a pesar de las estanterías y de las colecciones, y de una gran variedad de instrumentos para aprender todos los saberes, tenía más bien el aspecto de un salón de peluquería. Luisa, apoyada perezosamente contra la ventana, miraba afuera, sin fijarse en nada, mientras el pollito Tomás, junto al fuego, resoplaba con sed de venganza.

Adam Smith y Malthus, los dos hijos menores de Gradgrind, habían ido a clase, estrechamente vigilados; y Juanita, después de haberse fabricado sobre la cara una mascarilla de tierra arcillosa, amasada con lágrimas y con la tiza con la que se refregó, había acabado por dormirse sobre las fracciones decimales.

—Está bien, Luisa; está bien, Tomás —dijo el señor Bounderby—. No volveréis a incurrir en esta falta. Yo respondo de que vuestro padre no tendrá ya nada que decir... Ea, Luisa, esto merece un beso. ¿No es verdad?

—Puede usted dármele, señor Bounderby —replicó Luisa, la cual se le aproximó lentamente, con un silencio lleno de frialdad, presentándole la mejilla de mala gana.

—Siempre mi niña mimada, mi predilecta, ¿no es verdad, Luisa? —dijo Bounderby—. ¡Adiós, Luisita!

Y salió en seguida. Pero la niña quedó en el mismo sitio, frotándose con el pañuelo la mejilla que el señor Bounderby acababa de besar; frotándola y refrotándola tan recio, que la dejó casi en carne viva. Cinco minutos después seguía aún frotándose.

—¿Qué estás haciendo, Lulú? —le preguntó su hermano con malhumor—. ¿Vas a hacerte un agujero en la cara?

—Puedes cortar, si quieres, todo este cacho con tu cortaplumas... ¡No gritaré, te lo prometo!

CAPÍTULO V. LA NOTA TÓNICA

Villahulla, hacia cuya ciudad se dirigieron los señores Bounderby y Gradgrind, era uno de los triunfos del hecho. Villahulla se había librado, con tanta felicidad como la señora Gradgrind, de contagio de todo lo que significara imaginación. Puesto que Villahulla es la nota tónica, demos el acorde antes de continuar nuestro aire.

Villahulla era una ciudad de ladrillos colorados, o más bien de ladrillos que habrían sido colorados, si el humo y la ceniza lo hubiesen permitido, pero, tal como estaba, era una ciudad de un rojo y un negro poco naturales, como el pintarrajeado rostro de un salvaje. Era una ciudad de máquinas y de altas chimeneas, de donde salían sin tregua ni descanso interminables columnas de humareda, que permanecían en la atmósfera largo tiempo sin disiparse. Tenía un canal obscuro y un arroyo que arrastraba sucias e infectas aguas; y existían vastos edificios, agujereados por ventanas, que resonaban y retemblaban todo el santo día, mientras el pistón de las máquinas de vapor subía y bajaba monótonamente, como la cabeza de un elefante enfermo de melancolía.

Tenía la ciudad varias calles grandes, que se parecían mucho unas a otras, e infinitas callejuelas aún mucho más parecidas unas a otras, habitadas por gentes que se parecían igualmente, que entraban y salían a las mismas horas, que pisaban de igual modo, que iban a hacer el mismo trabajo, y cada año era el vivo reflejo del que lo había precedido y del que iba a seguirle.

En resumen: estos atributos de Villahulla eran inseparables de la industria con que se sostenía; pero en cambio, proporcionaba, aparte del bienestar de la existencia, beneficios que se derramaban por el mundo entero, y superfluidades de la vida que tanto significan para las damas elegantes, ante las cuales apenas se atreve uno a pronunciar el nombre de la ahumada ciudad.

Los demás rasgos característicos de Villahulla eran más íntimos. Helos aquí:

En Villahulla; nada se distinguía que no recordara el sello de austeridad del trabajo. Si los miembros de cualquier secta religiosa levantaban allí una

iglesia —como habían hecho los de dieciocho sectas religiosas— construían una especie de almacén, de rojos ladrillos, rematado en lo alto a veces, pero solamente en modelos de un estilo excesivamente ornamental, por una campana suspendida dentro de una especie de jaula. La única excepción de esta regla era la Iglesia Nueva: un edificio de paredes estucadas, con un campanario cuadrado sobre la puerta, terminado por cuatro columnas poco elevadas, que semejaban patas de palo con adorno. Todas las inscripciones monumentales, publicas, estaban pintadas del mismo modo, en severas letras negras y blancas.

La cárcel bien hubiera podido ser el hospital y éste la cárcel; el Ayuntamiento hubiera podido ser uno u otro de dichos monumentos, o los dos juntos, porque ningún detalle de su graciosa arquitectura demostraba lo contrario. En todas partes se veía el hecho, el hecho, el hecho en el aspecto material de la ciudad; en todas partes el hecho, el hecho, el hecho, su aspecto inmaterial. La escuela de Mac Choakumchild no era más que un hecho, y la clase de Dibujo no era más que un hecho, y las relaciones entre patrono y obreros no eran más que hechos, y todo eran hechos, desde el hospicio o casa de maternidad hasta el cementerio. En fin, todo lo que no puede evaluarse en cifras, todo lo que no puede compararse a la más baja tarifa, venderse al precio más elevado, ni existía allí, ni existirá jamás, «in soecula soeculorum: Amén».

Una ciudad tan completamente consagrada a los hechos y tan feliz en hacerlos triunfar, ¿era naturalmente próspera? En absoluto. ¿No? ¿Es posible?

No. Villahulla no salía de sus propios hornos, con las puras cualidades del oro que se ha sometido al fuego. Desde luego, había allí un alucinante misterio. ¿Quiénes formaban parte de las dieciocho sectas religiosas que había en el ámbito de la población? Porque, fueran quienes fuesen, las clases trabajadoras no pertenecían a ninguna.

Causaba extrañeza pasearse por la ciudad un domingo por la mañana, y observar cuán pocos obreros respondían a la bárbara discordancia de aquellas campanas, que repiqueteaban basta volver locos a los nerviosos y a los enfermos. Pocos salían de sus barrios o de sus viviendas malsanas, ahogadas, de las esquinas de las callejuelas, donde merodeaban, mirando displicentemente a los que acudían a la iglesia o a la cátedra evangelista, como si todo aquello fuese un asunto que en nada les concerniera. No eran solamente los extranjeros quienes observaban esto, porque existía en el mismo Villahulla una Asociación local, a cuyos miembros había que oír a cada sesión en la Cámara de los Comunes, reclamando a voz en cuello un acta del Parlamento, una ley, que obligara por la fuerza a que la gente

fuese piadosa. Luego venía la Sociedad de la Templanza, que se quejaba de que aquella misma gente se obstinara en empinar el codo; que demostraba, con informes estadísticos, que se amonaban, y que probaba hasta la evidencia, en las reuniones en las cuales no se bebía más que té, que ninguna consideración humana o divina —excepto una medalla de templanza— podría decidir a esas gentes a dejar de emborracharse. Luego venían el farmacéutico y el droguero, con otras estadísticas demostrativas de que, cuando no se embriagaban, tomaban opio.

Luego venía el probo del capellán de la cárcel: un hombre muy listo, a fe mía, con otros informes y datos a la vista, el cual demostraba que esas gentes se obstinaban en frecuentar ciertos innobles lugares, recatándose de los ojos del público, donde oían canciones muy libres y miraban bailes no muy honestos, en los cuales tenían la audacia a veces de figurar, y en donde un tal A, B, de veinticuatro años de edad, y condenado a dieciocho meses de presidio, según se decía —aunque no había ninguno digno de que se lo creyera—, allí había comenzado a perderse, y que estaba completamente seguro de que, en otro caso, hubiera sido un modelo de moralidad rigurosa. Luego llegaban el señor Gradgrind y el señor Bounderby que atravesaban en este momento Villahulla, ambos personajes eminentemente prácticos, los cuales podrían, en caso de necesidad, aportar más datos estadísticos resultantes de su experiencia personal, y confirmados por casos que habían conocido y visto, que aquellas mismas gentes eran una cuadrilla de pillos, un montón de mala hierba, señores, que nunca agradecerían lo que se hiciere por ellos, señores; que siempre estaban inquietos y a disgusto, señores; que nunca sabían lo que querían; que se alimentaban muy bien y compraban mantequilla fresca; que eran aficionados al café que exigían fuese de puro moka y rechazaban todo lo que no fuese carnes de primera calidad; que rehusaban todo manjar que no fuese de superior clase; y todavía estaban eternamente descontentos e indisciplinados, intratables. En resumen: la moral de estas gentes era la de la antigua canción de cuna:

Pasó una buena mujer
entre comer y beber
su vida, según se cuenta,
siempre comer y beber,
y nunca estuvo contenta.

Y, a la verdad, ¿no es singular que existiera alguna analogía entre el estado moral de la población de Villahulla y el de los hijos de Gradgrind?

Seguramente que ninguno de entre nosotros, por poco sentido común, que tenga y por poco que entienda de números, ignora en el momento actual que, desde hace veintenas de años, se ha dejado deliberadamente de tener en cuenta uno de los más esenciales elementos de educación de las clases obreras de Villahulla. ¿Es que no poseían una imaginación que clamaba y pedía a voces ser desarrollada sanamente, con provecho, en vez de luchar convulsivamente por desarrollarse? En razón directa de la duración y de la monotonía de su trabajo, sienten crecer en sí mismas el deseo de algún alivio físico, de algún esparcimiento que excite el buen humor y les de fuerzas para seguir adelante; de algún día festivo reconocido, aunque no fuera más que para danzar honestamente al son de una animada orquesta; de alguna empanada baratita —no hubiera sido seguramente el señor Mac Choakumchild el que hubiese metido sus manos en la masa— y estos deseos es preciso satisfacerlos razonablemente, porque de lo contrario, sin poder evitarlo, las cosas irían mal, del mismo modo que no se han podido suprimir las leyes de la Creación.

—Ese hombre vive en «Pod's End», y no sé a ciencia cierta por dónde cae «Pod's End» —dijo el señor Gradgrind—. ¿Dónde está eso, Bounderby?

El señor Bounderby sabía que «Pod's End» estaba situado en la parte baja de la ciudad, pero no sabía nada más. En consecuencia, se detuvieron un instante y exploraron en derredor.

Casi en el mismo instante torció la esquina de la calle, y llegó corriendo velozmente y con cara de susto, una niña, a la cual Gradgrind reconoció.

—¡Eh! —gritó—. ¡Alto! ¿Adónde va? ¡Alto!

La niña número veinte se detuvo, jadeando, e hizo una reverencia.

—¿Por qué anda usted corriendo por las calles de un modo tan inconveniente?

—Porque... porque me perseguían, señor, y quería huir—contestó la niña, jadeante.

—¿Perseguida? —exclamó el señor Gradgrind—. ¿Y quién la perseguía a usted?

Semejante pregunta recibió una súbita e imprevista respuesta en la persona del descolorido colegial llamado Bitzer, el cual dobló la esquina con tal rapidez e impetuosidad, no pensando hallar ningún obstáculo, en la acera, que vino a dar de narices contra la panza de Gradgrind y rebotó un buen trecho.

—¿Qué es eso, niño? —exclamó el señor Gradgrind—. ¿Qué hace usted? ¿Cómo se permite usted topar de ese modo contra... contra todo el mundo?

Bitzer recogió su gorra, que se había caído con el topetazo; luego retrocedió y, saludando, se disculpó diciendo que era un accidente casual.

—¿Era este niño quien la perseguía a usted, Jupe? —preguntó el señor Gradgrind.

—Sí, señor —respondió la niña, mal de grado.

—No, eso no es verdad, señor —exclamó Bitzer—: es que ella echó a correr de mi lado. Pero estas titiriteras no saben nunca lo que dicen, señor; todo el mundo lo sabe. Bien sabe que los titiriteros tienen fama de no saber nunca lo que dicen —añadió dirigiéndose a Celia—. También se sabe en la ciudad, con permiso del señor, que las titiriteras no conocen la tabla de multiplicar.

Bitzer intentó apaciguar al señor Bounderby por medio de esta acusación.

—¡Me ha asustado tanto con las caras raras que ponía! —dijo la niña.

—¡Oh! —exclamó Bitzer—. ¡Oh! ¡Otra que tal! ¡Titiritera habías de ser! Señor, ni siquiera la he mirado. Le he preguntado cómo se las compondría para definir un caballo, y me he brindado a decírselo otra vez, cuando ella, sin motivo alguno, ha echado a correr, y yo he corrido tras ella, señor, para enseñarle cómo debía contestar cuando le preguntasen. ¡No habrías podido decir mentiras como ésas si no hubieras sido una titiritera!

—¡Muy conocida puede ser su profesión entre los colegiales! —observó el señor Bounderby—. En menos de una semana habría usted tenido a la clase entera alrededor del circo, mirando a los saltimbanquis por debajo de la cortina.

—Empiezo a darle crédito —contestó su amigo—. Bitzer, media vuelta y a casita. Jupe, quédese aquí un momento. ¡Que vuelva yo a enterarme de que corre usted otra vez de este modo tan inconveniente, mocito, y sabrá usted de mí por conducto de su maestro! ¿Me comprende... Bitzer? ¡Largo de aquí!

El colegial dejó de guiñar los ojos, se los protegió de nuevo con la mano, miró de soslayo a Celia, giró sobre sus talones y se batió en retirada.

—Ahora, niña —dijo el señor Gradgrind—, llévenos a este señor y a mí hasta su padre; a su casa íbamos.—¿Qué lleva usted en esa botella?

—¿Aguardiente? —aventuró el señor Bounderby.

—¡Oh! No, señor; es una medicina que llaman los nueve aceites.

—¿Los qué...? —exclamó Bounderby.

—Los nueve aceites para dar una fricción a mi papá.

—¿Y por qué diablos su papá se frota con nueve aceites? —preguntó el señor Bounderby con una risa sorda y breve.

—Porque nuestra gente, señor, lo usa siempre cuando se hace daño en la pista —explicó la niña, mirando por encima del hombro para asegurarse de que su perseguidor se había ido—. A veces los pobres se dan batacazos muy malos.

—Bien empleado les está —dijo Bounderby—, por ejercer un oficio de vagos. La niña miró al señor Bounderby con sorpresa y horror a la vez.

—¡Por San Jorge! —exclamó el señor Bounderby—. Cuando yo tenía cuatro o cinco años menos que tú, tenía sobre mi cuerpo cardenales que diez aceites, veinte aceites, cuarenta aceites, no hubieran sido capaces de curar. Y no los tenía por hacer piruetas, sino porque me pegaban de lo lindo. Para mí no había cuerda floja que valga; yo bailaba en tierra firme, y era una cuerda la que me había bailar.

El señor Gradgrind, aunque bastante duro, de ninguna manera lo era tanto como el señor Bounderby. Su carácter no era desabrido para todas las cosas; hasta podría haber sido un hombre verdaderamente afectuoso, de no ser por un grave error de cálculo que cometiera años atrás, al hacer el balance de su carácter. Al bajar por una estrecha callejuela, preguntó con voz suave, que quería ser tranquilizadora:

—¿Y esto es «Pod's End»? ¿Eh, Jupe?

—Esto es, señor. Y con permiso de usted, allí tiene la casa.

Se detuvo, ya entre dos luces, ante la puerta de una taberna mísera, iluminada en su interior con luces raquíticas y rojas. Cualquiera hubiera dicho que aquel sucio y mísero chiribitil era a propósito para beber y embriagarse; tal era su repugnante aspecto.

—Sólo hay que atravesar la sala principal, señor —dijo Celia— y subir la escalera, si es que a usted no le importa. Y aguarde allí un momentito a que vaya por una vela. Y si es que oye ladrar a un perro, no tema nada, señor, pues es «Patasalegres», que ladra, pero no muerde.

—¡«Patasalegres» y nueve aceites!, ¿eh? —dijo el señor Bounderby, entrando el último, con su risita metálica—. ¡Muy lindo para quien ha sabido, por su propio esfuerzo, sin ayuda da nadie, crearse la posición que hoy ocupa, hacerse un hombre!

CAPÍTULO VI. EL CIRCO ECUESTRE DE SLEARY

La taberna en cuestión ostentaba el nombra de «Las armas de Pegaso». Mejor hubiera sido que se llamara «Los brazos de Pegaso»; pero el caso es que, encima del caballo alado del rótulo se leía en caracteres romanos: «Las armas de Pegaso». Más abajo aún, en una ondulante banda, el pintor había trazado con ligera mano su cuarteta, que, seguramente, no estaba redactada según las más exactas reglas de la poesía:

«Buena cebada hace buena cerveza;
entrad; la nuestra es excelente
bebed un vaso del añejo vino,
de cerveza, de ron o de aguardiente.»

En un marco, colgado de la pared, detrás del menguado y oscuro mostrador, había otro Pegaso, un Pegaso teatral, con alas de verdadera gasa, con un cuerpo salpicado de estrellas de papel dorado, y su arnés, vaporoso, hecho de seda encarnada.

Como en el interior de la taberna había oscurecido demasiado para distinguir la enseña, y como había poca claridad en la calle para distinguir el rótulo, el señor Gradgrind y el señor Bounderby no se sintieron ofendidos por aquellas idealizaciones. Subieron tras la niña, sin encontrar alma viviente, y se detuvieron en la oscuridad mientras Celia iba a buscar una vela. A cada momento esperaban oír ladrar a «Patasalegres», pero cuando apareció la niña trayendo la vela, el célebre perro amaestrado no había aún dicho esta boca es mía.

—Papá no está en nuestro cuarto, señores —dijo la niña con un gesto del profunda sorpresa—. Pero si quieren pasar, no tardaré en encontrarle.

El señor Gradgrind y el señor Bounderby penetraron en el cuarto, y después de ofrecerles dos sillas, Celia se alejó con paso breve y ligero. Era un pobre cuarto, miserablemente amueblado, con una cama. El gorro blanco, adornado con dos plumas de pavo real y con una peluca en forma de cola, con cuyo gorro, el signor Jupe había ejecutado aquella misma tarde su variado repertorio de «ingenuos donaires y agudezas shakesperianos», estaba col-

gado de un clavo; pero por ninguna otra parte se veían más prendas de su traje de payaso ni rastros del payaso mismo.

En cuanto a «Patasalegres», el respetable antepasado de este sapientísimo animal, que debió de ir a bordo del arca de Noé, tal vez se quedó fuera accidentalmente, porque en la posada de «Las armas de Pegaso», muda en este punto, no daba ninguna prueba de lo contrario, porque nada en absoluto revelaba a la vista ni al oído la existencia de un perro.

El señor Gradgrind y el señor Bounderby oyeron que se abrían y cerraban puertas en el piso superior, según Celia iba de un cuarto a otro en busca de su padre, y pronto escucharon expresiones de sorpresa. Al fin, Celia volvió a bajar precipitadamente la escalera y, penetrando en la habitación, abrió una vieja maleta de cuero, desguarnecida y apolillada; la encontró vacía, y miró en derredor, cruzadas las manos y la cara llena de espanto.

—Mi padre debe de haber regresado a la barraca, señor. No sé lo que hará allí, pero allí debe de estar; volveré con él en seguida.

Partió a escape, sin nada en la cabeza, flotando al viento su larga y negra cabellera infantil.

—¿Ha perdido esa niña la cabeza? —exclamó el señor Gradgrind—. ¡En seguida! ¡Pero si hay más de media milla de aquí al circo!

Antes de que el señor Bounderby hubiese tenido tiempo de contestar, un joven apareció en la puerta, y presentándose con esta frase: «Con vuestro permiso, señores», entró, metidas las manos en los bolsillos. Su rostro pálido y flaco, recién afeitado, estaba sombreado por una profusión de cabellos negros que le circundaban la cabeza, con la raya en medio. Sus piernas eran muy robustas, pero más cortas de lo que conviene a piernas bien proporcionadas. Si sus piernas eran demasiado cortas, en cambio su pecho y sus hombros eran demasiado anchos. Llevaba un traje a lo Newmarket, esto es, pantalón ancho, y una chalina alrededor del cuello; olía a aceite de quinqué, a paja, a cáscaras de naranja, a forraje de los caballos y a aserrín, y tenía el aire de una especie de monstruoso centauro, híbrido del teatro y de la cuadra. Nadie hubiera podido decir con certeza dónde comenzaba el hombre o dónde acababa el caballo. Este individuo estaba designado en los carteles del día bajo el nombre del E. W. B. Childers, tan justamente celebrado por su prodigioso salto en su papel de cazador salvaje de las praderas norteamericanas, en cuyo popular ejercicio un muchacho de talla pequeña y cara de viejo, que le acompañaba en tales momentos, representaba ser su hijo de corta edad, quien estaba condenado a ser llevado por su padre, sobre cuyos hombros reclinaba su cabeza,

y el cual, ora con un solo pie, o bien galopando, sostenía al muchacho apoyando éste la cabeza en la mano de aquél y teniendo las piernas al aire, según costumbre, algo violenta, de los cazadores salvajes, que siendo padres quieren testimoniar cariño a su primogénito. Adornado con postizos bucles, guirnaldas, alas, albayalde y carmín, aquel chiquillo, de porvenir risueño, se convertía en un gracioso Cupido que hacía las delicias del público; pero en la intimidad, donde se distinguía por su traje, muy serio para su edad, y por una voz extremadamente ronca, transcendía a hipódromo.

—Permítanme, señores —dijo el señor E. W. B. Childers, recorriendo la habitación con la vista—. Creo que son ustedes los que deseaban ver a Jupe.

—Nosotros somos —dijo el señor Gradgrind—. Su hija ha ido a buscarlo, pero no puedo aguardar más; así que, si hace usted el favor, le daré a usted un recado para él.

—Ya ve usted, amigo mío —intervino el señor Bounderby—, somos de esas personas que conocen el valor del tiempo, y usted es de aquellas que no saben lo que el tiempo vale.

—No tengo —contestó Childers, después de mirar al señor Bounderby de pies a cabeza— el honor de conocerles; pero si quiere usted decir que puede ganar más dinero con el empleo que hace de su tiempo, que yo con el mío, creo que está usted en lo cierto, a juzgar por su apariencia.

—Y creo que cuando ustedes hacen dinero, lo ahorran demasiado —dijo Cupido.

—Kydderminster, punto en boca —dijo el señor Childers.

El maestro Kydderminster, tal era el nombre de pila de Cupido.

—¿Y por qué viene a burlarse de nosotros? —gritó el maestro Kydderminster, dando prueba de un temperamento muy irritable—. Si quiere usted reírse de nosotros, pase usted a la taquilla y lo conseguirá.

—Kydderminster —dijo el señor Childers, alzando la voz—: punto en boca.

—Y dirigiéndose al señor Gradgrind, añadió—: Señor, a usted me dirigía. Tal vez sepa usted, o tal vez no lo sepa, porque no haya estado a menudo entre nuestro público, que Jupe, de algún tiempo a esta parte, hacía pifias en casi todos los ejercicios.

—¿Hacía... qué? —preguntó el señor Gradgrind, implorando con la vista la ayuda del todopoderoso Bounderby.

—Hacía pifias.

—La última noche —continuó el maestro Kydderminster— no consiguió saltar por el trampolín. Hizo mal el ejercicio de las banderas, y fracasó también en las planchas.

—Es decir, que no hizo lo que debía. Estuvo torpe en los brincos y desafortunado en las caídas —explicó el señor Childers.

—¡Oh! —dijo el señor Gradgrind—. ¿Y esas son las pifias?

—Efectivamente: pifias, es la frase general —respondió el señor E. W. B. Childers.

—Nueve aceites, «Patasalegres», hacer pifias, trampolines, banderas, planchas, ¿eh? —exclamó Bounderby con su risita metálica—. ¡Ruín compañía para uno que ha sabido encumbrarse y hacerse todo un hombre!

—Pues baje usted un poco —saltó Cupido—. ¡Buen Dios! Si se ha elevado tan alto como dice, haga un esfuerzo y baje un poquito, se lo suplico.

—¡Qué muchacho más antipático! —exclamó el señor Gradgrind, volviéndose hacia él y frunciendo el ceño.

—Hubiéramos invitado a un muchacho bien educado, del gran mundo, para recibir a ustedes, si nos hubiesen anunciado su visita —replicó el maestro Kydderminster, sin dejarse intimidar—. ¡Qué desgracia que se le haya olvidado hacerse anunciar, cual función escogida, toda vez que es tan difícil el poderlo contentar! ¡Qué lástima que no se le encargue a usted de un ejercicio, siendo tan raro! En la cuerda, floja, ¿no?

—¿Qué quiere decir este miserable joven, con cuerda floja? —preguntó el señor Gradgrind, mirándole con una especie de desesperación.

—¡Vamos! ¡Sal de aquí! —dijo el señor Childers, empujando a su joven amigo fuera de la habitación, que recordaba la pantomima de «Las Praderas americanas»—. La cuerda floja o el alambre, igual da, es tan sólo una cuerda tirante, una cuerda rígida. ¿Iba usted a darme un recado para Jupe?

—Sí.

—Pues en este caso —replicó vivamente el señor Childers—, creo que no lo recibiré jamás. ¿Le conoce usted mucho?

—En toda mi vida he visto a ese hombre.

—Y empiezo a creer que nunca lo verá ya. La cosa me parece bastante clara.

—¿Cree usted, pues, que ha abandonado a su hija?

—Eso es lo que creo —contestó el señor Childers con una señal de asentimiento—. Que ha tomado las de Villadiego. Anteanoche le silbaron, anoche le silbaron, y hoy le han vuelto a silbar. Desde hace tiempo le han silbado una y otra vez, y no pudo aguantarlo más.

—¿Y por qué... le han silbado tanto? —preguntó el señor Gradgrind, articulando las palabras con mucha solemnidad y asco.

—Porque comienza a enmohecerse, porque empieza a enmohecerse —explicó Childers—. Aún tiene sus ribetes de saltimbanqui, pero ya no puede ganarse con eso la vida.

—¡Saltimbanqui! —repitió Bounderby—. ¡Ya empezamos de nuevo!

—Un charlatán, si el señor lo prefiere —dijo el señor E. W. B. Childers, lanzando desdeñosamente por encima del hombro esta explicación y sacudiendo su larga cabellera, que se agitó toda—. Por lo demás, es notorio que a ese hombre le dolía mucho más que su hija supiera que le habían silbado, que el hecho de haber cometido la pifia.

—¡Bueno! —interrumpió el señor Bounderby—. ¡Esto sí que es singular, Gradgrind; un hombre amante de su hija, que huye de ella; esto está endemoniadamente bien! ¡Ah, ah! Le diré a usted mocito: yo no he ocupado siempre una posición como la actual. Sé lo que son esas cosas, pues veo mucho más lejos de lo que alcanza mi nariz. Tal vez se extrañe usted al oírlo, pero también mi madre me plantó.

E. W. B. Childers replicó irónicamente que no le extrañaba en absoluto oírlo.

—Perfectamente —dijo Bounderby—. Yo he nacido en el arroyo y mi madre me abandonó. ¿Es que la disculpo? No. ¿La he disculpado nunca? Tampoco. ¿Qué nombre le daré por su conducta? La llamaré, probablemente, la mujer más mala e indigna que ha vivido en el mundo, a excepción de la borrachina de mi abuela. No conozco la sombra del orgullo de familia ni ninguna de esas bárbaras imaginaciones sentimentales. Yo llamo al pan, pan, y al vino, vino, y puedo llamar a la madre de Josué Bounderby de Villahulla, sin temor ni reparo, lo que la llamaría si hubiera sido la madre de Pedro, Juan, Francisco, etcétera. Lo mismo digo de ese hombre: es un desertor, un ruin y un vagabundo. Esto es lo que es, hablando en plata.

—Me es igual que lo sea o deje de serlo —repuso el señor E. W. B. Childers, encarándose con él—. Estoy diciendo a su amigo lo que ha pasado; si usted no quiere oírlo, puede usted largarse de aquí con viento fresco. Está usted hablando de más; así que por lo menos lárguese a su propia casa. Porque usted tendrá una casa, sin duda.

—Puede que sí — replicó el señor Bounderby, riendo y haciendo sonar su dinero.

—Entonces suelte usted allí la sin hueso —dijo Childers.—, porque ésta no es una de las casas más sólidas y puede venirse abajo.

Mirando al señor Bounderby nuevamente de pies a cabeza, como a un hombre a quien se ha juzgado definitivamente, se volvió hacia el señor Gradgrind, y le dijo:

—No hace una hora que Jupe mandó salir a su hija con un recado, y entonces le vieron salir también, furtivamente, con el sombrero calado hasta los ojos y un lío hecho con el pañuelo colgado del brazo. Sin embargo, la niña no querrá creer jamás que su padre haya huido dejándola abandonada.

—Permita usted —dijo el señor Gradgrind—; ¿por qué no querrá creerlo jamás?

—Porque los dos eran un solo ser y jamás se separaban. Hasta este día parecía adorarla —explicó Childers, y avanzó un paso para examinar la maleta abandonada.

El señor Childers y el maestro Kydderminster comenzaron a pasear de un modo excéntrico, con las piernas más separadas que la generalidad de las personas, como si se creyeran todavía sobre la silla de montar. Este modo de andar era común a todos los miembros varones de la compañía Sleary, y daba a entender que se pasaban la vida a caballo.

—¡Pobre Celia! ¡Mejor habría sido que la hubiesen dedicado a algún arte u oficio! —dijo Childers, imprimiendo a su cabellera una nueva sacudida, una vez terminada la inspección de la maleta vacía—. Al menos, tendría algo con qué vivir.

—Semejantes sentimientos le hacen honor, sobre todo teniendo en consideración que usted nunca ha aprendido tampoco un oficio —aprobó el señor Gradgrind.

—¿Que no he aprendido un oficio? Lo aprendí cuando tenía siete años.

—¡Oh! ¿De veras? —dijo el señor Gradgrind, arrepintiéndose de la buena opinión que acababa de omitir—. No podía sospechar que hubiese jóvenes con el prurito de aprender semejantes...

—Vagancias —terció el señor Bounderby riendo estrepitosamente—. ¡Ni yo, por los clavos de Cristo!

—Su padre —prosiguió Childers, mostrando a las claras que no hacía el menor caso de Bounderby— tenía siempre metido en la cabeza que Celia

recibiese una esmerada educación y aprendiera todas las cosas, y muchas más. ¿Cómo se le ocurrió semejante idea? No puedo decirlo; solamente sé que ella nunca salía. La ha estado empapando de lecturas por aquí, escrituras por allá... y de cálculos aritméticos a todo pasto, durante los últimos siete años.

El señor Childers sacó una mano de su bolsillo, se acarició la cara y la barbilla y contempló al señor Gradgrind con un aire de mucha duda y leve esperanza. Desde las primeras de cambio había intentado congraciarse con aquel personaje, para que cuidase de la niña abandonada.

—Cuando Celia fue admitida en el colegio —continuó—, su padre estaba alegre como Polichinela. Por mi parte, confieso que no comprendía por qué, puesto que no permanecemos nunca en un mismo sitio, y vamos de aquí para allá sin rumbo, como aves de paso. Supongo que tramaba esto en su majín. Siempre fue medio loco; pensaba que su hija encontraría colocación. Si por casualidad hubiese usted venido esta tarde para anunciarle que deseaba prestar algún servicio a su hija —dijo el señor Childers acariciándose el rostro de nuevo y reiterando su mirada—, se habría reputado por muy dichoso... Habría sido muy afortunada y oportuna cosa; muy afortunada y oportuna.

—Por el contrario —replicó el señor Gradgrind—, venía a decirle que las relaciones de la niña, su hija, hacían poco grata su presencia en la escuela, y que, por lo tanto, se abstudiese de acudir a ella. Sin embargo, si su padre la ha abandonado realmente, sin que ella tenga parte en el asunto... Boun-derby, déjeme que le diga una palabra.

Al oír esto, el señor Childers se retiró cortésmente con su andar ecuestre al pasillo, donde quedó sobándose la cara y silbando suavemente, entre dientes. Mientras pasaba de este modo el tiempo, llegaban a sus oídos algunas frases dichas por el señor Boun-derby, tales como: «No, le digo a usted que no. De ninguna manera». Mientras que al señor Gradgrind se le oía decir, en tono más bajo, estas palabras: «Pero aunque sólo sea para que sirva de ejemplo a Luisa de a qué extremos conduce este género de ocupación que le ha despertado una curiosidad tan vulgar. Piense en ello, Boun-derby; véalo desde este punto de vista».

Mientras tenía lugar esta escena, los diversos miembros de la compañía de Sleary descendieron uno por uno de los pisos superiores, donde estaban alojados, y se reunieron en el pasillo, hablando en voz baja unos con otros y con el señor Childers, donde pasaron con él a la habitación. Había entre esta comitiva dos o tres muchachas muy lindas, con sus respectivos maridos y sus respectivas madres, y sus ocho o nueve chiquillos, que servían,

cuando se presentaba la ocasión, para representar la pantomima mágica. El padre de una de aquellas familias estaba acostumbrado a sostener en la punta de una larga pértiga al padre de otra de aquellas familias; el padre de la tercera familia formaba con frecuencia con los otros dos padres una pirámide, en la que el maestro Kydderminster era la cúspide, y él la base; todos los cabezas de familia sabían bailar sobre toneles rodantes, andar sobre botellas, ejecutar juegos malabares con pelotas y cuchillos, hacer rodar platillos, montarse a caballo sobre Dios sabe qué, saltar por encima de todo sin tropezar en nada. Todas las madres de familia sabían bailar perfectamente sobre un hilo de alambre o en la cuerda tirante, y ejecutar ejercicios sobre un caballo sin silla; ninguna de ellas tenía el menor reparo por exhibir las piernas, y una de ellas, a solas en un carro griego, conducía, con largas riendas, un tronco de seis caballos en todas las poblaciones que visitaban. Todos ellos se esforzaban en aparecer como malos sujetos; sus trajes particulares no eran muy cuidados; sus arreglos domésticos no eran de los más metódicos, dejaban mucho que desear; y la literatura combinada de toda aquella compañía no hubiera producido más que alguna carta mal redactada, sobre algún asunto insignificante. Y aun así, existía entre aquellas gentes un gran fondo de ternura y de ingenuidad, una especial ineptitud para todo género de intrigas y una inefable solicitud para ayudarse y consolarse unos a otros; cualidad que merecía quizá tanto respeto, y por lo menos tanta indulgencia, como las cotidianas virtudes de cualquier otra clase de sociedad.

El señor Sleary fue el último que se presentó. Era este un hombre gordo, como ya se ha dicho, que tenía una de los ojos fijo y el otro errante; una voz, si puede llamarse así, como los esfuerzos que haría para hacer sonar un par de campanas viejas y resquebrajadas; una carota fofa, sin expresión, y una cabeza destornillada, llena de confusas ideas, que nunca estaba ni regulada por la templanza ni por la embriaguez.

—¡Señora! —dijo el señor Sleary, que padecía de asma, que apenas le permitía pronunciar las letras, especialmente la "s"—. ¡Servidor de usted! ¡He aquí un asunto muy desagradable! ¿Ya sabe que mi payaso y su perro han tomado las de Villadiego?

Se había dirigido al señor Gradgrind, quien respondió:

—Sí.

—Pues bien, señor —prosiguió Sleary, quitándose el sombrero y frotando la badana con un pañuelo de bolsillo que guardaba para esta operación—. ¿Tiene usted la intención de hacer algo en favor de esta pobre criatura?

—Haré una proposición tan luego como regrese —contestó el señor Gradgrind.

—Me alegro, caballero. No crea que yo desee desembarazarme de la mencionada niña, pero tampoco puedo ni debo ser obstáculo al bien que se le puede hacer. Sólo deseo tenerla a mi lado para que aprenda su arte, aunque ya tiene bastantes años. Mi voz está un poco cascada, señor, y los que no tienen costumbre de escucharme no me entienden bien; pero si usted hubiese estado expuesto como yo a los repentinos cambios de temperatura, pasando bruscamente del frío al calor y del calor al frío, cosa que sucede a menudo en el circo, seguramente que su voz no se hubiese conservado mejor que la mía.

—No digo que no — repuso el señor Gradgrind.

—¿Qué quiere usted tomar mientras espera? ¿Quiere usted jerez? Pida lo que quiera —dijo el señor Sleary con solicitud hospitalaria.

—Gracias, no acostumbro a tomar nada —replicó el señor Gradgrind.

—No diga eso, caballero; su amigo no puede usted rehusar. Y si no ha comido usted aún, ¿quiere un vaso de ajenjo?

En este momento su hija Josefina —una preciosa rubia, de unos dieciocho abries, que a la edad de dos años ya había sido colocada, amarrada, encima del caballo, y que a los doce había hecho ya su testamento, que llevaba siempre consigo, donde expresaba el deseo de que el día de su entierro la condujeran a la tumba los dos ponis grises— exclamó:

—¡Chist, padre, ya ha vuelto!

En efecto, entró en la habitación Celia Jupe, corriendo, igual que cuando se fue. Y cuando los vio a todos reunidos y leyó en sus miradas, y vio que no estaba con ellos su padre, rompió en un grito desgarrador y fue a refugiarse en el regazo de una mujer de un talento notable en el arte de la cuerda floja, que se hallaba encinta, y que se arrodilló en el suelo para poder acariciar mejor a su tierna camarada y llorar con ella.

—¡Esto es una vergüenza, una infamia, a fe mía! —exclamó Sleary.

—¡Oh!, padre mío, mi padre querido, ¿adónde has ido? ¡Te has ido, creyendo hacerme un bien, lo sé! ¡Has huido por hacerme un favor, estoy segura! ¡Qué desgraciado serás, qué abandonado te sentirás sin mí, pobre padre, hasta que vuelvas!

Causó tanta emoción oírla repetir estas lastimeras frases, con la cara hacia el cielo y los brazos tendidos, como si intentara detener la sombra del

ausente y abrazarla, que nadie pronunció una palabra, hasta que el señor Bounderby, con más impaciencia, tomó cartas en el asunto.

—Vamos, buena gente —dijo—, estamos perdiendo miserablemente el tiempo. Es preciso que la niña sepa el hecho. Que lo sepa por mi, si les parece, que a mí también me dejaron abandonado. Ven acá... ¿Cómo se llama..? Tu padre ha huido, te ha abandonado, y no debes esperar volver a verlo en toda tu vida.

Aquellas gentes se ocupaban tan poco de los hechos escuetos, y estaban en tal estado de desesperación sobre este particular, que en vez de impresionarse favorablemente por el sentido común del orador, se indignaron. Los hombres murmuraron: «¡Qué sinvergüenza!», y las mujeres: «¡Bruto!», y Sleary hubo de apresurarse a comunicar aparte a Bounderby la siguiente advertencia:

—Hablemos francamente, señor: soy de opinión que hará usted muy bien en rectificar. Esta gente, mi gente, es muy buena, pero están todos muy acostumbrados a ser muy ágiles en sus movimientos, y de no seguir usted mi consejo, que me condene Dios si no creo que lo tirarán a usted por la ventana.

Esta insinuación contundente calmó el ardor del señor Bounderby, y el señor Gradgrind puso fin a su dictamen eminentemente práctico del asunto.

—No es ésta la ocasión —dijo— para hablar si se debe o no se debe esperar que vuelva esa persona alguna vez. El hecho es que ha huido, y por ahora no es de esperar que vuelva. Creo que todos estarán de acuerdo con esto.

—De acuerdo, señor. ¡Hasta la saciedad! ¡No se mueva de este terreno!
—dijo Sleary.

—Prosigo. Yo, que he venido para anunciar al padre de esta pobre chica que no se la podía seguir admitiendo en el colegio, a causa de diversas consideraciones prácticas, que no tengo necesidad de analizar, respecto a la admisión de los hijos de las personas que ejercen ciertos oficios, estoy dispuesto, visto el cambio de circunstancias, a hacer una proposición. No tengo inconveniente en encargarme de ti, Jupe; de educarte y atenderte en todo cuanto sea preciso. La única condición que exijo, aparte de tu buena conducta, es que decidas en este momento si quieres acompañarme o quedarte aquí. Además, caso de que quieras acompañarme, se sobreentiende que no volverás a relacionarte con tus amigos aquí presentes. Estas condiciones son un sucinto resumen del caso.

—Al mismo tiempo —dijo Sleary— preciso es que yo diga unas palabras, caballero, y así podrá verse el anverso y el reverso de la medalla. Cecilia, si quieres ser mi alumna, ya sabes qué clase de trabajo es, y ya conoces a tus compañeros. Emma Gordon, en cuyo seno reposas en este preciso momento, será una madre para ti, y Josefina será como una hermana. No pretendo ser un serafín, y no digo que, cuando te equivocases, no te dejaría de decir palabrotas, ni de prorrumpir algunos juramentos. Pero lo que si puedo asegurarle, señor, es que, en mis ratos de buen o mal humor, jamás he maltratado a mis caballos, sino sólo les he llamado cosas feas, y menos a mis años, iba a maltratar a una señorita. Nunca brilló por la elocuencia, señor. Y he dicho.

La última parte de este discurso se dirigía al señor Gradgrind, el cual lo escuchó inclinando la cabeza con un aire lleno de gravedad, y luego replicó:

—La única observación que he de hacerte, Jupe, a fin de influir en tu decisión, es que una buena educación práctica es una cosa muy recomendable, lo que, según se me ha dicho, tu padre comprendió perfectamente en lo que a ti respecta.

Estas últimas palabras ejercieron sobre la niña una impresión visible, y, cuando cesó en sus violentos sollozos, se apartó un poco de Emma Gordon y miró al señor Gradgrind. Toda la compañía se asombró del súbito cambio, y exhalaban juntos un gran suspiro, que quería decir sencillamente:

—¡Irá!

—Obra con completa conciencia de tu espíritu, Jupe —advirtió el señor Gradgrind—. No digo más. ¡Ten completa conciencia de tus decisiones!

—Cuando vuelva mi padre —exclamó la niña, arrasada en lágrimas de nuevo, tras un minuto de silencio—, ¿cómo podrá encontrarme, si me voy?

—Puedes estar completamente tranquila —dijo el señor Gradgrind con la mayor calma, y laboraba en aquel asunto como quien realiza una suma—. Puedes estar totalmente tranquila, Jupe, sobre ese particular. Porque si llegaba ese caso, presumo que tu padre lo primero que haría sería ir a verse con este señor...

—Sleary. Ese es mi nombre, Sleary. Y no tengo por qué avergonzarme de él. Es conocido en toda Inglaterra, por haber pagado siempre por todas partes donde he ido.

—Tu padre empezaría por buscar al señor Sleary, que le diría entonces dónde estás. Yo no tendría derecho alguno para retenerte contra la volun-

tad de tu padre, y él no tendría ninguna dificultad para encontrar a don Tomás Gradgrind de Villahulla. Soy bastante conocido.

—Bastante conocido —asintió Sleary, haciendo girar su ojo móvil—. Usted es uno de esos que guardan en su casa la mar de dinero... y uno de esos que me impiden ganarlo... Pero no se trata de eso, en este momento.

Hubo durante algunos momentos un sepulcral silencio, y luego Celia exclamó, llorando y tapándose el rostro con las manos:

—¡Oh, dadme mi ropa, dadme mi ropa, y dejadme ir antes de que mi corazón se me parta!

Las mujeres recogieron, con tristeza, las ropas de su tierna camarada, cosa que hicieron pronto, porque éstas no eran muchas, y las colocaron en un cesto que solían llevar en los equipajes. Celia, sentada en el suelo, seguía sollozando y tapándose los ojos. El señor Gradgrind y su amigo Bounderby, de pie junto a la puerta, se disponían a partir.

El señor Sleary estaba en el centro de la habitación, rodeado por los varones de su compañía, ni más ni menos que si estuviera en el centro de la pista durante el ejercicio de su hija Josefina. No le faltaba más que la fusta.

Preparado en silencio el cesto, arreglaron a Celia el desorden de su cabello, y le pusieron una gorrita. Luego se agruparon en torno de ella; la abrazaron y besaron y la hicieron mil caricias. Se hizo entrar a todos los chiquillos para que la despidieran. ¡Oh! Buenas mujeres todas, muy sencillas y tal vez tontas; pero ¡qué buen corazón!

—Ahora, Jupe —dijo el señor Gradgrind—, si está completamente decidida, vámonos.

Pero ella tenía que despedirse aún de los varones de la compañía, y cada uno de ellos hubo de abrir los brazos —porque cuando estaban junto a Sleary adoptaban todos una actitud profesional— y le dieron un beso de despedida... a excepción del maestro Kydderminster, en cuyo temperamento, aparte de la juventud no estaba exento de una gran dosis de misantropía, y del cual nadie ignoraba que abrigaba ciertos proyectos matrimoniales; en consecuencia, apartóse a un lado con malhumor. El señor Sleary se reservó para ser el último; era el destinado a completar el cuadro. Separando los brazos la cogió de las manos y quiso hacerla saltar del modo que los profesores de equitación felicitan a una amazona después de un ágil y brillante ejercicio; pero no encontró ninguna elasticidad en Celia, la cual permaneció inmóvil y sollozando.

—¡Adiós, querida! —dijo Sleary—. Espero que harás fortuna, y apuesto a que ninguno de tus pobres camaradas te importunará entonces. Bien

hubiera querido que tu padre no se hubiese llevado el perro. Es un grave inconveniente que el perro no figure en el cartel. Pero, bien mirado, «Pata-salegres» no hubiera sabido trabajar sin su domesticador; así que, después de todo, es lo mismo.

Y miró atentamente en los ojos a Celia, con el suyo fijo, mientras que con el movable vigilaba a su compañía; besó a la chiquilla y la condujo de la mano, como si la fuese a presentar en un caballo, hasta el señor Gradgrind.

—Aquí la tiene, señor —dijo examinándola con su mirada profesional, como si acabara de hacerla montar en la silla—. Ella hará honor a usted... ¡Adiós, Cecilia!

—¡Adiós, Cecilia! ¡Adiós, Cecilia! ¡Dios te bendiga, querida! —dijeron diversas voces en toda la habitación.

Pero el profesor de equitación había observado que Celia estrechaba contra su pecho la botellita de los nueve aceites y se interpuso, diciendo:

—¡Querida, deja la botella; es un engorro, no te servirá ya para nada...! ¡Dámela!

—¡No, no! —exclamó Cecilia con acento de dolor—. ¡Oh, no! Quiero guardarla para mi padre, pues la necesitará cuando vuelva, y seguro que no pensaba en marcharse cuando me mandó a buscarla. ¡Tengo que guardarla, si usted lo permite!

—Sea así. Ya lo ve usted, señor —dijo Sleary—. ¡Ve con Dios, Cecilia! Que mis últimas palabras para ti sean éstas: no faltes a los términos de este compromiso: obedece al señor y olvídanos. Pero si, cuando seas mayor, y estés casada, y seas rica, encuentras por casualidad algún artista de circo, no seas exigente, no seas orgullosa con él; mándale hacer un ejercicio, si puedes, y piensa que podrías tú hacerlo peor. Es preciso, señor, que el mundo se divierta de un modo u otro —continuó Sleary—, y es sabido que no siempre puede uno trabajar, ni tampoco enseñar o instruir. Hay que tomarnos en el buen sentido, no en el malo. Comprendo que toda mi vida la he pasado domando caballos; pero me parece que queda explicada mi filosofía cuando le digo: ¡Caballero, aproveche lo que tengamos de bueno; no se fije sólo en lo malo!

Esta lección de filosofía slearyana fue dada desde lo alto de la escalera a los dos amigos que bajaban por ella, y el ojo fijo del filósofo, lo mismo que el otro movedizo, pronto perdieron de vista a los tres personajes y a la cesta, que desaparecieron en la oscuridad de la calle.

CAPÍTULO VII. LA SEÑORA SPARSIT

Como el señor Bounderby era soltero, tenía en su compañía a una señora, más que madura, que por una retribución anual dirigía el manejo de la casa. Se llamaba la señora Sparsit, y era un personaje muy distinguido entre los que estaban a las órdenes del señor Bounderby, que como en una carroza triunfal paseaba su orgullo cual un fanfarrón de la humildad.

Porque la señora Sparsit no solamente había visto días mejores, sino que, además, estaba emparentada con familias distinguidas, puesto que tenía una tía, que vivía aún, llamada lady Scadgers.

El difunto señor Sparsit, al decir de su viuda la señora Sparsit, descendía, por parte de su madre, de la línea de los Powler, es decir, que era «un Powler».

Acontecía a menudo que la gente extraña, de limitada instrucción y corta inteligencia, daba a entender que no sabía lo que era un Powler, y había quienes dudaban de si sería una profesión, o un partido político, o una secta religiosa. Sin embargo, las inteligencias más cultivadas no necesitaban informarse de que los Powler descendían de una línea familiar remotísima, cuyos representantes iban tan lejos a buscarla, que a veces se perdían en el camino; cosa que les acaeció con cierta frecuencia, gracias a negocios desdichados, préstamos con usureros o bancarrotas.

El último Sparsit, Powler por parte de su madre, se había casado con la señora en cuestión, que descendía, por parte de padre, de un Scadgers. Lady Scadgers, mujer anciana, enormemente gruesa, con un apetito atroz para comer carne y con una pierna misteriosa, que desde hacía catorce años se negaba a salir del lecho, había arreglado aquel matrimonio en la época en que Sparsit fue declarado mayor de edad, y se distinguía por tener un cuerpo muy flaco, apenas sostenido por dos piernas enclenques y temblonas, y rematado por una cabeza que no merece la pena siquiera de describirse. Había heredado de su tío una bonita fortuna, que guardó hasta la mayoría de edad sin tocar un céntimo, y que inmediatamente después gastó con prontitud. Así, pues, cuando murió, a la edad de veinticuatro años —la escena pasa en Calais; la enfermedad es la ginebra —dejó a su viuda, de la cual se había separado poco tiempo después de la luna de

miel, en un estado de fortuna bastante precario. Esta desconsolada dama, que tenía quince años más que él, no tardó en reñir con lady Scadgers, ya su única pariente, y parte por mortificar a la gran señora, parte por procurarse un medio de vida, se dedicó a servir, a cambio de un salario. Y hela aquí, en su vejez, con su nariz a lo Coroliano y sus espesas cejas negras, que habían cautivado al señor Sparsit; hela aquí haciendo té al señor Bounderby, que se dispone a desayunar.

Si Bounderby hubiese sido un conquistador, y la señora Sparsit una princesa cautiva, con la que hiciera pareja en un desfile, no la trataría con más circunloquios de los que habitualmente empleaba con ella. Tanto como por vanidad despreciaba su propio origen, tanto esa misma vanidad le impulsaba a exaltar el de la señora Sparsit. Lo mismo que no quería admitir que en su juventud hubiera habido una sola circunstancia feliz, asimismo se complacía en ensalzar la juventud de la señora Sparsit con una aureola de solicitudes y en echar sobre el pasado camino de la dama carretadas de tempranas rosas.

—Y a pesar de todo, señor —tenía costumbre de decir—, ¿a qué ha llegado a la postre? Pues a que esté, por un centenar de libras al año, —le doy cien libras, lo que tiene la gentileza de encontrar muy generoso— como ama de llaves de Josué Bounderby de Villahulla.

Sí; ponía de relieve este contraste tan vivamente, que lo esgrimía a cada momento, como un arma, con extraordinario vigor. Uno de los rasgos más exasperantes del carácter de Bounderby era no solamente que cantara sus propias alabanzas, sino que estimulaba a los demás para que repitiesen el eco de ellas. Era una infección moral de autobombo. Personas extrañas, que en otras ocasiones se las tenía por un tanto discretas, se levantaban al final de algún banquete en Villahulla, y ensalzaban hasta las nubes a Bounderby. Encontraban en él los símbolos de la realeza, la bandera nacional, la Gran Carta, John Bull, el Habeas Corpus, los Derechos del Hombre, la razón del proverbio «La casa de un hombre es una fortaleza», la viva representación de la Iglesia y del Estado, el himno patrio... todo ello lo reunía, en amalgama, el señor Bounderby. Y tantas veces como uno de aquellos oradores —lo que sucedía muy a menudo— citaba en su perorata:

«Príncipes y lores, se ven de alto caer,
un soplo que los hace los puede deshacer»

el auditorio quedaba más o menos convencido de que se trataba de la señora Sparsit.

—Señor Bounderby —dijo la señora Sparsit—, observo que desayuna usted esta mañana más despacio que de costumbre.

—Señora —replicó él—, es que pienso en ese capricho de Tomasillo Gradgrind —Tomasillo Gradgrind, dicho en tono de displicente independencia, como si alguien le hubiera estado sobornando con crecidas sumas para que dijera Tomás y no lo hubiera conseguido—. Pensaba en el antojo de Tomás Gradgrind, de educar a esa pequeña titiritera.

—Precisamente la niña —dijo la señora Sparsit— espera que se le diga si debe ir derecha al colegio o subir al Refugio de Piedra.

—Es preciso que aguarde, señora, hasta que yo mismo lo sepa —respondió Bounderby—. Pronto tendremos por aquí a Tomasillo Gradgrind, según presumo. Si quiere que permanezca un día o dos más con nosotros, puede quedarse la pequeña, desde luego, señora.

—Claro es que puede, si usted lo desea, señor Bounderby.

—Anoche le dije que haría preparar aquí una cama para la consabida niña, con objeto de que pudiera él consultar con la almohada, antes de decidirse a establecer relaciones entre Luisa y esa chica.

—¿De veras, señor Jupe? ¡Muy bien pensado!

La nariz a lo Coriolano de la señora Sparsit sufrió una ligera dilatación de las aletas, y sus negras cejas se contrajeron, mientras ingería un sorbo de té.

—Me parece bastante claro —dijo Bounderby— que aquella muñequilla no puede sacar nada bueno con semejante camaradería.

—¿Habla de la señorita Gradgrind, señor Bounderby?

—Sí, señora, hablo de Luisa.

—Como hablaba usted de «una muñequilla» —dijo la señora Sparsit—, y con dos las niñas en cuestión, no sabía con exactitud a cual de las dos se refería.

—A Luisa —repitió el señor Bounderby—. A Luisa, a Luisa.

—Es usted un segundo padre para Luisa, señor.

La señora Sparsit trasegó un poco más de té, y mientras fruncía de nuevo las cejas sobre el vaho de la taza, su clásico perfil parecía como si estuviera invocando a los poderes infernales.

—Si hubiese dicho que yo era un segundo padre para Tomasillo, el joven Tomasillo, quiero decir, no mi amigo Tomás Grandgrind, se hubiera aproxi-

mado más a la verdad. Voy a emplear a Tomasillo, hijo, en mi oficina. Voy a incubarle mis alas, señora.

—¿De veras? ¿No es demasiado joven para eso, señor? —dijo la señora Sparsit.

El «señor» de la señora Sparsit, cuando se dirigía al señor Bounderby, era un gran término de ceremonia, destinado más bien a darse a sí propia un tono de consideración, que como homenaje al dueño.

—No pienso admitirle en seguida; antes ha de acabar de atiborrarse de ciencia —dijo Bounderby—. ¡Por Dios vivo, al fin y al cabo ya debe haber ingerido bastante ciencia! ¡Cómo abriría los ojos de asombro ese chiquillo, si supiera cuán huera de conocimientos fue mi juventud, cuando tenía yo su edad —lo cual, entre paréntesis, el joven Tomás no podía ignorar, pues se le había repetido a menudo—. Pero es extraordinaria la dificultad que tengo en una porción de cosas para hablar a alguien, poniéndome a tono con su gravedad y su categoría. He aquí, por ejemplo, que he perdido toda la mañana hablando a usted de los volatineros, siendo así que, ¿sabe lo que son volatineros? En la época en que, haber sido un titiritero en el arroyo, hubiera sido una fortuna para mí, igual que un premio gordo en la lotería, usted estaba en la Opera Italiana, señora, vistiendo ricos trajes de seda y cubierta de aderezos y joyas, radiante y deslumbrante, cuando yo no tenía ni siquiera dos cuartos para comprar el hachón con que debía alumbrar a usted hasta el carruaje.

—Es cierto, señor —respondió la señora Sparsit con melancólica pero serena dignidad—, que yo en mi edad temprana era una asidua de la Opera Italiana.

—A fe mía, señora, yo también; pero me quedaba en la puerta. Y le juro que el pavimento de su pórtico es una cama dura. Las gentes como usted, señora, acostumbradas desde la infancia a acostarse en colchón de plumas, no tienen ninguna idea de la excesiva dureza de un suelo de losas. Es preciso haberlo probado. No, no hay razón para hablar, nada menos que a usted, a una señora de su rango, de volatineros. Yo debería hablarle más bien de singulares bailarines, del barrio aristocrático de Londres, de fiestas suntuosas, de grandes señores, de altas damas y de eminencias.

—Creo, señor —replicó la señora con modesta resignación—, que no es necesario que me hable de semejantes cosas; creo haber aprendido bien cómo someterme a las vicisitudes de la vida. Prefiero oír la instructiva relación de sus penalidades, que no acertaría usted, por cierto, a explicarme bastante, y si éstas me inspiran un vivo interés no tengo un gran mérito en

ello, guardándome de alimentar mi vanidad, pues creo que todo el mundo sentirá el mismo gusto que yo.

—Señora —dijo el dueño de la casa—, pase que alguna gente pueda ser tan amable que diga que halla placer en oír lo que Josué Bounderby de Villahulla le cuenta de su vida y milagros en su lenguaje franco y rudo. Pero usted ha de confesar que ha nacido en el seno de la opulencia. ¡Vamos, señora, bien sabe usted que ha nacido en el seno de la opulencia!

—No podría, no podría, seguramente, negarlo, señor—replicó la señora Sparsit, asintiendo con la cabeza.

El señor Bounderby se creyó obligado a levantarse de la mesa y a quedarse mirándola, sentado de espaldas al fuego; tal relieve creía que le prestaba ella.

—Estaba usted entre la sociedad más empingorotada. Una sociedad endemoniadamente elevada —dijo, calentándose las piernas.

—Verdad es, señor —asintió la señora Sparsit, con una afectación de humildad diametralmente opuesta a la de él; de suerte que alejaba el peligro de una competencia de humildades.

—Usted alternaba entre la aristocracia del más alto grado, y todo así por el estilo—dijo el señor Bounderby.

—En efecto, señor —asintió la señora Sparsit, como si soportara una especie de viudez social—. Es la purísima verdad; una verdad incontestable.

El señor Bounderby, doblando las rodillas, abrazó literalmente sus propias piernas en señal de satisfacción, y se echó a reír estrepitosamente. En esto, el señor y la señorita de Gradgrind fueron anunciados, y los recibió, al primero con un apretón de manos, y a la segunda con un beso.

—¿Puede hacerse traer aquí a Jupe, Bounderby? —preguntó el señor Gradgrind.

—Seguramente.

Jupe llegó al instante. Al entrar hizo una reverencia al señor Bounderby, a su amigo Tomás Gradgrind y también a Luisa; pero, en su turbación, tuvo la desgracia de olvidar a la señora Sparsit. Al observar esto, el quisquilloso Bounderby creyó del caso hacer las consideraciones siguientes:

—He de decirte una cosa, niña: el nombre de esta dama que ves cerca de la tetera es señora Sparsit. Esta dama ejerce como ama de llaves en mi casa, y es una gran señora, de empinado abolengo. Por consiguiente, si alguna vez se te ocurre penetrar en una habitación de esta casa, no permanecerás

mucho en ella si no te conduces hacia esa dama del modo más respetable que te sea posible. Ahora bien: no me importa un bledo la manera que tengas de conducirme conmigo porque no tengo la pretensión de ser un alguien. Lejos de haber tenido elevados parentescos, carezco absolutamente de parentesco alguno, no lo he tenido nunca, y he surgido de las heces de la sociedad; pero me interesa mucho que te comportes como es debido con esta dama, es decir, rindiéndole todo género de deferencias y respetos, o no entrarás más aquí.

—Estoy persuadido, Bounderby, de que fue sencillamente una simple inadvertencia —dijo el señor Gradgrind con tono conciliador.

—Mi amigo Tomás Gradgrind, señora Sparsit, asegura que fue una simple inadvertencia. Me parece esto muy probable; pero usted sabe muy bien, señora, que no tolero a nadie que la ofenda, ni siquiera inadvertidamente.

—Señor, es usted muy bueno —dijo la señora Sparsit, moviendo la cabeza con su ceremoniosa humildad—. No vale la pena de hablar más de ello.

Celia, que durante este coloquio se había estado excusando débilmente con lágrimas en los ojos, fue entregada por el dueño de la casa al señor Gradgrind. La chiquilla permaneció inmóvil, mirándole con fijeza; y Luisa, indiferente, se mantuvo con los ojos bajos, mientras Gradgrind proseguía:

—Jupe, estoy resuelto a llevarte a mi casa, y cuando no estés ocupada en el colegio, emplearte para que atiendas a mi señora, que desgraciadamente está casi inválida. He explicado a la señorita Luisa —la señorita Luisa es ésta—, el resultado miserable, pero natural, de tu reciente oficio, y has de entender claramente que todo cuanto debes olvidar es todo cuanto se refiere a tu pasado sin hacer jamás alusión a él. Desde este preciso momento comienza tu historia: en la actualidad eres una ignorante, ya lo sé.

—Sí, señor, muy ignorante —respondió la niña haciendo una reverencia.

—Tendré la satisfacción de proporcionarte una educación rigurosa, positiva, y para todas aquellas personas con las cuales la casualidad te haga entrar en relaciones, serás una evidente prueba de las ventajas de la educación que vas a recibir. Vas a ser regenerada y reformada. ¿Tenías costumbre de leer en voz alta ante tu padre y ante esa gente entre la que te he encontrado? —añadió el señor Gradgrind, quien le había hecho señal de que se aproximara, bajando la voz antes de formular esta pregunta.

—Tan sólo le leía a papá y a «Patasalegres». A papá sólo, quiero decir, aunque «Patasalegres» estaba siempre con nosotros.

—Dejemos a un lado a «Patasalegres», Jupe —advirtió el señor Gradgrind, frunciendo el ceño—. No te pregunto por él. Estoy seguro de que tenías la costumbre de leer en voz alta a tu padre.

—¡Oh, sí, señor; miles de veces! Esos eran los ratos más felices; ¡oh, sí! los ratos más felices que hemos pasado juntos.

Fue solamente entonces, al estallar su dolor, cuando la miró Luisa.

—¿Y qué le leías a tu padre? —preguntó el señor Gradgrind, hablando aún más bajo.

—Cuentos de hadas, señor: la historia del Enanito y la del Jorobado, y la de los Genios —dijo sollozando— y de...

—¡Chist! —dijo el señor Gradgrind—. Basta, que no vuelvas a pronunciar palabra de tan peligrosos disparates. Bounderby: he aquí un magnífico prototipo para recibir una educación positiva, rigurosa, que observaré con el más vivo interés.

—Bien —contestó Bounderby—. Ya le he dado a usted mi parecer recientemente; yo seguramente no hubiera hecho lo que usted ha hecho. Pero, puesto que usted se empeña, está muy bien.

Así fue como el señor Gradgrind y su hija llevaron a Cecilia Jupe hasta el Refugio de Piedra, y lo largo de todo el camino Luisa no pronunció una sola palabra, para bien ni para mal. El señor Bounderby, por su parte, se marchó a sus cotidianas tareas, y la señora Sparsit se recogió a la sombra de sus formidables cejas, y meditó toda la tarde en la profunda oscuridad de su retiro.

CAPÍTULO VIII. NO HAY QUE ASOMBRARSE DE NADA

Antes de seguir con la canción, demos, una vez más, la nota tónica.

—Cuando Luisa tenía media docena de años menos, fue sorprendida cierto día, al empezar una conversación con su hermano Tomás, diciendo:

—Tomasín, me asombra que...

A lo cual el señor Gradgrind, que era la persona que por casualidad sorprendiera este comienzo de conversación, se adelantó y dijo:

—¡Luisa, no te asombres nunca!

En esta frase se encerraba el resorte del arte mecánico y misterioso de educar la razón sin detenerse en el cultivo de los sentimientos y de los afectos. No asombrarse jamás. Por medio de la adición, sustracción, multiplicación y división, arreglarlo todo por doquiera y no maravillarse jamás.

—Confíadme el más tierno niño que apenas sopa leer —decía Mac Choakumchild— y os garantizo que no se asombrará nunca.

Ahora bien: además de un gran número de niños que apenas sabían andar, había en Villahulla una población considerable de niños grandes, que se encaminaban hacia el mundo infinito, mucho tiempo ha, esto es, desde hacía veinte, treinta, cuarenta, cincuenta años y aun más. Aquellos niños grandes, monstruos, eran seres que no podían pasear sus corpachones en medio de una sociedad humana sin alarmarla. Las dieciocho sectas religiosas andaban siempre a la greña, y se arañaban recíprocamente la cara con el pretexto de ponerse de acuerdo para mejorar a aquellos seres... ¡Trabajo perdido! Y era por demás extraño que discrepasen sobre todos los otros puntos de vista, concebibles e inconcebibles, especialmente los inconcebibles, estando tan de acuerdo en que aquellos desgraciados no habían de asombrarse nunca.

La secta número uno les decía que debían creer todo cuanto les aseguraban. La secta número dos les decía que debían juzgarlo todo según los principios de la economía política. La secta número tres escribía para ellos manuales, demostrándoles cómo el niño grande que fuese bueno, llegaría infaliblemente a la Caja de Ahorros, mientras que el niño grande que fuese malo, llegaría infaliblemente a la emigración. La secta número cuatro, bajo

trágicas pretensiones de ser amena —siendo así que era trágica, y hablando de esto las lágrimas os vendrán a los ojos— trataba de ocultar con conceptuosas fórmulas científicas dónde radicaba el deber de aquellos niños: ser engañados, engatusándolos. Pero, en cambio, todas las sectas estaban de acuerdo en una cosa: en que no debían asombrarse nunca.

Villahulla poseía una biblioteca, a la cual era fácil el acceso público. El señor Gradgrind atormentaba enormemente su espíritu por lo que la gente leía en aquella biblioteca: un lugar adonde afluían pequeños arroyos de noticias periódicas, sumiéndose en aquel proceloso océano de datos a plazo fijo, en el cual nadie ha podido sondear a cierta profundidad sin volverse tarumba. ¡Era un hecho desesperante, un hecho muy triste, un hecho desconsolador, que los lectores de aquella biblioteca persistieran en asombrarse...!

¡Se asombraban de la Naturaleza humana y de las humanas pasiones y de las esperanzas, de los temores, de las luchas, de los triunfos y de las derrotas, de las preocupaciones, de los placeres y de los dolores, de la vida y de la muerte de ciertos hombres y de ciertas mujeres vulgares...! Algunas veces, después de quince horas de trabajo, se engolfaban en la lectura de cuentos fabulosos relativos a hombres y mujeres que se parecían más o menos a sus propios hijos. Estrechaban contra su corazón a Daniel Defoe, en vez de a Euclides, y tenían el mal gusto de encontrar a Goldsmith más ameno que un tratado de matemáticas. El señor Gradgrind siempre trabajaba por escrito y por otros medios, sobre este excéntrico problema, sin lograr explicarse cómo se había llegado a aquel resultado inconcebible.

—Estoy hasta la coronilla de esta vida, Lulú. La detesto por completo y detesto a todo el mundo, excepto a ti —decía este desnaturalizado Tomás Gradgrind, cierto atardecer, en la habitación que parecía una peluquería.

—Sin embargo, no detestas a Jupe, Tomasillo.

—Detesto el verme obligado a llamarla Jupe. Y ella también me aborrece —dijo Tomasillo con enojo.

—No te aborrece, Tomasillo. Estoy segura.

—¡A la fuerza! —replicó Tomás—. A la fuerza debe aborrecernos a todos... No la dejarán tranquila hasta que la hayan abrumado... Por lo pronto, ya se ha vuelto más pálida que la cera y tan aburrida como yo.

El joven Tomás expresaba estos sentimientos sentado a caballo en una silla, apoyados los brazos en el respaldo y hundida en ellos su cara descontenta. Su hermana estaba sentada en el ángulo más oscuro, junto a la chime-

nea, mirándole ya a él, ya al brillante rescoldo que caía por la rejuela del hogar.

—En cuanto a mí —dijo Tomásín, desgreñándose el pelo con sus manos nerviosas—, soy un bárbaro, eso es lo que soy. Soy tan estúpido como el que más, tan terco como un asno; ya nada me distrae, y sólo querría dar coces como una bestia.

—Pero a mí no, ¿verdad, Tomasillo?

—No, Lulú. A ti no quisiera hacerte ningún daño. Desde el principio he hecho una excepción a tu favor... No sé lo que haría sin ti en esta cárcel... tan alegre como la peste...

Tomás se había detenido un momento, para buscar palabras suficientemente lisonjeras y expresivas para designar el hogar paterno, y la feliz comparación pareció aliviar su conturbado espíritu.

—¿De veras, Tomasillo? ¿Realmente crees lo que dices?

—¡Claro que sí! Pero ¿qué sacamos con hablar de eso? —contestó el chiquillo, frotándose el rostro con la manga de su chaqueta, como para mortificar su carne y ponerla a tono con su espíritu.

—Te lo preguntaba, Tomasillo —dijo su hermana después de contemplar las chispas del fuego de la chimenea—, porque a medida que avanzo en años y voy haciéndome mayor, muy a menudo me siento aquí a pensar, asombrada de ser tan desgraciada que no pueda conseguir que te reconcilies con nuestro modo de vida. Yo no sé lo que saben otras niñas. No puedo tocarte una pieza de música, ni cantarte nada. No puedo hablar contigo de nada que te distraiga, porque nunca he visto cosas entretenidas ni leído ningún libro ameno, de los que sería un placer y un alivio hablarte cuando estás aburrido.

—Lo mismo me pasa a mí. Desde este punto de vista, no te aventajo en lo más mínimo. Sólo que soy un burro, y tú no lo eres. Como papá estaba decidido a hacer de mí un chisgarabis o un borrico, y como no soy un chisgarabis, es axiomático que debo ser un borrico. Y eso es lo que soy —dijo Tomásín con rabia.

—Es una lástima —dijo Luisa, después de otro rato de silencio y con aire meditabundo en su rincón oscuro—. Es una verdadera lástima, Tomásín. Es una verdadera desgracia para nosotros dos. Es una verdadera desdicha lo que nos pasa a los dos.

—¡Oh, tú, al menos, eres una chica! —dijo Tomás—. ¡Y una chica siempre sale mejor parada que un chico...! Por lo demás, no veo que te falte nada...

Eres mi única distracción, mi única alegría... Con tu presencia amenizas esta mazmorra y haces de mí cuanto se te antoja.

—Tú eres mi hermano querido, Tomasillo, y mientras crea poderte hacer la vida más dulce, sentiré menos mi ignorancia... Sin embargo, Tomasillo, si no me han enseñado a distraerte, cuando estás triste o de mal humor, en cambio me han enseñado una porción de cosas que preferiría no saber... y eso es lo que me entristece.

Y diciendo esto, Luisa se levantó, le abrazó y volvió a su rincón oscuro.

—Quisiera poder reunir todos los hechos de que tanto nos hablan —dijo Tomasín, mostrando los dientes en señal de ira—, y todos los guarismos, y toda la gente que los ha inventado, y quisiera poner debajo mil barriles de pólvora y mandarlos todos de una vez al infierno... Pero es igual: cuando vaya a vivir con el viejo Bounderby, tomaré mi venganza.

—¿Tu venganza, Tomasillo?

—Quiero decir que me divertiré un poco e iré a ver y a oír algo nuevo. Será una compensación del sistema con que he sido educado.

—No te hagas ilusiones, Tomasillo. El señor Bounderby tiene las mismas ideas que papá, sólo que es más brusco y no es ni la mitad de cariñoso.

—¡Oh! —exclamó Tomás, riendo—. ¿Qué me importa...? Ya sabré cómo hacer que hocique y cómo amansar al viejo Bounderby.

Sus sombras se proyectaban sobre la pared; pero las de los grandes armarios que había en la estancia se unían en el techo, dando la impresión de que hermano y hermana estaban cobijados bajo una oscura caverna, o bien una imaginación fantástica —si semejante traición pudiera existir allí— habría visto en aquellas sombras las del motivo de su charla y de su amenazadora asociación con el futuro.

—¿Cuál es tu gran procedimiento para que la gente hocique y se amanse, Tomasillo? ¿Es acaso un secreto?

—¡Oh! —exclamó Tomás—. Nada de eso; el secreto no anda lejos de aquí. Eres tú. Tú eres la niña mimada por Bounderby, su favorita... Por ti hará cualquier cosa... Cuando me diga que haga algo que yo no quiera, le contestaré: «mi hermana Lulú se molestará y se extrañará de esto, señor Bounderby. Ella siempre me decía que usted sería indulgente conmigo». Si esto no le hace amainar, será inútil todo lo demás.

Después de haber aguardado alguna respuesta, y viendo que no la recibía, Tomás cayó con todo su enojo en los tiempos presentes, y bostezando, se

desperezó contra los barrotes de su asiento, y se desgredió más y más, hasta que de pronto, levantando la cabeza, preguntó:

—¿Duermes acaso, Lulú?

—No, Tomasillo. Estoy mirando el fuego.

—Se diría que ves en el fuego cosas que yo jamás he visto... Supongo que es otra de las ventajas de ser chica.

—Tomasillo —preguntó su hermana lentamente, con raro acento, como si estuviera leyendo en el fuego lo que preguntaba y no estuviera escrito claro del todo—, ¿te gusta la idea de abandonar nuestro hogar para ir a casa del señor Bounderby?

—Por lo pronto —contestó Tomás, levantándose de la silla apartándola a un lado—, saldré de la casa, y eso ya es algo.

—¿Ya es algo abandonar tu casa por esa otra? —preguntó Luisa con extraño acento—. Estás bueno...

—No es que no sienta mucho dejarte, Luisa, y dejarte precisamente aquí, pero sabes que debo ir, de grado o por fuerza, y preferible es que vaya donde pueda hallar ventajas gracias a tu influencia, que a otro sitio que no reuniera esta circunstancia. ¿Me comprendes?

—Sí, Tomasillo.

Tardó tanto la respuesta, aunque no indicase ninguna indecisión, que Tomás se aproximó, y apoyándose en la silla de Luisa, contempló el fuego desde el mismo punto de vista, y ver si había algo en la chimenea que explicase la distracción de su hermana.

—Excepto que es fuego —dijo Tomás—, me parece tan estúpido y tan huero como todo cuanto nos rodea. ¿Qué ves en él? ¿Acaso una función de circo...?

—No veo nada de particular, Tomasillo. Pero desde que lo estoy contemplando, he estado fantaseando sobre él y sobre mí, cuando seamos mayores...

—¡Es decir: has vuelto a fantasear!

—Tengo pensamientos tan rebeldes —respondió Luisa—, que les da siempre por fantasear.

—Oye, Luisa —dijo la señora Gradgrind, que había abierto la puerta silenciosamente—: haz el favor de no hacer descripciones semejantes, por el amor de Dios, hija desconsiderada, que si lo sabe tu padre, será éste el cuento de «La buena pipa». Y tú, Tomás: es vergonzoso que mientras mi

pobre cabeza me está siempre volviendo tarumba, y no me permite un momento de descanso, un muchacho educado como lo has sido tú, y cuya educación ha costado más de lo que vales, esté siempre animando a su hermana a que fantasee, cuando sabéis que vuestro padre os ha prohibido expresamente que fantaseéis.

Negó Luisa que Tomás hubiese participado en su falta, pero su madre la interrumpió con esta concluyente réplica:

—¡Luisa! ¡No me digas eso en el estado de salud en que me encuentro...! ¡Porque de no haberte éste dado alas, es imposible, moral y físicamente, que te hayas permitido fantasear!

—Nadie me ha dado alas, mamá, sino el fuego: las chispitas rojas que estuve viendo, conforme caían de la rejuela, palidecer y apagarse. Entonces he pensado que mi vida sería corta, y que poco puedo esperar de ella.

—¡Pamplinas! —exclamó la señora Gradgrind, revistiéndose de mayor energía—. ¡Pamplinas! No continúes diciéndome tamaños desatinos, pues sabes muy bien que si llegaran a oídos de tu padre, no acabaríamos nunca de oírle. ¡Después de tanto cuidado que uno ha puesto en vuestra instrucción! ¡Después de todos los estudios que habéis seguido y de los experimentos que habéis visto...! ¡Después que yo misma, cuando se me inflamó repentinamente todo el costado derecho, os he oído tratar con vuestro profesor sobre la combustión y la calcinación y la calorificación, y hasta diré que de todas las acciones posibles, capaces de volver loca a una pobre enferma! ¡Y después de todo esto, oíros hablar de un modo tan absurdo, a propósito de chispas y cenizas! ¡Yo quisiera —lloriqueó la señora Gradgrind, tomando una silla, no sin lanzar su argumento más sólido antes de sucumbir bajo aquellos fantasmas de hechos reales—, yo quisiera, repito, no haber tenido nunca hijos, y entonces ya hubierais visto lo que hubiera sido de vosotros sin mí!

CAPÍTULO IX. LOS PROGRESOS DE CELIA

Gracias al señor Mac Choakumchild y a los señores de Gradgrind, Celia Jupe pasó muy malos ratos —no tenía una hora tranquila— y en los primeros meses de su aclimatación no sintió sino vehementes deseos de huir. Durante todo el santo día caía sobre ella una continua granizada de hechos, y la vida en general se le ofrecía tan herméticamente regulada como una aritmética, que seguramente habría huido, de no ser por una idea fija que la detenía.

Triste es tener que confesarlo, pero esta idea fija —este freno moral— que la contuvo, no era el resultado de un proceso aritmético: se lo impuso a sí misma sin necesidad de cálculo alguno, y se resolvió, sin atender a ninguna tabla de probabilidades, que hubiera podido trazar un contable experimentado. La niña creía que su padre no la había abandonado; vivía con la esperanza de que volvería, persuadida de que él sería el más feliz de los mortales permaneciendo en casa del señor Gradgrind.

La deplorable ignorancia con que Jupe se aferraba a esta consoladora idea, rechazando el superior bienestar del saber en una sólida base aritmética, de que su padre era un vagabundo innato, inspiraban conmisericordia al señor Gradgrind. Sin embargo, ¿qué se le iba a hacer? El señor Choakumchild declaró que la niña tenía una cabeza muy dura para los números; que tan pronto como tuvo una noción general de la conformación del globo terráqueo, había demostrado muy poco interés en aprender exactamente las medidas de aquél; que era extremadamente torpe para recordar las fechas, a menos que, por casualidad, tuviesen relación con alguna miserable circunstancia histórica; que derramaba ardientes lágrimas, al ser requerida para el proceso mental, sobre cuánto costarían doscientos cuarenta gorros de muselina a cuarenta peniques y medio; que ocupaba en la escuela el último lugar de entre todos; que, después de ocho días de estudios inductivos sobre los elementos de Economía política, se la había tenido que dejar por imposible a causa de haber dado a la pregunta: «¿Cuál es el principio de esta ciencia?», la respuesta: «Hacer con los demás lo que quiero que los demás hagan conmigo».

El señor Gradgrind observó, moviendo la cabeza, que todo aquello era muy triste, que esto demostraba la necesidad de que, sin desamparar su

inteligencia, se la sometiera a sucesivas pulimentaciones científicas, por medio de sistemas, cuadros sinópticos, relaciones, procesos lógicos, verbales y diarios, y tablas-resúmenes explicativas, desde la A hasta la Z, y que era preciso que Jupe trabajase de firme. De modo que Jupe, a fuerza de trabajar de firme, se volvió más triste; pero no más sabía.

—¡Quisiera estar en su lugar, señorita Luisa! —dijo Celia una noche, cuando Luisa había procurado aclararle las dudas acerca de los «hechos» que debía explicar al día siguiente.

—¿De veras?

—¡Sí! ¡Lo quisiera de todo corazón, señorita Luisa! ¡Sabría entonces tanto...! Todo lo que ahora es difícil para mí, sería entonces tan sencillo...

—No ganarías en ello gran cosa, Celia.

Celia contestó humildemente, después de una ligera vacilación:

—Yo no podría perder jamás.

A lo cual Luisa replicó:

—Es lo que no sé.

Habían sido tan restringidas las relaciones entre las dos (ya fuese porque la vida en el Refugio de Piedra era monótonamente cerrada como una pieza de maquinaria, que desanimaba a todo humano cambio de impresiones, ya fuese por la prohibición relativa a la antigua profesión de Celia), que apenas se conocían. Celia, clavando con asombro sus ojos negros en el rostro de Luisa, estaba indecisa, no sabiendo si continuar hablando o guardar silencio.

—Tú eres más útil que yo a mi madre, y de mejor carácter con ella de lo que yo pueda ser —dijo Luisa—. Tú eres más alegre de carácter contigo misma, de lo que yo soy para ti.

—Pero, señorita Luisa —suplicó Celia—, permítame que le diga... ¡Oh, soy tan torpe!

Luisa, con una risa más franca que de costumbre, le dijo que poco a poco sería más lista.

—No puede usted figurarse —dijo Celia, casi llorando— lo estúpida que soy. Todas las horas de clase no hago más que confundirme. El señor y la señora de Choakumchild me llaman una y otra vez, casi siempre por equivocarme... No lo puedo remediar... Parece que me equivoco de un modo natural.

—¿Supongo, Celia, que el señor y la señora de Choakumchild no se equivocarán jamás?

—¡Oh, no! —contestó Celia, prestamente—. Ellos lo saben todo.

—Háblame de tus equivocaciones.

—Apenas me atrevo; estoy tan avergonzada —respondió Celia vacilante—. Hoy mismo el señor Choakumchild estuvo explicándonos algo sobre la Propiedad natural.

—Nacional, habrá sido —observó Luisa.

—Sí, eso era. Pero ¿no es lo mismo? —preguntó Celia, tímidamente.

—Toda vez que el maestro ha dicho nacional, harás bien en decirlo igual que él —replicó Luisa con su sequedad y reserva habituales.

—Prosperidad nacional. Y dijo: «Ahora bien; esta escuela es una nación. Y en esta nación existen quinientos millones de monedas. ¿No es una nación próspera..? Niña número veinte: ¿no es una nación próspera y no la halla usted en un estado floreciente?»

—¿Y qué contestaste? —preguntó Luisa

—Señorita Luisa, contesté que no lo sabía. Creo que no podría saber si era una nación próspera o no, y si estaba o no en un estado floreciente, a menos que supiera quién tenía el dinero y si me tocaba una parte de él. Pero esto nada tenía que ver con aquel asunto. La cuestión estaba en la cantidad —explicó Celia, limpiándose los ojos.

—Cometiste con esta respuesta un grave error —observó Luisa.

—Sí, señorita Luisa, ahora lo comprendo. Entonces el señor Choakumchild declaró que me sometería a una nueva prueba. Y dijo: «Esta escuela es una inmensa ciudad y en ella existe un millón de habitantes, de los cuales solamente veinticinco han de morir de hambre y de frío en sus calles durante el término de un año. ¿Qué observa usted en esta proporción?» Y contesté, porque yo no podía creer cosa mejor, que consideraba tan difícil saber con exactitud quiénes habían muerto de hambre, como que los otros fueran un millón o un billón... Y también esta vez fue una pifia.

—Es evidente.

—Entonces el señor Choakumchild dijo que me sometería a otra prueba, una vez más: Y va y dice: «Hay escolásticas...»

—Estadísticas —corrigió Luisa.

—Eso es, señorita Luisa... Siempre me confundo con escolásticas, y ésta es otra de mis coladuras... «Hay estadísticas de siniestros en el mar... Supongamos —dijo el señor Choakumchild— que en un tiempo dado, cien mil personas se han embarcado para largos viajes, y sólo se han ahogado qui-

nientas... ¿Qué tanto por ciento corresponde?» Y yo, señorita, contesté... —y Celia empezó a gimotear para atestiguar el profundo disgusto que le causaba el más grave de sus errores— yo contesté que nada.

—¿Nada, Celia?

—Nada, señorita... en proporción de los parientes y amigos que se habían salvado... Yo no aprenderé jamás —dijo Celia—. Y lo peor de todo es que, a pesar de que mi pobre padre deseaba que yo aprendiera mucho, y a pesar de que estoy tan ansiosa de aprender, porque él así lo quería, me da miedo pensar que me aburren las lecciones.

Luisa contempló aquella linda y humilde cabecita que se inclinaba ante ella, hasta que de nuevo se irguió para mirar el rostro de su interlocutora. Entonces preguntó:

—¿Sabía tanto tu padre, Celia, que quería que tú supieras mucho?

Celia vaciló antes de contestar, y dio a entender tan claramente que se aventuraba en un terreno vedado, que Luisa añadió:

—Nadie nos oye, y, además, aunque así no fuera, nadie tendría interés en ir contando por ahí una cosa tan inocente.

—No, señorita Luisa —respondió Celia, después de que la alentasen de aquel modo, y moviendo la cabeza—. Mi papá sabe muy poca cosa. A duras penas puede escribir, y aún más a duras penas se puede, en general, leer lo que él ha escrito, menos yo, que lo leo de corrido.

—¿Y tu madre?

—Mi papá me ha dicho muchas veces que era muy instruida. Murió cuando yo nací. Era —parecía ser que Celia estaba algo conmovida al hacer esta terrible confidencia— era una bailarina.

—¿La quería mucho tu padre?

Luisa formulaba estas preguntas con interés vivo y desordenado peculiar en ella. Un interés desorientado, como un ser maldito que se recata en algún refugio solitario.

—¡Oh, sí...! Tan tiernamente como me quiere a mí... pues papá me quiere por amor a ella; apenas empezaba yo a andar, que él ya me llevaba a todas partes... Desde entonces ya nunca nos separamos.

—Y, sin embargo, ¿ahora te ha abandonado, Celia?

—Por mi bien solamente. Nadie le comprende como yo, nadie le conoce como yo. El separarse de mí por mi bien —jamás se hubiera separado de mí por el suyo— estoy segura que ha sido para él un gran sacrificio; sé bien

que tendrá el corazón destrozado. Ni un solo instante será dichoso hasta que vuelva.

—Háblame más de él —dijo Luisa—. No volveré a preguntarte más... ¿Dónde vivíais?

—Viajábamos por toda Inglaterra, y no habíamos fijado lugar alguno para vivir... Mi papá era —Celia musitó la horrible palabra—, era un payaso.

—¿Para hacer reír a la gente? —preguntó Luisa, haciendo cierto movimiento con la cabeza para indicar que comprendía la palabra.

—Sí. Pero algunas veces no se reían, y entonces protestaban, gritando a mi padre. Últimamente no se reían casi nunca, y él volvía desesperado a casa. Mi papá no se parece al resto de la gente. Los que no le conocían tan bien como yo, ni le querían tanto como yo, pensarían que su cabeza estaba algo extraviada. Algunas veces se burlaban de él, pero jamás podían comprender lo que él lo sentía y lo que se apocaba cuando estaba a solas conmigo. Era más tímido de lo que creían.

—¿Y tú eras su consuelo en todas sus penas?

Celia asintió con lágrimas resbalándole por las mejillas.

—Eso creo, y eso decía mi papá. Por lo mismo que él vivía tan apocado y temosico, y por lo mismo que sabía que era un pobre hombre, débil e ignorante, sin amparo —éstas son sus palabras— por lo mismo él quería tanto que yo tuviese una esmerada educación y fuera distinta de él... Yo le leía a menudo para darle ánimos, y eso le gustaba mucho. Eran libros de poco provecho —no puedo hablar de ellos aquí—, pero comprendíamos que nada tenían de nocivos...

—¿Y le agradaban? —preguntó Luisa, cuyo ojo escrutador contemplaba con fijeza a Celia.

—¡Oh, mucho! ¡Cuántas veces le han hecho olvidar sus penas! Especialmente de noche. Sólo se preguntaba si el Sultán dejaría que la señora contase toda la historia, o le haría cortar la cabeza antes de llegar al final.

—Y tu padre, ¿estaba siempre cariñoso contigo? —preguntó, Luisa, contraviniendo el gran principio de no asombrarse nunca; pues su asombro crecía por momentos.

—¡Siempre, siempre! —respondió Celia juntando las manos—. Más, más cariñoso de lo que yo pueda decir. Tan sólo una noche montó en cólera, y no fue conmigo, sino con «Patasalegres», «Patasalegres» —bisbiseó— es su perro sabio, su perro amaestrado.

—¿Por qué se enojó con su perro?—preguntó Celia.

—Acababa papá de llegar del circo, y había ordenado a «Patasalegres» que brincara a los respaldos de dos sillas y se quedara tendido sobre ellas... Era uno de sus trucos. «Patasalegres» miró a mi padre y no le obedeció. Ninguna de las payasadas que había hecho mi padre aquella noche habían gustado al público. Papá gritó que el perro sabía que se hacía viejo e iba a menos y que no tenía compasión de él. Entonces pegó al perro y yo tuve miedo. Y le dije: «¡Papá, papá! ¡Te suplico que no maltrates a esta bestia que tanto te quiere! ¡Oh, papá, detente, y que el buen Dios te perdone!» Entonces papá se detuvo; «Patasalegres» estaba lleno de sangre, y papá cayó al suelo de rodillas, y se echó a llorar con el perro en brazos, y el perro, en tanto, le lamía la cara...

Luisa vio que Celia sollozaba, y llegándose a ella, la tomó de una mano y se sentó a su lado.

—Acaba de contarme cómo es que te abandonó tu papá, Cecilia. Ya que te he preguntado tanto, dime... La falta, si alguna falta hay en ello, es mía y no tuya.

—Señorita Luisa —dijo Celia sollozando—, regresaba yo una tarde de la escuela, y encontré a mi pobre padre, que acababa también de llegar del circo. Me lo encontré meciéndose junto al fuego, como si estuviera con una pena. Le pregunté: «¿Te has hecho daño, papá?», como algunas veces se lo hacía, porque se lo hacen. Y me contestó: «Un poco, querida». Y cuando me incliné y le miré a la cara, vi que estaba llorando. Y cuanto más le hablaba, más ocultaba el rostro, y de repente. comenzó a temblar de pies a cabeza, y sólo decía: «¡Hija mía, nena mía!»

En este momento llegó Tomás y contempló a las dos muchachas con una gran indiferencia que denotaba que sólo su propia persona tenía el privilegio de interesarle, y en aquel instante ni su propia persona siquiera.

—Estoy haciendo a Celia unas preguntas —manifestó Luisa—. No hay necesidad de que te vayas, Tomasillo, pero no nos interrumpas ni un solo momento.

—¡Oh, muy bien! —respondió Tomás—. Pero el viejo Bounderby está abajo y yo venía a avisarte para que bajases a la sala. Porque si vas, es casi seguro que Bounderby me invitará a comer, y si no vas, no lo hará.

—Bajaré dentro de un momento.

—Esperaré, para estar seguro de que no lo olvidas —dijo Tomás.

Celia continuó su narración, bajando un poco la voz:

—Por último, mi papá me dijo que el público no había quedado satisfecho de él, y que ya no gustaba a nadie nada de lo que hacía; que estaba avergonzado y en desgracia, y que yo estaría mejor sin él. Le contesté del modo más cariñoso que supo mi corazón, y como por lo pronto estaba tranquilo, me senté a su lado y le conté cosas de la escuela, cuanto se había dicho y hecho allí. Cuando no me quedaba más que contar, me echó sus brazos a mi cuello y me besó repetidas veces. Luego me dijo que fuera a buscar un poco de la medicina que solía usar para el golpe que se había dado, y que fuera por ella al mejor sitio donde la vendían, que estaba en el otro extremo de la ciudad. Entonces, después de besarme de nuevo, me dejó partir. Cuando bajé yo la escalera, me volví pensando que debía hacerle compañía un rato más, y entreabriendo la puerta le pregunté: «Papá, ¿me llevo a «Patasalegres»?» Papá movió negativamente la cabeza y contestó: «No, Celia, no; no te lleves nada de lo que sepas que ha sido mío». Y lo dejé sentado junto a la lumbre. Entonces fue cuando, sin duda, le asaltó el pensamiento, ¡oh, pobre, pobre papá!, de huir, para ver si podía hacer algo por mi bien, porque cuando regresé, ya se había marchado...

—Vamos, ¿qué haces, Lulú? No olvidemos al viejo Bounderby —refunfuñó Tomás.

—Nada más tengo que contarle, señorita Luisa; solamente que guardo un ungüento dispuesto para él, y estoy convencida de que volverá. Cada carta que veo en manos del señor Gradgrind, me corta la respiración y me nubla los ojos, porque me figuro que vuelve mi padre, o que es del señor Sleary, hablando de mi padre. El señor Sleary prometió escribir así que sepa algo de mi padre, y no hay cuidado que falte a su palabra.

—¡Vamos, Luisa, no olvidemos al viejo Bounderby! —dijo Tomás en tono de impaciencia—. ¡Se marchará, si no te decides a bajar pronto!

Desde entonces, siempre que Celia saludaba con una cortesía al señor Gradgrind en presencia de su familia, le decía con voz temblorosa: «Perdone, señor, si le molesto, pero... ¿no ha recibido usted aún ninguna carta para mí?» Luisa interrumpía en seguida su labor o trabajo, y esperaba la respuesta con igual ansiedad que Celia. Y cuando el señor Gradgrind contestaba invariablemente: «No, Jupe, no he recibido nada», los temblorosos labios se lo repetían a Luisa, y los ojos de ésta seguían con compasión a Celia hasta la puerta. El señor Gradgrind aprovechaba siempre aquellas ocasiones para endilgar un sermón, haciendo notar que si Jupe hubiese sido educada de un modo conveniente, ya estaría convencida, merced a axiomas irrefutables, de la absurda locura de abrigar las esperanzas fantásticas que se complacía en abrigar. Porque no sospechaba el infeliz que

una esperanza fantástica se aferra a veces al espíritu con tanta fuerza y tenacidad como un hecho real.

Pero si el señor Gradgrind no lo sabía, su hija sí que lo había advertido. En cuanto a Tomás, había llegado, como tantos otros antes que él, a ese resultado triunfal del cálculo, que consiste en no ocuparse más que de una unidad, es decir, de sí mismo. Y en cuanto a la señora Gradgrind, si alguna vez hablaba, era para decir, desembarazándose de todos los abrigos de que estaba cubierta como una marmota humana:

—¡Dios mío, cuán abrumada y atormentada está mi pobre cabeza, de oír a esa chica Jupe preguntar y vuelta a preguntar por sus fastidiosas cartas! En verdad que parece que estoy condenada a vivir en medio de cosas que no varían nunca. Es verdaderamente extraordinario, pero se diría que he de presenciar siempre lo mismo, sin llegar a saber el resultado de nada.

En este elocuente período de su discurso sintió gravitar sobre ella la mirada del señor Gradgrind, y bajo la influencia glacial de tal hecho, volvió a caer bien pronto en su habitual modorra.

CAPÍTULO X. ESTEBAN BLACKPOOL

Tengo la debilidad de creer que el pueblo inglés está condenado a trabajos más rudos que ningún otro pueblo de los que existen bajo el sol. Admito este prejuicio mío, tal vez grotesco, como una razón por la que concedo a ese pueblo un particular interés.

En el barrio más industrial de Villahulla, detrás de las fortificaciones más íntimas de esta fea ciudadela, donde la Naturaleza había quedado inexorablemente anulada por un amontonamiento de ladrillos y por una atmósfera enrarecida de miasmas y de gases mefíticos; en el centro de este laberinto de patios estrechos y de calles mezquinas, las cuales habían ido formándose una a una, puesto que respondían a la necesidad inmediata de tal o cual individuo, componiendo el conjunto una familia desnaturalizada, cuyos miembros forcejean, se aplastan y se hieren mortalmente; en el fondo, en el último y más oculto rincón de aquel recinto malsano, donde las chimeneas, ahogadas por la falta de aire, habían tomado una multitud de achaparradas y torcidas formas, como si cada casa mostrase en este signo exterior qué clase de gente podía esperarse que naciera en su interior; entre la mísera muchedumbre de Villahulla, a la que en términos generales se llamaba «los brazos» —raza a la que ciertas personas mirarían mejor si la Providencia hubiese juzgado conveniente no otorgarles sino los brazos, o todo lo más, como los moluscos, extremidades y estómagos— en esta ciudad, digo, habitaba un tal Esteban Blackpool, de cuarenta años de edad.

Esteban parecía ser más viejo de lo que era, porque había llevado una vida muy laboriosa. Se ha dicho que toda existencia tiene sus rosas, y sus espinas; pero en este caso, a consecuencia de un olvido, un infortunio o un desengaño, preciso era que alguien hubiese acaparado las rosas de Esteban, pues éste había tenido la mala suerte de cargar con las espinas de los demás, aparte de las suyas propias. Había sufrido, para servirme de sus propias palabras, un caudal de desgracias. Se le llamaba, comúnmente, el viejo Esteban, como una especie de homenaje tributado a los sufrimientos que habían ocasionado su prematura vejez.

Era un hombre algo encorvado, de frente arrugada, aire pensativo y una cabeza grande, rodeada de largas y extraños cabellos canosos. El viejo

Esteban hubiera podido pasar por un hombre muy inteligente entre los de su clase. Sin embargo, era un don nadie.

No podía ponerse al lado de esos «brazos» distinguidos que, aprovechando los escasos intervalos de ocio de muchos años, han conseguido aprender difíciles ciencias y adquirido conocimientos que no parecen estar en armonía con su condición. Tampoco podía figurar entre los «brazos» que saben pronunciar un discurso y dirigir una asamblea. Miles de sus camaradas hablaban mucho mejor que él en toda ocasión.

Era un excelente tejedor mecánico y hombre de absoluta integridad. ¿Era algo más? ¿Tenía alguna otra cualidad? Dejemos a él mismo la tarea de demostrárnoslo.

Las luces de las grandes fábricas, que, cuando estaban encendidas, las hacían parecer a palacios encantados —al menos eso decían los viajeros del tren expreso— se habían distinguido; y la campana había anunciado ya el fin de la jornada laboral; y los «brazos» —hombres y mujeres, chicos y chicas— iban charlando hacia sus casas, haciendo resonar el pavimento con sus pasos. El viejo Esteban aguardaba en la calle, con la conocida y extraña sensación de que la suspensión del movimiento de las máquinas producía también la paralización total de su propio cerebro.

—¡No veo aún a Raquel! —murmuró Esteban Blackpool.

Llovía, y numerosos grupos de mujeres jóvenes pasaban junto a él, con sus chales echados sobre las cabezas y recogidos bajo sus barbillas, para resguardarse o defenderse de la lluvia. Preciso era que Esteban Blackpool conociese mucho a Raquel, porque era suficiente que dirigiese una sola ojeada a cualquiera de aquellos grupos, para saber que ella no se encontraba allí. Finalmente, no pasaron más, y entonces se fue alejando a su vez, murmurando con tristeza:

—¡Vamos, debería de haber venido antes!

Pero no había recorrido aún tres calles, cuando divisó una de esas figuras medio veladas, y la examinó con tanta atención que acaso la propia sombra, reflejada sobre el suelo húmedo, hubiera sido bastante para reconocer a la mujer, si no hubiera podido verle la cara en su acelerado paso. Caminando entonces mucho más velozmente y más en silencio, Esteban Blackpool avanzó hasta llegar a aquella mujer, y luego moderando su marcha, llamó:

—¡Raquel!

Ella se volvió justo cuando se hallaba bajo el resplandor de un farol, y, levantando un poco su capucha hecha con el chal, dejó ver una cara ova-

lada, delicada y morena, iluminada por unos brillantes y hermosísimos ojos y embellecida por negros y sedosos cabellos. Aquel rostro no tenía la frescura de la juventud; era el de una mujer que contaría unos treinta y cinco años.

—¡Ah, chico! ¿Eres tú?

Pronunció estas palabras acompañadas de una sonrisa fácil de entender, sobre todo por la expresión de sus dulces ojos; se echó atrás el chal y marcharon juntos.

—Creí que te habías quedado detrás de mí, Raquel.

—No.

—¿Saliste más temprano esta noche?

—Algunas veces salgo un poco antes, Esteban, y otras un poco más tarde. No puedo nunca precisar la hora de mi vuelta a casa.

—Me parece, Raquel, que tampoco la hora a la que vas a otro sitio.

—No, Esteban.

La miró con cierta expresión de contrariedad, y al mismo tiempo con una respetuosa y paciente convicción de que ella forzosamente obraba bien, hiciese lo que hiciese. No se le escapó a Raquel aquella expresión, porque apoyó ligeramente la mano en el brazo de su amigo, en señal de agradecimiento.

—Somos tan buenos amigos, y también tan antiguos amigos, muchacho. ¡Y empezamos a volvernos ya tan viejos...!

—¡No, Raquel!, ¡Tú estás tan joven como siempre!

—Seríamos muy desgraciados si envejeciera el uno sin el otro, Esteban —respondió ella, riendo—; pero, sea como sea, somos amigos tan antiguos, que sería un pecado y una lástima el ocultarnos uno al otro una palabra de la verdad. Vale más que no paseemos tanto juntos. ¡Tiempo llegará en que podamos hacerlo! Sería realmente cruel si no llegara —dijo ella con dulce alegría, que deseaba comunicarle.

—De todos modos, Raquel, esto es desesperante.

—Desecha esas ideas, y nuestra situación te parecerá monos dura.

—Hace mucho tiempo que callo y no mejora mi suerte. Pero, tienes razón, podrían murmurar, sobre todo de ti. Durante muchos años fuiste mi consuelo, Raquel. ¡Me has hecho tanto bien, y tus palabras de alegría me han confortado tanto el corazón, que una palabra tuya es para mí una ley!

¡Ah, muchacha!, una ley radiante y nueva. Mejor que muchas otras leyes verdaderas.

—No te atormentes con estos pensamientos, Esteban —repuso ella vivamente, no sin una inquietud en la mirada—. ¡Deja en paz las leyes!

—Sí, sí —dijo él moviendo la cabeza en señal de asentimiento—. Dejémoslas en paz. Dejemos en paz todo. Esto es un lodazal, un embrollo y está dicho todo.

—¿Siempre un embrollo? —preguntó Raquel, tocándole suavemente el brazo, como para librarle del ensimismamiento, durante el cual él iba mordiendo las puntas de su pañuelo, anudado al cuello.

El contacto produjo un efecto instantáneo, pues dejó de mordisquear el pañuelo, volvió hacia ella su cara sonriente, y dijo en un tono de buen humor:

—Sí, Raquel, chiquilla; nada más que un lodazal en donde estoy metido. Intento salir de él, pero no lo consigo.

Habían andado un buen trecho y se hallaban cerca de sus respectivas casas. La de la mujer era la más próxima, pues vivía en una de las numerosas callejuelas, en cuyas casas el encargado del servicio de Pompas Fúnebres predilecto —sacaba una bonita suma por las humildes exequias de la vecindad— utilizaba una escalera negra para ayudar a los que habían pasado la vida subiendo y bajando a tientas escaleras estrechas, con objeto de que pudieran salir de este mundo por las ventanas. Raquel se detuvo en la esquina, y dándole la mano, le despidió.

—Buenas noches, chiquilla adorada. Buenas noches.

La mujer descendió por la calle oscura y estrecha, con su paso sereno y femenino. Esteban la siguió con los ojos hasta que hubo desaparecido, penetrando en una de aquellas casas humildes. No existía un pliegue de aquel humilde chal que no tuviese interés a los ojos de Esteban Blackpool, ni una inflexión de la voz amada que no despertara un eco en lo más hondo de su corazón.

Cuando la hubo perdido de vista prosiguió su camino hacia su casa, mirando de vez en cuando el cielo, por donde las nubes bogaban rápida e impetuosamente. Pero he aquí que las nubes se desgarraron, la lluvia cesó y asomó la luna, que miraba al fondo de las altas chimeneas, a fin de ver los anchos hornos colocados en el fondo, proyectando en las paredes de las fábricas sombras gigantescas de las máquinas en reposo. A medida que se iba aproximando a su casa, Esteban Blackpool parecía despejarse, al igual que la noche.

Su casa, situada en una callejuela bastante parecida a la primera, salvo que era más estrecha aún, estaba encima de un tenducho. ¡Cómo era posible que hubiera gente capaz de comprar o de vender aquellos juguetes miserables del escaparate, entremezclados con periódicos, con trozos de tocino —había allí hasta una pata de cerdo que iba a ser rifada al día siguiente— es cosa que por ahora no nos importa saber! Esteban, al entrar en su casa, cogió un cabo de vela que había sobre un poyo, lo encendió en otro cabo de vela que había en el mostrador; y procurando no hacer ruido para no molestar a la dueña de la tienda, que dormía en un cuchitril, se dirigió a la escalera y subió a su habitación.

Era un cuarto, cuyos anteriores inquilinos no habían dejado de entrar en relaciones con la escalera negra de mano, de la que hablé antes, pero en la actualidad parecía estar tan aseado como podía estarlo en semejante estancia. En un ángulo, sobre un viejo pupitre, había varios libros y unos papeles escritos; el mobiliario era decoroso, con lo preciso, y aunque la habitación estaba un tanto viciada, aparecía limpia.

Al dirigirse hacia la chimenea, para dejar la vela sobre una mesa que había cerca de aquélla, tropezó con algo. Retrocedió, agachándose para ver qué era, y entonces el cuerpo de una mujer se incorporó, quedándose sentada en tierra.

—¡Por el amor de Dios, mujer! —exclamó, retrocediendo unos pasos—. ¿Otra vez has vuelto?

Realmente era una mujer; pero ¡qué mujer! Una criatura perdida, borracha, apenas capaz de sostenerse en la posición que acababa de tomar, apoyándose con una mano asquerosa en el suelo, mientras que la otra hacía vanos esfuerzos para apartar su cara de mugrientos y desgredados cabellos; una criatura, en fin, tan horrenda entre sus andrajos, sus manchas, sus cascarrias, aunque doblemente horrenda, repugnante, en su infamia moral, que sólo al verla ya era una vergüenza.

Después de uno o dos juramentos de impaciencia y de haberse mesado los cabellos estúpidamente con la mano que no necesitaba para sostenerse, consiguió apartar las greñas que caían sobre sus ojos, con objeto de ver al obrero. Después, continuando sentada en el suelo, se balanceó hacia atrás y hacia delante, y con el brazo libre hizo ademanes que parecían debían ir acompañados de una fuerte risa, aunque su semblante conservaba su embrutecida y amodorrada expresión.

—¡Hola, mozo mío! ¿Eres tú?

Algunos roncos sonidos que intentaron expresar estas palabras, salieron al fin de su garganta; luego su cabeza volvió a caer sobre el pecho.

—¿Que si he vuelto otra vez? —exclamó al cabo de algunos minutos, como si acabara de preguntárselo—. ¡Sí! Y volveré a venir. Y volveré otra vez, y otra, y siempre. ¿De vuelta? Sí, de vuelta. ¿Y por qué no?

Reanimada por la insensata violencia con que había pronunciado estas palabras, logró, no sin alguna dificultad, levantarse y permanecer en pie, apoyando las espaldas, contra la pared, dejando colgar a su lado un guiñapo sucio de sombrero, y tratando de mirar a Esteban con un aire de desprecio.

—¡Volveré aún a vender todo cuanto tienes, y después volveré a vender lo que tengas, y a eso vendré veinte veces más! —exclamó aquella mujer con un acento que participaba a la vez de la amenaza feroz y del desorden de una danza báquica—. ¡Quítate de esa cama! —porque Esteban, ocultándose el rostro con las manos, se había sentado al borde del lecho—. ¡Quítate de ahí! Es mi cama y tengo derecho a acostarme en ella.

Como ella avanzó con paso vacilante, Esteban la evitó con un estremecimiento, el rostro siempre oculto, y pasó al otro extremo del cuarto.

Aquella se tumbó pesadamente en la cama y no tardó en roncar. Esteban se dejó caer sobre una silla, que sólo dejó una vez durante toda la noche, y fue para cubrir a aquella mujer con una manta, como si las manos con que se cubría los ojos no bastasen a ocultarla en las tinieblas.

CAPÍTULO XI. SIN ESCAPE

Los encantados palacios se iluminaban interiormente antes de que el alba permitiera ver las monstruosas sierpes de humo cerniéndose sobre Villahulla. Un ruido de zuecos sobre la acera, un rápido toque de campanas, y todas las máquinas que hemos comparado a melancólicos elefantes, limpias y engrasadas para el trabajo de la próxima jornada, reanudaban sus monótonas ejercicios.

Esteban se inclinaba sobre su telar, quieto, vigilante, siempre alerta. Formaba con los demás trabajadores ocupados en este inmenso taller, un extraño contraste con la estruendosa maquinaria en la cual trabajaban. Nada temen las buenas que, por temerlo todo, recelan de que el arte suplante a la Naturaleza. Puesta la obra de Dios al lado de la de los hombres, siempre ganará en dignidad la primera con la comparación, aunque no esté representada sino por unos cuantos hombres humildes, unos nadie que piensan.

Tal fábrica ocupaba a tantos cientos de obreros y una maquinaria de tantos o cuantos cientos de caballos de fuerza. Se sabe, con un error de una libra esterlina, lo que puede rendir una máquina; pero todos los calculistas de la Deuda Nacional reunidos no podrán decirme la capacidad del bien y del mal, del amor o del odio, del patriotismo o del descontento, de la composición de la virtud en el vicio o viceversa; el alma de uno solo siquiera de aquellos trabajadores, tan pacíficos en apariencia, y que no son sino humildes esclavos de la máquina insensible y bruta. No hay el menor misterio en la máquina; en el más abyecto de aquellos hombres sí que existe un misterio impenetrable. Teniendo esto en cuenta, ¿no estará bien que reservemos nuestra aritmética para los objetos materiales y empleemos otros medios para gobernar, de poner en orden, esas terribles cantidades desconocidas?

Aclaraba el día, y la claridad se hizo visible en el exterior de la fábrica, a pesar del gas que iluminaba su interior. Se extinguieron las luces y continuó el trabajo. Empezó a llover; y las serpientes de humo, según maldición de casta, se desenroscaban casi a flor de tierra. En el patio destinado a los desperdicios, el vapor del tubo de descarga, los montones de barricas y de

hierro viejo, las relucientes pilas de carbón, las cenizas, aglomeradas aquí y allá, todo estaba recubierto por un velo de niebla y de lluvia.

Esteban abandonó la tibieza del taller, para exponerse, huraño y fatigado, al viento húmedo en las calles frías y enfangadas. Se alejó de sus compañeros y del barrio donde trabajaban, sin tomar más que un poco de pan, del que dio cuenta mientras se dirigía a casa de su patrón. Este señor habitaba una casa de ladrillos rojos, con ventanas de hojas oscuras al exterior y de estoras verdes en el interior; una puerta de entrada negra, provista de dos escalones de mármol blanco, en la cual, escrito con letras que se le parecían mucho en presunción, se leía el nombre de «Bounderby» en una placa de cobre, sobre la cual había un aldabón del mismo metal, redondo como una bola.

El señor Bounderby merendaba, cosa que Esteban se temía. ¿Quería decirle su criada que uno de los obreros deseaba hablarle?

Llegó un mensaje de respuesta, requiriendo el nombre de tal obrero. Esteban Blackpool.

No tenía ningún motivo de queja contra Esteban Blackpool. Sí, podía pasar.

Hete a Esteban Blackpool en el comedor, donde el señor Bounderby —al que apenas conocía de vista— estaba comiendo una chuleta, rociada de jerez. La señora Sparsit, junto al fuego, hacía calceta, en la actitud de una amazona a caballo en unas jamugas, puestos los pies sobre un almohadón como sobre un estribo. La dignidad y las ocupaciones de la señora Sparsit no le permitían merendar. Atendía a aquel refrigerio en su carácter oficial; pero con su aire majestuoso daba a entender que consideraba la merienda como una debilidad.

—Vamos a ver, Esteban —dijo el señor Bounderby—: ¿qué le trae por aquí?

Esteban hizo un saludo. No un saludo servil... ¡estos obreros de las fábricas no los conocen! Nunca los veréis saludando de ese modo, aunque estén veinte años entre vosotros. Y únicamente por componer un poco su indumentaria, en honor de la señora Sparsit, se metió debajo del chaleco las dos puntas de la corbata.

—Veamos —continuó el señor Bounderby, bebiendo un sorbo de jerez—: usted no nos ha dado nunca un quebradero de cabeza; usted no es de los que gustan del bullicio; usted no ha sido nunca de esos que no saben razonar; usted no es de los que quisieran montar en un carruaje tirado por seis caballos y alimentarse con sopa de tortuga y con volatería, comiéndolas

con cuchara de oro. —El señor Bounderby pretendía siempre que éste era el único e inmediato deseo de todo obrero que no estaba completamente satisfecho— y por consiguiente, estoy seguro de que no ha venido para formular una queja. Estoy persuadido de eso por anticipado.

—No, señor; realmente no he venido para nada de eso.

El señor Bounderby pareció agradablemente sorprendido, no obstante la firme convicción que acababa de manifestar.

—Muy bien —dijo—. Es usted un buen obrero; no me había engañado. Veamos entonces de qué se trata. Puesto que no se trata de nada de eso, sepamos que es. ¿Qué tiene usted que decir...? ¡Suéltelo, buen hombre!

Esteban dirigió una mirada a la señora Sparsit.

—Puedo retirarme, si usted lo desea, señor Bounderby —dijo la dama, dispuesta a sacrificarse, y haciendo ademán de retirar los pies del estribo.

El señor Bounderby la detuvo, teniendo en suspenso un bocado de chuleta antes de ingerirlo, y extendiendo su mano izquierda. Luego, retirando su mano, y engullendo el bocado de chuleta, informó a Esteban:

—¿Sabe usted? Esta buena señora es bien nacida, muy bien nacida, ha nacido en muy elevada cuna. Y no debe usted suponer, porque hoy cuide de mi casa, que no haya estado colocada muy alto en el árbol de la sociedad... ¡Ah, en la mismísima copa del árbol social! Por lo tanto, si tiene usted que decirme algo que no debe decirse delante de una mujer tan bien nacida, esta señora abandonará la habitación. Pero si lo que tiene que decirme, puede decirse delante de una mujer bien nacida, esta señora permanecerá donde se baila.

—Señor, creo que desde el punto y hora en que nací, jamás he dicho nada que no pudiese oír una mujer bien nacida —fue la respuesta de Esteban, acompañada de un ligero rubor.

—Muy bien —dijo el señor Bounderby, apartando el plato y reclinándose en su sillón—. ¡Pues andando!

—He venido —comenzó Esteban levantando, tras un momento de reflexión, los ojos que hasta entonces había tenido fijos en el suelo— a pedirle un consejo, porque lo necesito sobremanera. Debe usted saber, señor Bounderby, que hace dieciséis tristes y largos años que me casé, en un lunes de Pascua. Mi esposa era una obrera joven, bastante linda y de buena reputación. Pues bien; no tardó en malearse. No por culpa mía, que bien sabe Dios que no he sido para ella un mal marido.

—He oído hablar de eso —dijo el señor Bounderby—. Su esposa se dio a la bebida, abandonó el trabajo, vendió los muebles, empeñó hasta las ropas de usted y cometió la mar de barbaridades.

—He tenido mucha paciencia.

—Esto prueba que eres un imbécil —dijo el señor Bounderby a su copita, en confidencia.

—Mucha paciencia he tenido —prosiguió Esteban Blackpool—. He intentado corregirla mil veces. He empleado todos los medios imaginables para volverla al buen camino, y nada he conseguido. ¡Cuántas veces, al entrar en mi cuarto, he visto con sorpresa que había desaparecido todo aquello de que disponía en el mundo! ¡Cuántas veces la he encontrado tendida en el suelo, borracha perdida! Y esto no una vez, ni dos... sino veinte veces...

Cada arruga de su cara se pronunciaba más, a medida que iba hablando, aportando una emocionante prueba de lo que había sufrido.

—De mal en peor, de mal en peor, acabó por abandonarme. Descendió a lo más bajo, y se perdió en todos los sentidos. Volvió, volvió y volvió. ¿Qué podía yo hacer para impedirselo? Antes de entrar en casa, prefería pasearme por las calles noches enteras. He llegado hasta a ir al puente con la idea de arrojarme al agua y acabar de una vez. En fin, he sufrido tanto que, joven aún, soy ya un viejo.

La señora Sparsit, que continuaba marchando al paso, con sus agujas de hacer media, frunció las cejas a lo Coriolano, y movió la cabeza como queriendo decir:

—Los grandes tienen sus penas lo mismo que los pobretes. Y si no, hagan el favor de dirigir una humilde mirada hacia mí.

—Le he dado una pensión para que viviera lejos de mí —continuó Esteban Blackpool—. Hace cinco años que la mantengo de esta manera. He podido reunir en mi cuarto algunos muebles. He vivido pobre y tristemente, pero al menos sin avergonzarme y sin temblar de espanto a cada instante de mi vida. Al regresar anoche a mi casa, allí estaba tendida en el umbral... Allí está aún...

En la magnitud de su desgracia y en la energía de su dolor irguióse un momento Esteban Blackpool, y un relámpago de orgullo iluminó su mirada. Un instante después tomó de nuevo su habitual posición un tanto encorvada. Su rostro meditabundo, vuelto hacia el señor Bounderby, con una extraña expresión de azoramiento y de amabilidad al mismo tiempo, como si su espíritu estuviese ocupado en descifrar un terrible problema; su sombrero en la mano izquierda, crispada y apoyada en la cintura; su mano

derecha accionando enérgicamente, para dar fuerza a sus palabras, y algunas veces quedaba quieta en los silencios; pero, aun así, siempre extendida y expresiva.

—Ha de saber usted que hace ya mucho tiempo que estoy informado de todo cuanto acaba de decirme, excepto de la última escena —dijo el señor Bounderby—. Francamente, es este un mal asunto. Hubiera usted hecho mucho mejor en no casarse. Pero, en fin, ya es demasiado tarde para decírselo.

—¿Fue un matrimonio desigual, respecto a las edades? —preguntó la señora Sparsit.

—¿Comprende usted lo que pregunta esta señora? ¿Fue un matrimonio desigual, respecto a la edad, este desdichado caso de usted? —preguntó el señor Bounderby.

—Ni siquiera eso —contestó Esteban Blackpool—. Yo tenía veintiún años, y ella no había cumplido los veinte cuando nos casamos.

—¿De veras? —dijo la señora Sparsit mirando a su amo, con gran mansedumbre—. Yo había creído, al ver esta unión tan desgraciada, que era efecto de una mala elección, desde el punto de vista de la edad.

El señor Bounderby lanzó a la señora una mirada de reojo, que expresaba cierta vergüenza. Y para cobrar alientos, tomó unos sorbos más de jerez.

—Y bien, ¿por qué no continúa? —preguntó el señor Bounderby con cierto enojo a Esteban Blackpool.

—He venido, señor, a preguntarle qué es lo que debo hacer para librarme de esa mujer.

Esteban pronunció estas últimas palabras con mucha gravedad. La señora Sparsit dejó escapar una exclamación algo reprimida, para indicar que había sido ofendida moralmente.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el señor Bounderby levantándose, para apoyar la espalda contra la chimenea—. ¿Qué está usted diciendo? Usted la tomó por esposa, según los términos de la Escritura que le leyeron el día de sus nupcias, «tanto para el bien como para el mal».

—Es preciso que me deshaga de ella. No puedo soportarlo más. He vivido tanto tiempo así, sólo porque contaba con la piedad y con las palabras de consuelo de la muchacha más excelente que hay en este mundo y en el otro... a la que debo mi dicha, porque sin ella estaría ya loco rematado.

—Es decir, que quisiera ser libre para casarse con la mujer de que habla; al menos así lo temo, señor —dijo la señora Sparsit a media voz y profundamente afectada por la inmoralidad de la gente.

—En efecto; eso es lo que quiero. La señora tiene razón, y es justamente lo que yo iba a manifestar. He leído en los periódicos que en el gran mundo —es muy justo y no lo critico por esto— no se unen tan sólidamente «tanto para el bien como para el mal», sino que pueden separarse de una unión desdichada, y volverse a casar. Cuando no congenian por incompatibilidad de caracteres, tienen en sus casas habitaciones suficientes para vivir por separado. Nosotros sólo tenemos una habitación y por tanto no podemos hacerlo. Cuando con eso no basta, disponen de dinero u otros bienes, y pueden decir: «Esto para ti, esto para mí», e irse cada cual por su lado. Nosotros tampoco podemos. Con esos medios pueden verse libres uno de otro por faltas más leves que la de mi caso. Por consiguiente, es preciso que yo me deshaga de esa mujer, y quiero saber cómo.

—No hay «cómo» posible —respondió el señor Bounderby.

—Si la maltrato, señor, ¿hay una ley para castigarme?

—Claro que la hay.

—Si la abandono, ¿hay una ley para castigarme?

—Claro que la hay.

—Si me caso con la otra muchacha adorada, ¿hay una ley que me castigue?

—Es claro que la hay.

—Si vivo con ella sin casarme, suponiendo que semejante cosa pueda suceder, que no sucederá nunca, ¡tan honrada es ella!, ¿hay una ley para castigarme en cada inocente criatura que nos naciera?

—Sí, por cierto.

—Entonces, en nombre del cielo —dijo Esteban Blackpool— dígame usted qué ley puede ampararme.

—¡Hum! —dijo el señor Bounderby—. Hay en esa relación de dos vidas una santidad que... que.. que es preciso respetar a toda costa...

—No, no, señor. No diga eso. En este caso no se la respeta. Yo no soy más que un tejedor, y era muy niño que trabajaba ya en la fábrica; pero tengo ojos para ver y orejas para oír. He leído, con horror, en los periódicos, varios fallos judiciales y sé que la supuesta imposibilidad de desunirse bajo pretexto alguno, ensangrienta la nación, y provoca en los hogares pobres

duelos, crímenes y muertes prematuras. Bien convendría hacernos conocer nuestros derechos. Me encuentro, pues, en una triste situación, y quisiera saber por usted, si no fuera molestaros, qué ley puede ampararme.

—Pues bien, se la diré, —dijo el señor Bounderby, metiéndose las manos en los bolsillos—. Existe esa ley.

Recobrando su actitud tranquila y prestando toda su atención, Esteban Blackpool hizo un signo de asentimiento.

—Pero no se ha hecho para usted, en absoluto —dijo el señor Bounderby—. Cuesta dinero, mucho dinero.

—¿Cuánto podría costar? —preguntó tranquilamente Esteban

—Ante todo, debería usted entablar un pleito ante el Tribunal de doctores en Derecho canónico; luego tendría que entablar otro proceso en la Sala de pleitos comunes; después tendría que entablar un tercer pleito en la Cámara de los Lores, y más tarde debería conseguir del Parlamento un acta que le autorice a casarse nuevamente, y suponiendo que todo esto fuera viento en popa, calculo que esto le costaría unas quinientas libras esterlinas —dijo el señor Bounderby—, y quizá el doble.

—¿No hay ninguna otra ley?

—Ninguna.

—Entonces, señor Bounderby, esto es un embrollo —dijo Esteban Blackpool muy afectado y gesticulando con la mano derecha, como si lanzara sus palabras a los cuatro vientos de la rosa, para que dispersasen todas las leyes—. Esto es un embrollo... un lodazal de cabo a rabo, y cuanto antes me muera, será mejor.

La señora Sparsit se desalentó de nuevo por la impiedad de la gente del pueblo.

—¡Bah, bah! No diga tonterías, buen hombre —replicó el señor Bounderby—, sobre cosas que no entiende, y no llame un embrollo ni un lodazal a las instituciones de su Patria, o se meterá en un verdadero conflicto el mejor día. Las instituciones de su Patria no son asuntos propios para discutirlos con usted, y lo único en que debe usted entrometerse es en su trabajo. Usted no ha tomado mujer para retenerla a su lado ni para plantarla en la calle cuando a usted le acomode, sino «para el bien o para el mal». Si ella ha observado mala conducta —porque todos lo podemos decir así— podría también haberla observado mejor.

—¡Eso es un lodazal! —repitió Esteban meneando la cabeza, conforme se dirigía hacia la puerta—. ¡Es un embrollo!

—Escuche un momento —exclamó el señor Bounderby, a modo de despedida—. Con sus opiniones que yo llamaré sacrílegas y blasfemas, ha estado usted escandalizando a esta señora, la cual, como dije a usted, es una señora bien nacida, y como todavía no le he dicho a usted, ha tenido también sus infortunios matrimoniales por cerca de algunas decenas de millares de libras esterlinas... ¡decenas de millares de libras esterlinas! —repitió enardecido y glotonamente—. Hasta hoy he considerado a usted como un obrero de arreglada conducta; pero temo —lo digo francamente— que quiere usted emprender un mal camino. Sin duda ha prestado usted oídos a algún extranjero subversivo. Siempre hay alguno, y lo mejor que puedo hacer es apartarse de él. ¿Sabe usted...? —las facciones del señor Bounderby expresaron una maravillosa perspicacia—. Veo mucho más lejos que la punta de mi nariz, bastante más lejos que muchas gentes, quizá porque se me ha afilado la nariz en la rueda de pedernal. En todo eso, entreveo síntomas de la sopa de tortuga y de la carne de volatería con cucharas de oro. ¡Sí, lo veo, no me equivoco! —gritó el señor Bounderby, moviendo con obstinada astucia la cabeza—. ¡Por lord Harry, que lo veo!

Esteban Blackpool contestó con un movimiento de cabeza muy diferente y exhalando un profundo suspiro.

—Gracias, señor. Buenos días.

Y dejó al señor Bounderby henchido de orgullo, tan henchido como si fuera a estallar, delante de su propio retrato, que colgaba de una de las paredes del comedor, y a la señora Sparsit cabalgando, con un pie en el estribo, triste y cabizbaja por los vicios de la gente del pueblo.

CAPÍTULO XII. LA VIEJA

El pobre Esteban bajó los albos escalones y cerró la negra puerta de la placa de bronce que tenía un botón del mismo metal, del cual se despidió fletándolo con la manga de la chaqueta, al observar que había empañado su brillo con el calor de la mano.

Atravesó la calle, fijos los ojos en el suelo, y se alejaba abismado en sus penas cuando de pronto sintió que una mano le tocaba la espalda.

No era ésta la mano que necesitaba en aquel momento, la mano que calmaría la marejada de su alma, a semejanza de la de un Dios de sublime amor y de sublime paciencia y la única que podía apaciguar ose irritado mar, aunque también era el roce de una mano de mujer. Era una vieja, alta y bien conservada, aunque arrugada por el tiempo, lo que vieron los ojos de Esteban Blackpool, cuando se detuvo dando media vuelta. Vestía limpia y sencillamente y llevaba en los zapatos barro de los caminos, indicando que acababa de llegar de un viaje. La agitación de sus modales, en medio del ruido de las calles; el menguado capuchón de abrigo que colgaba de su brazo; el tosco paraguas y la cestita, los guantes demasiado grandes, con los dedos demasiado largos, a los cuales no estaban acostumbradas sus manos, todo revelaba que era una campesina, con su modesta ropa dominguera, llegada a Villahulla en una visita que rara vez hacía.

Viendo de una ojeada, con la rápida intuición de la gente de su clase, cuanto acabamos de describir, Esteban Blackpool, para oír mejor lo que la vieja le preguntaba, inclinó sobre ella su atento rostro; rostro que, como los de otros muchos de su especie, por efecto de trabajar constantemente con ojos y con manos, en medio de un ruido atronador, había adquirido la mirada concentrada que estamos acostumbrados a ver en los semblantes de los sordos.

—Haga el favor —suplicó ésta, señalando la casa del señor Bounderby—: ¿no es usted al que he visto salir de la casa de ese caballero? Creo que era usted, a menos que haya cometido la torpeza de confundir a la persona que seguía.

—Sí, señora.

—¿Y qué tal marcha, señor? ¿Está alegre, sano, robusto y decidor?

Mientras la vieja hablaba y levantaba la cabeza para dar más expresión a sus palabras, por la mente de Esteban cruzó la idea de que él había visto a aquella anciana en otra ocasión, y que no le había parecido nada simpática.

—Sí —respondió observándola más atentamente—; de esos dones disfruta.

—¿Y se conserva bien y tan fresco como una manzana? —añadió la vieja.

—Sí —respondió Esteban—. Estaba comiendo y bebiendo, gordo y zumbón como un abejorro.

—¡Gracias! —dijo la vieja con alegría infinita—. ¡Gracias! Seguramente era la primera vez que veía a esta vieja. Aun así existía en su memoria un vago recuerdo, como si hubiera soñado más de una vez con alguna vieja parecida.

La anciana echó a andar a su lado, y acomodándose gentilmente a su humor, Esteban le dijo que Villahulla era una ciudad activa, ¿no era verdad? A lo que respondió ella:

—¡Ya lo creo! Terriblemente activa.

Entonces él le dijo que ella venía del campo, ¿no? A lo que respondió ella afirmativamente:

—Llegué en el expreso esta mañana. He recorrido cuarenta millas en el tren expreso de hoy, y las volveré a recorrer al regreso, después que coma. Y esta mañana anduve nueve millas a pie para llegar a la estación, y si no encuentro en el camino a nadie que me preste ayuda, tendré que desandar mis nueve millas esta noche. ¡Ya ve usted, señor, que a mi edad no es tan poca cosa!—dijo la comunicativa anciana, brillantes los ojos de orgullo.

—En efecto —asintió Esteban—. Pero no lo hará usted muy a menudo.

—No, no. Una vez al año —respondió ella—. Gasto así mis ahorros una vez cada año. Vengo por lo regular a recorrer las calles y a ver al caballero...

—¿Y nada más que por verle? —preguntó Esteban.

—Eso me basta —contestó ella con mucha animación o interés—. No pido más. He estado de plantón en ese lado de la calle, para ver si ese caballero salía —añadió volviendo nuevamente la cabeza hacia la casa del señor Bounderby—. Pero este año tarda en salir; aún no le he visto. Usted fue quien salió, en cambio. Y ahora me veo obligada a regresar a mi casa sin

una mirada suya. Sí, yo únicamente anhelaba una mirada. He visto a usted, usted le ha visto, y preciso será contentarme con eso.

Al pronunciar estas últimas palabras, miró a Esteban como para fijar en su memoria las facciones del tejedor, y sus ojos no estaban tan brillantes como lo habían estado un momento antes.

Razonando acerca de la diversidad de gustos, y con toda la sumisión a los burgueses de Villahulla, le pareció tan extraordinaria fuente de aquel tan particular interés, que le dejó perplejo el caso. En esto, al pasar delante de una iglesia y ver la hora que apuntaba el reloj, Esteban apresuró el paso.

—¿Es que va a su trabajo? —preguntó la vieja, apresurando también la marcha.

—Sí, tengo el tiempo justo.

Y al preguntarle dónde trabajaba, la vieja pareció caminar aún más ligera que antes.

—¿No es usted feliz? —le preguntó.

—En este mundo todos tenemos nuestras penas, señora.

Esteban respondió evasivamente, porque conociendo que la anciana parecía estar convencida de que él era dichoso, no tuvo valor para desengañarla. Sabía Esteban que todo el mundo anda sobrado de amarguras, y si la anciana, luego de haber vivido tanto, podía creerle libre de toda aflicción, tanto mejor para ella; él, por su parte, nada perdía con que lo creyera.

—¡Sí, sí! Usted tiene también pesares en su casa, ¿no es verdad?

—Alguna vez tiene uno un disgusto —respondió él con tono ligero.

—Pero con un amo como el que tiene, ¿esos disgustos no le perseguían hasta la fábrica?

—No, no con cosas de la fábrica —respondió Esteban—. Allí todo está en conexión, todo está en orden. Allí todo marcha como debe marchar. (No se extralimitó a decir que allí existía una especie de justicia divina: de algunos años a esta parte había oído pretensiones casi tan magníficas como esa).

Se hallaban ya en el oscuro camino que conducía a la fábrica, y los obreros iban entrando en tropel. Sonaba la campana, y la serpiente de humo era una serpiente de muchas roscas, y el monstruo se preparaba a ponerse en marcha. La extraña vieja quedó encantada con el son de aquella campana. ¡Era la campana más armoniosa que jamás había oído, y tenía un sonido impresionante!

Preguntó a Esteban, cuando éste se detuvo para darle un apretón de manos de despedida, cuánto tiempo hacía que trabajaba allí.

—Doce años —contestó él.

—¡Es preciso que yo bese la mano que ha trabajado durante doce años en esta fábrica! —exclamó ella.

E inclinándose, antes de que él lo advirtiera, le cogió la mano y se la llevó a los labios.

Independientemente de su edad y de su sencillez, era preciso que aquella mujer estuviese dotada de alguna secreta armonía, de la cual ella misma no se daba cuenta, porque ¡cosa extraña! hasta en aquella acción fantástica de besarle la mano había un no sé qué de simpatía y de naturalidad; para dar a su conducta un aire de seriedad así, debía ser un carácter ingenioso y apasionado a la vez.

Hacía ya cosa de media hora que tejía Esteban, pensando en aquella vieja, cuando al examinar el trabajo hecho, miró afuera, aprovechándose de una ventana que se abría en el ángulo donde trabajaba, y vio a la vieja, que estaba contemplando la fábrica, sumida en profunda meditación.

Olvidando el humo, el lodo, la lluvia y sus dos largos viajes, contemplaba el edificio, como si en el monótono bordoneo que salía de los numerosos pisos de la fábrica, hubiera formado una deliciosa armonía de la cual se sintiera orgullosa.

Pronto, sin embargo, desapareció de la vista, y el día con ella; se encendieron los mecheros de gas, y el tren expreso pasó como un rayo a la vista del encantado palacio, sobre el cercano viaducto; casi no se le oyó pasar en medio del ruido atronador de las máquinas; apenas si se le oyó entre el estrépito y el barullo de los telares.

Desde hacía rato, los pensamientos de Esteban le conducían hacia el sombrío cuarto que estaba encima del tenducho y hacia la criatura vergonzante, caída pesadamente sobre la cama, pero que pesaba mucho más sobre su corazón.

La máquina refrena su marcha, palpita débilmente, como un pulso enfermo, al fin se para. Suena de nuevo la campana; se apagan las luces, el calor se dispensa, y las sombras de la noche envuelven los sólidos y severos edificios, destacándose sus largas chimeneas como rivales de la Torre de Babel.

Sólo habían transcurrido veinticuatro horas desde que hablara con Raquel, es verdad; pero desde entonces le había sobrevenido una nueva desgra-

cia, que solamente Raquel podía aliviar, y sólo por este motivo, y también porque sabía lo necesario que le era oír la única voz que podía calmar su cólera, se creyó autorizado, a pesar de lo que le había dicho ella, para esperarla una vez más. Así lo hizo, pero fue en vano, pues Raquel había pasado sin verle. Se había marchado ya. De todas las noches del año, ninguna como en aquella necesitaba más ver la dulce y resignada cara de su buena amiga.

¡Oh! ¡Más hubiera valido no tener casa donde ir a reposar, que tener una casa y no atreverse a volver a ella por semejante motivo! Sin embargo, comió y bebió un poco, pues estaba extenuado, aunque no supo lo que bebió ni comió; luego empezó a pasear por la calle bajo una lluvia glacial, pensando en su desgracia y viendo de poner algún remedio.

Jamás había hablado de casarse, una vez conseguido el divorcio, pero hacia muchos años que Raquel le había demostrado compasión; después había sido el único ser humano a quien confiara sus penas y disgustos; sabía que si un día era libre para tomarla por esposa, no diría ella que no. Pensaba, en aquellos momentos, en el hogar hacia el cual hubiera podido dirigirse henchido de orgullo y alegría; en esta nueva unión, que hubiera podido hacer de él un hombre completamente distinto; pensaba en la dicha que hubiera animado entonces su pobre corazón, tan abrumado de tristeza, en el honor, en la propia estimación, en la tranquilidad espiritual que hubiera encontrado y que veía deshacerse en pedazos. Pensaba en lo estéril de los mejores años de su vida, en el cambio fatal que se operaba en su alma, más exacerbada cada vez; en la horrible existencia de un hombre atado de pies y manos a una mujer envilecida, muerta, y atormentado por un demonio que tomaba la forma de aquel cadáver. Pensaba en Raquel, tan joven cuando tuvo la dicha de conocerla, a consecuencia de sus disgustos domésticos, y tan cerca ya del periodo en que se empieza a envejecer. Pensó en todas las mozas, en todas las mujeres que Raquel había visto crecer; en la resignación con que había seguido Raquel su camino tranquilo y solitario; en la sombra de tristeza que a veces había notado en su angelical cara, y que a él le llenaba de remordimientos y de desesperación. Finalmente, evocó el retrato de Raquel, para ponerlo en parangón con la imagen abyecta que encontrara en su casa la víspera, y se preguntó si era posible que la existencia en este mundo de un ser tan dulce, tan bueno, tan resignado, se sacrificara totalmente a la de un ser tan envilecido.

Abismado en tales pensamientos, tan oprimido su corazón, que parecía que iba a estallar, no veía bajo su forma real los objetos ante los que pasaba, y el círculo irisado que describían los faroles brumosos imprimía en sus ojos cierto color de sangre... así fue como en su casa halló refugio.

CAPÍTULO XIII. RAQUEL

Una pálida luz iluminaba la ventana contra la cual se había apoyado tan a menudo la famosa escalera negra, por la que se había hecho deslizar al ser más querido que tenía en el mundo una pobre mujer que quedara viuda con hijos hambrientos. Esteban Blackpool añadió a sus otros pensamientos la reflexión sombría de que entre todas las eventualidades de nuestra terrenal existencia, ninguna podía compararse con las injusticias de la muerte. La desigualdad del nacimiento nada es comparada con ella. Supongamos que el hijo de un rey y de un tejedor han nacido en el mismo instante de esta noche: ¿qué puede significar este contraste, comparado con la causa que hace morir a una criatura humana, útil a los demás y querida por todos, en tanto que deja vivir a una mujer abyecta, envilecida?

Esteban penetró tristemente en el interior de su casa, conteniendo el aliento y con lento paso. Llegó a su puerta, la abrió y penetró en la habitación. La tranquilidad y la paz habían vuelto a renacer en aquella estancia. Allí estaba Raquel, sentada junto al lecho.

Al verle, volvió la cabeza, y su rostro, radiante, disipó en él la noche que reinaba en su alma. Es decir, él vio que había alguien en la cama, y no podía ser más que su mujer, pues las manos de Raquel habían corrido una cortina, privándole así la vista de aquella desventurada. Había hecho desaparecer los andrajos miserables, y algunas ropas de Raquel se veían en el cuarto. Todo estaba en su sitio y en debido orden; había encendido el fuego de la chimenea y barrido el hogar. A Esteban le pareció ver todas estas cosas agradables en el semblante de Raquel, sin necesidad de mirar nada. Aquel rostro que contemplaba, pronto quedó velado por las lágrimas de ternura que llenaron sus ojos y nublaron su vista.

Raquel se volvió de nuevo hacia el lecho, y asegurándose de que estaba tranquila la enferma, habló en voz baja, pero con aire tranquilo y optimista.

—Me alegro de que hayas venido al fin, Esteban —dijo—. Vienes muy tarde.

—He estado por ahí, anda que andarás...

—Es lo que me figuré. Pero hace muy mala noche para eso. Llueve a cántaros y hace un viento atroz.

¿El viento? Sí, soplaban con furia. Rugía en la chimenea con la voz del trueno y del mar embravecido. ¡Haberse encontrado fuera con un viento semejante y no haberse dado cuenta!

—Es la segunda vez que vengo hoy, Esteban. La dueña de la casa fue a buscarme a la hora de comer. Me dijo que había aquí un ser humano que tenía necesidad de mis cuidados. Y tenía razón... Pues tu mujer no está en sí; no hace más que delirar. Está, además, llena de cardenales y heridas.

Esteban se dirigió lentamente hacia una silla y se sentó, bajando la cabeza ante la enfermera.

—He venido a hacer lo poco que pueda, Esteban, pues no puedo olvidar que trabajábamos juntas, cuando jóvenes, y que tú la cortejaste y te casaste con ella cuando yo era su amiga.

Esteban apoyó la frente en su mano, exhalando un suspiro.

—Y también porque conozco tu corazón, y estoy segura de que eres demasiado bueno para dejarla morir o sufrir por falta de auxilios. Ya sabes quien dijo: «Que aquél de entre vosotros que esté libre de pecado, que arroje la primera piedra». No ha faltado quien se la arrojará. Pero tú, Esteban, no eres hombre para arrojarle la última piedra, cuando la ves caída tan hondo.

—¡Oh! ¡Raquel! ¡Raquel!

—Has sufrido cruelmente; ¡que el cielo te lo recompense! —dijo ella con voz compasiva—. Soy tu pobre amiga con todo mi corazón y toda mi alma.

Las heridas de que había hablado Raquel, estaban, al parecer, en el cuello de aquella envilecida mujer, víctima de sus propios asquerosos vicios. Raquel comenzó a curárselas sin dejarlas al descubierto. Empapó un trapito en una palangana, donde había vertido un poco del líquido que contenía una botella, y lo aplicó suavemente sobre la parte llagada. Había acercado junto al lecho la mesita, encima de la cual había otra botella. No estaba la mesita tan apartada de Esteban que no pudiese leer la etiqueta de la botella, escrita con gruesos caracteres. Se quedó pálido como un muerto, y un súbito horror se apoderó de él.

—Me quedaré aquí, Esteban, hasta las tres —dijo Raquel, volviéndose a sentar tranquilamente—. A las tres hay que curarla de nuevo, y entonces se la podré dejar hasta mañana.

—¡Pero tendrás que descansar para trabajar mañana, hija mía!

—He dormido perfectamente la noche pasada, y mi constitución me permite velar varias noches seguidas, cuando es necesario. Tú eres el que necesita descanso... Estás muy pálido y rendido. Procura dormir recostado en la silla, mientras yo velo. Estoy persuadida de que anoche tampoco dormiste, y tu trabajo de mañana es mucho más duro que el mío.

Esteban oyó el viento que rugía sus bravatas en las puertas, y le pareció ver como si su pasada cólera rondara en torno de la casa, queriendo entrar junto a él. Raquel le había liberado de su cólera e impediría que el viento entrara; confiaba en que aquella mujer le defendería contra sí mismo.

—Ella no me reconoce, Esteban; murmura algunas palabras medio adormecidas. Le he hablado varias veces, pero ni siquiera se ha apercebido. Tal vez sea mejor así, pues cuando haya recobrado la razón, tendré la satisfacción de haber hecho lo que he podido, sin que ella lo sepa nunca.

—¿Cuánto tiempo crees, Raquel, que permanecerá en este estado?

—El médico ha dicho que mañana habrá vuelto completamente en sí.

Los ojos de Esteban miraron nuevamente la botella, y sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo, Raquel creyó que se habría resfriado con la lluvia.

—No, no es eso —dijo Esteban—. Es que estoy asustado.

—¿Asustado?

—Sí, al entrar... conforme iba andando... conforme iba pensando... conforme iba...

Se estremeció de nuevo. Se levantó, apoyándose en la chimenea, mientras que se alisaba con mano trémula, como si tuviera perlesía, sus fríos y húmedos cabellos.

—¡Esteban!

Se dirigió hacia él, pero él alargó el brazo para detenerla.

—¡No! ¡No, por favor! Quédate donde estás, te lo suplico —dijo Esteban—. Deja que te vea sentada junto a la cama. Que te vea tan buena y tan dispuesta a perdonar. Que te vea como te vi al entrar. Jamás podré contemplarte mejor que de ese modo. ¡Jamás, jamás, jamás!

Después de un violento estremecimiento, se dejó caer sobre su silla. Al cabo de un rato logró calmarse, y, apoyado el codo sobre una de sus rodillas, la cabeza descansando en la mano, pudo mirar hacia Raquel. Vista a través de la tenue llama que arrojaba la vela y de sus ojos nublados de llanto, le

pareció como si aquella mujer tuviese una aureola alrededor de la cabeza. Verdaderamente creyó verla, la vio, conforme el viento azotaba las ventanas, batía la puerta de la calle y rondaba la calle graznando y gimiendo.

—Creo que cuando la enferma esté mejor, Esteban, te dejará tranquilo y no te dará nuevos disgustos. De todos modos, tengamos confianza en que así sea. Y ahora voy a callarme, porque quiero que duermas.

Cerró Esteban los ojos, más bien para complacerla que para descansar su fatigada cabeza; pero poco a poco, conforme escuchaba el clamor del viento, dejó de oírlo; o bien el ruido se cambiaba por el rumor de la fábrica, o en las voces que habían sonado todo el día, incluso su propia voz, repitiendo lo mismo que, de hecho, habían dicho. Bien pronto esta débil, conciencia de la vida terminó también, y se sumió en un profundo y agitado sueño.

Suñó que él y otra mujer, a la cual había dado su corazón mucho tiempo atrás —no era Raquel, y esto le sorprendió en medio de su imaginada felicidad— se hallaban en la iglesia para casarse. Mientras se celebraba la ceremonia, y estaba reconociendo entre los testigos a algunos individuos que aún vivían y a otros que habían fallecido, quedó el templo sumido en completa oscuridad, para ser luego iluminado por el fulgor de una luz deslumbradora. Esta fúlgida luz trazaba una línea sobre la tabla de los diez Mandamientos, que estaba en el altar, y cuyas palabras iluminaban todas las naves. Resonaban sus palabras en la iglesia, como si sus letras de fuego fueran voces. En esto cambió la escena que ante sus ojos se desarrollaba, y no quedó de lo que había visto nada más que él y el sacerdote. Se encontraban en pleno día, ante una tan inmensa muchedumbre, que, según pensaba, si se hubiese reunido a todos los habitantes del globo en el mismo espacio, no podría ser más numerosa, y todos le miraban con horror, y entre los millones de ojos fijos sobre su rostro; no había ni una sola mirada de compasión o simpatía. Se encontraba sobre un catafalco levantado cerca de su propio telar, y alzando la vista para observar la metamorfosis que se estaba operando, y oyendo que se recitaban las preces de difuntos, comprendió que estaba allí condenado a muerte. En un instante se hundió bajo sus plantas el catafalco, y todo acabó para él.

Por qué misteriosa circunstancia pudo resucitar y frecuentar nuevamente los sitios que conocía, era lo que no podía adivinar: pero lo que era indudable es que había vuelto de algún modo a aquellos lugares y con la penitencia de no poder ver ya nunca más el rostro de Raquel, ni oír su voz en este mundo ni en el otro, a través de toda la eternidad. Errante de aquí para allá incesantemente, sin esperanza, y en busca de no sabía qué —solamente comprendió que estaba condenado a buscar—, se sentía preso

de un terror mortal; tenía un miedo horrible de cierta imagen que se le presentaba en cada cosa. Todo cuanto miraba adquiría la forma de aquel espectro. El único objeto de su miserable existencia era que nadie de entre la multitud le reconociese.

¡Vaya empeño! Si conducía a la gente fuera de una sala donde la forma de aquel objeto se encontraba, si cerraba los cajones o armarios donde creía que estaba oculto, si atraía a los curiosos lejos de los lugares donde la suponía escondida, y los conducía a la calle, hasta las mismas chimeneas de las fábricas se transformaban súbitamente, y alrededor de ellas podía leerse el rótulo impreso.

Soplaba el viento con redoblada violencia, caía la lluvia con furia en los tejados, y los vastos espacios por los que había errado tantas veces, redujéronse al limitado por las cuatro paredes de su cuarto. A excepción de la lumbre que se había extinguido, todo aparecía ante sus ojos como cuando los cerró. Raquel se había quedado dormida en su silla, junto al lecho. Estaba sentada, envuelta en un mantón, inmóvil. La mesa estaba en el mismo sitio, y encima de ella, con su aspecto y proporciones reales, estaba el objeto que viera en sueños, casi constantemente.

Creyó ver que se movía la cortina; miró de nuevo y tuvo la certidumbre de que se movía; vio una mano que avanzaba, buscando algo a tientas. Luego la cortina se agitó más perceptiblemente, y la mujer que estaba en la cama acabó por recorrerla y sentarse.

Sus extraviados ojos, en los que asomaba la ferocidad y la miseria, pasearon en derredor del cuarto y pasaron, sin fijarse, por el rincón donde Esteban dormía. Pronto se fijaron aquellos ojos en el rincón, y mientras lo contemplaba, una mano, a modo de pantalla, los protegía. Nuevamente miraron alrededor del cuarto, sin apenas prestar atención, y de nuevo se fijaron en el rincón donde estaba Esteban. Amparándolos con la mano por segunda vez, buscáronle con instinto de animal. Esteban se convenció de que no quedaba ni un solo rasgo físico ni intelectual de la mujer con quien se había casado dieciocho años antes. Si no la hubiera visto descender paso a paso hasta aquella degradación, no hubiera podido creer que aquella fuese su mujer.

Durante todo aquel tiempo permaneció inmóvil y sin energías, como sometido a un hechizo que sólo le permitiera contemplarla.

Continuaba ésta sentada en la cama, con las manos en los oídos, sujetándose la cabeza, en una estúpida modorra o elucubrando cosas sin sentido. Entonces, por vez primera, sus ojos se fijaron en la mesa donde estaban las botellas. Al momento dirigió una nueva mirada hacia el rincón de Esteban,

con el reto de la pasada noche, y alargó su mano ávida y descarnada con precaución. Tomó una taza y se incorporó más, quedándose un momento inmóvil, sin saber qué botella escoger.

Al fin, cogió insensatamente la botella que contenía una muerte pronta y segura, y Esteban observó cómo sacaba el corcho con los dientes.

Sueño o realidad, Esteban no pudo pronunciar palabra ni moverse. Sí, el peligro es real y no ha sonado aún la última, hora de esta desgraciada, ¡despierta, Raquel, despierta!

La miserable tiene miedo. Mira a Raquel, y muy lentamente, con mucha precaución, vierte el contenido. La taza roza sus labios. Unos segundos más y ya no habría remedio, aunque el mundo entero llegara en su auxilio. Pero en aquel mismo instante, Raquel se abalanzó a ella con un grito de estupor. La desgraciada hace violentos esfuerzos, golpea a Raquel, la coge por el pelo, pero ya Raquel tiene la taza en su poder.

Esteban volvió a la realidad y saltó de su silla.

—Raquel, ¿estoy despierto o soñando esta horrible noche?

—¿Que tienes, Esteban? Nada ocurre. Me he quedado dormida. Son cerca de las tres.

—¡Chist! Están dando en el reloj.

El viento llevó hasta el humilde cuarto el sonido del reloj. Escucharon y oyeron dar las tres. Esteban la miró, vio lo pálida que estaba y advirtió el desorden de sus cabellos y las rojizas señales de unas uñas en la frente; se convenció entonces de que era real lo que había visto y oído. Por si fuera poco, Raquel tenía aún la taza en la mano.

—Ya me figuraba que serían cerca de las tres —dijo ésta vertiendo tranquilamente el contenido de la laza en la jofaina, en la que empapó el trapito como antes—. ¡Qué contenta estoy de haberme quedado! Cuando le ponga esto, estará casi curada. ¡Ajajá! Mírala: está tranquila. Voy a tirar lo poco que queda en la palangana; no se puede dejar un tóxico como éste a su alcance, por poco que haya.

Así diciendo, vació la palangana en las cenizas de la chimenea y rompió contra los hierros de ésta la botella. Ya no le quedaba nada que hacer allí a Raquel, sino envolverse en su mantón, antes de aventurarse al viento y a la lluvia.

—Permíteme que te acompañe a estas horas, Raquel.

—No, Esteban. Dentro de un minuto estoy en casa.

—¿No tienes miedo de dejarme solo con ella? —le preguntó en voz baja, mientras se dirigía hacia la puerta.

—¡Esteban! —exclamó ella, mirándole cariñosamente.

Él se arrodilló ante ella, en aquella pobre y mísera escalera, y llevando a sus labios una punta del mantón, exclamó:

—¡Eres un ángel! ¡Dios te bendiga!

—Esteban, yo soy, como te he dicho otras veces, su pobre amiga. Los ángeles no se me parecen. Entre ellos y una obrera llena de defectos, media un abismo. Mi hermanita está entre ellos, pero es porque dejó esta vida por otra mejor.

Levantó sus ojos por un instante, y luego los dejó caer de nuevo, con toda su bondad y su dulzura, en el rostro de Esteban.

—Tú también has cambiado mi vida: de malo que era, me has hecho ser bueno —dijo Esteban—. Me haces desear humildemente parecerme a ti, para no perderte cuando se acabe esta vida y se desenrede esta madeja. Eres un ángel y tal vez has salvado mi alma.

Raquel le contemplaba arrodillado a sus pies, reteniéndola por la punta del mantón y fijándose en la alteración de su semblante; el reproche que ella iba a dirigirle expiró en sus labios.

—He vuelto a casa con rabia en el corazón. He llegado sin una esperanza, pensando que sólo por haber pronunciado una palabra de queja he sido reputado como hombre de mala fe. Te he dicho que había tenido miedo: fue la botella que había en la mesa con el veneno. Jamás hice daño a un ser viviente; pero al verla me asaltó la idea: «¡Quién sabe lo que hubiera podido hacerme a mí mismo, o a los dos juntos!»

Horrorizada, Raquel puso las manos en la boca de Esteban, para impedir que continuara hablando. Las cogió él con su mano libre, y reteniéndolas, sin soltar el borde del mantón, dijo precipitadamente:

—Pero yo te he visto, Raquel, sentada junto a la cama. Te he visto toda la noche. En mi pesadilla, comprendía que estabas junto a nosotros y, en adelante, siempre te veré en el mismo sitio. Nunca podré mirar a esa desgraciada, nunca podré pensar en ella, sin figurarme que estás a su lado. Nunca veré o pensaré algo que me pone frenético, sin figurármeme que tú, mucho mejor que yo, estás ahí para calmarme. Así que procuraré esperar, tendré confianza en el porvenir, cuando tú y yo nos vayamos juntos, al fin, muy lejos de este profundo abismo para reunimos con tu hermanita.

Besó de nuevo el borde de su mantón y la dejó partir. Ella le dio las buenas noches con voz entrecortada, y salió a la calle.

El viento soplaba del lado por donde iba a rayar el día, y rugía aún más furiosamente. Se habían disipado las nubes y la lluvia había cesado, o había dirigido su rumbo a otra parte. Las estrellas brillaban. Estaban permaneció descubierto en la calle, viendo como aquella mujer se alejaba con paso ligero. Lo que eran las fulgurantes estrellas, comparadas con la débil llama de vela que ardía detrás de la ventana, era Raquel en la rudimentaria imaginación de aquel hombre, comparada con las vulgares ocupaciones de su vida.

CAPÍTULO XIV. EL GRAN INDUSTRIAL

El tiempo en Villahulla seguía su curso, ni más ni menos que su propia maquinaria: tanto material invertido, tanto combustible consumido, tantos caballos de fuerza obtenidos, tanto dinero ganado. Pero, menos inexorable que el hierro, el acero o el cobre, el tiempo llevaba a aquel erial de humo y de ladrillos la variedad de sus estaciones, y era el único que osaba romper en aquella ciudad la odiosa monotonía.

—Luisa se está haciendo por momentos una mujer —decía el señor Gradgrind.

El tiempo, con sus innumerables caballos de fuerza, prosiguió su curso sin importarle un bledo lo que dijeran unos y otros; y en el momento en que estamos hablando, había hecho crecer al joven Tomás un palmo más, cuando su padre se dignó a anotar este hecho.

—Tomás se está haciendo por momentos un mocetón —añadió el señor Gradgrind.

Mientras pensaba su padre en ello, Tomás pasaba el tiempo en la fábrica, muy puesto de levita y de cuello planchado.

—Realmente —dijo el señor Gradgrind— ha llegado el momento en que Tomás debe ir a trabajar a la fábrica de Bounderby.

El tiempo, ensañándose con Tomás, le colocó en el Banco de Bounderby y le instaló en la casa de éste, le obligó a comprar navaja para afeitarse por primera vez, y le obligó a ocuparse en una porción de cálculos de interés para su linda persona.

El mismo fabricante, el tiempo, que siempre lleva entre sus manos una cantidad increíble de trabajo, modeló a Celia en su fábrica hasta que le resultó un artículo hermosísimo.

—Creo, Jupe —dijo el señor Gradgrind—, que es inútil sigas yendo a la escuela; al menos así lo temo.

—También me lo temo yo, señor —contestó Celia con una cortesía.

—No puedo ocultarte, Jupe —dijo el señor Gradgrind frunciendo el entrecejo— que el resultado de esta prueba me ha decepcionado enormemente,

me ha decepcionado enormemente. No has adquirido ni remotamente, ni remotamente, bajo la dirección del señor Mac Choakumchild, la suma de conocimientos exactos que yo pretendía. Has adelantado muy poco en la ciencia de los hechos. Tu relación con la aritmética es muy limitada. En fin, estás muy atrasada, mucho más atrasada de lo que yo pensaba.

—Me apena oírle, señor —contestó la muchacha—, pero sé que es la pura verdad. Y sin embargo, yo he tratado firmemente...

—Sí —interrumpió el señor Gradgrind—. Has puesto de tu parte todo lo posible. Te he estado observando, y sobre este particular no tengo motivo de queja.

—Gracias, señor. Algunas veces he pensado —aventuró Celia con timidez— que quizá he querido aprender demasiadas cosas a la vez, y que si pidiera se me obligara a intentar un poco menos, pudiera ser posible que...

—No, Jupe, no —interrumpió el señor Gradgrind, moviendo la cabeza con el aire más profundo y más eminentemente práctico—. No. El método que has seguido, lo has seguido de acuerdo con el sistema, el sistema, y no hay que hablar más de ello. Me inclino a opinar que las circunstancias de tu primera educación han sido muy desfavorables al desarrollo de tus facultades de raciocinio, y que hemos empezado demasiado tarde. Aun así, ya te lo he dicho, estoy decepcionado.

—Bien quisiera yo, señor, que estuviera en mi mano poder acreditar mejor las bondades que ha tenido usted con una pobre niña abandonada, que ningún derecho tenía a la protección que con tanta generosidad le ha dispensado usted.

—No llores, no llores —dijo el señor Gradgrind—, no llores, por Dios. No me quejo de ti. Eres una buena muchacha: afectuosa, discreta... y... preciso será que nos contentemos con eso.

—Gracias, señor, muchas gracias —dijo Celia con una reverencia de gratitud.

—Eres útil a mi esposa, y en general prestas tus servicios a toda la familia. Así me lo ha dicho la señorita Luisa, y según yo mismo he observado. Confío, pues —añadió el señor Gradgrind—, que harás lo que de ti dependa para sentirte dichosa con estas nuevas relaciones.

—Nada más querría yo, señor, si no fuese...

—Comprendo —interrumpió el señor Gradgrind—, que aludes a tu padre. He sabido, por la señorita Luisa que aun guardas la famosa botella. ¡Bien! Si tu instrucción en la ciencia de obtener resultados exactos hubiese tenido

más éxito, sabrías a qué atenerme sobre el particular. No te digo ni una palabra más sobre este punto.

En el fondo, el señor Gradgrind apreciaba demasiado a Celia para dejar de ocuparse de ella; pues, de otro modo, tenía en tan poca estima las disposiciones aritméticas de su protegida, que hubiera llegado a despreciar su inteligencia. De un modo u otro se le había metido en la cabeza que Celia poseía alguna facultad inclasificable en las casillas de un cuadro numérico. Su capacidad para la definición, podía evaluarse con una cifra muy, muy baja; sus conocimientos matemáticos, con cero. Con todo, el señor Gradgrind se preguntaba cómo se las arreglaría para dividir aquella capacidad en categorías de sentimientos, en el caso de haberse visto obligado a incluirla en las columnas de un informe oficial.

En algunas fases de su elaboración de la humana fábrica, el tiempo emplea muy rápidos procedimientos. El joven Tomás y Celia se hallaban en el curso de esta elaboración, y esas transformaciones se operaron en un año o dos, mientras que el señor Gradgrind parecía quedarse estacionario en su curso, sin experimentar la más pequeña alteración, si se exceptúa una, que nada tenía que ver con su necesario progreso en la hilatura del tiempo.

El tiempo lo embutió en una ruidosilla y más que sucia maquinaria, en un distrito electoral, y lo hizo diputado de Villahulla: uno de los respetados miembros encargados de las monedas, pesos y medidas; uno de los representantes de la tabla de multiplicar; uno de esos honorables señores sordos, mudos, ciegos, inválidos y muertos a cualquier otra consideración que no se trate de monedas, pesos y medidas y de la tabla de multiplicar. Sin esos honorables señores, ¿valdría la pena de vivir en un mundo cristiano mil ochocientos y pico de años después de Nuestro Señor?

Entretanto, Luisa adelantaba, pero conservando la misma calma y reserva de siempre, con el mismo afán de contemplar en los crepúsculos cómo caía el rescoldo en las parrillas de la chimenea hasta extinguirse, que desde el período en que su padre dijo que iba haciéndose por momentos una mujer —parecía que fue ayer—, no había atraído la atención del señor Gradgrind, hasta que pronto se la encontró hecha una mujer de una pieza.

—¡Una mujer hecha y derecha! —exclamó el señor Gradgrind, con aire pensativo—. ¡Hija mía!

Al cabo de poco tiempo de este descubrimiento, se volvió por varios días más meditabundo que de costumbre. Parecía estar muy preocupado por algo. Cierta noche, en el momento que se disponía a salir, y cuando Luisa fue a decirle adiós, como no pensaba regresar hasta muy tarde y no la vol-

vería a ver hasta la mañana siguiente, la estrechó entre sus brazos, mirándola muy tiernamente, y le dijo:

—¡Querida Luisa, ya eres una mujer!

—Sí, papá—contestó ella con la misma mirada rápida y escrutadora de aquella noche en que fue sorprendida junto al circo. Después bajó la vista.

—Hija mía —dijo el señor Gradgrind—: tengo que hablar contigo a solas, y muy seriamente. ¿Irás mañana a mi estudio, después del desayuno?

—Sí, papá.

—Tienes las manos frías, Luisa. ¿No te encuentras bien?

—Muy bien, papá.

—¿Y contenta?

Luisa le miró, y contestó con esa sonrisa que le era peculiar:

—Papá, estoy tan contenta como de costumbre; como de costumbre lo he estado.

—Está bien —dijo el señor Gradgrind.

La besó de nuevo y partió.

Luisa volvió a su tranquilo gabinete que parecía un salón de peluquería y, apoyando el codo derecho en su mano izquierda, se puso a contemplar de nuevo las chispas fugaces que tan rápidamente se convertían en cenizas.

—¿Estás ahí, Lulú? —preguntó su hermano, asomándose a la puerta.

Era ya un pollo que quería ser pollo de sociedad, aunque, francamente, no daba esa impresión su cara.

—Querido Tomás —dijo Luisa, levantándose y abrazándolo—, ¿cómo has estado tanto tiempo sin venir a verme?

—Porque no he podido disponer de ninguna noche, Luisa, y durante el día, el viejo Bounderby me tiene materialmente esclavizado por el trabajo. Por suerte, cuando quiere extralimitarse en su severidad, consigo calmarle nombrándote; de este modo nos mantenemos en los límites justos. ¡Te digo, Lulú...! ¿No te ha dicho papá, ayer u hoy, nada de particular?

—No, Tomás. Pero esta noche me ha dicho que mañana por la mañana quiere hablarme.

—¡Ah! Eso es lo que yo quería decir.

Con una expresión más grave, añadió:

—¿No sabes a dónde ha ido esta noche?

—No.

—Te lo diré entonces. Está con el viejo Bounderby. Tienen entre los dos, en el Banco, un más que mediano conciliábulo. ¿Por qué en el Banco? —pensarás tú—. También voy a decírtelo: para estar tan apartados como posible fuese, a lo que creo, de los oídos de la señora Sparsit.

Luisa, con la mano en el hombro de su hermano, continuó contemplando el fuego. Su hermano la miró de soslayo, con mayor interés que el de costumbre, y estrechándole la cintura con su brazo, la atrajo hacia él cariñosamente.

—Tú me quieres mucho, ¿no es verdad, Lulú?

—Mucho, Tomasillo, aunque pases tanto tiempo sin venir a verme.

—Bien, hermana mía —dijo Tomás—. Cuando hablas de ese modo estás más cerca de mis pensamientos. Podríamos estar juntos más a menudo, ¿verdad que sí? Para mí sería una dicha que te decidieras a hacer algo que yo me sé. Sería magnífico para mí.

El aire soñador de Luisa desorientó las hábiles investigaciones de Tomás. Aquel rostro impassible no le revelaba nada. La abrazó y le dio un beso en la mejilla. Luisa le devolvió el beso, pero siguió contemplando el fuego.

—Así, pues, Luisa, he creído que haría bien en advertirte de lo que se fragua, aunque sospecho que lo habrás adivinado, aún cuando papá no te haya dicho nada. Ahora tengo que marcharme a escape, porque estoy citado con unos individuos. No olvides que me estimas un poco...

—No, querido Tomás, no lo olvidaré.

—Eso se llama ser una buena chica —dijo Tomás—. Adiós, Lulú.

La hermana le despidió muy afectuosamente y le acompañó hasta la carretera, desde donde se percibían las luces de Villahulla, que enrojecían el lejano horizonte. Luisa se quedó inmóvil, con los ojos fijos en aquellas vagas lucecitas, y escuchando el ruido de los pasos de Tomás, que se alejaba rápidamente, como si se sintiera dichoso al abandonar el Refugio de Piedra. Ya no se oían pisadas, y Luisa seguía de pie en el mismo sitio. Antes, contemplando los rescoldos de la chimenea, y entonces, viendo a lo lejos el fulgor rojizo que se cernía sobre la ciudad, parecía que la muchacha trataba de descubrir la trama que el padre Tiempo, el más grande y más viejo de los tejedores, iba a tejer con los mismos hilos que había empleado para formar una mujer. Pero la fábrica de este anciano está oculta en un lugar recóndito; su trabajo no hace ruido y sus obreros son sordomudos.

CAPÍTULO XV. PADRE E HIJA

Aun cuando el señor Gradgrind no era un Barba Azul, su gabinete de trabajo se asemejaba mucho a una cámara azul, atendido el sinnúmero de reseñas parlamentarias encuadernadas con pastas de dicho color. Todo cuanto pueden probar las reseñas de esa índole, y en general os probarán cuanto pidáis, estaba demostrado en aquel montón de volúmenes, reforzados continuamente con nuevos reclutas. En aquel despacho encantado, las más abstrusas cuestiones sociales eran adicionadas, totalizadas y reguladas para siempre jamás. ¡Si aquéllos a quienes podía interesar lo hubieran sospechado! A semejanza de un astrónomo que hubiese mandado construir un observatorio sin ventanas, y se dispusiera con pluma, tinta y papel a clasificar los planetas del Universo, el señor Gradgrind, instalado en su observatorio —¡cuántos hay que hacen otro tanto!— podía, sin necesidad de lanzar ni una sola mirada sobre los millares de seres que bullían a en alrededor, regular sus destinos en una pizarra y enjugar todas sus lágrimas con un sucio trocito de esponja.

Hacia ese observatorio, despacho severo, adornado con un reloj, de sombrío aspecto, que marcaba cada segundo con un golpecito tétrico, que sonaba como en la tapa de un ataúd, Luisa dirigía sus pasos, la mañana en cuestión. Una de las ventanas daba a Villahulla, y cuando la joven se sentó junto a la mesa de su padre, vio las elevadas chimeneas y la espesa humareda en lontananza, ensombreciéndola.

—Querida Luisa —empezó el señor Gradgrind—, lo que te manifesté anoche ha debido prepararte para que me prestes seria atención en la conversación que vamos a tener. Has sido bien educada y haces —me considero dichoso al confesarlo— tal honor a la educación que has recibido, que tengo entera confianza en tu buen sentido... Tú no eres una impulsiva, no eres una romántica; estás, además, acostumbrada a apreciarlo todo con la más fría imparcialidad de la razón y del cálculo. Desde este punto de vista, estoy seguro de que mirarás y considerarás lo que voy a comunicarte.

Hizo una pausa, como si hubiera deseado que Luisa dijese algo. Pero ella no despegó los labios.

—Luisa, hija mía, eres el objeto de una petición de mano que me ha sido dirigida.

El señor Gradgrind de nuevo esperó, y de nuevo la muchacha guardó silencio. Esto le sorprendió tanto, que le impulsó a repetir, dulcemente:

—Una petición de tu mano, hija mía.

Respondió ella, sin ninguna emoción:

—Escucho, papá... Presto mucha atención, te lo aseguro.

—¡Bien! dijo el señor Gradgrind, sonriendo, y pasado su breve desconcierto—. Eres más dueña de ti de lo que creía. ¿O acaso no te es desconocida la comunicación que tengo que hacerte?

—No puedo contestar a esta pregunta antes de conocer esa comunicación. Preparada o no preparada, quiero saberlo de boca tuya.

¡Cosa extraña! El señor Gradgrind estaba menos tranquilo que su hija y no sabía cómo continuar la conversación. Cogió va cortapapeles, le dio mil vueltas en sus manos, lo dejó otra vez en la mesa, volvió a cogerlo, y paseó su vista por la hoja una y otra vez, antes de hallar la fórmula más conveniente para continuar la conversación.

—Lo que dices es muy razonable, mi querida Luisa, he prometido hacértelo saber... En resumen: el señor Bounderby ha observado desde hace mucho tiempo tus progresos con un interés y con un placer particulares, y ha esperado que llegara el tiempo de ofrecerte su mano en matrimonio. Este día que él esperaba con tanta constancia, al fin ha llegado. El señor Bounderby me ha hecho su petición de mano, y me ha suplicado que te la transmitíase, con la esperanza de que tú la tomarás en consideración favorablemente.

Padre e hija permanecieron mudos. El golpe hueco del reloj de péndola sonaba mortalmente. La lejana humareda parecía más negra y más densa que los demás días.

—Papá —dijo al fin Luisa—: ¿crees que amo al señor Bounderby?

Esta inesperada pregunta desconcertó extremadamente al señor Gradgrind.

—Verdaderamente, hija mía —replicó—, verdaderamente... no puedo ser yo quien conteste a esa pregunta tuya...

—Papá —dijo Luisa, exactamente con la misma entonación—: ¿tú me pides, acaso, que ame al señor Bounderby?

—Mi querida Luisa, no, no. Yo nada pido.

—Papá —prosiguió Luisa—: ¿el señor Bounderby me exige que le ame?

—Verdaderamente, querida, es difícil contestar a tu pregunta...

—¡Difícil contestar! ¿Sí o no, papá?

—Seguramente, hija mía, porque... —iba a demostrar algún hecho, pero se contuvo, porque la respuesta depende esencialmente del sentido en que se toman las palabras—. Por ejemplo: el señor Bounderby no te hace la injusticia, ni se hace la injusticia él mismo, de pretender nada fantástico, caprichoso o sentimental. (Empleo términos sinónimos). El señor Bounderby no hubiera hallado ningún provecho en las ocasiones que ha tenido de verte crecer y formarte, a su vista, si olvidase lo que debe a tu buen sentido y al suyo propio, sobre este particular. Podría muy bien ser —y esta es una simple observación que te hago— podría muy bien ser que la expresión de que te has valido no fuese precisamente la más apropiada...

—¿Y cuál expresión me aconsejarías, en cambio?

—Pues, querida Luisa —dijo el señor Gradgrind, completamente recordado—, ya que me lo preguntas, te aconsejaré que consideres esta cuestión conforme estás acostumbrada a considerar las demás cuestiones: es decir, como uno de los hechos más tangibles, más positivos. El ignorante y el atolondrado pueden ver en este hecho una multitud de fantasías que no son del caso y otras cosas absurdas que, examinadas con la fría razón, no tienen ni la menor sombra de existencia. Y esto mejor lo sabes tú, no es que quiera decirte una lisonja. Ahora bien: veamos cuáles son los hechos en este caso... Tienes veinte años, pondremos números redondos... El señor Bounderby, digámoslo en números redondos, tiene cincuenta. Existe alguna desproporción entre vuestras respectivas edades, pero no en vuestras respectivas posiciones y entendimientos; antes al contrario, hay, desde ese punto de vista, una gran conformidad, convenís perfectamente. Luego se suscita esta cuestión: ¿es ésta sola desproporción suficiente para imposibilitar semejante matrimonio? Antes de resolver esta cuestión, no está de más compulsar datos de las estadísticas de matrimonios, tales como las que se han obtenido en el Condado de Gales y de Inglaterra. Del examen de dichas estadísticas, resulta que una gran proporción de dichos enlaces se han contraído entre cónyuges de edades muy diferentes, y que en más de las tres cuartas partes de esas uniones es el novio el más viejo. Es de advertir —a la vez que demuestra cuán extendida está esa ley proporcional— que entre los naturales de las posesiones británicas de la India, así como la mayor parte de los pueblos de China, y entre los Caluncos de Tartaria, según los más fieles datos, suministrados por los viajeros que han recorrido

esos países, acusan resultados análogos. La desproporción a que aludía, deja de ser una disparidad, y virtualmente desaparece en absoluto.

—¿Que expresión me aconsejas, papá —preguntó Luisa, a la que estos satisfactorios resultados en nada habían alterado su calma y reserva—, en vez de la que empleé antes, en lugar de la que has calificado de impropia?

—Luisa —replicó su padre—, me parece que no puede ser más sencillo, concretándome estrictamente a los hechos, la pregunta que debes hacerte es la siguiente: ¿Me ha pedido en matrimonio el señor Bounderby? En efecto, me ha pedido. La única cuestión que falta resolver es ésta: ¿Me casaré con él? Me parece que nada hay más sencillo que eso.

—¿Me casaré con él? —repitió Luisa con gran deliberación.

—Justamente. Y como padre tuyo que soy, es muy satisfactorio para mí, querida Luisa, estar seguro de que no examinarás este asunto con las ideas y las inclinaciones que manifiestan la mayoría de las jóvenes de tu edad.

—No, papá —replicó ella—. Yo no las tengo.

—Ahora te toca a ti decidir —dijo el señor Gradgrind—. He expuesto el hecho, del modo que las personas de espíritu práctico acostumbran a exponer esta clase de hechos, lo he expuesto como fue expuesto en su día a tu madre y a mí. El resto, querida Luisa, depende exclusivamente de tu decisión.

Había tenido Luisa, desde el principio de la conversación, los ojos fijos en su padre. Como él estaba muy reclinado en su asiento, si la hubiese mirado a su vez, quizá hubiera podido haber notado Gradgrind en su hija un instante de vacilación, en el cual se sintió impulsada a arrojarle en sus brazos y a confiarle las emociones de su corazón.

Pero para que el señor Gradgrind pudiese verlo, hubiera sido preciso que saltase de un brinco las artificiales barreras que durante muchos años había estado levantando entre él y todas esas sutiles esencias de la Humanidad que escapan a los más sutiles procesos algebraicos hasta el momento en que la voz de la trompeta final vuelva a la nada al álgebra también. Muchas y demasiado altas eran las barreras para semejante salto. Gracias a la expresión de su rostro, práctica, impasible y utilitaria, su hija reprimió el impulso, y aquella ocasión de expansionarse se precipitó en los abismos sin fondo del pasado, para mezclarse con todas las ocasiones perdidas, que el tiempo ha sepultado. Apartando los ojos de su padre, Luisa permaneció tan largo rato contemplando silenciosamente la ciudad, que él acabó por preguntarle:

—Luisa, ¿consultas, acaso, a las chimeneas de las fábricas de Villahulla?

—No parece que salga de ellas más que humo, lánguido y uniforme. Pero, papá, cuando llega la noche surge fuego entre el humo —contestó ella, con vivacidad.

—Desde luego; Luisa; ya lo sé... Y no veo que tu observación pueda aplicarse al objeto de que tratamos.

Realmente no lo veía; es preciso hacerle esta justicia. Luisa desvió la conversación con un ligero ademán, y concentrando de nuevo la atención sobre su padre, le dijo:

—Papá, he pensado a menudo que la vida es muy corta...

Esta idea entraba tan de lleno en los dominios del señor Gradgrind, que éste interrumpió:

—Sin duda es corta, hija mía. Con todo, está demostrado que la duración media de la vida humana ha aumentado durante estos últimos años. Los cálculos de varias compañías de seguros de vida y de rentas vitalicias, entre otros resultados que no pueden ser erróneos, han establecido positivamente este hecho.

—Papá, hablo de mi propia vida.

—¿De veras? —dijo el señor Gradgrind—. Aun así, no tengo necesidad de hacerte observar que tu existencia está regida por las leyes que gobiernan la vida de todo el mundo.

—Mientras dure —replicó Luisa—, quiero hacer lo poco bueno que pueda, estoy dispuesta a ello... ¡No importa!

Las dos últimas palabras pronunciadas por Luisa parecieron inquietar al señor Gradgrind, el cual interrumpió:

—¿Cómo que no importa? ¿No importa qué, hija mía?

—El señor Bounderby me pide en matrimonio —continuó Luisa con tono firme y decidido, sin hacer caso de la interrupción—. La sola pregunta que debo hacerme es la siguiente: «¿Me casaré con él?» ¿No es eso, padre...? Es lo que me has dicho... ¿No es cierto?

—Es cierto, hija mía.

—Sea. Puesto que es del gusto del señor Bounderby hacerme suya, no veo motivo para rechazar su proposición. Dile, pues, papá, tan pronto como quieras, que esa fue mi respuesta. Repítela palabra por palabra, a ser posible, porque yo deseo que sepa literalmente lo que he dicho.

—Siempre está bien —dijo el señor Gradgrind con tono de aprobación—, ser exacto en todo cuanto se dice. Haré presente, de un modo exacto, tu

respuesta. ¿Tienes que exponer algún deseo relativo a la fecha de tu boda, hija mía?

—Ninguno, padre. ¡No importa!

El señor Gradgrind había arrimado un poco su silla y cogió una mano de su hija. Pero la exclamación que acababa de repetir ésta, parecía sonar desagradablemente en sus oídos. La contempló un instante en silencio, y acariciándole todavía la mano, dijo:

—Luisa, no he considerado esencial dirigirle una pregunta, porque la posibilidad que ella implica me parece muy remota... Pero tal vez deba hacerla... ¿No has recibido nunca, en secreto, ninguna otra petición de esta clase?

—Padre —replicó ella con irónico acento—: ¿qué otras peticiones pueden haberseme dirigido? ¿A quién he visto? ¿Dónde he estado? ¿Qué experiencia tiene mi corazón?

—Mi querida Luisa —respondió el señor Gradgrind tranquilizado y satisfecho—, tienes razón; ha sido un error mío. Deseaba, sencillamente, cumplir con mi deber.

—¿Sé yo, por ventura —replicó Luisa con su pacífico continente—, sé acaso de gustos y de caprichos, de aspiraciones y de afectos, de toda esa parte de mi naturaleza, en la cual podían haberse nutrido tan fútiles cosas? ¿Me he visto libre, un solo instante, de los problemas que han de demostrarse y de las realidades que pueden aferrarse con la mano?

Así diciendo cerraba inconscientemente la mano, como si asiera un objeto sólido, y la abría después lentamente, como para dejar caer polvo o ceniza.

—Verdad, verdad absoluta, hija mía —asintió su eminentemente práctico procreador.

—¿No soy la última persona del mundo a quien debería dirigirse tan extraña pregunta, padre? —dijo Luisa—. Los caprichos infantiles —que siempre he oído decir son comunes a todas las niñas— no han hallado jamás un inocente asilo en mi corazón. Has mostrado siempre tanta solicitud hacia mí, que no he tenido nunca un corazón de niña. Me has educado tan bien, que jamás he tenido un sueño infantil, un sueño propio de mi edad. Desde la cuna, hasta este instante, me has tratado tan sabiamente, has obrado tan prudentemente respecto de mí, padre, que jamás he tenido una infantil creencia, un infantil temor... El señor estaba totalmente persuadido —y se conmovió— del éxito que había obtenido con su método y de las lisonjeras palabras que acababa de oír de boca de su hija.

—Mi querida Luisa —le dijo—: la recompensa que obtengo es mayor de la que merecen mis cuidados. Bésame, hija mía.

Ésta le besó. Deteniéndola cuando le daba el beso, dijo el señor Gradgrind:

—Puedo asegurarte, querida hija mía, que la prudente determinación que acabas de tomar labra mi felicidad. El señor Bounderby es un personaje muy distinguido, y esa ligera desproporción que puede existir entre vosotros, si alguna existe, está más que compensada con el temple vigoroso que ha adquirido tu espíritu. Mi único deseo fue siempre educarte de manera que desde tus mas tiernos años fueses, por decirlo así, tan vieja en conocimientos como yo. Bésame una vez más, Luisa. Y ahora vamos a buscar a tu madre.

Padre e hija bajaron al salón, donde la apreciable señora estaba hendida, según costumbre, en un sofá, mientras que Celia trabajaba a su lado. La señora Gradgrind dio algunas ligeras señales de volver a la realidad al entrar el señor Gradgrind y su hija en el mencionado salón, y al poco la sombra chinesca quedó sentada en el sofá.

—Señora Gradgrind —dijo su marido, que había esperado con impaciencia que hiciera aquella evolución en su actitud—: permite que te presente a la señora Bounderby.

—¡Oh —exclamó la señora Gradgrind—. ¡Has resuelto este asunto del enlace...! Pues bien, Luisa, espero que gozarás de una salud excelente, porque si tu cabeza se partiera de dolor, como la mía, desde el comienzo de tu matrimonio, no me parecería envidiable tu suerte, aun cuando sin duda pienses lo contrario, como les pasa a todas las jóvenes. Es igual, querida: te felicito, y deseo que puedas aprovechar bien todos tus estudios «hecológicos»... Es menester, Luisa, que te dé un beso de enhorabuena; solamente te ruego que no me toques mi hombro derecho, porque tengo ahí no se que dolor que me corre de arriba a abajo. Y ahora, mira tú si seré... —prosiguió la señora Gradgrind, ordenando sus mantones después de la afectuosa ceremonia—, voy a estar todo el santo día devanándome los sesos para saber cómo deberé llamarle.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su marido solemnemente.

—Que cómo deberé llamar al marido de Luisa, cuando lo sea. Preciso será que le llame de algún modo —explicó la señora Gradgrind con un tono que anunciaba a la vez un sentimiento profundo de las conveniencias sociales y de su propia dignidad—. No puedo dirigirle constantemente la palabra sin llamarle de algún modo. No puedo llamarle Josué, porque ese nombre me

es insoportable. A ti mismo no te gusta ese nombre, bien lo sabes. ¿Debo acaso llamar señor a mi propio yerno? Sin duda alguna que no. A menos que esté ya reducida a ver como mi familia me insulta, bajo pretexto de que soy una desgraciada invalida. ¿Qué nombre deberé darle?

Como nadie acudiese en su auxilio en circunstancias tan difíciles, sugiriéndole un medio de resolver tan arduo problema, la señora Gradgrind decidió adormilarse de nuevo, tras añadir el siguiente inciso a las observaciones ya mencionadas:

—En cuanto a la boda, todo lo que pido, Luisa, y lo pido con palpitations de mi corazón que me llegan positivamente hasta la punta de los pies, es que se realice lo antes posible. No quisiera que ésta fuera otra de las cosas cuyo fin no veré jamás.

Al presentar el señor Gradgrind a la señora de Bounderby, Celia volvió repentinamente la cabeza y dirigió a Luisa una mirada llena de sorpresa, de compasión, de incredulidad y de tristeza. Luisa la adivinó y la vio, sin necesidad de mirar a la muchacha.

Y desde este momento se mostró impasible, desdeñosa y fría; se mantuvo a cierta distancia de Celia; cambió para ésta totalmente.

CAPÍTULO XVI. MARIDO Y MUJER

La primera inquietud que tuvo el señor Bounderby, al saber su felicidad, fue causada por la necesidad de comunicar la noticia a la señora Sparsit. No alcanzaba su mente cómo hacerlo, ni cuáles serían las consecuencias de aquel paso. O se marcharía ella, liando su petate, a casa de la señora Scadgers, o rehusaría obstinadamente a abandonar su puesto; tal vez se haría pedazos su corazón, o tal vez se harían añicos los espejos; el señor Bounderby no podía, en absoluto, preverlo. Sin embargo, como era preciso pasar por este trance, tuvo que decidirse. Así pues, el señor Bounderby empezó a escribir varias cartas, sin lograr acabar ninguna; decidió, por último, hacerlo por su propia boca.

Al regresar a su casa, la noche que había fijado para poner en ejecución su proyecto, tuyo la precaución de entrar en una farmacia para comprar un frasquito de sales de las más intensas.

—¡Por San Jorge! —dijo el señor Bounderby—, si lo toma por todo lo alto y le da un desmayo, tendré la satisfacción de despellejarle la nariz.

Pero, a pesar de estar tan prevenido, cuando pisó el umbral de su casa, su continente nada tenía de valeroso; antes bien, apareció delante del objeto de sus recelos como un perro que no las tiene todas consigo cuando acaba de salir de la despensa.

—Buenas noches, señor Bounderby.

—Buenas noches, señora, buenas noches.

Aproximó su silla, y la señora Sparsit retiró la suya, como quien dice: «Aquí tiene usted su sitio, junto al fuego, señor, lo reconozco. Es para que usted lo ocupe a sus anchas, si así lo desea».

—¡No se retire usted hacia el Polo Norte, señora! —dijo el señor Bounderby.

—Gracias, señor —contestó la señora Sparsit, aproximándose al fuego, aunque no tan cerca como estaba al principio.

El señor Bounderby se sentó, contemplando a su ama de llaves, mientras ésta, con unas afiladas y puntiagudas tijeras, trazaba una especie de círculo en un pedazo de batista. Operación que, anida al aspecto de las tupidas

cejas y de la nariz aguileña, sugería la idea de un halcón picoteando los ojos de un pajarillo. La señora Sparsit estaba ocupada tan fijamente, que transcurrieron varios minutos antes de que levantase la vista de su labor; cuando lo hizo, el señor Bounderby llamó su atención con un leve movimiento de cabeza.

—Señora Sparsit, señora Sparsit —dijo metiendo las manos en los bolsillos y asegurándose con su diestra de que el tapón del frasquito de sales volátiles estaba listo ya—: No tengo necesidad de decir a usted que no solamente es una señora bien nacida, una dama de alcurnia y de principios, sino también una mujer terriblemente razonable, sensata, una mujer de mucho talento.

—Señor —respondió el ama de llaves—: no es esta la primera vez, seguramente, que me ha honrado usted con semejantes expresiones, hijas de su buena opinión de mí.

—Señora... señora Sparsit, voy a dejar a usted estupefacta —advirtió el señor Bounderby.

—¿De veras, señor? —preguntó ella con suave tono. Usaba mitones, y en ese momento empezó a estirárselos, abandonando su labor.

—Voy, señora... —anunció Bounderby—, voy a casarme con la hija de Tomás Gradgrind.

—¿De veras, señor? —respondió la señora Sparsit, del modo más tranquilo posible—. Le deseo que sea muy feliz, señor Bounderby. ¡Oh, señor..! ¡No dude que le deseo ardientemente que sea feliz!

Pronunció estas últimas palabras con una entonación que denotaba a la vez tanta condescendencia y tan enorme compasión, que Bounderby, más desconcertado que si la señora Sparsit hubiera arrojado al espejo su costurero o hubiera caído desmayada sobre la alfombra, tapó en su bolsillo el frasquito de sales, y exclamó para sí:

—¡Demonio de mujer! ¿Quién podría figurarse que iba a tomarlo con tanta tranquilidad?

—Deseo con todo mi corazón, señor, que sea usted muy dichoso en todos sentidos —declaró la señora Sparsit, con un gesto de alta superioridad, con el aire de una mujer que se creía con derecho a compadecerse por siempre jamás de la suerte del señor Bounderby.

—Gracias, señora —respondió Bounderby con cierto sentimiento en el tono de su voz, el cual a pesar suyo, había menguado notablemente—. Creo que seré dichoso.

—¿De veras, señor? —dijo la sonora Sparsit con mucha afabilidad—. ¡Claro que lo será usted, claro que lo será!

Siguió un penoso silencio, por parte del señor Bounderby. La señora Sparsit emprendió de nuevo su labor y dejó oír a intervalos un carraspeo con una tosecilla que indicaba que la dama tenía conciencia de su magnanimidad.

—Muy bien, señora —terminó el señor Bounderby—. Siendo un hecho positivo mi enlace, opino que no será muy agradable para un carácter como el de usted permanecer aquí, aunque será muy bien recibido su acuerdo de quedarse en nuestra compañía.

—¡Oh, no, señor! No hay que pensar en eso.

La señora Sparsit movió la cabeza, siempre con un aire distinguido, de superioridad, variando un poco la leve tosecilla en un acceso de tos, cual si surgiera con ella el espíritu de la pitonisa, si bien lo hizo mejor cuando tosió más bajo.

—De todos modos, señora —dijo Bounderby—, existen en mi Banco algunas habitaciones, en las que la presencia de una dama bien nacida y bien criada, instalada como ama de llaves, encontraría una verdadera ganga; y si las mismas condiciones de sueldo...

—Perdóneme, señor, se lo suplico; pero usted ha sido tan amable, que me prometió emplear siempre la expresión de «gratificación anual».

—Sea así, señora: gratificación anual. Si la misma gratificación anual le parece aceptable allá en el Banco, no veo por mi parte ningún motivo para separarnos en absoluto.

—Señor —replicó la señora Sparsit—, semejante proposición es digna de usted, y si la posición con que me brinda en el Banco es tal que yo pueda ocuparla sin descender más abajo en la escala social...

—Por supuesto —dijo Bounderby—. De no ser así, señora, ¿cómo supone usted que yo lo hubiera propuesto a una dama que, como usted, ha frecuentado el gran mundo del modo que usted lo ha hecho? No es que a mí me quite el sueño el gran mundo, bien lo sabe usted... Pero usted es diferente.

—Señor Bounderby, es usted muy considerado.

—Tendrá usted sus habitaciones particulares, carbón, luz y todo lo demás; y dispondrá usted de una criada que la atienda y de un mozo que la guarde, y vivirá usted, según me tomo la libertad de considerar, como una reina —dijo el señor Bounderby.

—Señor —respondió la señora Sparsit—, ni una palabra más. Al cesar aquí en el honroso cargo que desempeño, no me veré libre de comer el pan de la dependencia —hubiera debido decir el estofado de la dependencia, pues este plato, guisado con succulenta salsa, era su almuerzo favorito— y prefiero recibirlo de manos de usted, que de manos extrañas. Así, señor, acepto muy agradecida su ofrecimiento, y con la mayor gratitud por las bondades que me ha dispensado. Y ahora, señor —continuó la señora Sparsit, terminando con una entonación compasiva bien marcada— espero, espero vivamente que la señorita Gradgrind satisfaga todos sus deseos y sea digna de usted.

Nada en lo sucesivo pudo decidir a la señora Sparsit a abandonar la actitud de benévola compasión que había tomado.

En vano el señor Bounderby rugía con explosiones de felicidad matrimonial; la señora Sparsit estaba decidida a tener compasión de él, como de una víctima propiciatoria. Se mostraba alegre, amable, cortés, sonriente; pero cuanto más amable y más sonriente, más le parecía al señor Bounderby haber sido sacrificado, ser un mártir, una víctima. De tal modo se apiadaba la señora Sparsit de la desgraciada suerte de su señor, que la carota fofa y coloradota de éste se cubría de un sudor frío cuando el ama le miraba.

Entretanto se convino en que la boda se celebraría en el término de dos meses, y el señor Bounderby se dirigía todas las noches al Refugio de Piedra como un prometido formal, en calidad de tierno amante. Y siempre materializaba su amor en forma de brazaletes; y en todas las ocasiones, durante la época de los esponsales, tomó —el amor— un aspecto más y más fabril.

Se confeccionaron vestidos, fabricaron joyas, elaboraron tartas y se hicieron guantes, y hasta se fabricó un contrato de matrimonio con abundante acompañamiento de hechos adecuados a las circunstancias. Todo el asunto no fue sino una sucesión de hechos de cabo a rabo. No transcurrieron las horas en ninguna rosada ilusión, de esas que la locura de los poetas les impone en ocasiones semejantes, ni los relojes marchaban más aprisa ni más despacio que de costumbre. El reloj del observatorio de Gradgrind continuaba inmolando lúgubrementemente cada segundo que nacía, y enterrándolo con su habitual irregularidad.

Llegó el tan esperado día, como llegan los demás días para los que sólo se unen a escuchar la voz de la razón, y se casaron, en la iglesia de adornos como patas de madera esculpidas —ese popular estilo de arquitectura—, Josué Bounderby de Villahulla y Luisa, la hija mayor de Tomás Gradgrind, del Refugio de Piedra y diputado por dicha ciudad. Y cuando los novios

estuvieron unidos en santo matrimonio, regresaron al citado Refugio de Piedra para almorzar.

El feliz acontecimiento había reunido a una selecta concurrencia, que sabía de dónde procedían todas las cosas de comer y de beber, y cómo eran importadas y exportadas, y en qué cantidades y en qué barcos, nacionales o extranjeros, y todo por el estilo; nada les escapaba. Las señoritas que formaban el cortejo de la novia, incluso Juanita Gradgrind, eran, desde el punto de vista intelectual, dignas de competir con cualquier niño prodigio; y no hubo ni un solo convidado sobre el cual recayesen sospechas de que cometiera ninguna insensatez sentimental.

Concluido el almuerzo, el recién casado dirigió a todos los convidados la palabra en los siguientes términos:

—Señoras y señores: yo soy Josué Bounderby de Villahulla. Puesto que nos habéis hecho, a mi esposa y a mí, el honor de beber por nuestra salud y por nuestra felicidad, considero que debo hacer otro tanto; pero como todos me conocéis y sabéis lo que soy y cuál fue mi origen, no esperaréis ciertamente un discurso de un hombre que cuando se enfrenta con un poste, dice: «Es un poste», cuando ve una fuente: «Es una fuente», y no gusta de llamar poste a una fuente, ni fuente a un poste.

»Si deseáis un discurso esta mañana, ya sabéis a dónde dirigiros: mi amigo y suegro, Tomás Gradgrind, es diputado: dirigíos a él, porque yo no sirvo para estas cosas. Sin embargo, perdonaréis que me sienta orgulloso de mi independencia cuando pasee una mirada en torno a esta mesa; quisiera reflejar cuán distante estaba de pensar en casarme con la hija de Tomás Gradgrind cuando yo no era sino un vagabundo, un golfillo andrajoso que jamás se lavaba la cara si no era en una fuente, y aun esto no más de una vez cada quince días. Así, pues, me complazco en creer que este sentimiento mío de independencia os gustará; y si no os gusta, ¡qué le vamos a hacer! El caso es que me siento independiente.

»Así pues, como ya he mencionado, y como ya habéis mencionado vosotros, soy el esposo de la hija de Tomás Gradgrind. Estoy muy contento de ello. Hace mucho que era mi deseo. He aguardado a que estuviera en sazón, y creo que soy digno de ella. Así pues, os doy las gracias en nombre de los dos por los votos que acabáis de manifestar, y el mejor deseo que yo pudiera abrigar con respecto a los de la presente concurrencia, que aun están solteros, es éste: ¡ojalá todos los solteros puedan hallar tan buena esposa como yo he encontrado, y que cada doncella pueda hallar tan buen marido como ha encontrado mi esposa, un, marido que se parezca a mí!»

Pronunciado el memorable discurso, los nuevos desposados se dispusieron a partir con rumbo a Lyon, en viaje de novios —el señor Bounderby quería aprovechar esta ocasión para ver cómo se portaban los obreros en aquel país, y si también pretendían comer con cucharas de oro—, y la feliz pareja se dirigía ya hacia la estación, a tomar el tren. Al bajar la novia la escalera, ataviada ya de viaje, encontró a Tomás que la esperaba, encendido por la satisfacción, quizá por los vinos del almuerzo.

—¡Qué buena chica eres! ¡Eres una hermana de primera, Lulú! —le dijo al oído.

Luisa sintió el afecto fraterno, y por primera vez se alteró su fría reserva.

—El viejo Bounderby está esperando —dijo Tomás—. No hay tiempo que perder. ¡Buen viaje! A tu regreso, iré a esperarte a la estación. ¡Te aseguro, querida Lulú, que todo esto es extraordinariamente divertido!

Libro segundo

La siega

CAPÍTULO I. EFECTOS EN EL BANCO

Era un hermoso día de San Juan; brillaba el sol con todo su esplendor, cosa no muy común en Villahulla. Mirada a cierta distancia, con un tiempo semejante, aparecía Villahulla envuelta en un halo de su propia humareda, que parecía vedar el paso a los rayos del sol. Se adivinaba tan sólo que la ciudad estaba allí, porque sólo la existencia de una población podía explicar aquella mancha que ensuciaba el paisaje. Una niebla de hollín y de humo, que se dirigía confusamente tan pronto a un lado, tan pronto a otro, ya intentando elevarse a la bóveda celeste, ya arrastrándose tenebrosa a ras de tierra, según que el viento se acentuaba, decrecía o cambiaba de dirección; una mezcla confusa, espesa e informe, atravesada por algunas franjas de claridad, que sólo iluminaban masas oscuras; Villahulla, a distancia, daba a conocer lo que era, antes de que se alcanzara a ver ni un solo ladrillo.

Lo prodigioso era que estuviese aún allí la ciudad. Había sido arruinada tan a menudo, que era un misterio cómo había podido resistir tantos desastres. Con toda seguridad no ha existido nunca arcilla tan frágil como la que estaban hechos los obreros de Villahulla. Se les trataba con mucho cuidado, como algo quebradizo, y ponían tanto empeño en caerse a pedazos, que hacían sospechar que ya estaban rotos de tiempo atrás. Cuando se les decía que enviasen los niños al colegio, los fabricantes alegaban que estaban en la ruina; estaban arruinados cuando se les hablaba de inspectores que examinaran los talleres; estaban arruinados cuando estos mal informados inspectores manifestaban, en sus escrúpulos, la duda de que los fabricantes tuviesen el derecho a exponer a los obreros al riesgo de ser hechos picadillo en las máquinas; estaban perdidos sin remisión cuando se les insinuaba que podían, en ciertos casos, hacer algo menos de humo. Además de la cuchara de oro del señor Bounderby, idea muy generalizada en Villahulla, existía otra ficción muy popularizada. Siempre que un villahullense era maltratado, es decir, siempre que se le dejaba completamente a sus anchas, y que alguien pretendía exigirle responsabilidad por las consecuencias de alguno de sus actos, no dejaba de pronunciar la terrible amenaza:

—Preferiría arrojar mis bienes al Atlántico.

Más de una vez esta amenaza había hecho temblar de pies a cabeza al ministro del Interior.

A pesar de todo, los villahullenses eran tan patriotas que, lejos de arrojar sus bienes al Atlántico, tenían la bondad de guardarse muy bien de semejante cosa. Y allí continuaba la ciudad, siempre envuelta en una densa niebla, pero siempre prosperando.

Las calles estaban sofocantes y polvorientas en aquel día de San Juan, y el sol era tan fulgente, que, a pesar de la densa atmósfera que se cernía sobre la ciudad, no se la podía mirar fijamente. Los fogoneros salían de sus parajes subterráneos a los patios de las fábricas, y se sentaban en los poyos o sobre una empalizada, enjugándose los rostros bronceados y contemplando los montones de carbón. La ciudad entera parecía estar friéndose en una sartén, pues por todas partes olía a aceite hirviendo.

El aceite hacía brillar las máquinas de vapor, ensuciaba las ropas de los obreros, pringaba y fluía por todos los pisos de la fábrica. La atmósfera de aquellos palacios encantados se asemejaba al soplo del «simoun», y sus habitantes, enervados por el calor, se movían lánguidamente como por un desierto. Pero ninguna temperatura aumentaba o disminuía la melancolía de aquellos desgraciados elefantes, cuyas cansinas testas subían y bajaban lo mismo si hacía calor o frío, si llovía o estaba seco el tiempo, si había bonanza o malos días. Las sombras que su movimiento uniforme proyectaba en las paredes, reemplazaba en Villahulla a la sombra trémula de los bosques, así como en vez del zumbido de los insectos del verano, no ofrecía todo el santo año, desde el amanecer del lunes hasta la noche de los sábados, otra música que el chirrido de sus ejes y de sus ruedas.

Esta era la música que en aquel día de tanto sol se oía incesantemente en Villahulla, y el transeúnte que pasaba junto a los trepidantes muros de las fábricas, al oír el soporífero ruido, se sentía más sofocado y más amodorrado. Los toldos y el riego continuo refrescaban un tanto las calles y las tiendas; pero las fábricas, los patios y las callejuelas ardían durante el día, se derretían de calor. Por el río espeso y ennegrecido de anilinas, algunos chiquillos desocupados de Villahulla —cosa rara allí— se paseaban en un bote desmantelado, cuya penosa ruta trazaba sobre el agua un surco de espuma, mientras que cada golpe de remo levantaba olores nauseabundos. El mismo sol, tan benéfico en general, se mostraba menos favorable en Villahulla, pues raras veces fijaba su penetrante mirada en los barrios más populosos y menos ventilados sin provocar más desgracias que beneficios. Así la mirada del cielo se convierte en una mirada funesta, cuando menos incapaces o sórdidas se interponen entre ella y los objetos o seres que la mirada iba a bendecir.

La señora Sparsit, instalada en el Banco, estaba sentada en la habitación destinada a la siesta y situada en la parte más fresca de la asfixiante calle. Las oficinas estaban cerradas, y a aquella hora del día, en tiempo caluroso, tenía la costumbre de embellecer la señora Sparsit, con su gentil presencia, la sala de la Junta directiva, situada encima de la Caja. Desde su habitación particular, en el piso superior, y asomada a una ventana que le servía de observatorio, cada mañana, cuando el señor Bounderby atravesaba la calle, la señora Sparsit le acogía con el compasivo saludo que es adecuado dirigir a una víctima.

Hace ya un año que se casó el señor Bounderby, y la señora Sparsit no le ha dispensado ni un solo día de su obstinada piedad.

El aspecto del edificio del Banco no desdecía en nada de la sana monotonía de la ciudad. Era uno de entre tantos edificios de ladrillos rojos, con ventanas de hojas oscuras y persianas verdes en el interior. La puerta de entrada, negra, y para llegar a ella hay que subir dos escalones blancos; adornan la puerta una placa y un llamador de bronce. Era el Banco un poco mayor que la casa del señor Bounderby, la cual, a su vez, era cinco o seis veces más grande que las demás casas de la ciudad; por lo demás, era exactamente del modelo corriente.

La señora Sparsit tenía la convicción de que, al bajar cada tarde a la oficina en que estaban los pupitres y demás accesorios de la contabilidad, difundía un encanto femenino, por no decir aristocrático. Sentada junto a la ventana, con su costura o su labor, la señora Sparsit se lisonjeaba de mejorar, con sus maneras distinguidas, el aspecto vulgar, plebeyo, de aquel lugar consagrado a los negocios. Gracias a esta creencia que tenía de su interesante misión, la señora Sparsit se consideraba, en cierto modo, el Hada del Banco. La gente de la ciudad, que yendo y viniendo de una parte a otra la veían apostada en su ventana, no participaban de la misma opinión; antes al contrario, la consideraban más bien como el Dragón del Banco, encargado de guardar los tesoros que en él se encerraban.

No sabía mejor la señora Sparsit que los que pasaban por la calle de qué naturaleza eran los tesoros en cuestión: monedas de oro y de plata, billetes de Banco, secretos que si pasasen al dominio público deberían originar la ruina de tales o cuales personas —en general, personas con quienes, por instinto, ella no simpatizaba—, eran los principales artículos que figuraban en el inventario ideal que ella se formaba de aquellas riquezas. Por lo demás, sabía, que, después de cerrarse las oficinas, quedaba como dueña y señora de todos los muebles del Banco, y de una sala reforzada de hierro, con triple cerradura, contra cuya recia puerta el mozo que hacía de recaudero apoyaba la cabeza todas las noches, echado en un camastro que des-

aparecía al canto del gallo. Además, era la dueña absoluta de ciertas cuevas defendidas por caballos frisonos contra el mundo de ladrones, y también de todos los despojos de cada día, como eran frasquitos de tinta, mangos de pluma, trozos de obleas y papeles rotos en pedacitos tan diminutos que nada interesante había podido descifrar en ellos la señora Sparsit, cuando lo había intentado. Finalmente, tenía la guarda de una panoplia de alfanjes y carabinas, dispuestas en belicoso orden sobre una de las chimeneas principales, y la vigilancia de esas respetables y tradicionales cosas que no deben olvidarse nunca en una respetable institución que blasona de opulenta: toda una hilera de cubos, para caso de incendio; utensilios que no están destinados en ninguna ocasión a prestar un servicio real, pero que ejercen una influencia moral, como pudiesen hacerlo lingotes del mismo calibre.

Una criada sorda y el viejo guardián, un hombre de fuerza hercúlea, completaban el imperio de la señora Sparsit. La criada sorda tenía fama de ser muy rica, y hacía años que corría el rumor entre la clase obrera de Villahulla de que alguna noche, después de cerrarse el Banco, la asesinarían para robarle su dinero. Se creía, en general, que, aunque había pasado tiempo más que suficiente para que se cumpliese la profecía, ésta acabaría por cumplirse; eso no impedía, sin embargo, que la criada conservase su puesto con una tenacidad desmedida, que causaba mucho descontento y sorpresa a los contrariados oyentes.

Acababa de servirse el té a la señora Sparsit, sobre una mesa con pretensiones de velador, que la señora Sparsit trasladaba, una vez cerradas las oficinas, junto a la gran mesa oficial ancha y severa, y guarnecida de cuero, que se enseñoreaba en el centro de la sala. El mozo de fuerza hercúlea colocó en la mesa con aires de velador la bandeja del té, haciendo luego un respetuoso saludo a la señora Sparsit.

—Gracias, Bitzer —dijo ésta.

—Yo soy quien debe dárselas, señora —contestó aquél.

Era un mozo ruin, en verdad; tan ruin como en los días en que haciendo guiños daba la definición de un caballo a la niña número veinte.

—¿Está todo cerrado, Bitzer? —preguntó la señora Sparsit.

—Todo está cerrado, señora.

—¿Y qué se dice por ahí? —preguntó la señora Sparsit, sirviéndose una taza de té.

—Señora, no puedo vanagloriarme de haber oído contar nada de particular. La gente de esta ciudad no vale gran cosa, pero eso, por desgracia, no es ninguna novedad.

—¿Qué hacen pues, esos bribones? —inquirió la señora Sparsit.

—Lo de siempre, señora. Se asocian, forman coaliciones, comprometiéndose a ayudarse los unos a los otros.

—Es lamentable que los patronos asociados, los amos de las fábricas, toleren las asociaciones de los obreros —declaró la señora Sparsit, dando a su nariz una expresión aún más romana que de ordinario y a sus cejas un aspecto más coriolanesco en el colmo de su severidad.

—Efectivamente, señora —asintió Bitzer.

—Y puesto que se han asociado los patronos, y todos están acordes, deberían decidirse a no emplear ningún obrero que estuviese asociado con otro obrero.

—Ya lo han intentado, señora —respondió Bitzer—, pero no lo han conseguido.

—No pretendo entender de estas cosas —dijo la señora Sparsit con dignidad—, pues mi destino me colocó en muy distinta esfera.

Y la señora Sparsit, en su calidad de descendiente de los Powler, se puso completamente al margen de semejantes discusiones, y prosiguió:

—Pero lo que sé perfectamente es que hay que domar a esas gentes, y que ya es hora de que se haga resueltamente, de una vez para siempre.

—Razón tiene usted, señora —asintió Bitzer, afectando el más grande respeto por la autoridad profética de la señora Sparsit—. Usted ha puesto el dedo en la llaga, señora. Sí, señora, la cosa no puede ser más clara.

Como era la hora acostumbrada en que tenía un rato de charla confidencial con la señora Sparsit, y como hubiese leído en sus miradas que iba a preguntarle o mandarle algo, hizo como que ordenaba las mesas de la oficina, colocando en su debido sitio los tinteros, las plumas, las reglas, etc., mientras la dama acababa con su té, lanzando escrutadoras ojeadas a la calle por la ventana abierta.

—¿Ha habido hoy mucho que hacer, Bitzer? —inquirió la señora Sparsit.

—No mucho, «milady». Una cosa regular.

Bitzer deslizaba de vez en cuando en la conversación algún «milady», en lugar de señora, como un involuntario homenaje tributado a la dignidad personal de la señora Sparsit.

—Los empleados serán dignos de confianza, puntuales y trabajadores, ¿no es verdad? —preguntó la señora Sparsit quitándose de su mitón izquierdo una imperceptible migaja de pan untado con mantequilla.

—Sí, señora, ¿por qué no? Claro que con las naturales excepciones.

Bitzer desempeñaba en el Banco las honorables funciones de espía, y, en recompensa a sus voluntarios servicios recibía un regalo por Navidad, además de su salario semanal. Era éste un mozo de inteligencia despejada, circunspecto y prudente, que no podía dejar de medrar en este mundo. Su espíritu estaba regulado tan exactamente, que no tenía ni afectos ni pasiones. Todos sus actos eran el resultado de un cálculo minucioso y frío, y no sin motivo la señora Sparsit se complacía en declarar que jamás había conocido un joven de más sólidos principios que Bitzer. Habiéndose asegurado, a la muerte de su padre, de que su madre, la señora Bitzer, tenía derecho de residencia gratuita en Villahulla, este digno y joven economista había sostenido el mencionado derecho con tanta perseverancia que la pobre viuda quedó encerrada por el resto de su vida en el Asilo de los pobres. Hay que consignar, sin embargo, que Bitzer le daba media libra de té todos los años, lo que era una gran debilidad por su parte, primero, porque todo donativo tiende, inevitablemente, a arrastrar a la mendicidad al que lo recibe, y en segundo lugar, porque lo único razonable que él hubiera debido hacer, sería haber comprado esa media libra de té al menor precio posible, para revenderlo lo más caro posible, puesto que los filósofos han demostrado claramente que este principio comprende todos los deberes del hombre. No digo una parte de sus deberes, sino «todos» los deberes sin distinción, «todos» los deberes juntos.

—Se portan bien, señora, con las naturales excepciones —repitió Bitzer.

—¡Ah...! —exclamó la señora Sparsit, meneando la cabeza encima de la taza e ingiriendo un gran sorbo.

—El señorito Tomás, señora... No puedo ocultarle que tengo mis dudas acerca del señorito Tomás. No me gusta el modo de obrar de este joven.

—Bitzer —dijo la señora Sparsit con tono imperioso—, ¿no recuerda usted lo que le dije acerca de los nombres propios?

—Le ruego que me perdone, señora. Es cierto que usted me prohibió llamar a la gente por sus nombres de pila, y sé que es mejor no pronunciarlos.

—No debe olvidar que desempeño un cargo aquí —advirtió la señora Sparsit con un aire propio de sus mejores tiempos—. Ocupo aquí un puesto de confianza, Bitzer, a las órdenes del señor Bounderby. Por improbable que hace años hubiera podido parecer al señor Bounderby y a mí misma que pudiera llegar a ser mi amo, mediante una gratificación anual, así sucedió, aunque no debo considerarlo como mi amo, sino como mi protector. El señor Bounderby, conociendo mi posición social y mi origen, me tiene todas

las consideraciones que pudiera desear y más aún de las que merezco. Por consiguiente, quiero ser escrupulosamente fiel al señor Bounderby. Y no creo, ni quiero creer, ni puedo creer —añadió la señora Sparsit, que parecía tener almacenada una gran cantidad de honor y de moralidad— que yo sería escrupulosamente fiel si tolerase que bajo este techo se pronunciaran nombres que, por desgracia... es una desgracia, y grande, no cabe duda... se hallan unidos al suyo.

Bitzer llevó de nuevo la mano a su frente en un saludo respetuoso y volvió a pedir perdón.

—Nada, pues, de nombres propios, Bitzer —continuó la señora Sparsit—. Si dice usted «un individuo» escucharé; pero si dice «el señorito Tomás», no debo oírle y no le contestaré palabra alguna.

—...Salvo la excepción habitual, señora, de un individuo —dijo Bitzer rectificando, y anudando el hilo de su confidencia.

—¡Ah...! —exclamó la señora Sparsit, repitiendo la exclamación, el movimiento de cabeza encima de la taza y el gran sorbo de té, como para reanudar la conversación en el punto donde había quedado interrumpida.

—Hay un individuo, señora —dijo Bitzer—, que no ha cumplido jamás con su obligación desde el día que tomó posesión de su cargo. Es un haragán y un derrochador; no merece lo que gana. Ya se le habría plantado de patitas en la calle, si no tuviera un pariente como agarradera.

—¡Ah...! —suspiró la señora Sparsit con otro melancólico movimiento de cabeza.

—Yo desearía tan sólo, señora —continuó Bitzer—, que esa pariente no le proveyese de recursos para continuar su género de vida. Ya sabemos de dónde sale el dinero que gasta ese individuo.

—¡Ah...! —suspiró otra vez la señora Sparsit repitiendo su melancólico movimiento de cabeza.

—Hay que compadecerla, señora. A la última persona a que he aludido, hay que compadecer su ceguera.

—En efecto, Bitzer. Esto es lo que he hecho siempre: condolerme de su ceguera.

—Por lo que toca al individuo, señora —dijo Bitzer bajando la voz y aproximándose—, es tan poco previsora como todos los obreros de esta ciudad, y ya sabe usted en qué consiste su imprevisión, señora; nadie podrá reconocerlo mejor que una dama de su alcurnia.

—Estos harían bien, Bitzer —dijo la señora Sparsit—, en tomar ejemplo de usted.

—Gracias, señora. Pero puesto que ha hablado de mí, escuche un momento, señora. Ya tengo algunos ahorrillos, señora. Nunca toco la gratificación que recibo por Navidad, señora. No gasto todo mi sueldo, a pesar de que no es muy crecido, señora. ¿Por qué no hacen todos lo mismo que yo, señora? Lo que uno puede hacer, puede hacerlo todo el mundo.

Esta era otra de las ficciones de Villahulla. Todo capitalista que ha ganado sesenta mil libras empezando con un capital de seis peniques, afecta siempre asombrarse al ver que cada uno de los sesenta mil obreros del vecindario no haya ganado también sesenta mil libras empezando por seis peniques, y más o menos les echan en cara el no haber sabido realizar semejante proeza. «Lo que yo he hecho, puede usted hacerlo. ¿Por qué no lo hace usted?»

—En cuanto a su pretendida necesidad de distracciones, señora —prosiguió Bitzer—, da lástima oírlo; es una solemne majadería. ¿Pido yo, acaso, distracciones? Nunca las he pedido, ni las pediré; no me gustan. En cuanto a sus compañías, de esos individuos, hay un buen número entre ellos, que si quisieran abrir los ojos e informarse de las vidas ajenas, podrían ganar algo aquí y allá, ya en dinero, ya en influencias, mejorando su suerte. ¿Por qué, pues, no la mejoran? Es lo primero en que debe pensar todo ser racional, y es, precisamente, de lo que pretenden hallarse necesitados.

—Es verdad que lo pretenden —asintió la señora Sparsit.

—Y, realmente, da grima oírles hablar constantemente de sus mujeres y de sus hijos —dijo Bitzer—. Porque, fíjese en mí, señora: ¿tengo yo acaso necesidad de mujer ni de hijos? ¿Por qué no se pasan sin ellos conforme hago yo?

—Porque son poco previsores —opinó la señora Sparsit.

—Exacto, señora —dijo Bitzer—. Ahí le duele. Si fuesen más previsores y menos pervertidos, ¿qué harían? Dirían para sí: «Mientras mi sombrero basta a cubrir a toda mi familia, o mientras mi toca cubra a toda mi familia... según el sexo, señora..., no tengo más que una persona a quien alimentar, y esta persona es precisamente la que tengo más gusto en alimentar».

—Esto es evidente —añadió la señora Sparsit, mordiendo una tostada.

—Gracias, señora —dijo Bitzer, saludando nuevamente con el puño cerrado como agradecimiento por la edificante conversación de la señora Sparsit—. ¿Desea usted un poco más de agua caliente, señora? ¿Quiere usted que le traiga algo?

—Nada por ahora, Bitzer.

—Gracias, señora. No quisiera molestarla durante sus comidas, señora, sobre todo durante el té, pues sé cuanto disfruta de este rato —dijo Bitzer alargando el cuello como una cigüeña para mirar hacia la calle—. Pero ahí hay un caballero que hace cosa de un minuto está mirando hacia este lado, y que acaba de cruzar la calle, como si fuera a llamar aquí. Sin duda es él quien llama.

Fue a la ventana, miró afuera, retiró luego la cabeza y dijo:

—Sí, señora. ¿Quiere usted que haga subir a ese señor?

—No sé quién podrá ser—dijo la señora Sparsit, enjugándose la boca y arreglándose los mitones.

—Es un forastero, señora.

—¿Qué es lo que puede querer en el Banco, un forastero a estas horas? A menos que venga para algún asunto que no puede efectuarse por ser demasiado tarde. Pero sea lo que fuere, el señor Bounderby me ha conferido un cargo en este establecimiento, y sabré desempeñarlo. Si el deber que me ha impuesto me obliga a recibir a ese caballero, le recibiré. Lo dejo a su discreción, Bilzer.

Ignorando el visitante las magnánimas palabras de la señora Sparsit, repitió sus aldabonazos con tanta fuerza, que el mozo guardián se apresuró a bajar para abrir la puerta, mientras la señora Sparsit, después de ocultar la mesita con los restos de su refrigerio en un armario, escapó escaleras arriba, a fin de aparecer, si era necesario, con mayor dignidad.

—Cuando guste, señora; ese caballero desea verla a usted —dijo Bitzer con uno de sus claros ojos pegado a la cerradura del aposento de la señora Sparsit.

Ésta, que había aprovechado el corto intervalo para retocar su cofia, volvió a transportar su clásico rostro a la sala del Consejo, en donde penetró al estilo de una matrona romana que franqueara las murallas de una ciudad sitiada para entablar negociaciones con el general enemigo.

Como el visitante se había aproximado a la ventana y miraba en ese momento a la calle con aire indiferente, no advirtió la entrada espectacular de la señora Sparsit. Continuó silbando entre dientes, con la mayor calma imaginable y sin quitarse el sombrero. Notábase en él cierto aire de fatiga, que provenía en parte del rigor del verano, y en parte de un excesivo buen tono, porque al primer golpe de vista se veía que era un perfecto

«gentleman», formado según los modelos de la época, hastiado de todo y no creyendo ya en nada, ni aun en el mismo Lucifer.

—Creo, señor —dijo la señora Sparsit—, que deseaba usted verme.

—Perdone —dijo él, volviéndose y quitándose el sombrero—; le ruego que me disculpe.

—¡Hola! —dijo para sí la señora Sparsit haciendo una reverencia—. Treinta y cinco años, buen aspecto, buena figura, hermosos dientes, voz agradable, buen tono, aire distinguido, bien vestido, cabellos negros, mirada audaz...

Todo esto vio con un solo golpe de vista la señora Sparsit en su condición de mujer, como aquel sultán que inclinaba su cabeza sobre un cubo lleno de agua para ver en ésta todo el Universo.

—Tenga la bondad de sentarse, caballero —invitó la señora Sparsit.

—Gracias. Permítame usted... —y ofreció a ella una silla, pero él se quedó apoyado indolentemente en la mesa—. He dejado a mi criado en la estación para recoger mi equipaje, porque venía el tren muy lleno, y me he adelantado para ver la población. ¡Qué ciudad tan fea! ¿Me permitirá usted que pregunte si está siempre tan negra?

—Por regla general, esta mucho más negra —informó la señora Sparsit con aire resuelto.

—¿Es posible? Perdone mi indiscreción: no creo que sea usted natural de aquí.

—No, señor —contestó la señora Sparsit—. Antes de quedar viuda tuve la buena o mala suerte de vivir en una esfera muy diferente. Mi marido era un Powler.

—Perdone: ¿cómo dice? —preguntó el desconocido—: ¿su marido era un...?

La señora Sparsit repitió:

—Un Powler.

La señora Sparsit movió afirmativamente la cabeza. El visitante pareció estar un poco más fatigado que antes.

—Debe usted aburrirse mucho aquí —fue la respuesta que dio a la declaración genealógica de la señora Sparsit.

—Soy una esclava de las circunstancias, señor —informó la señora Sparsit—, y me he sometido hace mucho al poder que gobierna mi vida.

—Muy filosófica —comentó el desconocido—, muy ejemplar, muy laudable y muy...

Se interrumpió. Creyó sin duda que no valía la pena de concluir la frase, porque empezó a jugar distraídamente con la cadena de su reloj.

—Caballero, ¿permitirá que le pregunte a lo que debo el honor de...?—dijo la señora Sparsit

—Sí, por cierto —interrumpió el visitante—. Gracias por habérmelo recordado. Soy portador de una carta de presentación para el señor Bounderby, el banquero. Me paseaba por las calles de esta ciudad extraordinariamente negra, mientras se me preparaba la comida en el hotel, y pregunté a un individuo que he encontrado... un obrero de las fábricas; que parecía haber tomado una ducha de algo así como pelusa, la cual supone que debía provenir de la materia prima. La señora Sparsit asintió con la cabeza:

—...Pregunté al de la materia prima dónde vivía el señor Bounderby, el banquero. La palabra banquero le hizo, sin duda, equivocarse, pues me ha dirigido al Banco. Porque supongo que el señor Bounderby, banquero, no habita el edificio en el cual tengo el honor de ofrecer a usted esta explicación.

—No, señor, no habita aquí.

—Gracias. No tenía, ni tengo, intención de entregarle la carta en este momento. Pero habiendo llegado, paseando, hasta el Banco para matar el tiempo, y habiendo tenido la suerte de ver en la ventana —la cual señaló lánguidamente con una mano antes de hacer una ligera reverencia— una dama de aspecto tan distinguido y agradable, resolví que no podría hacer nada mejor que tomarme la libertad de preguntar a la dama en cuestión dónde vive el señor Bounderby, el banquero. Y esto es lo que me atrevo a rogarle que me diga, con todas las excusas convenientes.

Los distraídos e indolentes modales del visitante estaban suficientemente compensados a los ojos de la señora Sparsit, por un cierto aire de franca galantería, que no excluía, por cierto al respeto.

En aquel momento, por ejemplo, el desconocido, casi sentado sobre la mesa, se inclinaba hacia la dama como atraído por algún secreto encanto que la hiciera agradable en su género.

—No desconozco que los Bancos son siempre desconfiados, y oficialmente deben serlo —dijo el desconocido con tono ligero y descuidado, que no dejaba de ser agradable, y que permitía adivinar más buen sentido y más donaire del que en realidad sus palabras contenían; táctica hábil, quizá, del fundador de la numerosa secta a que pertenecía el desconocido, quien

quiera que fuese este gran hombre—. Por consiguiente, he de advertir a usted que mi carta, que tengo el honor de presentarle, es del diputado de esta ciudad... Gradgrind.. al que tuve el gusto de conocer en Londres.

La señora Sparsit reconoció la letra, declaró que semejante garantía era por completo innecesaria, y dio las señas del señor Bounderby con todas las indicaciones y detalles precisos.

—Mil gracias —dijo el desconocido—. Naturalmente, conocerá usted mucho al banquero, ¿no es verdad?

—Sí, señor —respondió la señora Sparsit—. Hace diez años que estoy a su servicio.

—¡Una verdadera eternidad! Creo que se ha casado con la hija de Gradgrind.

—Sí, señor... —contestó la señora Sparsit, cuyos labios se comprimieron repentinamente—. Tuvo ese... honor.

—Me han dicho que la señora es una verdadera filósofa.

—¿De veras, señor? —dijo la señora Sparsit—. ¿De veras?

—Perdone mi impertinente curiosidad —prosiguió el desconocido, casi rozando las cejas de la señora Sparsit con aire propiciatorio—; pero usted conoce a esa familia, y es posible que la visite a menudo. ¿Es tan impudente, como dicen, la señora? Su padre le concede tal reputación científica, que ardo en deseos de conocerla. ¿Es verdaderamente una mujer inaccesible? ¿Es acaso una de esas sabias antipáticas? Vamos, veo por su expresiva sonrisa, que no lo cree así. Ha derramado usted un bálsamo en mi alma inquieta. ¿Y qué edad puede tener? ¿Cuarenta? ¿Treinta y cinco?

La señora Sparsit prorrumpió en una carcajada, y con testó:

—Es una chiquilla. El día que se casó no había cumplido aún veinte años.

—Doy a usted mi palabra de honor, señora Powler, de que me deja asombrado —dijo el desconocido apartándose de la mesa.

Efectivamente: demostraba estarlo mucho, pues estuvo contemplando a su interlocutora por unos momentos, sin poder volver de su asombro.

—Aseguro a usted, señora Powler —añadió el desconocido con un aire de completa extenuación—, que por los términos en que se expresó el padre, me imaginaba hallar en la señora Bounderby una dama madura y acartonada. Le estoy muy agradecido por haberme corregido de tan absurdo error. Le ruego que perdone mi importuna visita. Muchas gracias y muy buenas tardes.

Y se fue, saludando; y la señora Spaisit, oculta tras los visillos, le vio dirigirse con indolente paso calle abajo, por la acera de la sombra, despertando la curiosidad de la gente.

—¿Qué opina usted de ese señor, Bitzer? —inquirió la señora, cuando el mozo entró para llevarse el servicio.

—Que debe gastar una fortuna.

—Hay que confesar que viste con muy buen gusto —dijo la señora Sparsit.

—Sí, señora; pero ¿vale la pena de gastar tanto? —repuso Bitzer, en tanto frotaba la mesa—. Por otra parte, me parece que tiene el aire de jugador.

—El juego es algo inmoral —afirmó la señora Sparsit.

—Es algo ridículo, señora —observó Bitzer—, porque las probabilidades están siempre en favor del banquero.

Sea porque el calor impidiera a la señora Sparsit trabajar, sea porque no se hallara en disposición de continuar su trabajo, no lo volvió a tocar en toda la tarde. Estaba sentada junto a la ventana cuando el sol comenzó a ocultarse tras el humo, y aun estaba allí cuando en el humo se destacaron rojos fulgores que se disipaban lentamente, y cuando la oscuridad surgió pausadamente de la tierra y subió con suavidad hasta los tejados, hasta el campanario de la iglesia, hasta la boca de las chimeneas en las fábricas, hasta el cielo. La señora Sparsit continuó sentada junto a la ventana, sin encender las luces, con las manos sobre las rodillas, indiferente a los mil rumores del crepúsculo; los gritos de los chiquillos, los ladridos de los perros, el rodar de los vehículos, los pasos y voces de los transeúntes, el vocear de los vendedores ambulantes, el chocleo de los zapatos en el pavimento, cuando llegó la hora de la salida de las fábricas y el estrepitoso cierre de las tiendas. Hasta que Bitzer fue a anunciarle que el estofado estaba listo, no salió de su ensimismamiento la señora Sparsit; entonces transportó al piso superior sus cejas negras, contraídas por una larga y profunda meditación, que las erizó lo bastante para tener que atusárselas con un peine.

—¡Oh, qué idiota eres! —dijo para sí la señora Sparsit cuando se halló sola frente al estofado.

No mencionó a quien se referían sus palabras; era evidente que no se referían a la ternera del estofado.

CAPÍTULO II. JAIME HARTHOUSE

El partido de Gradgrind experimentaba una urgente necesidad de refuerzos, pues le convenían nuevos adeptos para yugular de una vez el cuello a Gracos. Iban reclutándolos por todas partes. ¿Y dónde poder encontrar mejores reclutas que entre los grandes y poderosos, que a fuerza de estar estragados de todo, estaban igualmente dispuestos a cualquier cosa nueva?

Por otra parte, las sanas disposiciones de espíritu, que elevan a un hombre hasta las más altas cumbres de la indiferencia, eran atractivos para muchos de los secuaces de la escuela de Gradgrind.

Admiraban a los señores del gran mundo: comprendían que ellos no lo eran, pero procuraban imitarlos. Se fingían premiosos en el hablar, como la gente de buen tono, y exponían con enervado acento las rancias teorías de economía política, con las que instruían a sus discípulos; jamás se vio una raza híbrida tan maravillosa como aquella.

Entre los elegantes caballeros que no pertenecían, propiamente hablando, a la escuela de Gradgrind, había uno de buena familia y de mejor aspecto, con un humor delicioso, el cual había producido el mayor efecto en la Cámara de los Comunes, cuando había explicado, a su entender y al del Consejo de Administración— cierto accidente ferroviario en el cual los empleados más vigilantes que se han visto nunca, pagados por los directores más generosos de cuantos se han conocido, ayudados por el más moderno material, y todos ellos pertenecientes a la línea mejor construida del mundo, habían matado a cinco viajeros y herido a treinta y dos. Entre las víctimas había una vaca, y entre los objetos desperdigados, sin dueño, una capota de viuda. Y el honorable diputado había regocijado de tal forma a la Cámara —que de por sí tiene un delicado sentimiento de la ironía—, al adjudicar la capota al testuz de la vaca, que la Cámara decidió dar por terminado el asunto y absolvió a los responsables del accidente, entre bravos y risotadas.

Este señor tenía un hermano, más joven y de mejor aspecto aún que él, el cual había sentado plaza, como corneta, en un regimiento de Dragones; oficio que encontró pesado. Luego probó fortuna como agregado de un

embajador de Inglaterra, y esto lo encontró más pesado aún. Entonces puso rumbo a Jerusalén, y allí se aburrió lo mismo, acabando por recorrer el mundo en su yate.

A este joven, que tenía el microbio del aburrimiento, le dijo fraternalmente un día el honorable y chistoso diputado:

—Jem, hay un medio de hacer carrera entre nuestros prohombres; puesto que tienen necesidad de prosélitos. Me extraña que no te haya dado por estudiar leyes o estadística.

Jem, animado por la novedad de la idea, que le prometía al menos otra variación, se dispuso a probar aquello de leyes y estadística con el mismo ardor que para las demás cosas. Probó, pues, a ver.

Se preparó mediante la lectura de algunos extractos de sesiones del Parlamento, y su hermano iba diciendo a los prohombres:

—Si necesitan ustedes, para alguna población, de un apuesto joven que pueda dirigir algunos discursos despampanantes, no tienen más que decirselo a mi hermano Jem: es precisamente el hombre que les hace falta.

Después de algunos ensayos oratorios en diversos mítines, Jem fue acogido por el señor Gradgrind y por un Consejo de otros profetas políticos, los cuales resolvieron dirigirle a Villahulla, para que se diera a conocer en la ciudad y sus alrededores, antes de las próximas elecciones. Este era el objeto de la carta que Jem enseñó la noche anterior a la señora Sparsit, y que actualmente tenía el señor Bounderby en sus manos. Dicha carta iba dirigida a Josué Bounderby, banquero, Villahulla, como presentación del señor Jaime Harthouse, de parte de Tomás Gradgrind.

Al cabo de una hora de recibir este mensaje, acompañado de la tarjeta de Jaime Harthouse, el señor Bounderby tomó el sombrero y se dirigió hacia el hotel, en que halló al señor Harthouse, que estaba mirando por la ventana, en un estado de ánimo tan desconsolado, con aire tan taciturno, que revelaba que estaba ya dispuesto a probar con cualquier otra cosa.

—Caballero —dijo el visitante—: me llamo Josué Bounderby, de Villahulla.

El señor Jaime Harthouse manifestó considerarse muy dichoso, aunque no lo parecía, de un encuentro que deseaba hacía mucho.

—Villahulla, caballero —dijo el señor Bounderby tomando buenamente una silla—, no se parece a los demás parajes que está usted acostumbrado a visitar. Por consiguiente, si usted quiere, y aunque usted no quiera, porque yo soy un hombre muy franco, voy a darle algunos detalles antes de ir más lejos.

El señor Harthouse le aseguró que tendría mucho gusto en oírle.

—No se fíe usted mucho —advirtió Bounderby—. No lo garantizo. Por lo pronto ¿ve usted aquella humareda? Pues ella es la que nos da el pan. Es lo más saludable del mundo bajo dos conceptos, sobre todo para los pulmones. Si usted es de esos que quieren obligarnos a reducir nuestra humareda, no nos entenderemos. Nosotros no necesitamos en absoluto desgastar el culo de nuestras calderas más aprisa de lo que lo desgastamos ya, a pesar de la estúpida algarabía que arman en Inglaterra e Irlanda.

A fin de dar a su «ensayo» el éxito más feliz, contestó Harthouse:

—Señor Bounderby: le aseguro que participo completamente de su modo de pensar. Estoy convencido.

—Tanto mejor —dijo Bounderby—. Ahora bien: es probable que haya oído hablar del trabajo en nuestras fábricas, ¿no es verdad? Muy bien. Voy a decirle en qué consiste. El trabajo es el más fácil y agradable de cuantos existan, y en ninguna parte se retribuye tan bien a los obreros como aquí. Ya comprenderá usted, sin embargo, que no podemos hacer más confortable el interior de los talleres, a menos que los alfombrásemos con tapices de Persia, de lo que no hay necesidad, ni ciertamente voluntad.

—Tiene usted razón sobrada, señor Bounderby.

—Finalmente —dijo Bounderby—: es preciso que se forme una idea exacta de nuestros trabajadores. Todos los obreros de esta ciudad, señor mío, hombres y mujeres, chicos y chicas, sin excepción, no tienen más que un afán en su existencia. Y este afán es que se les mantenga con buena carne, volatería y sopa de tortuga con cuchara de oro. Y ahora me parece que ya conoce usted Villahulla.

Declaró el señor Harthouse que este sucinto resumen de las cuestiones referentes a Villahulla le habían deleitado e instruido en alto grado.

—Porque, para que usted lo sepa —continuó Bounderby—, cuando trabo relaciones, sobre todo con un hombre público, procuro entenderme plenamente con él y no ando con rodeos. Tan sólo me queda por decirle una cosa, señor Harthouse, antes de manifestarle el gusto que tendré, en la medida de mis posibilidades, de honrar la carta de presentación de mi amigo Tomás Gradgrind. Usted es un hijo de familia. No vaya usted a equivocarse, suponiendo ni un solo instante que yo también soy un hijo de familia, porque soy un hijo salido de la hez, un pingajo cualquiera, un andrajo social...

Si algo hubiera podido aumentar el interés que el señor Bounderby inspiraba a James Harthouse, esta última circunstancia había producido ese efecto; al menos, así se lo aseguró.

—Ahora —dijo Bounderby— podemos damos la mano, bajo un pie de igualdad. Y digo «igualdad», porque, aunque sé mejor que nadie lo que soy y la exacta profundidad del abismo de donde salí, hoy por hoy soy tan digno como usted. Soy tan digno como usted. Ahora que he declarado van independenciamiento, preguntaré a usted, ¿qué tal le va por aquí?, deseando que se halle perfectamente y creyendo que no le irá mal.

El señor Harthouse, al darle la mano, pareció dar a entender que se encontraba divinamente, gracias a los saludables aires de Villahulla.

El señor Bounderby acogió muy favorablemente esta respuesta.

—Tal vez sepa usted —dijo—, o tal vez no lo sepa, que me he casado con la hija de Tomás Gradgrind. Si no tiene usted nada que hacer mejor que acompañarme hasta el otro extremo de la ciudad, tendré mucho gusto en presentarle a usted a la hija de Tomás Gradgrind.

—Señor Bounderby —dijo Jem—, ha colmado usted mi más ferviente deseo.

Salieron sin más cumplidos, y el señor Bounderby condujo a su recién conocido —que formaba con él tan extraño contraste— hacia la casa de ladrillos rojos, ventanas de hojas oscuras y persianas verdes; la puerta de entrada, negra, tenía dos escalones blancos.

En el salón de aquella mansión, salió a recibirles la más linda criatura que Jaime Harthouse había visto en su vida. Estaba tan turbada y, sin embargo, tan indiferente, tan reservada, y al mismo tiempo tan atenta a lo que se decía, tan fría, tan orgullosa, y no obstante, tan sensitiva y avergonzada de la humildad jactanciosa de su marido, cuyos ejemplos la hacían estremecer como si recibiera un golpe, que Jaime Harthouse experimentó al verla una sensación completamente nueva. El rostro de Luisa no era menos distinguido que sus modales. Los rasgos de su fisonomía eran bellos, pero no permitía adivinar lo que pensaba. Completamente indiferente y segura de sí misma, ni a disgusto ni a sus anchas, estaba allí, junto a ellos, pero aislada con sus pensamientos... Conoció Jaime Harthouse que sería inútil intentar conocer a fondo a esta joven hasta transcurrido algún tiempo, tanto ella burlaba su penetración.

Después de haber examinado a la dueña de la casa, el visitante recorrió con una mirada el salón, en el que no había ningún indicio de esos que anuncian la presencia de una mujer: no se veía nada de esos fantásticos capri-

chos, ni sutiles ornamentos superfluos, de un lujo pretencioso y sin gusto, aquel salón no permitía sospechar por ningún sitio la más pequeña huella de una ocupación femenina, que atenuase al menos su apariencia.

Mientras más culto rendía el señor Bounderby a sus dioses penales, más estas divinidades rígidas de orgullo y de opulencia encuadraban al señor Bounderby, y eran dignos el uno de las otras. Había entre ellos una armoniosa y secreta simpatía.

—He aquí a mi mujer, caballero —dijo Bounderby—. La señora Bounderby, hoy; ayer, la hija mayor de Tomás Gradgrind.

Y dirigiéndose a su esposa, añadió:

—Lulú, te presento al señor Jaime Harthouse. El señor Harthouse se ha alistado bajo las banderas de tu padre. Si dentro de poco no llega a ser colega de Tomás Gradgrind, oiremos, al menos, así lo espero, hablar de él en las próximas elecciones en alguna ciudad vecina.

Dirigiéndose al señor Harthouse, prosiguió:

—Ya ve usted, señor Harthouse, que mi mujer es mucho más joven que yo. No sé qué pudo encontrar en mí para casarse conmigo, pero algo debió encontrar, porque de lo contrario no se hubiera casado. Mi esposa posee una barbaridad de conocimientos políticos y de otra clase. Si quiere usted prepararse en menos de nada para cualquier trabajo intelectual, difícilmente podría recomendar a usted mejor profesor que Lulú Bounderby.

—¡Oh! —exclamó el señor Harthouse—. En verdad que sería de todo punto imposible recomendarme un profesor más amable y con quien consiguiese con más gusto las lecciones.

—¡Vamos! —dijo el señor Bounderby—. Si le da a usted por decir finezas, se quedará solo; no encontrará aquí quien compita en eso con usted. Nunca me dio por estudiar el modo de dirigir cumplidos, e ignoro el arte de hacerlos. En realidad, los desprecio. Pero usted no ha sido educado como yo; yo he sido educado a la pata la llana. ¡Por San Jorge! Usted es un «gentleman», un caballero de la alta sociedad y yo no pretendo serlo. Yo soy Josué Bounderby, de Villahulla, y esto me basta. Sin embargo, aunque no me dejo influenciar por los modales distinguidos y el nacimiento, Lulú Bounderby los prefiere. Ella no ha disfrutado de las mismas ventajas que yo —de las mismas desventajas tal vez, según ustedes, yo pienso de muy otro modo— por consiguiente, no caerán en el vacío sus finezas, estoy seguro.

—El señor Bounderby —dijo Jaime, volviéndose hacia Luisa y sonriendo— es, según veo, un noble corcel, que se ha conservado casi en estado salvaje

y completamente libre de todo arnés de convencionalismo, como el que yo acarreo.

—El carácter del señor Bounderby inspira a usted mucho respeto, por lo que veo —repuso Luisa tranquilamente—. Es muy natural.

Jaime se sintió vergonzosamente desarmado para ser un gran señor que había visto tanto mundo, y pensó: «¿Cómo debo tomar eso?»

—¿Va usted a consagrarse al servicio de su país, según acaba de manifestar el señor Bounderby? —prosiguió Luisa, siempre en pie, ofreciendo el singular contraste de una mujer que se encuentra a disgusto y que tiene a la vez un gran dominio de sí misma—. ¿Ha resuelto usted mostrar a la nación el medio de salir de todas sus dificultades?

—No, señora Bounderby —respondió Jaime Harthouse—. Palabra de honor que no tengo semejante pretensión. Conozco un poco el mundo, después de lo que he corrido, y he descubierto que no vale gran cosa. Todo el mundo lo sabe; solamente que unos lo confiesan y otros no; vengo a secundar buenamente las opiniones de su respetable padre, porque, en realidad, todas las opiniones me son indiferentes, y lo mismo me da defender unas que otras.

—¿No tiene usted, pues, opinión propia? —inquirió Luisa.

—Ni siquiera abrigo sombra de preferencia por ninguna. Y le aseguro que no doy la menor importancia a ninguna opinión. Los mil diversos pareceres que he tenido que sufrir en este mundo, me han convencido —si el decir convencido no es demasiado serio para la despreocupación que trato de expresar— de que tal serie de ideas puede resaltar tan beneficiosa como cualquier otra. Conozco a una familia inglesa que tiene una admirable divisa italiana: «Lo que ha de ser, será». Es la única verdad en los tiempos que corren.

Advirtió que esa abominable pretensión de mezclar la probidad con la desvergüenza —vicio tan peligroso, tan fatal y tan común— pareció producir en Luisa una impresión muy favorable hacia él.

Prosiguió su escarceo, agregando en tono agradable, de forma que ella pudiera conceder a sus palabras un sentido más o menos serio, según lo que juzgara a propósito:

—El partido es que hay que probarlo todo con una línea de unidades, de decenas, de centenas, de millares, etc., me parece, ciertamente, señora Bounderby, el mejor entretenimiento y el más digno de sobresalir. Yo estoy dispuesto a ensayarlo con tanto entusiasmo como si realmente creyese en él. ¿Y qué más podría hacer si, efectivamente, en él tuviese fe?

—Es usted un singular hombre de Estado —dijo Luisa.

—Perdone; ni siquiera ese mérito. Las gentes de mi opinión, esto es, las gentes que no tienen ninguna, componemos, puede creerlo, la mayoría de los hombres de Estado; para convencerse de ello no hay más que sacarnos de nuestras filas adoptivas y hacernos sufrir a todos un examen en regla.

El señor Bounderby, que se había hinchado durante su forzado silencio, con grave riesgo de reventar, interrumpió la conversación, proponiendo retrasar la comida hasta las seis y media, y aprovechar el intervalo para hacer algunas visitas entre los electores más distinguidos y personajes notables de Villahulla y sus alrededores. Se hicieron las visitas, y el señor Harthouse, gracias a un uso discreto de los conocimientos adquiridos en las lecturas de las sesiones del Parlamento, salió triunfante de aquella prueba, aunque cada vez más harto.

A la hora fijada por el señor Bounderby, encontró la mesa dispuesta con cuatro cubiertos, pero uno de ellos no estaba ocupado. No desperdició el señor Bounderby la ocasión de jactarse de los platos de anguilas estofadas que, por unos céntimos la ración, había comido por las calles cuando tenía ocho años, así como del agua, de calidad inferior, con la que de ordinario se surtían las mangas de riego, y con la que él se regaba su modesto yantar.

Entretuvo asimismo a su huésped, durante la sopa y el pescado, con un cálculo que demostraba como él, Bounderby, había consumido en su juventud por lo menos tres caballos bajo la forma de salchichones y de chorizos. Estos detalles, que Jaime escuchaba con aire fatigado, intercalando de vez en cuando algún «¡admirable!», le hubiera decidido, sin duda, a partir al día siguiente, a probar de nuevo qué tal le iba por Jerusalén, si Luisa no hubiera excitado tanto su curiosidad.

—Pero ¿no habrá algo —pensó mirándola cómo se sentaba en la presidencia de la mesa, donde su juvenil persona, pequeñita y ligera, pero muy graciosa, parecía tan linda como fuera de su lugar— no habrá algo que pueda animar esta fisonomía?

¡Sí, por Júpiter!; había algo, y helo allí en forma imprevista. Tomasillo hizo su aparición. Luisa cambió de expresión cuando se abrió la puerta, y una sonrisa radiante apareció en su rostro.

Una sonrisa graciosa, encantadora. El señor Harthouse no se hubiera tal vez sorprendido de ella, si no hiciera tanto rato que estaba absorto ante la impasibilidad de aquel rostro. Luisa alargó una mano —una mano breve,

sutil, muy linda—, y sus dedos estrecharon la mano de su hermano, como si hubiera querido llevársela a los labios.

—Bueno, bueno —repasó el visitante—. Este mequetrefe es el único ser por el que la señora Bounderby se interesa. ¡Bueno es saberlo!

El mequetrefe fue presentado y se sentó en su sitio.

—Cuando yo tenía tu edad, pollo —dijo Bounderby—, llegaba a la hora en punto, o me quedaba sin comer.

—Cuando tenías mi edad —replicó Tomás— no tenías que rectificar un balance equivocado, ni vestirme de prisa y corriendo para comer inmediatamente después.

—Bien. Basta—refunfuñó Bounderby.

—¡Entonces —gruñó Tomás— no la tomes conmigo!

—Señora Bounderby —intervino Harthouse, que oía perfectamente aquella disputa a media voz—: la cara de su hermano no me es desconocida. ¿La habré visto en el extranjero, o tal vez en el Instituto?

—No —contestó Luisa con mucho interés—, mi hermano no ha viajado aún; ha sido educado aquí, en nuestra ciudad. Tomasillo, estoy diciendo al señor Harthonse que no ha podido conocerte en el extranjero.

—No he tenido esa suerte, caballero —dijo Tomás.

No había en la fisonomía de éste nada que se pareciese a la de su hermana, porque era un muchacho muy arisco, que no se mostraba amable ni siquiera con ella. Preciso era que fuese muy grande la soledad en que se halló el corazón de Luisa para depositar en aquel ser toda su ternura.

—He aquí por qué este mequetrefe es el único por quién se ha interesado siempre —pensó Jaime Harthouse, reflexionando sobre el asunto—. La cosa es clara, es clara.

Ya en presencia de su hermana, ya cuando ésta salió del comedor, el mequetrefe no se preocupaba por ocultar su desprecio hacia Bounderby, siempre que podía manifestarlo sin llamar la atención de este personaje independiente, haciendo muecas o guiñando el ojo. Sin responder a esas comunicaciones telegráficas, el señor Harthouse le alentó mucho de sobremesa, y pareció sentir por él una simpatía extraordinaria. Al fin, cuando el señor Harthouse se levantó para regresar a su hotel, manifestó el temor de no saber encontrar el camino por ser de noche, y el mequetrefe, ofreciendo inmediatamente sus servicios en calidad de guía, salió con él para acompañarle.

CAPÍTULO III. EL MEQUETREFE

Podrá parecer muy raro que un joven educado bajo un sistema de severidad exagerada, llegue a ser un hipócrita; pero en este caso se encontraba Tomás. Podrá extrañar que un joven al que no se ha dejado solo ni siquiera cinco minutos, llegue a ser incapaz de dominarse; pero esto le sucedía a Tomás. Podrá ser incomprensible que un joven cuya imaginación fue estrangulada desde la cuna, se sienta perseguido por el fantasma de la imaginación bajo la forma de una sensualidad grosera; pues bien: Tomás era semejante monstruo, no cabía duda.

—¿Fuma usted? —preguntó el señor Harthouse, cuando llegaron al hotel.

—¡Ya lo creo! —contestó Tomás.

El señor Harthouse no podía dejar de invitarle a que subiera a su habitación, y Tomás, a su vez, no podía dejar de subir. Gracias a una bebida refrescante, tan cargada como fresca, y gracias a un tabaco menos malo del que podía él procurarse, Tomás se reclinó cómodamente en un extremo del sofá, más dispuesto que nunca a admirar a su nuevo amigo, que se instaló en el otro extremo.

Después de fumar un rato, Tomás sopló el humo hacia un lado y empezó a examinar a su amigo.

—No parece que se preocupa del modo de vestir —pensó Tomás—, y sin embargo, ¡con qué elegancia viste!

El señor Harthouse se fijó en que Tomás le observaba, y advirtiendo que no bebía, le volvió a llenar el vaso, con mano negligente.

—Gracias —dijo Tomás—, gracias. Y bien, señor Harthouse, creo que con sólo esta noche se habrá quedado harto de ese vejestorio de Bounderby.

Tomás pronunció estas palabras guiñando un ojo y mirando con aire escrutador a Harthouse por encima del vaso.

—¡Parece una bellísima persona! —contestó Harthouse.

—¡Ah...! ¿Cree usted eso? —dijo Tomás.

Y de nuevo guiñó un ojo.

El señor Harthouse sonrió, se levantó del sofá y, apoyándose de espaldas contra la chimenea, siguió fuma que te fuma frente a Tomás, al que observaba con cierta superioridad. Le dijo:

—¡Es usted un cuñado muy burlón!

—Querrá usted decir que qué cuñado más grotesco es el vejestorio ese de Bounderby —replicó Tomás.

—Es usted muy cáustico —observó Jaime Harthouse.

Era tan agradable estar a punto de intimar con quien llevaba un chaleco así; oírse llamar Tomás de un modo tan íntimo, por semejante voz; haber familiarizado tan pronto con el que gastaba aquel par de patillas, que Tomás se sintió extraordinariamente contento consigo mismo.

—¡Oh! No me importa un bledo del carcamal de Bounderby —declaró—, si es eso lo que usted quiere darme a entender. Le he llamado siempre el viejo Bounderby, y siempre lo he considerado como un pobre vejestorio. No será, pues, ahora cuando empiece a mostrarme cortés con ese viejo ridículo; porque ya sería un poco tarde.

—Por lo que a mí toca, me en completamente igual —declaró Jaime—; pero ¿sabe usted...? cuando su mujer está presente, hay que tener ciertos miramientos.

—¿Su mujer? —dijo Tomás—. ¿Mi hermana Lulú? ¡Ah...! —y se echó a reír, tomando un sorbo más de la bebida refrescante.

Jaime Harthouse continuó fumando al lado de la chimenea, en la misma actitud, contemplando risueñamente al mequetrefe, a modo de un demonio simpático que no tiene más que revolotear en torno de su víctima para que ésta le conceda el alma cuando se la pida.

Y verdaderamente el mequetrefe parecía estar dominado por una influencia de este género. Empezó por mirar a su compañero a hurtadillas, después lo miró con admiración, luego de hito en hito, audazmente, y acabó extendiendo una pierna sobre el sofá.

—¿Mi hermana Lulú? —dijo Tomás—. Nunca le importó un bledo el viejo Bounderby.

—Habla usted del tiempo pasado, Tomás —observó Jaime Harthouse, haciendo caer con el dedo meñique la ceniza del cigarrillo—. Y ahora estamos en tiempo presente.

—No amar, verbo activo... Modo indicativo, tiempo presente. Primera persona del singular, no amo; segunda persona, no amas; tercera persona, no ama...—repuso Tomás.

—¡Muy bien! ¡Tiene gracia! —comentó su amigo—. Pero no sabe usted lo que dice.

—¡Sí que lo sé! —exclamó Tomás—. ¡Palabra de honor! ¿Porque no irá usted a decirme, señor Harthouse, que usted realmente cree que mi hermana Lulú ama al viejo de Bounderby?

—Pero, querido amigo —replicó el otro—: ¿cómo no voy a creerlo, cuando veo a dos personas que viven unidas por el lazo del matrimonio, que viven dichosas y en la mayor armonía?

Tomás tenía ya extendidas ambas piernas sobre el sofá. De no haber extendido su segunda pierna al oírse llamar «querido amigo», no habría dejado de extenderla al llegar a aquel punto culminante de la conversación. Sintiendo la necesidad de hacer algo, se tumbó todo lo largo que era, con la nuca apoyada en el brazo del sofá, y fumando con una gran afectación de voluptuosidad. Después volvió su cara vulgar, con ojos un tanto turbados, hacia el rostro que le contemplaba tan indiferente, y al propio tiempo con fuerza dominadora.

—Ya conoce usted al autor de mis días, señor Harthouse —dijo Tomás—, y, por consiguiente, no debe sorprenderle que Luisa se haya casado con el carcamal de Bounderby. Nunca ha tenido novio; nuestro padre le propuso al viejo Bounderby, y ella aceptó.

—Muy obediente es su hermana —comentó Harthouse.

—Sí; pero no habría sido tan obediente y no habría consentido con tanta facilidad, si yo no hubiese andado de por medio.

El demonio tentador frunció ligeramente las cejas, pero el mequetrefe se creyó obligado a continuar hablando.

—Yo fui el que la persuadió —confesó con un tono pretencioso de superioridad—. Me metieron en el Banco del viejo Bounderby, en donde no tenía el menor deseo de estar, y sabía que allí me encontraría con algunos apuros si Luisa no transigía en lo del casorio; en consecuencia le manifesté mis deseos, y ella se apresuró a complacérmelos. Por mí ella haría cualquier cosa. Se portó estupendamente, ¿verdad?

—Admirablemente, Tomás.

—No es que la cosa tuviera la misma importancia para ella que para mí —prosiguió Tomás fríamente—, porque mi libertad y mi bienestar, y tal vez mi porvenir, dependían de ello; pero ella no tenía ningún otro pretendiente, y estar en casa era lo mismo para ella que estar en una cárcel, sobre todo no estando yo allí. Otra cosa hubiera sido para ella si hubiese tenido

que sacrificar otro amor por el viejo Bounderby; pero, así y todo, fue muy bondadosa.

—No cabe más bondad, y lo ha tomado con resignación, por lo visto.

—¡Oh! —respondió Tomás en tono de desdeñosa protección—. Es muy buena chica. ¡Una muchacha saca partido de todo! Se ha acostumbrado a este género de vida, y ya le es igual. Lo mismo le de eso que otra cosa. Por otra parte, aunque Lulú sea una muchacha, no es una muchacha de tantas. Sabe encerrarse dentro de sí misma y soñar de un tirón durante toda una hora, como a menudo la he visto, sentada junto a la chimenea y contemplando el fuego.

—Es decir que tiene recursos propios —comentó Harthouse, fumando tranquilamente.

—No tantos como usted se figura —replicó Tomás—, porque el autor de nuestros días la ha atiborrado con una serie de paparruchas a modo de serrín; es su sistema.

—¿Formó a su hija a su imagen y semejanza? —sugirió Harthouse.

—¿A su hija? ¡Ay, y también a los demás...! También a mí me educó del mismo modo.

—¡No es posible!

—Pues así fue —replicó Tomás, sacudiendo la cabeza—. Puedo asegurar a usted, señor Harthouse, que el día que salí de mi casa para ir a la de Bounderby, era yo un solemne bobalicón y no tenía más experiencia de la vida que la que puede tener una ostra.

—¡Vamos, Tomás! Me resisto a creer eso... Usted bromea...

—¡Palabra de honor! —dijo el mequetrefe—. Lo digo en serio... De veras.

Durante unos minutos continuó fumando con mucha dignidad y gravedad, y luego añadió con aire satisfecho:

—¡Oh!, no puedo negar que posteriormente he adquirido ciertos conocimientos... Pero los he aprendido yo mismo, sin tener que agradecerse al autor de mis días.

—¿Y su inteligente hermana?

—Mi inteligente hermana se ha quedado, poco más o menos, donde estaba. Antes, algunas veces se me había lamentado de no tener ninguna ocupación que la distrajese, como suelen tener, por lo común, otras muchachas, y creo que hoy día le sucederá otro tanto. Pero le es igual —añadió,

lanzando de nuevo una bocanada de humo—. Las mujeres sacan partido de cualquier cosa, sea como sea.

—Al pasar ayer tarde por el Banco para preguntar las señas de la casa del señor Bounderby, encontré allí una anciana dama, que parece sentir gran admiración por su hermana de usted —dijo el señor Harthouse, tirando la punta del cigarrillo que acababa de fumar.

—¿La abuela Sparsit? —dijo Tomás—. ¿La ha visto acaso?

Su amigo asintió con la cabeza. Tomás se quitó el cigarrillo de sus labios para cerrar un ojo, que apenas podía mantener sosegado, con significativa expresión y para darse con el dedo unos golpecitos en la nariz.

—El sentimiento que la abuela Sparsit manifiesta tener con respecto a Luisa —añadió Tomás— es aún algo más... Diga usted afecto y devoción. ¡La abuela Sparsit no ha estado jamás enamorada del viejo carcamal de Bounderby cuando éste era soltero! ¡Oh, no, nunca!

Estas fueron las últimas palabras que pronunció el mequetrefe, antes de que un vertiginoso atontamiento, seguido de un completo olvido de todo, viniese a apoderarse de sus sentidos. Salió de aquel estado de modorra gracias a un sueño agitado que tuvo, en el que se figuraba que le empujaban con una bota, al mismo que una voz le decía:

—¡Arriba, que es tarde...! ¡Vámonos!

—Vamos —dijo levantándose del sofá y tambaleándose—. Es preciso, pues, que le deje a usted... Lo aseguro... Su tabaco es muy bueno... pero es demasiado dulzón.

—Sí, es demasiado dulzón —asintió su interlocutor.

—Es... es extremadamente... ridículamente dulzón —dijo Tomás—. ¿Dónde está la puerta? ¡Buenas noches!

Tuvo aún otro sueño extraño, en que se creía conducido por un camarero del hotel a través de una espesa niebla, y el cual camarero, después de proporcionarle muchas molestias y encontronazos, desapareció en una calle, dejándole solo. Entonces se encaminó hacia su calle, con cierta facilidad, aunque aun se sentía bajo la impresión de la presencia e influencia de su nuevo amigo, como si éste apareciese en el aire con la misma actitud de negligencia y mirándole con igual expresión en la mirada.

El mequetrefe llegó a su casa y se tumbó encima de la cama.

De no haber tenido conciencia de lo que aquella noche había hecho, de haber sido algo menos botarate y algo más hermano, podría haberse dete-

Charles Dickens

nido en seco dando media vuelta, haberse encaminado hacia la infecta ciénaga coloreada por las anilinas, haberse tirado buenamente en ella, y haberse tapado la cabeza para siempre con sus aguas inmundas.

CAPÍTULO IV. HERMANOS Y COMPAÑEROS

—¡Oh, amigos míos, trabajadores oprimidos de Villahulla! ¡Oh, amigos míos y compatriotas, víctimas del despotismo, cuya mano de hierro os tritura y aplasta! ¡Yo os lo digo: ha llegado la hora en que debemos unirnos todos para formar una unidad poderosa y abatir a los opresores que se enriquecen con los despojos de nuestras familias, con el sudor de nuestras frentes, con el trabajo de nuestros brazos, con el tuétano de nuestros huesos, con los derechos divinos y gloriosos de la Humanidad, y con los privilegios sacrosantos y eternos de la fraternidad!

«¡Muy bien! ¡Escuchad, silencio, escuchad! ¡Bravo!» y otras exclamaciones proferidas por un gran número de voces, se oyeron en todas partes de la sala, donde hacía un calor sofocante, y donde se aglomeraba la gente, mientras que el orador, encaramado en una tribuna, había declamado con tanto ardor, que se hallaba tan ronco como sofocado. A fuerza de gritar con toda la fuerza de sus pulmones, bajo la claridad de un mechero de gas; a fuerza de fruncir las cejas, de mostrar los dientes y de propinar formidables puñetazos en la mesa, se había fatigado de tal modo que se vio obligado a interrumpirse para pedir un vaso de agua.

Mientras intentaba refrescar con el agua del vaso su rostro encendido, la comparación que hubiera podido hacerse entre el orador y la multitud de rostros atentos vueltos hacia él, no habría sido muy ventajosa para el primero. Según todas las apariencias, no estaba sobre su auditorio a mayor altura que la que le proporcionaba la tribuna. En otros aspectos se hallaba muy por debajo de él. No era tan noble, ni tan franco, ni tenía tan buen humor; sustituía la sencillez con la astucia, el buen sentido común con la pasión. Era un individuo desproporcionado, encorvado de hombros, de ceño sombrío, y rasgos contraídos por una expresión de odio; no obstante su traje de clase media, presentaba desagradable contraste con la mayor parte de los oyentes, que vestían sus trajes de trabajo. Si raro es ver a un individuo someterse mansamente a la dictadura de un personaje pretencioso, señor u obrero, al que no se le puede sacar de su imbecilidad para elevarlo a la altura intelectual de la mayoría de los asistentes al mítin, más raro es todavía, y más penoso, ver a la inquieta multitud dejarse convencer por un cabecilla semejante.

«¡Muy bien! ¡Escuchad, silencio, escuchad! ¡Bravo!» La atención y la intención que se observaba en aquellos rostros eran un espectáculo. No había allí despreocupación ni fatiga, ni curiosidad ociosa, comunes a otras reuniones. Aquellos hombres comprendían que su situación era peor de la que debería ser; todos consideraban un deber unirse a sus compañeros para mejorar la suerte común; todos sentían que no les quedaba más esperanza que unirse con los compañeros que les rodeaban; todos tenían una fe grave, profunda, sincera. El espectador imparcial no podía menos de reconocer que aquellos hombres, aunque se equivocaran, mostraban grandes cualidades aprovechables, de las que se podría sacar buen partido; pues pretender que se extraviaban sin causa y solamente por su instinto irracional, equivaldría a pretender que puede haber humo sin fuego, muerte sin nacimientos, cosechas sin siembras, o que todo puede engendrarse de la nada.

Habiéndose refrescado el orador, enjugó su arrugada frente, pasando por ella varias veces su pañuelo, y concentró sus reanimadas fuerzas en una sonrisa llena de desdén y de amargura.

—Pero ¡oh, hermanos y amigos míos! ¡Oh, mis compañeros y compatriotas, trabajadores oprimidos de Villahulla! ¿Qué diremos de este hombre, de este obrero... ay de mí? ¿Por qué me veo obligado a manchar tan glorioso título dándoselo a semejante hombre? ¿Qué diremos del que, conociendo por experiencia propia los males y las injusticias que os hacen sufrir, a vosotros, que sois la savia y la médula de esta nación, después de haberos oído declarar —con una noble y majestuosa unanimidad que hará temblar a los tiranos— que todos estáis dispuestos a defender las bases de la Asociación del Tribunal Reunido y a obedecer todas las órdenes emanadas de esta Asociación, para nuestro bien, y qué diréis de semejante obrero —puesto que debo reconocerlo como a tal— que en un momento como éste abandona su puesto de honor y traiciona a su bandera; que en un momento como éste no tiene vergüenza de declarar cobardemente que no se unirá a nosotros, a los que nos asociamos valerosamente para defender el derecho y la libertad?

Al llegar a este punto, la opinión no se manifestó unánime. Hubo rumores y silbidos; pero el sentimiento del honor era demasiado fuerte para permitir se condenara sin oírle.

—¿Estás seguro, Slackbridge? ¡Cuidado que no te equivoques, Slackbridge! ¡Traedlo! ¡Oigamos lo que dice!

Tales fueron las palabras que resonaron por la sala.

Al fin, una voz potente exclamó:

—¿Está aquí ese hombre? Si está aquí, Slackbridge, oiremos lo que él tenga que decirnos.

Esta proposición fue acogida con una salva de aplausos. Slackbridge, el orador, miró en torno suyo con una amarga sonrisa, y extendiendo el brazo derecho —según la costumbre de todos los Slackbridge del mundo— para apaciguar aquel mar embravecido esperó a que se restableciese la calma.

—¡Oh, amigos míos! —exclamó entonces Slackbridge, sacudiendo la cabeza con profundo desprecio—. No me admira que vosotros, los explotados hijos del trabajo, pongáis en duda la existencia de semejante hombre. Pero el que vendió sus derechos de primogenitura por un plato de lentejas, ha existido, y ha existido Judas Iscariote, y ha existido lord Castlereagh, ¡y este hombre existe!

Estas palabras del orador produjeron un poco de confusión y de apreturas junto al estrado, hasta que en éste apareció al fin el hombre aludido, colocándose junto al orador. Estaba pálido y un poco agitado; agitación que se mostraba sobre todo en sus labios; pero permaneció, sin embargo, inmóvil, con la mano izquierda en la barbilla, aguardando a ser oído. Presidía el mítin un individuo que hizo uso de la palabra en los siguientes términos:

—Amigos míos, en virtud de las funciones de presidente que ejerzo, ruego a nuestro amigo Slackbridge, quien tal vez se ha extralimitado en esta cuestión, que tome asiento mientras escuchamos a Esteban Blackpool. Todos conocéis a Esteban Blackpool, y, por consiguiente, no ignoráis sus desgracias y la buena reputación de que goza.

Al pronunciar el presidente estas palabras, dio a Esteban un cordial apretón de manos, y volvió a sentarse. Slackbridge tomó asiento, enjugándose la frente, de izquierda a derecha, y nunca a la inversa.

—Amigos míos —comenzó Esteban en medio de un profundo silencio—: he oído lo que se os acaba de decir, y es probable que me perjudique más aún al hablar. Pero prefiero que sepáis la verdad por mis propios labios, mejor que por los de este hombre, aunque nunca he podido hablar en público sin turbarme y acobardarme.

Slackbridge sacudió su cabeza, como si se la hubiera querido arrancar en su amargura.

—Soy el único obrero de la fábrica de Bounderby que no acepta los reglamentos proyectados. No puedo aceptarlos, amigos míos. Dudo de que os reporten ningún beneficio. Más bien creo que os perjudicarán.

Slackbridge sonrió, cruzóse de brazos y frunció las cejas con aire sarcástico.

—Pero no he venido para eso, pues si no fuera más que eso, me uniría a los demás. Pero tengo mis razones, razones particulares, ¿comprendéis?, que me lo impiden, no solamente por ahora, sino para siempre... para siempre... ¡mientras viva!

Slackbridge se levantó de un salto, y fue a colocarse junto al obrero, rechinando los dientes y gesticulando.

—¡Oh, amigos míos! ¿Qué es, sino lo que yo os decía? ¡Oh, hermanos míos! ¿Qué os he advertido? ¿Qué opináis de tan ruin conducta, por parte de un hombre sobre el que todos sabemos que ha pesado tanto la injusticia de las leyes? ¡Oh, compatriotas!; yo os pregunto: ¿qué pensáis de semejante traición llevada a cabo por uno de vuestros hermanos, que contribuye de este modo a su propia ruina, a la vuestra, a la de vuestros hijos y a la de los hijos de vuestros hijos?

Hubo algunos aplausos y gritos de «¡Abajo el traidor!». Pero la mayoría de los asistentes al mítin permaneció callada, contemplando las facciones alteradas de Esteban, más patéticas aún porque reflejaban mil emociones encontradas, y en la natural bondad de sus almas había entre los concurrentes quienes experimentaban más pena que indignación.

—Las funciones del delegado consisten en hablar —dijo Esteban—, y para eso se le paga y él sabe lo que debe hacer. Que lo haga, pues, y no se inquiete por lo que yo pueda sufrir; esto nada le importa; sólo me importa a mí.

Había tanta resignación, por no decir tanta dignidad, en estas palabras, que los oyentes se mostraban más tranquilos y más atentos.

La misma voz potente que se había hecho oír anteriormente, exclamó:

—¡Slackbridge, déjale hablar, y cállate!

Se hizo en la sala un silencio sorprendente.

—Compañeros —dijo Esteban cuya voz poco elevada se oía perfectamente—; compañeros y hermanos; porque eso sois para mí, lo cual no puede decir ese delegado que acaba de dirigiros la palabra: sólo tengo que decir una palabra, y no podría explicar mejor mi concepto, aunque estuviera hablando hasta mañana. Conozco perfectamente la suerte que me espera, sé que estáis decididos a romper toda relación con el obrero que no piense como vosotros en esta cuestión. También sé que si estuviera muriéndome en mitad del camino, creeríais un deber pasar indiferentes por mi lado, como si se tratase de un extraño o de un desconocido; pero lo que he prometido, lo cumpliré...

—Esteban Blackpool —intervino el presidente, levantándose—: piénselo bien. Piénselo bien una vez más, hijo mío, antes de verse despreciado por sus antiguos compañeros y amigos.

Hubo en la sala un murmullo general, que manifestó que la mayoría de los asistentes era de la misma opinión, aunque nadie pronunció palabra. Todas las miradas estaban fijas en Esteban. Un cambio de determinación alegraría todos los corazones. Así lo comprendió él al mirar en torno suyo. No albergó en su corazón ni sombra de cólera contra ellos. Los conocía demasiado para dejarse impresionar por las debilidades pintadas en sus rostros; los conocía como sólo un camarada puede conocerlos.

—Lo he pensado más de una vez, señor presidente. No puedo aceptar, sencillamente; es preciso que siga el camino que tengo ante mí, y es menester que me despida de todos.

Esteban les hizo una especie de saludo levantando los brazos, y se mantuvo un instante en esta actitud, y no volvió a hablar hasta que lentamente los dejó caer, diciendo:

—Yo he cambiado más de una palabra cordial con algunos de vosotros; veo más de una cara conocida desde cuando era más joven y estaba menos triste de lo que estoy hoy. Desde el día en que nací, no he tenido nunca disputas con mis compañeros, y bien sabe Dios que no he sido yo quien ha provocado el debate esta tarde. Me llamaréis traidor y todo cuanto se os antoje... Me refiero a usted —dijo dirigiéndose a Slackbridge— pero todo esto es más fácil de decir que de probar. Sea, pues, así.

Se disponía a descender de la tribuna, cuando recordó algo que no había dicho, y volvió a su puesto.

—Tal vez —añadió volviendo su arrugado rostro en ademán de dirigir la palabra indirectamente a cada uno de los oyentes, desde los más próximos a los más alejados— tal vez cuando esta cuestión sea discutida, se me amenace con declarar la huelga si los patronos me dejan trabajar entre vosotros. Confío en que moriré antes de que ocurra algo semejante; pero si llegara a suceder, me resignaría a trabajar aislado de vosotros; y en verdad, amigos míos, que me vería obligado a ello, no para provocaros, sino para vivir. Yo no tengo sino mis brazos para ganarme el pan; y ¿dónde podría yo encontrar trabajo sino en Villahulla, donde trabajo desde niño y donde no he podido llegar a más? No me quejaré de verme ser despreciado esta noche; pero espero que se me dejará trabajar. Si algún derecho tengo, amigos míos, creo que es éste.

Reinó un silencio profundo, interrumpido tan sólo por el rumor que hacían los que se apartaban a un lado para abrir paso al hombre a quien ninguno de ellos debía considerar ya como su camarada.

Sin mirar a nadie, siguiendo su camino con un aire de humilde firmeza, que nada pedía ni nada reclamaba, el viejo Esteban abandonó la sala, bajo el peso de sus desdichas.

Entonces Slackbridge, que había tenido su brazo tribunicio extendido durante aquel mutis, como si hubiera puesto una extremada solicitud y una gran fuerza de voluntad en reprimir las vehementes pasiones de la multitud, trató con gran empeño de reanimar los ánimos deprimidos.

—¿No condenó a muerte a su propio hijo el romano Bruto? ¡Oh, compatriotas! ¿Y las madres espartanas —¡oh, amigos míos! que pronto seréis mis compañeros en la victoria— no obligaban a sus hijos, que huían, a enfrentarse con la punta de las espadas enemigas? ¿No es, pues, un deber sagrado para los hombres de Villahulla —teniendo ante sí un mundo que los admira—, no es, pues, un deber arrojar a los traidores lejos de las tiendas guerreras que hemos levantado para defender una causa sagrada y divina?

Los cuatro puntos cardinales respondieron que sí; se oyó un sí al Oeste, al Este, al Norte, y al Sur, y luego, tres hurras a la Asociación del Tribunal Reunido.

Slackbridge llevaba la batuta, marcando el compás. La multitud, con rostros de una expresión indecisa, en la que se reflejaba algún remordimiento, recobró la serenidad al ver la actitud de Slackbridge y lo calmó. Todo sentimiento personal debía ceder a la causa común. ¡Hurra! El techo aun retemblaba con los vivas cuando la multitud se dispersó.

No fue preciso más para que Esteban Blackpool se entregase a la vida más solitaria imaginable; una vida de aislamiento entre una multitud íntima. Aquél que en tierra extraña busca entre diez mil rostros una mirada de simpatía, sin jamás encontrarla, se halla en una agradable sociedad, comparada con el que ve pasar a su lado diez rostros que le rehuyen y que en otro tiempo eran caras de amigos. Tal era, en cada instante de su vida, la nueva y triste prueba a la que se sometió Esteban: en el trabajo, al ir a él y al regreso; en la puerta de su casa, en la ventana, en todas partes; de común acuerdo, sus camaradas evitaban todo roce con él, no iban por el lado de la calle que él de ordinario recorría.

Durante muchos años había sido un hombre retraído, tranquilo y callado, poco amigo de relaciones con otros hombres y acostumbrado a tener a su

pensamiento por único compañero. Había ignorado hasta entonces cuánto anhelaba su corazón la frecuente simpatía de una señal, de una mirada, de una palabra o del inmenso consuelo que estos pequeños dones sociales habían derramado gota a gota en su alma. Jamás habría creído que fuese tan difícil separar en su conciencia el abandono en que le dejaban sus camaradas, de un sentimiento injusto de deshonor y de vergüenza.

Los cuatro primeros días de su prueba le parecieron tan largos y tan penosos, que empezó a espantarse de la perspectiva que se presentaba ante él. No solamente no vio a Raquel en todo ese tiempo, sino que hizo lo posible por evitarlo; porque, aun cuando sabía que la prohibición de hablarle no se extendía aún oficialmente a las mujeres que trabajaban en las fábricas, observó que muchas de ellas habían cambiado su actitud respecto a él, y temblaba al pensar que Raquel podía ser también condenada al ostracismo si la veían acompañándole. Esteban había vivido, pues, completamente solo durante estos cuatro días, y no había hablado con nadie, cuando, al dejar su trabajo, una noche, un joven, de rostro exangüe, lo paró en la calle, diciéndole:

—Se llama usted Blackpool, ¿verdad?

Entonces se sonrojó al ver que acababa de quitarse el sombrero en señal de gratitud hacia aquél que se dignaba hablarle —por la sorpresa que le produjo o por ambas cosas—. Y para disimular, hizo como que arreglaba el forro.

—Sí —contestó.

—¿Es usted el obrero que han desterrado, del que quieren hacer un car-tujo? —continuó Bitzer, que era el mozo de quien hablamos.

—Sí —contestó de nuevo Esteban.

—Lo he adivinado, viendo que todos procuraban apartarse de usted. El señor Bounderby desea hablarle. ¿Sabe usted dónde vive?

—Sí —dijo maquinalmente Esteban.

—Entonces, puede usted ir inmediatamente, si quiere —dijo Bitzer—, pues le están aguardando, y no tendrá más que hacerse anunciar por el criado. Yo estoy empleado en el Banco, y si va usted allí, como yo no he venido sino con el objeto de dar a usted el recado, me ahorrará un viaje.

Esteban, que caminaba en dirección opuesta, volvió sobre sus pasos, como era su deber, y se dirigió hacia el edificio de ladrillos rojos, donde habitaba el inmenso Bounderby.

CAPÍTULO V. OBREROS Y PATRONOS

—Vamos a ver, Esteban —dijo Bounderby con su tempestuoso modo de hablar—, ¿qué es lo que ha ocurrido? ¿Cómo es que esos miserables le han tratado tan mal? Entre y hable sin rodeos.

Se le invitaba a entrar en el salón, en el cual la mesa estaba dispuesta para el té. La joven esposa del señor Bounderby, su hermano y un gran señor de Londres, se hallaban también en el mencionado salón. Esteban los saludó, cerrando la puerta y quedándose junto a ella, con el sombrero en la mano.

—Este es el hombre del que hablé a usted, Harthouse —dijo el señor Bounderby.

El personaje al cual se dirigía y que estaba conversando en el sofá con la señora de Bounderby, se levantó, diciendo con tono indolente:

—¡Ah!, ¿sí?

Y se colocó al lado de la chimenea, cerca de donde Bounderby estaba.

—Ahora, —dijo éste—, hable sin miedo.

Después de los cuatro días que acababa de pasar Esteban en un estado de completo aislamiento, aquellas palabras produjeron una impresión desagradable y discordante en sus oídos. No solamente eran un rudo golpe para su alma herida, sino que, además, parecía establecer de hecho que merecía la censura de desertor egoísta, que le habían dirigido.

—¿Qué quiere de mí, señor? —preguntó Esteban.

—Ya se lo he dicho —respondió Bounderby—: que hable sin miedo, como un hombre, puesto que usted es un hombre, y cuéntenos todo cuanto se relacione con usted y ese Sindicato de obreros.

—Perdone —replicó Esteban Blackpool—. Nada tengo que contar de esa cuestión.

El señor Bounderby, que se parecía siempre, más o menos, a un huracán, al ver la actitud de Esteban, empezó a resoplar furiosamente.

—Aquí tiene, Harthouse —exclamó—, aquí tiene una muestra de lo que es esta gente. Cuando hace tiempo vino aquí este hombre, le advertí que

tuviese cuidado con los malvados extranjeros que infestan nuestro país, y a los cuales se debería ahorcar donde se les encontrara, y añadí que había tomado un mal camino. Pues bien: ¿querrá usted creer que en el momento mismo en que acaban de proscibirle, sigue siendo tan esclavo que le da miedo de abrir la boca para hablar de esa gente?

—He dicho que nada tenía que decir, señor —replicó Esteban Blackpool—, pero no que me diera miedo de abrir la boca.

—¡Ah!, usted lo ha dicho, usted lo ha dicho. Sé perfectamente lo que usted ha dicho; sé lo que ha querido usted decir; conque ya ve. ¡No es lo mismo, qué diantre! Son cosas bien diferentes. Hará usted mejor en decirnos en seguida que ese pícaro de Slackbridge no está en la ciudad amotinando al pueblo; que no es uno de los cabecillas reconocidos por el populacho; es decir, un solemne canalla. Hará mejor en decirlo al instante. Ya sabe que a mí no puede engañarme. Si eso es lo que quiere decirnos, ¿por qué demonios no lo hace?

—Estoy tan disgustado como usted de ver qué malos directores tiene el pueblo —dijo Esteban moviendo la cabeza—. Eligen a los que se ofrecen. Tal vez no es la menor de nuestras desgracias el no poder encontrar mejores guías.

El huracán comenzó a rugir furiosamente.

—Esto empieza la mar de bien, ¿no es verdad, Harthouse? —dijo el señor Bounderby—. Seguro que le choca a usted esto. Dirá usted que con valientes personajes tienen relación sus amigos; pero eso aún no es nada. Va usted a oír la pregunta que voy a dirigirle a este hombre. Permítame, señor Blackpool —el huracán resoplaba con verdadera furia—, que me tome la libertad de preguntarle qué le ha decidido a no ingresar en ese Sindicato.

—¿Qué me ha decidido?

—Sí —dijo el señor Bounderby, con los pulgares en las sisas de las mangas, irguiendo la cabeza y cerrando los ojos como si estuviera hablando con la pared de enfrente—. Sí, deseo saber cuál ha sido el motivo que le ha impulsado a negarse a formar parte de ese Sindicato.

—Habría preferido no hablar de este asunto, señor; pero ya que usted lo pregunta, y no quiero ser un mal educado contestaré. Porque lo prometí.

—No a mí, bien lo sabe —replicó Bounderby;

(Tiempo borrascoso con engañosas calmas. Calma circunstancial por el momento).

—¡Oh, no, señor! A usted, no.

—A mí, no; téngase bien entendido —dijo Bounderhy como si hablara aún con la pared— No tiene nada que ver conmigo. Si sólo se hubiese tratado de Josué Bounderby, de Villahulla, ¿no habría usted ingresado en el Sindicato sin reparo alguno?

—Es verdad, señor.

—¡Y eso que sabe que sus camaradas son un hatajo de canallas y de rebeldes, para quienes la deportación sería un castigo demasiado suave! —exclamó el señor Bounderby rugiendo como un huracán—. Vamos a ver, Harthouse: usted, que ha corrido tanto mundo, ¿ha encontrado usted nunca a un hombre como éste, en ningún sitio que no sea en este dichoso país?

Y con un dedo iracundo, el señor Bounderby señalaba a Esteban.

—No, señora, no —protestó Esteban Blackpool valerosamente dirigiéndose instintivamente a Luisa—. No son rebeldes ni canallas. Nada de eso, señora, nada de eso. No me tratan como compañeros, señora; lo sé perfectamente, y lo lamento, pero no hay una docena de hombres entre ellos, señora, una docena... No hay seis que no crean haber cumplido con sus deberes para con el prójimo como para consigo mismo. Líbreme Dios, a mí, que los conozco y los he tratado toda mi vida, que he comido y bebido con ellos, que he vivido y trabajado con ellos, que les he estimado, líbreme Dios, repito, de no tomar su defensa en nombre de la verdad, a pesar del mal que hayan podido hacerme.

Esteban hablaba con la ruda fogosidad propia de su clase y de su carácter, aumentada quizá por la orgullosa convicción de que permanecía fiel a sus amigos y compañeros, a pesar de la ingratitud de éstos; sin embargo, no olvidaba el lugar en que se hallaba, y por lo mismo no levantaba mucho la voz.

—No, señora, no. Los unos con los otros son leales, fieles y afectuosos hasta la muerte. Hálese usted pobre entre ellos, caiga usted enfermo entre ellos, tenga entre ellos una de esas penas harto comunes que llevan el dolor a la puerta de un pobre obrero, y los verá siempre tiernos, compasivos y cristianos. Esté segura de ello, señora; antes que faltar al cumplimiento de estos deberes, para ellos sagrados, se dejarían cortar en pedazos.

—En resumen —dijo el señor Bounderby—: sin duda porque ellos poseen todas esas virtudes, han puesto a usted la proa. Díganos eso más bien, cuando se refiera a ellos. Ea, hable; díganos lo que deseamos saber.

—Señora, —replicó Esteban, el cual parecía buscar siempre un refugio natural en el rostro de Luisa—, no sé por qué lo que hay en ellos de mejor

es precisamente lo que produce más malestar, más dificultades y más desgracias. No sé tampoco por qué el que es más bueno, entre nosotros, es siempre el más desgraciado. Pero así es. Lo sé, como sé que hay un cielo allá arriba sobre la humareda. Por lo general, no nos falta la paciencia y deseamos hacer el bien; por tanto, no puedo creer que deba caer la cólera divina sobre nosotros.

—Ahora, amigo mío —dijo el señor Bounderby, a quien el obrero, sin saberlo, había exasperado cada vez más, dirigiéndose a una tercera persona, Luisa, en vez de dirigirse a él mismo—, si quiere hacer el favor de prestarme atención por medio minuto, desearía cambiar con usted dos palabras. Decía usted hace poco que nada tenía que contarnos respecto al asunto en cuestión. ¿Está usted completamente seguro de ello, antes de que vayamos más lejos?

—Estoy completamente seguro, señor.

—Presente está un «gentleman» de Londres —y el señor Bounderby señaló hacia atrás con el pulgar—, un «gentleman» del Parlamento, que yo desearía oyese un poco de esta conversación entre usted y yo, para que estuviese al corriente, y no crea que yo ignoro todo lo que va usted a decirme. Advierto a usted que no hay nadie que lo sepa mejor que yo... pero, en fin, prefiero que este «gentleman» lo oiga de sus propios labios, en vez de oírlo por boca mía.

Esteban saludó con la cabeza al gran «gentleman» de Londres, cuya vista le azoraba grandemente. Involuntariamente, dirigió los ojos hacia el primitivo refugio; pero una mirada de Luisa, mirada expresiva, aunque rápida, le obligó a volverse hacia el señor Bounderby.

—Veamos, ¿de qué se queja usted? —interrogó el señor Bounderby.

—No he venido para quejarme —replicó Esteban—. He venido porque me han llamado.

—Pero, ¿de qué se quejan, en general, todos los obreros? —repitió el señor Bounderby, cruzándose de brazos.

Esteban le miró con alguna vacilación, y luego cobró aliento.

—Señor, jamás he sabido explicarme bien, aunque he tenido mucho que sufrir. Pero es evidente que estamos en un atolladero. Eche usted una ojeada sobre esta rica ciudad, y vea la gente que ha venido para tejer, para cargar, para trabajar a jornal, y observará que jamás han podido proporcionarse la menor comodidad desde la cuna hasta el sepulcro. Vea cómo y dónde vivimos, y de qué modo y siempre igual, vea cómo las fábricas funcionan siempre, sin que nosotros adelantemos ni lo más mínimo; como no

sea hacia la muerte. Vea cómo nos considera; lo que escribe de nosotros, lo que habla de nosotros y cómo envía usted delegados al Ministerio de Gobernación para hablarle mal de nosotros, y cómo tiene usted siempre razón y a nosotros nos falta, y cómo nosotros no hemos sido nunca más que gente sin razón desde que nacimos. Vea, señor, cómo el mal va creciendo y creciendo, cada vez con más fuerza, cada vez más cruel, año tras año, generación tras generación. ¿Quién puede ver todo esto, señor, sin dejar de exclamar desde el fondo de su corazón, que es un atolladero, un verdadero lodazal?

—Desde luego, nadie —repuso el señor Bounderby—; ahora bien: ¿tal vez podría usted, tal vez, decir a este señor cómo se las compondría usted para arreglar ese atolladero, o limpiar ese lodazal, como se empeña en llamarlo?

—No sé cómo, señor. ¿Cómo quiere usted que lo sepa? No es a mí a quien hay que dirigirse para eso, sino a los que están por encima de mí y por encima de los demás como yo. ¿Para qué servirían, sino para eso?

—En todo caso voy a decirle lo que podremos hacer para empezar —replicó el señor Bounderby—: haremos un escarmiento con media docena de Slackbridges. Perseguiremos a esos canallas por delito de sedición, y los embarcaremos con rumbo a las colonias penitenciarias.

Esteban movió la cabeza.

—¡No me diga usted que no, hombre —exclamó el señor Bounderby, volviendo a ser un huracán impetuoso—; porque le aseguro que lo haremos!

—Señor —repuso Esteban con la tranquila confianza que da una absoluta certidumbre—, aunque prendiese a Slackbridge, aunque prendiera a todos cuantos existan, aunque los cosiera todos dentro de un saco, para arrojarlos en el mar más profundo que haya existido antes de crearse la tierra firme, el atolladero subsistiría exactamente que ahora. ¡Extranjeros malignos y revolucionarios! —continuó Esteban con amarga sonrisa—. Desde pequeño, desde que empecé a andar, que oigo hablar de los extranjeros revolucionarios. No son ellos quienes hacen el daño, señor. No empieza el mal por ellos. No siento ninguna simpatía por ellos, ni tengo motivo para preferirles, pero es inútil y vano hacerles abandonar su oficio, en vez de intentar que sea su oficio el que los abandone. Todo cuanto me rodea en este salón, estaba aquí antes que yo entrara, y seguirá estando cuando me vaya. Ponga usted ese reloj a bordo de un barco, y mándelo a la isla de Norfolk, y esto no impedirá que el tiempo siga su curso. Sucede igual con Slackbridge.

Dirigiendo de nuevo sus ojos hacia el primitivo refugio, observó que Luisa tenía la vista fija hacia el lado de la puerta, como en señal de advertencia. Esteban retrocedió algunos pasos y puso la mano sobre el picaporte. Pero no había dicho todo lo que quería decir, y sintió en el fondo de su corazón que era una noble venganza de las pasadas injurias de sus compañeros permanecer fiel hasta el fin a los que le habían repudiado. Se detuvo, pues, para desahogar su corazón, y remachar lo que le dictaba su espíritu.

—Señor —continuó—, no puedo, atendido lo poco que sé, indicar al «gentleman» el modo de remediar este mal; pero hay en la ciudad obreros capaces de decírselo, por ser hombres que poseen más conocimientos que yo. Lo que yo sé bien es lo que no conviene hacer, porque daría peores resultados. La fuerza bruta no sirve de nada; la victoria y el triunfo no valen nada. Ponerse de acuerdo para dar siempre la razón a los unos y siempre la culpa a los otros, es obrar contra la misma naturaleza, y no es, seguramente, un buen medio. Permanecer aislado, tampoco sirve de nada. Deje usted criarse mil individuos en el mismo lodazal, y acabarán por formar un pueblo aparte, separado de usted por un abismo infranqueable, y a la corta o a la larga, eso no puede durar eternamente. Si no se adopta el sistema de aproximarse con dulzura y paciencia, con palabras de consuelo, a los que tan dispuestos están a ayudarse entre sí, en sus numerosas penas y a compartir, en su miseria, las cosas que les son necesarias... (porque así lo hacen, lo cual, seguramente, no habrá visto el caballero durante sus viajes), no se pondrá remedio al mal mientras el sol no se convierta en un trozo de hielo. Menos aún se conseguirá de ellos considerándolos como una fuerza bruta o pretendiendo gobernarlos como si fuesen máquinas, sin pensar que sienten amor y simpatías, que tienen memoria e inclinaciones, y un alma capaz de desalentarse, y un alma abierta a la esperanza; tratándolos como si no tuvieran ninguna de esas cosas, cuando están tranquilos, y reprochándoles, cuando se agitan, que faltan a los sentimientos de humanidad en sus relaciones con usted... Nada de eso será un buen medio, nada de eso se logrará, señor, mientras la obra de Dios no se deshaga.

Esteban se detuvo con la mano apoyada en la puerta entreabierta, aguardando saber si deseaban preguntarle algo más.

—Espere un momento —dijo el señor Bounderby, cuyo rostro estaba excesivamente colorado—. Ya le dije la última vez que vino usted con una queja, que haría usted mejor en seguir otro camino y abandonar las malas compañías, y dejarse de quejas. Y también le dije, si usted se acuerda, que comprendía sus aspiraciones a la cuchara de oro.

—En cuanto a mí, señor, le aseguro que no comprendí nada.

—Ahora veo claramente —dijo Bounderby— que es usted uno de esos sujetos que siempre andan quejándose de algo. Es usted uno de esos que van sembrando el descontento y fomentando la rebelión. Esa es toda la misión de su vida, amiguito.

Esteban movió la cabeza, en protesta muda de que no tuviera otra misión por realizar en su vida.

—Es usted un sujeto tan adusto, tan quisquilloso, de tan mal carácter, ¿sabe? —dijo el señor Bounderby—, que hasta su famoso Sindicato, los hombres que más le trataban, no quieren saber nada de usted. Nunca he creído que esos sujetos tuvieran razón en nada. Y ahora voy a decirle una cosa: por excepción, estoy tan de acuerdo con ellos, que no quiero con usted nada tampoco.

Esteban le miró vivamente al rostro.

—Puede usted acabar de una vez con lo que iba a decirme, y luego largarse con la música a otra parte —dijo el señor Bounderby con un gesto muy significativo.

—Señor, bien sabe usted —dijo Esteban, con cierta vehemencia—, que si usted me niega trabajo, no lo encontraré en parte alguna.

—Yo sé lo que sé y usted sabe lo que sabe. Nada más tengo que decir sobre el particular —fue la respuesta.

Esteban lanzó una nueva mirada hacia Luisa, pero los ojos, de ésta no le correspondieron. Entonces se marchó exhalando un suspiro y diciendo con voz ahogada:

—¡Que el cielo se apiade de todos nosotros en este mundo!

CAPÍTULO VI. LA HUIDA

Había cerrado la noche cuando Esteban salió de casa del señor Boun-
derby. Las sombras nocturnas habían descendido tan rápidamente, que
Esteban ni siquiera miró en torno suyo después de cerrar la puerta, sino
que echó a andar calle adelante. Nada estaba más lejos de sus pensa-
mientos que la absurda vieja que vio después de su primera visita a
aquella misma casa, cuando, de repente, oyó detrás de sí el ruido de
unos pasos que le eran desconocidos; volviéndose, vio a la mencionada
vieja en compañía de Raquel. Primero vio a Raquel, cuyos pasos había
oído anteriormente.

—¡Ah, Raquel! ¿Y usted con ella, buena mujer?

—¿Le sorprende? Nada tiene de particular —respondió la vieja—. Aquí
estoy otra vez; ya lo ve.

—Pero ¿cómo va con Raquel? —preguntó Esteban, andando al paso de las
mujeres, entre ellas, y mirando alternativamente a una y a otra.

—Porque acabo de hacerme amiga de esta buena moza, casi del mismo
modo como conocí a usted —explicó con tono alegre la vieja—. Mi habi-
tual visita se ha retardado un poco este año porque he sufrido un ataque
de asma, que me tiene atormentada, y he querido esperar a que el tiempo
mejorase un poco. Por este motivo no he hecho el viaje en un solo día, sino
que lo he dividido en dos: esta noche duermo en el Café de los Viajeros,
allá junto a la estación —buena posada y muy limpia— y mañana por la
mañana, a las seis, regreso en el rápido. «Bien, pero ¿qué relación tiene
todo eso con esta buena moza? —preguntará usted—. Voy a decírselo;
he sabido el casamiento del señor Boun-derby. Leí la noticia en un perió-
dico, donde hacía un hermoso efecto. ¡Oh, qué hermoso efecto! —la vieja
recalcó estas palabras con un entusiasmo extraño. Y ahora quiero ver a su
mujer, a quien aún no conozco. ¿Y qué, cree usted que ella no ha salido
de casa desde el mediodía? Estaba aguardando por ahí para verla antes
de regresar a mi pueblo, cuando pasé dos o tres veces junto a esta buena
moza y, viendo su cara tan simpática, le dirigí la palabra y ella me contestó.
Y ahora puede usted adivinar el resto, en menos tiempo del que tardaría
en contárselo.

Esta vez también tuvo que vencer Esteban cierta instintiva prevención que le hacía antipática aquella vieja, aunque sus modales eran tan francos y tan sencillos que más no podían serlo. Con una bondad que era tan natural en él, como comprendía que lo era en Raquel, reanudó el hilo de la conversación que tanto interesaba a la vieja.

—Pues bien, buena mujer —dijo—, he visto a la señora Bounderby, y es joven y bonita, con grandes y melancólicos ojos negros, tan tranquilos, Raquel, te lo aseguro, como jamás he visto otros semejantes.

—¡Joven y bonita! ¡Sí! —exclamó la vieja, completamente encantada—. ¡Fresca como una rosa! ¡Y cuán dichosa debe ser!

—Sí, señora; supongo que es dichosa —dijo Esteban, pero había alguna duda en la mirada que dirigió a Raquel.

—¿Lo supone? Debe serlo forzosamente. ¿No es la esposa del amo de usted? —replicó la vieja.

Esteban asintió con la cabeza.

—En cuanto a que el señor Bounderby sea mi amo... no es exacto —repuso mirando, de nuevo a Raquel—. Mis relaciones con dicho señor han terminado.

—¿Has dejado su fábrica, Esteban? —le preguntó Raquel, inquieta y vivamente.

—Raquel —respondió el obrero—: que yo haya dejado o que ésta me haya dejado a mí, viene a ser lo mismo. Su fábrica y yo nos separamos definitivamente. Quizá después de todo sea mejor, pensaba yo, cuando os he encontrado. Si me hubiera quedado allí, no habría tenido más que disgustos. Creo que mi partida alegrará a muchos, y acaso sea una aventura para mí; de todos modos, sigo mi destino, que me dice que debo volver la espalda a Villahulla por algún tiempo, e ir a probar fortuna a otra parte.

—¿A dónde irás, Esteban?

—No lo sé todavía —contestó éste, quitándose el sombrero y alisando sus espesos cabellos con la mano—. Pero no parto esta noche ni mañana, Raquel. Lo difícil es saber a dónde dirigirse, pero no me faltará valor.

En efecto, le animaba la idea de que realizaba un sacrificio por la dicha ajena. Apenas acababa de abandonar la casa del señor Bounderby, cuando reflexionó que, al menos, el verse obligado a partir sería beneficioso para Raquel, que no se vería expuesta a ser molestada por no haber querido dejar de tratarle. Aunque le doliera mucho alejarse de ella, y no pudiera pensar en ninguna otra ciudad fabril, en la que no le persiguiese el peso

de su extrañamiento, con todo, era una especie de consuelo verse obligado a huir del suplicio sufrido durante los cuatro últimos días, aunque le amenazasen, nuevas dificultades y amarguras. Podía, pues, ser sincero al exclamar:

—Esto me parece, Raquel, más fácil de soportar de lo que yo creía.

No deseaba Raquel recargarle el peso de su dolor, por lo que le contestó con una consoladora sonrisa, y los tres prosiguieron su camino.

La vejez, sobre todo, cuando es confiada y alegre, es muy considerada entre los pobres. La vieja tenía un aire tan bondadoso y resignado, se quejaba tan poco de sus achaques, aunque habían aumentado desde la última conversación que tuvo con Esteban, que éste y Raquel se interesaron por ella. No quería que acortaran el paso por ella, y mostraba la mayor satisfacción en conversar con ellos; así que, cuando sus compañeros la llevaron hasta el barrio donde vivían, estaba más locuaz y más animada que nunca.

—Venga a mi pobre alojamiento, buena señora, y tomará una taza de té —invitó Esteban—. Así podrá venir Raquel también, y después yo me cuidaré de dejarla sana y salva en la posada de los Viajeros. Es probable que pase mucho tiempo, Raquel, antes de que pueda disfrutar otra vez de tu compañía.

Ambas aceptaron la invitación y se dirigieron los tres hacia la casa donde vivía Esteban. Al penetrar por una calle estrecha, Esteban dirigió una mirada a su ventana con un terror cuya sombra veía cernirse siempre sobre su morada solitaria; mas la ventana permanecía abierta como la había dejado, y nadie se asomaba a ella. El ángel malo de su vida había desaparecido de nuevo hacía unos meses, y nada se sabía de su paradero. Las únicas huellas de la reciente visita de su mujer eran los muebles, menos numerosos que antes, en su habitación, y algunas canas más en su cabeza.

Encendió una vela, dispuso la mesita para el té, fue a buscar al cuarto de abajo un poco de agua caliente, y compró en la tienda más próxima un paquetito de té, azúcar, un pan y un poco de mantequilla. El pan estaba tierno y bien cocido, la mantequilla fresca y el azúcar era de primera calidad... naturalmente, esto confirmaba el aserto tan a menudo repetido por los potentados de Villahulla, de que aquellas gentes vivían como príncipes.

Raquel preparó el té —tan numerosa reunión exigía que pidiese prestada una taza— y la vieja lo encontró delicioso. Era ésta la primera vez, después de muchos días, que Esteban saboreaba las delicias del trato con sus semejantes. También él hizo honor al refrigerio, a pesar de que había de comen-

zar muy pronto su vida de aventura... lo que nuevamente confirmaba el aserto de los potentados de Villahulla, a saber, de que entre aquellas gentes, señor, hay una ausencia completa de todo espíritu de cálculo.

—Nunca se me ha ocurrido, buena mujer, preguntar a usted cómo se llama —dijo Esteban.

La vieja dijo llamarse la señora Pegler.

—Viuda, supongo —dijo Esteban.

—¡Oh, desde hace muchos años!

El marido de la señora Pegler, uno de los mejores maridos de que puede haber memoria, había muerto, según las cuentas de la señora Pegler, allá por los tiempos en que Esteban vino al mundo.

—Muy triste es, por cierto, señora, perder un hombre tan bueno —dijo Esteban.—. ¿No tiene usted hijos?

La taza que la señora Pegler tenía en la mano comenzó a tintinear sobre el platillo, indicando en la vieja cierta agitación.

—¡No!—respondió—. ¡Ya no, ya no!

—Han muerto, quizá, Esteban —insinuó dulcemente Raquel.

—Siento haber hablado de eso —se disculpó Esteban—. Hubiera debido pensar que podía tocar un asunto delicado. He hecho mal.

Mientras Esteban se excusaba, la taza de la vieja tintineaba más y más contra el platillo.

—Tenía un hijo —dijo con una tan singular expresión de pena que no tenía apariencia alguna de aflicción común—, que ha prosperado ¡oh!, que ha prosperado mucho. Pero hágame el favor, se lo suplico, de no hablar de eso. Mi hijo se ha... —y dejando su taza en el platillo, agitó las manos en un ademán que parecía querer significar que su hijo había muerto.

Luego añadió en voz alta:

—¡Lo he perdido!

Deploraba aún Esteban la pena que había causado a la vieja, cuando la dueña de la casa, donde él tenía alquilado su cuarto, subió por la estrecha escalera, y llamando a la puerta e dijo algunas palabras al oído. La señora Pegler no era sorda, porque oyó el nombre que acababa de mencionarse.

—¡Bouderby! —exclamó con voz ahogada, alejándose precipitadamente de la mesa—. ¡Oh! ¡Escondedme! Por nada del mundo dejéis que me

vea, no le dejéis subir hasta que me haya marchado. Os lo suplico, os lo suplico.

Temblaba emocionadísima, y se ocultó detrás de Raquel, que procuraba tranquilizarla; parecía no saber lo que hacía.

—Vamos, señora, vamos —dijo Esteban asombrado—. No es el señor Boun-derby, sino su esposa. No tenga usted miedo de ella. ¡Pues si hace una hora la elogiaba usted!

—Pero ¿está usted seguro de que es la señora y no el señor? —preguntó la vieja, temblando aún.

—Completamente seguro.

—Entonces le suplico que no me dirija la palabra y que ni siquiera me mire —rogó la anciana—. Déjeme tranquila en mi rincón, como si yo no existiera.

Asintió Esteban con un gesto, y preguntó con una mirada a Raquel qué significaba aquello, pero ninguna explicación pudo obtener. Entonces cogió la luz, bajó la escalera, y al cabo de unos instantes regresó a la habitación, alumbrando a Luisa, a la que acompañaba el mequetrefe.

Era la primera vez de su vida que Luisa penetraba en la vivienda de uno de los obreros de Villahulla; era la primera vez de su vida que se encontraba cara a cara con uno de ellos individualmente. Sabía que existían por centenares y por millares. Tampoco ignoraba la cantidad de trabajo que produciría un determinado número de ellos en un espacio de tiempo dado. Los había visto a bandadas, saliendo de sus nidos, y volviendo a ellos, como las hormigas o las abejas. Pero los libros a cuya lectura se había dedicado, le habían enseñado infinitamente más sobre las costumbres de los insectos trabajadores, que sobre los de los hombres y de las mujeres que trabajaban.

Sabía también que aquellas gentes de Villahulla eran personas a las que se hacía trabajar tanto y se pagaba cuanto, y aquí está dicho todo: algo que se regulaba de una manera infalible, sometido a las leyes de la producción y del consumo; algo que se rebelaba a veces contra aquellas leyes, creando dificultades; algo que se hacía una cruz en la barriga cuando el trigo estaba caro, y que sufría indigestiones cuando estaba barato; algo que crecía en una proporción de tanto por ciento, que cometía al año tanto por ciento de crímenes y proporcionaba un contingente de tanto por ciento al pauperismo del país; algo con cuyo conjunto se amasaban las grandes fortunas; algo que a veces se encrespaba como un mar embravecido, haciendo algunos estragos, frecuentemente en su propio perjuicio, y que luego volvía a

entrar en su cauce; todo esto es lo que Luisa sabía de los obreros de Villahulla. Pero jamás, ni remotamente, le había pasado por la imaginación descomponer algo en unidades, como jamás pensó en descomponer el mar en tantas gotas como lo integran.

Luisa examinó en un instante el cuarto en que se hallaba y después de fijar la vista en las dos o tres sillas que en él había, en el montoncito de libros, en los cromos sin valor y en la cama, dirigió una mirada a las dos mujeres y a Esteban.

—He venido —explicó— para hablarle acerca de lo ocurrido hace poco. Quisiera hacer algo por usted, si me lo permite. ¿Es esa su mujer?

Raquel levantó los ojos, los cuales respondieron claramente que «no», y los bajó de nuevo.

—Ahora recuerdo —dijo Luisa, ruborizándose por su equivocación—. Sí, ahora recuerdo haber oído hablar de sus desgracias domésticas, aunque entonces no presté mucha atención a los detalles. Le aseguro que no he tenido la intención de preguntarle nada que pueda molestar a ninguno de los presentes. Y si por casualidad, vuelvo a hacer una pregunta que produzca análogo efecto, crean ustedes que no era tal mi intención, sino por pura ignorancia de lo que debería decirles.

Así como poco antes Esteban se dirigió de un modo instintivo con preferencia a Luisa, del mismo modo Luisa se dirigió a su vez instintivamente a Raquel, con tono brusco, cansino, que indicaba su vacilación y su timidez.

—¿Le ha contado lo ocurrido entre mi marido y él? Pues creo que es usted su confidente predilecta.

—Sé cómo ha terminado la entrevista, señora —respondió Raquel.

—Si no me engaño, me parece haberle oído decir que si un patrón lo despedía, lo rechazarían probablemente los demás. Creo que esto es lo que ha dicho —dijo Luisa.

—Hay tan pocas probabilidades, noble señora —explicó Raquel—, casi ninguna de que encuentre trabajo un hombre que les merece mal concepto...

—No comprendo lo que quiere decir con eso de un mal concepto —indicó Luisa.

—Quiero decir: un hombre que tiene la reputación de ser revoltoso.

—De manera que, gracias a los prejuicios de su propia clase, y gracias a los prejuicios de la otra, ¿el obrero se encuentra doblemente sacrificado? Las

dos clases, ¿están de tal modo separadas por tan profundo abismo, que no hay lugar entre las dos para un obrero honrado?

Raquel movió su cabeza en silencio, dando a entender que efectivamente no lo había.

—Ha despertado las sospechas, ha arrostrado el encono de sus compañeros, porque había prometido no asociarse con ellos —dijo Luisa—. Sospecho que fue a usted a quien hizo esa promesa. ¿Me permite preguntarle por qué la hizo?

Raquel rompió a llorar.

—¡Ah, señora! No se lo exigí al pobrecito; se lo supliqué tan sólo por su propio bien, completamente ajena a lo que le iba a pasar por mi culpa. Pero sé muy bien que Esteban preferiría morir mil veces antes que faltar a su palabra. Le conozco a fondo, y sé que es capaz de todo eso.

Esteban había permanecido inmóvil, en la actitud pensativa que le era habitual, con la mano en la barbilla. Entonces intervino con voz menos firme que de costumbre.

—Nadie, sino yo, sabrá nunca —dijo— cuánto amo, cuanto honro y cuánto respeto a Raquel, y las razones que para ello tengo. Cuando le hice esa promesa, le dije, en verdad, que ella era el ángel de mi vida. Fue una promesa solemne, y nadie puede hacerme romper mi palabra.

Luisa volvió la cabeza hacia Esteban y la inclinó con un sentimiento de respeto enteramente nuevo en ella. Luego miró a Raquel, y sus afecciones se dulcificaron.

—¿Y qué piensa usted hacer? —le preguntó, dulcificando también la voz.

—Pues, señora mía —contestó Esteban aparentando calma y hasta jovialidad—, cuando haya acabado con todo, tendré que abandonar esta ciudad y ver de vivir en otra. Feliz o desgraciado, un hombre debe intentarlo todo; no hay más remedio, a menos que uno quiera tenderse en el suelo para dejarse morir de hambre.

—¿Y cómo viajará usted?

—A pie, buena señora, a pie.

Luisa se sonrojó y un portamonedas apareció en su mano. Se oyó el roce de un papel; era un billete de Banco que Luisa desdoblaba y depositó sobre la mesa.

—¿Quiere usted decirle, Raquel, porque usted sabrá cómo hacerlo mejor sin ofenderle —dijo Luisa— que esto es para él y para ayuda de su viaje? ¿Quiere usted rogarle que lo acepte?

—No puedo complacerla, buena señora —contestó Raquel, volviendo la cabeza—. Dios la bendiga por la bondad que demuestra hacia este pobre hombre. Pero a él le corresponde consultar su corazón y obrar en consecuencia.

Luisa apenas creía lo que veía, cuando aquel obrero, que tanto dominio tenía sobre sí mismo, que tan llano y tan firme se había mostrado durante la reciente entrevista, perdió de pronto su calma y ocultó la cara entre las manos. Y conmovida por una súbita simpatía, le tendió los brazos como para tocarle; luego se contuvo y permaneció inmóvil.

—La misma Raquel —dijo Esteban, después de descubrir de nuevo su rostro— no podría encontrar palabras más dulces para realzar el mérito de una oferta tan generosa. Y para probarle, señora, que no soy un ingrato, tomaré un par de libras. Se las tomo a préstamo, para devolvérselas algún día. Y le prometo que jamás habré trabajado de tan buena gana, pues mi exactitud en saldar la deuda será la prueba de mi agradecimiento, por su generosa acción de ahora, y de la cual conservaré eterna memoria.

Luisa se vio obligada a recoger el billete y sustituirlo por la cantidad mucho menor que Esteban aceptaba a título de préstamo. Él no era elegante ni buen mozo, ni refinado en ningún sentido y, sin embargo, su modo de aceptar aquel ofrecimiento y de manifestar su gratitud sin más palabras, tenía una gracia, un encanto, una finura, que el mismo lord Chesterfield no hubiera enseñado a su hijo en un siglo.

Tomás se había sentado al borde de la cama, balanceando una de sus piernas y chupando con bastante indiferencia el puño de su bastón. Viendo que su hermana se disponía a partir, se levantó con bastante apresuramiento e intervino en la conversación.

—¡Aguarda un poco, Lulú! Antes de marcharnos, quisiera hablarle un instante. Se me ha ocurrido una idea. Si quiere usted salir a la escalera, Blackpool, le diré lo que es. No hace falta luz, hombre —Tomás había manifestado mucha impaciencia al ver que Esteban se dirigía hacia el armario para coger una vela—. No hace falta luz.

Esteban le siguió fuera del cuarto; Tomás cerró la puerta y no retiró la mano del pomo.

—Ha de saber usted —cuchicheó— que creo poder prestarle un buen servicio. No me pregunte lo que es, porque puede que mi plan se frustre. Pero nada se pierde con probarlo.

Su aliento caía como una llamarada en el oído de Esteban; tan ardiente era.

—Fue nuestro criado del Banco —informó Tomás— quien le trajo el recado esta tarde. Le llamo «nuestro criado» porque yo también pertenezco al Banco.

—Qué prisa le corre —pensó Esteban, oyéndole hablar tan confusamente.

—¡Ea! Escuche —dijo Tomás—. ¿Cuándo piensa marcharse?

—Hoy es lunes —contestó Esteban reflexionando—. Creo, caballero, que hacia el viernes o el sábado.

—El viernes o el sábado... —repitió Tomás—. Pues escuche un instante. No estoy seguro de poder prestarle a usted el servicio que quisiera... ya sabe que esa que esta en su cuarto es mi hermana... Pero el plan que traigo entre manos puede tener buen éxito, y en caso contrario, nada se pierde. Así que voy a decirle lo que ha de hacer. ¿Reconocería usted a nuestro criado?

—Seguramente —contestó Esteban.

—Muy bien —dijo Tomás—. Cuando salga usted por las noches de su trabajo en estos días que quedan, hasta que parta, ronde por los alrededores del Banco una hora o cosa así. ¿Lo hará usted? Si el criado le ve pasear por los alrededores, haga usted como que no hace nada, y no le diga nada, pues él tampoco le hablará a usted, a menos que pueda yo prestarle el servicio que deseo. En este último caso, el criado le entregará a usted una nota escrita, o un recado de palabra; pero si no, no. Fíjese bien: ¿está usted seguro de haberme comprendido?

Había cogido, en la oscuridad, a Esteban por un ojal de de la americana de un modo completamente extraordinario.

—He comprendido perfectamente, señor —dijo Esteban.

—Ahora, fíjese bien —repitió Tomás—; ponga mucho cuidado en no equivocarse, y no olvide lo que le he dicho. Explicaré mi proyecto a mi hermana conforme volvemos a casa, y estoy seguro de que lo aprobará por completo. Fíjese bien. Lo ha comprendido, ¿eh? ¿Lo ha entendido bien? Muy bien, entonces. Vamos, Lulú.

Empujó la puerta, llamando a su hermana, pero no entró en el cuarto, sino que bajó la estrecha escalera sin esperar a que les alumbrasen. Ya estaba abajo cuando Luisa empezó a bajar, y hasta que estuvieron en la calle no pudo cogerlo del brazo.

La señora Pegler permaneció en un rincón hasta que el hermano y la hermana partieron, y hasta que Esteban regresó llevando la vela en la mano. No sabía cómo manifestar su admiración por la señora de Bounderby, y, como era una vieja absurda, se echó a llorar, porque aquella señora era

una criatura tan hermosa. Con todo, la señora Pegler temía tanto que volviera por casualidad el objeto de su admiración, o que se presentara algún otro visitante, que su alegría desapareció poco a poco en el resto de aquella velada. Por otra parte, era ya algo tarde para gentes que tenían que levantarse temprano y trabajar de firme; así pues, la reunión se disolvió. Esteban y Raquel acompañaron a su misteriosa amiga hasta la puerta del Café de los Viajeros, en cuyo punto se despidieron de ella.

Regresaron juntos hasta la esquina de la calle en que vivía Raquel y, a medida que se acercaban, dejaron de hablarse. Cuando llegaron al sitio sombrío donde acababan siempre sus raros encuentros, se detuvieron, silenciosos, como si tuviesen miedo de hablar.

—Haré por verte otra vez, Raquel, antes de mi partida; pero si no te viese...

—No me verás, Esteban. Vale más que hablemos con franqueza...

—Tienes razón. Vale más, y es menos cobarde. Además, Raquel, puesto que no quedan más que uno o dos días, será mejor para ti que no te vean conmigo, porque esto podría acarrearle disgustos, que a nada conducirían.

—No me apura eso, Esteban. Pero ya conoces nuestras antiguas costumbres. Es por eso.

—Bueno, bueno —dijo Esteban—. De todos modos, es mejor así.

—¿Me escribirás y me contarás todo lo que te ocurra, Esteban?

—Sí. Y ahora sólo puedo decir que el cielo te proteja, que Dios te bendiga, que Dios te premie y te recompense.

—Que también te bendiga a ti, Esteban, en todas tus peregrinaciones hasta que al fin te otorgue la paz y el reposo.

—Ya te dije, querida —recordó Esteban—, aquella noche que velamos juntos, que siempre que viera o pensara algo que me irritara, tú estarías siempre presente en mi pensamiento para calmarme. Lo estás ahora. Me haces ver las cosas con más resignación. ¡Bendita seas! Buenas noches. ¡Adiós!

Era tan sólo una separación sencilla, en medio de una angosta y oscura callejuela, y aun así fue un recuerdo sagrado para aquellas dos pobres criaturas. Economistas utilitarios, esqueletos de maestros de escuela, comisarios de hechos, del hecho, incrédulos, elegantes y estragados; protagonistas de dogmas para uso del populacho, siempre tendréis pobres criaturas a quienes dirigir.

Cultivad en ellos, mientras aún sea tiempo, la gracia de la imaginación y de los afectos, para adornar sus vidas tan necesarias de ornamento; de lo contrario, en el día de vuestro triunfo, desaparecida la poesía, desaparecido el romanticismo de sus almas, la vida les aparecerá en toda su repugnante desnudez, y la realidad podría muy bien tomar la forma de un lobo que pondrá fin a vuestros días.

Esteban trabajó todo el día siguiente y al otro, sin que nadie le dirigiese la palabra, pues todo el mundo le rehuía igual que antes. Al acabar el segundo día, vio aproximarse el término de su trabajo; al fin del tercer día estaba sin trabajo pendiente alguno.

Cada una de las tardes precedentes había pasado más de una hora en la calle, junto al Banco, sin ningún resultado en bien ni en mal. A fin de que no se le pudiera acusar de haber faltado a la invitación que se le hizo, resolvió esperar al menos dos horas en ésta tercera y última noche.

La señora que en otro tiempo cuidaba la casa del señor Bounderby, estaba sentada junto a una ventana del primer piso, como la viera otras veces, y estaba también el mozo, conversando con ella a ratos, y a ratos miraba por encima del estor del piso bajo, sobre el cual se leía la palabra «Banco»; algunas veces se dejaba ver en el umbral de la puerta para tomar el aire. Al verle salir la primera vez, creyendo Esteban que le buscaba, pasó cerca de él, pero el criado apenas le miró con sus ojos parpadeantes, y nada le dijo.

Dos horas eran una larga espera, sobre todo después de un largo día de trabajo. Esteban se sentó en el umbral de una casa y se apoyó contra una pared, bajo una arcada; después se paseó arriba y abajo de la calle, escuchó a ver si oía el reloj de una iglesia y se detuvo algunas veces a mirar a unos niños que jugaban en la calle. Al transcurrir la primera hora, empezó a sentir una desagradable sensación, figurándose que representaba el papel de persona sospechosa.

Pasó el farolero, dejando tras de él, en la larga perspectiva de la calle, una doble hilera de luces que iban alargándose hasta que se confundieron y perdieron en la lejanía. La señora Sparsit cerró la ventana del primer piso, corrió la cortina y subió a su habitación. Pronto se distinguió una luz tras ella, conforme subía la escalera, al principio visible por el montante de la puerta de la calle, y después en las dos ventanas de la calle, a medida que iba de un piso a otro. Hubo un momento en que la cortina del segundo piso se descorrió por el lado derecho, como si el ojo avizor de la señora Sparsit vigilara allí; después se descorrió por el lado opuesto, como si el mozo a su vez vigilara en el otro lado. Aun así, Esteban no recibió mensaje

alguno. Cuando las dos horas transcurrieron al fin, se sintió aliviado, y se alejó con paso rápido, a fin de recobrar el tiempo perdido.

Solamente le faltaba despedirse de la dueña de la casa y acostarse en el suelo sobre un lecho provisional, porque su hatillo estaba ya preparado para la mañana siguiente, y todo dispuesto para la marcha.

Quería estar fuera de la ciudad muy temprano, es decir, antes de que los obreros transitaran por las calles, en dirección a sus respectivos talleres.

Amanecía cuando, después de haber dado una mirada de despedida en torno de su cuarto, se preguntó tristemente si volvería a verlo, y salió. La ciudad parecía completamente desierta, como si todos los habitantes la hubieran abandonado con objeto de no tener más trato con él. Todo tenía a aquella hora un aspecto desolado. Hasta el sol naciente —que acababa de sombrear este cuadro— no era en el cielo sino algo muerto, como un mar triste.

Pasó por delante de la casa donde vivía Raquel, aunque no fuese este su camino; pasó por las calles adoquinadas; por delante de las grandes fábricas silenciosas que no retemblaban aún; junto a la vía férrea, donde las luces rojas palidecían al aproximarse el día; por la barriada junto a la estación a medio construir y medio demolida; por delante de las quintas de ladrillos rojos, rodeadas de arbustos ahumados y polvorientos; pasó por los senderos cubiertos con polvo de carbón y en presencia de otra multitud de cosas desagradables, y luego ganó la cima de la colina y miró lo que dejaba atrás.

El día brillaba radiante sobre la ciudad, y las campanas llamaban al trabajo matutino. No se había encendido aún el fuego en los hogares, y las altas chimeneas se enseñoreaban en el cielo, cuyo hermoso azul pronto iba a desaparecer tras de las espesas bocanadas de humo envenenado; pero hubo cosa de media hora en que las ventanas de Villahulla se doraban de sol, por una especie de aurora matinal, y tras las cuales los naturales de la ciudad podían contemplar al sol como en un eterno eclipse a través de un cristal ahumado.

¡Qué cambio pasar de las chimeneas a los pájaros! ¡Qué extrañeza sentir bajo sus pies el polvo de la carretera, en vez del carbón rechinante! ¡Qué novedad para Esteban, sentirse niño, a sus años, recobrar las sensaciones de niño, despertadas por el influjo de aquella hermosa mañana de verano, con aquellas divagaciones en su mente y con el hatillo bajo el brazo!

Paseó su vista por toda la extensión del camino, y los árboles, formando sobre él una bóveda rumorosa, parecían decirle que dejaba tras de sí un corazón amante y fiel.

CAPÍTULO VII. PÓLVORA

Queriendo ensayar Jaime Harthouse algo con respecto a su partido, empezó a echar sus cuentas. Gracias a unas conferencias instructivas que dio, secundando el plan de sus amigos políticos; gracias a un poco más de elegante y distinguida preocupación con respecto a la sociedad en general; gracias también a cierta franqueza de que hacía gala haciendo parecer honrado lo que no lo era —que, como es sabido, es el más eficaz y admirado de los pecados mortales del mundo civilizado— no tardó en ser considerado como un hombre de grandes esperanzas. Para él era una gran ventaja ser indiferente a todo, porque eso le permitía unirse a las personas prácticas y positivas de tan buen grado como si fuese una de ellas, y al mismo tiempo tratar a los que pensaban de otro modo como si fuesen un hatajo de viles hipócritas.

—Sí, mi querida señora Bounderby, hipócritas en quienes no creemos, y que no tienen fe en sí mismos. La única diferencia que hay entre nosotros y los profesores de virtud, de buena hombría, o de filantropía..., no importa el nombre... consiste en que nosotros sabemos que todo eso es insignificante, y lo decimos francamente, en tanto que ellos lo saben tan bien como nosotros y se guardan muy bien de decirlo.

¿Por qué había de ofenderse Luisa, ni siquiera inquietarse al oír semejante declaración de principios? ¿Tan en desacuerdo estaban con los de su padre o con su educación fundamental para asustarse de ellos? ¿Existía tan gran diferencia entre las dos escuelas que le encadenaban a las realidades materiales, prohibiéndole tener fe en algo? ¿Había inculcado Tomás Gradgrind en su alma femenina, cuando aún era pura e inocente, algo que Jaime Harthouse pudiera destruir?

Era tanto más de lamentar, en aquellas circunstancias, cuanto que sentía en su espíritu —este sentimiento existía en ella antes de que su padre, eminentemente práctico, hubiera comenzado a formar su tierna inteligencia— una necesidad instintiva de creer en una Humanidad más noble y menos mezquina que la que siempre se le había puesto de manifiesto. Eso hacía que se librara en su corazón una lucha constante de dudas y de cóleras. De dudas, porque se había estrangulado en su alma toda aspiración generosa. De cóleras, porque pensaba en el mal que le habían hecho,

si era verdad la voz que resonaba ahora en su corazón continua y confundidamente. En un temperamento acostumbrado, desde hacía tanto tiempo, a desgajarse, a dividirse, a anularse, la filosofía de Harthouse obraba a la vez como un consuelo y una justificación. Si todo era vacío, mezquino y sin valor, nada había perdido, nada había sacrificado —«¿Qué importa?» —se decía aún—. Con una desdeñosa confianza se preguntaba: «¿Qué importa todo?» —Y proseguía su camino.

¿Hacia dónde? ¿Con qué objeto? Avanzaba paso a paso hacia algún objeto límite, aunque tan despacio, tan imperceptiblemente, que le parecía haberse quedado estacionada. En cuanto a Harthouse, ni siquiera se tomaba la molestia de pensar adónde iba, ni le importaba un bledo. No tenía ningún propósito ni ningún plan deliberado, no tenía tan arraigado el vicio que le hiciera abandonar su laxitud. Por lo pronto, le regocijaba y distraía, como cuadraba a un gran señor como él; tal vez algo más de lo que convendría a su reputación de indiferente. Poco tiempo después de su llegada escribió a su hermano, el honorable y chistoso diputado, con un tono lleno de languidez, que los Bounderby eran muy «divertidos» y, además, que la Bounderby hembra, lejos de ostentar una cabeza de Medusa, como había imaginado, era joven y extremadamente hermosa. Después de lo cual no volvió a mencionar semejante familia, aunque a su lado continuó pasando todos sus ratos libres. Visitaba muy a menudo aquella casa, durante el período electoral y de propaganda en el distrito de Villahulla. El señor Bounderby le animaba a que menudeara las visitas. Era muy del gusto del jactancioso carácter de Bounderby poder decir a todo el mundo que, por su parte, no se preocupaba de relacionarse con gente distinguida, pero que si su mujer, la hija de Tomás Gradgrind, gustaba de aquella sociedad, que buen provecho le hiciera.

Jaime Harthouse comenzó a pensar que sería una sensación nueva si el rostro que cambiaba de expresión tan favorablemente, en obsequio del mequetrefe de su hermano, cambiara de expresión, también, en favor suyo.

Era buen observador, tenía una excelente memoria y no olvidó ni una sola de las revelaciones del hermano. Las combinaba con lo que él observaba en la hermana, y pronto empezó a comprenderla un poco. Verdad es que los mejores rasgos y lo más íntimo del carácter de la joven, no estaban al alcance de la inteligencia de Harthouse; porque en la naturaleza humana, como en los océanos, hay abismos que no todos pueden sondear; pese a esto, no tardó en leer de corrido en aquella cara.

El señor Bounderby había tomado posesión de una casa y de un parque situados a unas quince millas de la ciudad, y a una o dos de una vía férrea

que atravesaba, sobre numerosos puentes, un país adusto, socavado en sus minas de carbón abandonadas, y salpicado durante las noches de luces y de siluetas de locomotoras paradas junto a las bocas de las minas de explotación. Aquel paisaje era menos adusto a medida que se aproximaba a la mansión de Bounderby, donde se suavizaba, transformándose en un lugar rústico, dorado por la retama, blanqueado en la primavera, por los espinos en flor, y sombreado todo el verano por los árboles y las sombras trémulas de sus hojas. El Banco Bounderby había adquirido aquella propiedad en virtud de una hipoteca, bajo la cual había sucumbido uno de los potentados de Villahulla, quien, en su ansia de amasar demasiado rápidamente una enorme fortuna, se había equivocado en sus cálculos nada menos que en unas doscientas mil libras esterlinas. Estos accidentes ocurrían algunas veces a las familias más respetables de Villahulla; pero es sabido que los economistas opinan que las bancarrotas de los potentados nada tienen que ver con los descuidos sociales de las clases poco previsoras.

El señor Bounderby se instaló con gran satisfacción en sus pequeños dominios, y se consagró asiduamente, para demostrar su humildad acreditada, a plantar berzas en el jardín. Se complacía en vivir como en una barraca, en medio de sus elegantes muebles, y hasta relacionaba, con sus fanfarronerías habituales, los cuadros con su propio origen.

—¿Sabe usted, señor —decía a su visitante—, que se me ha asegurado que ese Nickits, el antiguo dueño de la finca, pagó setecientas libras por este paisaje? Pues si he de ser a usted franco, que el diablo me lleve si he puesto los ojos en él más de siete veces, ¡lo que resulta cien libras por cada mirada! ¡No, por San Jorge! No olvido que soy Josué Bounderby, de Villahulla. Durante muchos y muchos años, los únicos cuadros que he poseído —hubiera sido preciso que los hubiese robado— eran unas estampas que figuraban un hombre afeitándose delante de una bota, cuya estampa estaba pegada en las cajas de betún, de que me servía para dar lustre a las botas que se me encargaban. Cuando las cajas de betún estaban vacías, las vendía a tanto por pieza, me embolsaba el dinero, y tan campante.

Después se dirigía al señor Harthouse, y decía con el mismo tono:

—Harthouse, usted tiene aquí un tronco de caballos. Puedo usted traer otra media docena, si gusta, y no faltará sitio donde acondicionarlos. Hay cuadra para doce caballos y, si no se calumnia a Nickits, sus caballerizas estaban siempre ocupadas. Una docena de caballos, en números redondos. Cuando ese Nickits era un muchacho, lo enviaron a la escuela de Westminster. Se educó en la escuela de Westminster como un príncipe, en tanto que mi principal alimento se componía de mondaduras y dormía sobre los

canastos de los revendedores del mercado. A mí no me da el capricho de tener una docena de caballos —cosa que maldita la falta que me hacen; con uno me basta y sobra—, de tener una docena de caballos, repito, pues no podría soportar verlos tan bien instalados, acordándome de los sitios donde solía alojarme yo en otras épocas. Sin duda no podría verlos, caballero, sin dar la orden de hacerlos salir al instante. ¡Cómo cambian las cosas! Usted ve esta propiedad; la conoce y sabe que no hay en su género finca más completa en toda Inglaterra ni en otra parte; le apuesto a usted a que no hay otra igual, y hete aquí que está en ella instalado, como un gusano en una nuez, Josué Bounderby, de Villahulla. Y entre tanto, Nickits —me lo dijo ayer un sujeto que estuvo en mi despacho— Nickits, que recitaba versos en latín en las piezas que se representaban todos los años :n el colegio de Westminster, y a quien los magistrados y la nobleza de este país aplaudían con entusiasmo, está gimiendo en este instante, gimiendo, sí, señor, en un quinto piso de una sombría callejuela en Ameres.

Bajo la fronda umbría de aquella quinta, durante los largos y sofocantes días de verano, empezó el señor Harthouse sus experimentos para que aquel rostro, que tanto le asombró cuando lo vio por primera vez, cambiara su expresión de un modo favorable para él.

—Señora Bounderby —dijo Harthouse—, considero como una afortunada casualidad encontrarla aquí sola. Hace ya mucho tiempo que deseaba vivamente hablarle.

No era, sin embargo, ninguna casualidad extraordinaria encontrar a la señora Bounderby en el sitio que solía visitar sola todos los días a la misma hora. Era este lugar favorito un claro del bosque, en que había tendidos algunos troncos de árboles, y donde solía sentarse para contemplar las hojas caídas en el pasado otoño, del mismo modo que en otros días miraba caer las cenizas en el hogar de la casa paterna.

El señor Harthouse se sentó al lado de Luisa, dirigiéndole una penetrante mirada.

—Su hermano... mi joven amigo Tomás...

El rostro de Luisa se animó y volvió hacia él con una expresión de interés.

—En mi vida he visto —pensó el señor Harthouse— nada más notable ni más hermoso que el brillo que de repente acaba de iluminar esas hermosas facciones.

La fisonomía del señor Harthouse traicionó a sus pensamientos, traición calculada tal vez, porque podía ser muy bien que no hiciera más que obedecer a sus secretas inspiraciones.

—Perdone, señora. Pero la expresión de su interés fraternal es tan encantadora... Tomás debería estar orgulloso de ello. Ya sé que es inexcusable, pero no puedo impedir que se manifieste mi admiración.

—Es usted tan cortés... —dijo Luisa con calma.

—No, señora Bounderby; ya sabe usted que no disimulo con usted. Usted no ignora tampoco que soy una ruin muestra de la naturaleza humana, dispuesto a venderme en todo momento por una cantidad razonable, y por completo incapaz de comportarme como los pastores de la Arcadia.

—Estoy esperando oír —replicó Luisa— lo que iba usted a decirme de mi hermano.

—Es usted muy severa conmigo, y lo merezco. Soy el mayor bribón del mundo, tan malvado como usted quiera, pero no soy hipócrita... no lo soy, y creo que me concederá usted esa cualidad. Me ha causado usted un momento de sorpresa y me ha distraído de mi objeto, que se refería a su hermano. Me intereso por él.

—Entonces ¿se interesa usted por algo, señor Harthouse? —preguntó Luisa, medio agradecida y medio incrédula.

—Si me lo hubiese usted preguntado cuando vine aquí por primera vez, le habría contestado que no. Pero hoy, aun corriendo el riesgo de que crea que no digo la verdad y de suscitar en usted una incredulidad muy natural, debo contestar que sí.

Luisa hizo un ligero movimiento como si quisiera hablar, pero parecía no encontrar palabras; al fin, dijo:

—Señor Harthouse;, doy a usted crédito en lo que manifiesta de interesarse por mi hermano.

—Gracias. Me hace usted justicia, y me lisonjeo de que en este punto verdaderamente la merezco. Ha hecho usted tanto por Tomás... ¡Le quiere tanto...! Su vida entera, señora Bounderby, demuestra una abnegación tan grande, tan admirable, en obsequio de su hermano...; perdón de nuevo, me estoy apartando de mi objeto. Me intereso por él, y sólo por él lo hago.

Luisa había hecho un gesto casi imperceptible, como para levantarse vivamente y marcharse antes de que el señor Harthouse hubiese concluido de hablar; pero éste lo advirtió, dio otro giro a la conversación y aquella permaneció quieta.

—Señora Bounderby —continuó el señor Harthouse con tono ligero, que sin embargo parecía costarle un gran esfuerzo y que era todavía más expresivo que el tono que había abandonado—: ¿no es un crimen imper-

donable en un joven de la edad de su hermano el ser atolondrado, poco considerado, derrochador... un poco disipado, como vulgarmente se dice? ¿No es así?

—Sí.

—Permita que sea tan franco. ¿Cree usted que juega?

—Creo que hace apuestas —contestó Luisa—. Estoy segura de ello —añadió, viendo que Harthouse esperaba a que acabara su respuesta.

—Y pierde, naturalmente.

—Sí.

—Cuando se apuesta, se pierde siempre. ¿Me atreveré a insinuar la probabilidad de que usted le haya provisto algunas veces de dinero para estas apuestas?

Luisa había permanecido sentada, con los ojos bajos; pero al oír aquella pregunta, le miró interrogativamente, algo resentida.

—No se trata de satisfacer una impertinente curiosidad, mi querida señora Bounderby. Temo que Tomás anda por mal camino, y quiero tenderle una mano salvadora desde lo profundo de mi triste experiencia de la vida. ¿Será preciso que le repita que sólo por él lo hago? ¿Es preciso?

Pareció que Luisa intentara hablar, pero guardó silencio. —Para confesar a usted con franqueza todo cuanto se me ha ocurrido —prosiguió Jaime Harthouse, reanudando su tono ligero, siempre con una turbación fingida—, le diré en confidencia que sospecho si la educación de Tomás no habrá sido deficiente. Dudo, perdone mi sinceridad, dudo de que haya existido nunca mucha confianza entre él y su digno padre.

—No lo creo probable —repuso Luisa, sonrojándose al recordar que a ella le había ocurrido lo mismo.

—O entre él y su muy estimable cuñado. Estoy seguro de que interpretará usted favorablemente mi pensamiento...

Luisa se puso extremadamente colorada, y sus mejillas estaban encendidas cuando respondió con voz más débil:

—Tampoco me parece probable.

—Señora Bounderby —dijo Harthouse tras una breve pausa—, ¿no podría existir más confianza entre usted y yo? ¿No es verdad que Tomás ha pedido a usted cantidades considerables?

—Usted comprenderá, señor Harthouse —replicó ella tras un momento de duda, pues por indecisa y turbada que se hallara desde el comienzo de la conversación, no había perdido la serenidad—, usted comprenderá que si contesto a la pregunta que me hace, no es para quejarme ni para lamentarme. Toda queja sería inútil, y lo que he hecho no lo siento en modo alguno.

—Es una mujer animosa —pensó Jaime Harthouse.

—Cuando me casé —prosiguió Luisa—, descubrí que mi hermano ya había contraído muchas deudas. Muchas deudas, demasiadas, con relación a sus recursos, quiero decir. Bastantes para obligarme a vender algunas joyas; no fue para mí ningún sacrificio. Las vendí muy gustosa; no tenían ningún valor ante mis ojos; eran, por completo, impropias de mí.

Ya fuese porque leyó en el rostro de Harthouse que este adivinaba la verdad, ya fuese porque su conciencia le hizo entender que Harthouse adivinaba a su vez que se trataba de algunos regalos de su marido, el hecho es que Luisa hizo una pausa y se sonrojó de nuevo. Si el señor Harthouse no lo hubiera adivinado ya, aquel rubor habría bastado para revelárselos a un hombre menos sutil que aquél.

—Desde entonces, he dado a mi hermano, en varias ocasiones, el dinero de que he podido disponer. Confiando enteramente en usted, atendido el interés que se toma por mi hermano, no le ocultaré nada. Desde que nos viene usted visitando, mi hermano ha necesitado la cantidad de más de cien libras esterlinas, pero yo no he podido darle una suma tan grande. Naturalmente, estoy muy inquieta por las consecuencias que podría acarrear que no pagase sus deudas; pero he guardado el secreto hasta hoy en que lo confío al honor de usted. No he hecho ninguna confidencia a nadie, porque... pero seguramente usted ya lo ha adivinado.

Al llegar a este punto se detuvo bruscamente. Jaime era un hombre muy aprovechado, y vio en aquella oportunidad, a la que se aferró, una ocasión de presentar a Luisa su propia imagen, ligeramente disfrazada bajo el retrato de su hermano.

—Señora Bounderby, aun cuando no valgo yo gran cosa, y sólo me ocupo de vivir bien, le aseguro que lo que acaba de decirme me interesa vivamente. No puedo mostrarme, en modo alguno, severo con su hermano. Comprendo y comparto la discreta indulgencia con que mira usted sus errores. Con todos los respetos posibles para los señores Gradgrind y Bounderby, creo reconocer que la educación de Tomás ha dejado mucho que desear. Educado de modo que no pueda luchar ventajosamente en la sociedad, en la que debía representar su papel, se entrega a tales excesos,

provocados por un exceso de severidad que se le ha impuesto durante mucho tiempo, con la mejor intención del mundo, no cabe duda. Pero la noble rudeza y la independencia británica del señor Bounderby, a pesar de su encantadora originalidad, no invitan, por cierto, a la confianza; en eso coincidimos. Si me atreviese a añadir que falta a dicho señor un poco de aquella delicadeza, a la cual un tierno corazón despreciado, un carácter mal comprendido y unas facultades intelectuales mal orientadas, pudiera dirigirse en demanda de consuelo y de consejos, quedaría totalmente explicado mi modo de ver la cuestión.

Mientras Luisa contemplaba los movibles claros de luz que se proyectaban sobre la hierba y sobre el fondo oscuro del bosque, Harthouse leyó en su rostro que se aplicaba a ella misma las palabras que acababa de pronunciar.

—Debemos, por consiguiente —continuó Harthouse—, mostrar la mayor indulgencia. Sin embargo, Tomás tiene un defecto que no puedo perdonarle y que le reprocho muy seriamente.

Luisa le miró, de pies a cabeza, y preguntó cuál era este defecto.

—Tal vez —respondió Harthouse— he hablado más de lo debido. Tal vez hubiera sido mejor no dejar escapar esta alusión.

—Me asusta usted, señor Harthouse. Dígame francamente lo que sepa.

—Para evitar a usted vanas alarmas, y puesto que, con motivo de su hermano, ha quedado establecida entre nosotros la confianza —que yo aprecio infinitamente— voy a obedecerla. Yo no puedo perdonar a Tomás que no se muestre más sensible en cada palabra, en cada mirada y en cada acción de su vida, como pago a la ternura y al celo de su mejor amiga, a la devoción de su mejor consejera, al desinterés y a los sacrificios de ésta. Las pruebas de gratitud que Tomás le da son muy débiles, por lo que puedo observar. Lo que ha hecho su hermana merecía todo el amor y toda la gratitud, y no arrebatos de mal humor fuera de tono. Por despreocupado que yo sea, señora Bounderby, al observar ese defecto de su hermano, no puedo considerarlo como un pecado leve, no puedo quedar indiferente.

El bosque se desvaneció ante Luisa, porque sus ojos estaban inundados de lágrimas. Lágrimas que salían de un manantial profundo, largo tiempo escondido, en tanto que su corazón estaba abrumado por un dolor tal, que los sollozos no podían aliviarlo.

—En una palabra, señora Bounderby —prosiguió Harthouse—: a corregir este defecto de su hermano tienden todos mis esfuerzos. Mi conocimiento

de las circunstancias porque atraviesa y mis consejos para sortearlas, espero que me darán sobre él cierta influencia, que aprovecharé para alcanzar el fin que me he propuesto. Ya he dicho bastante, y tal vez demasiado. Parece que quiero dármelas de buen tipo, aunque no tengo la menor intención de aparentarlo; palabra de honor. Y francamente declaro que nada tengo de eso. Allá entre los árboles está su hermano —añadió, después de alzar los ojos y mirar en torno suyo—. Sin duda acaba de llegar, y como parece que se dirige hacia aquí, creo que haremos bien en salir a recibirle. De algunos días a esta parte le veo silencioso y triste; tal vez su conciencia fraternal le remuerde, si realmente tiene aún conciencia, porque, palabra de honor, oigo hablar de conciencias tan a menudo, que empiezo a dudar de ellas.

Ayudó a levantarse a Luisa, la cual se apoyó en su brazo, y se dirigieron al encuentro del mequetrefe. Este avanzaba con indolente paso, golpeando las ramas con malhumor, o bien se inclinaba para arrancar con su bastón el musgo que cubría los troncos de algunos árboles. Se estremeció al verlos llegar junto a él cuando se entretenía con este último pasatiempo; y palideció.

—¡Caramba! —murmuró— No sabía que estabais aquí.

—¿Qué nombre ibas a grabar en la corteza de ese árbol? —preguntó Harthouse, poniendo una mano sobre el hombro del mequetrefe, y obligándole a girar sobre sus talones.

—¿Qué nombre? —respondió Tomás—. ¡Oh! Quiere decir qué nombre de mujer, ¿no?

—Tengo fundadas sospechas de que ha grabado sobre ese tronco el nombre de una muchacha bonita, querido Tomás.

—No estoy enamorado, señor Harthouse, pero si alguna beldad, que dispusiera de una fortuna regular, se encaprichase de mí, no la desairaría. Ya podía ser tan fea como rica, y no habría miedo que le diera calabazas. Grabaría su nombre tantas veces como ella quisiera.

—Me asombran, querido Tomás, esos sentimientos tan mercenarios, tan egoístas.

—¡Mercenarios! —exclamó Tomás—. ¿Hay acaso alguien que no sea mercenario, egoísta? Pregúnteselo a mi hermana.

—¿Has acaso descubierto, Tomás, que yo tenga ese defecto? —le preguntó Luisa, sin quejarse del descontento y malhumor de su hermano.

—Nadie mejor que tú sabe si tienes o no semejante defecto —replicó Tomás, con tono áspero.

—Tomás está hoy muy misántropo, como sucede a menudo a las personas que se aburren —dijo el señor Harthouse—. No le crea usted, señora Bounderby, pues piensa otra cosa de lo que dice. Y si no rectifica, diré las opiniones que sobre usted tiene, y que me ha revelado en privado.

—De todas formas, señor Harthouse —dijo Tomás, con tono más suave, gracias a la admiración que le inspiraba su amigo, pero sacudiendo la cabeza con aire de malhumor—, de todas formas, no podrá usted decir que jamás haya acusado a mi hermana de tener sentimientos mercenarios; al contrario, he ensalzado sus buenas cualidades, y lo haría aún, si tuviera motivo para ello. Pero dejemos esta conversación; no le interesa este asunto, y yo estoy de él hasta la coronilla.

Se dirigieron hacia la casa, donde, al llegar, Luisa soltó el brazo de su acompañante y entró. Harthouse la siguió con la mirada, mientras Luisa subía la escalera y desaparecía en la sombra de la puerta. Luego, poniendo la mano en el hombro de Tomás, con un gesto confidencial le invitó a dar un paseo por el jardín.

—Tomás, amigo mío, tengo que decirle dos palabras.

Se habían detenido en medio de una rosaleda bastante mal cuidada.

La humildad de Bounderby no se sentía ofendida con tener las rosas de Nickits igual que éste las tenía. Tomás se sentó sobre el barandal de una glorieta, y empezó a arrancar los capullos y a hacerlos pedazos, mientras su ángel malo lo contemplaba con un pie en el asiento y el cuerpo airoosamente apoyado en el brazo, que sostenía la doblada rodilla. Desde la ventana de Luisa podía verse este cuadro; acaso lo estaba viendo.

—¿Qué le ocurre, Tomás?

—¡Ay, señor Harthouse! —gimió Tomás—, Estoy desesperado; me aburro hasta morir.

—Pues lo mismo me pasa a mí.

—¿A usted? —replicó Tomás—. ¡A usted, que es un modelo de ecuanimidad ¡Señor Harthouse, estoy en un horrible aprieto. No tiene usted idea del horrible berenjenal en que me he metido. ¡Cuando pienso que mi hermana podría sacarme de él si le diera la gana!

Empezó a morder los capullos y quitárselos de entre sus labios con una mano temblorosa como la de un anciano paralítico.

Después de observarle muy atentamente, el señor Harthouse recobró su aire preocupado, y dijo con cierta indolencia:

—Tomás, es usted muy desconsiderado; es usted demasiado exigente con su hermana. Ya ha recibido usted dinero de ella, buena alhaja, y creo que no lo habrá olvidado. Buen punto está hecho usted.

—En efecto, señor Harthouse, he recibido dinero de mi hermana. Pero si no es de mi hermana, ¿dónde quiere usted que lo saque? Ahí tiene usted al carcamal de Bounderby, jactándose siempre de que a mis años vivía siempre con dos peniques mensuales, y maravillas por el estilo. Ahí tiene usted a mi padre, que trazó lo que él denomina una línea de conducta, y a la que me ató de pies y manos desde que yo era un niño de teta. Ahí tiene usted a mi madre, que no piensa más que en sus enfermedades. ¡A ver qué hace un hombre para agenciarse dinero! Y, ¿a quién quería usted que lo pidiera, si no era a mi hermana?

Casi lloraba, y se entretenía deshojando a docenas las rosas.

Harthouse le habló en tono persuasivo:

—Pero, querido Tomás, ¡si su hermana no tiene dinero...!

—¿Que no lo tiene, señor Harthouse? No digo que lo tenga. Es posible que yo haya exigido más de lo que ella puede disponer; pero en tal caso, hubiera debido procurárselo. Lo hubiera podido hacer muy bien. Después de todo lo que ya le he dicho, no vale la pena ocultarle nada a usted; usted sabe que mi hermana se casó con el vejestorio de Bounderby, no por amor propio, ni por amor a él, sino por el afecto que me tiene a mí. Siendo así, ¿por qué no saca de él lo que necesito... por el afecto que me tiene a mí? Nadie la obligaría a decir para qué quería el dinero; ella es discreta; y podría sacarle lo que quisiera, con zalamerías. ¿Por qué no lo hace, entonces, sabiendo qué consecuencias puede acarrearle? Pero hace todo lo contrario: permanece ante él como un mármol, en lugar de hacerle alguna zalamería para obtener fácilmente lo que me hace falta. No sé como calificará usted eso, pero yo digo que es una conducta desnaturalizada.

Tras el parapeto que bordeaba la glorieta lindaba un estanque, en el cual sintió el señor Harthouse unas ganas locas de zambullir al hijo de Tomas Gradgrind, del mismo modo que los fabricantes de Villahulla amenazaban, cuando se les contrariaba, con arrojar sus bienes al Océano Atlántico. Pero se contuvo, y nada cayó al otro lado del parapeto de piedra sino los capullos que se sostenían a flor de agua, formando una isla flotante.

—Querido Tomás —dijo Harthouse—, ¿quiere usted que sea su banquero?

—¡Por el amor de Dios —exclamó Tomás—, no me hable de banqueros!

Y parecía muy pálido, muy pálido, al lado de las rosas. El señor Harthouse era hombre bien educado y estaba acostumbrado a la mejor sociedad, y, por tanto, no podía permitirse mostrar su sorpresa ni dejar entrever sus sentimientos. A pesar de esto, levantó un poco sus párpados con una ligera sensación de asombro, bien que el asombrarse de cosa alguna era tan contrario a los principios de su escuela como en las doctrinas del colegio de Gradgrind.

—¿Qué necesita por el momento? ¿Se trata de tres cifras? Vengan. Diga las tres cifras.

—Señor Harthouse —contestó Tomás, que entonces lloraba de verdad, y sus lágrimas tenían más valor que sus gemidos de hacía poco, con todo y ponerle una cara lamentable—, es demasiado tarde; ya no me servirá de nada el dinero. Si antes lo hubiese tenido, me hubiera servido de algo. Pero le estoy muy agradecido; es usted un amigo verdadero. ¡Un verdadero amigo!

¡Un amigo verdadero!

—¡Imbécil, imbécil! —pensó Harthouse lánguidamente—. ¡Qué borrico eres, hijo mío!

—Y considero su oferta como una gran prueba de afecto —prosiguió Tomás, estrechándole la mano—. Como una gran prueba de afecto, señor Harthouse.

—Bien —repuso éste—. El interés que tomo por usted tal vez le será útil más tarde. Y si usted confía en mí, amiguito, cuando esos diablos de amigos financieros le agobien más y más, podré indicarle, para salir de ellos, algún buen medio, que seguramente no encontraría usted por sí solo.

—Gracias —dijo Tomás, meneando la cabeza con aire lúgubre y mordisqueando unos capullos—. Quisiera haberle conocido antes, señor Harthouse.

—Y ahora, vea usted, Tomás —dijo Harthouse para concluir, y arrojando él mismo una o dos rosas, a modo de ofrenda a la isla flotante, que se obstinaba en aproximarse al muro, como si quisiera incorporarse a la tierra firme—: todo hombre es egoísta en todo cuanto hace, y yo soy exactamente igual al resto de los mortales. Deseo ardientemente —la languidez con que expresó este ardiente deseo era completamente tropical— deseo que muestre usted menos frialdad hacia su hermana, y que sea para ella un hermano más cariñoso y más agradable... lo cual es su deber...

—Lo haré, señor Harthouse.

—Nada hay como el tiempo presente, Tomás. Comience en seguida.

—Ciertamente que comenzaré en seguida. Y mi querida hermana Lulú le dirá a usted de mi comportamiento.

—Y ahora que está el pacto hecho, separémonos hasta la hora de comer —dijo Harthouse, dándole otro golpecito en el hombro, con un aire que le dejaba en libertad de creer —y así lo creyó el pobre mentecato— que aquella condición le era impuesta por un buen muchacho, por un joven despreocupado, que no quería abusar del reconocimiento que se le demostraba.

Al regresar Tomás para comer, aunque su espíritu continuaba agobiado por sus apuros financieros, su terrenal envoltura estuvo muy abierta para presentarse en el salón antes de la llegada de Bounderby.

—No he querido disgustarte, Lulú —dijo dando la mano a su hermana y besándola—. Se que me quieres mucho, y también yo te quiero.

Aquel día el rostro de Luisa se iluminó con una sonrisa que se dirigía a otra persona. ¡Sí, a otra persona!

—Lo que demuestra que el mequetrefe no es la única persona por quien ella se interesa —pensó el señor Harthouse, recordando la reflexión que se había hecho al ver aquel bello rostro por vez primera—. No es la única persona, no es la única.

CAPÍTULO VIII. EXPLOSIÓN

La mañana del día siguiente era demasiado hermosa para pasársela en la cama; así, pues, Jaime Harthouse se levantó temprano, para ir a sentarse junto a la ventana de su cuarto, fumando el exótico tabaco que había ejercido sobre su joven amigo tan saludable influencia. Reposando al calor de los rayos del sol, rodeado del incienso de su pipa oriental, en tanto que el humo de ensueño se desvanecía en el aire cargado de aromas primaverales, recapitulaba sus adelantos cual jugador empedernido que recuenta sus ganancias. Por de pronto, no sabía qué cosa era el enojo; podía, pues, prestar toda su atención a los cálculos que le ocupaban.

Había entre Luisa y él un secreto, del que estaba excluido el esposo; un secreto que se fundaba positivamente sobre la indiferencia de Luisa por su esposo y en la incompatibilidad de caracteres que ahora y siempre, desde el principio, existía entre ellos. Había procedido hábilmente; había probado claramente que conocía su corazón hasta en sus repliegues más recónditos; se había aproximado a ella valiéndose de su más tierno afecto; ¡y cuánto había progresado!; se había interpuesto entre ese afecto y ella misma, y la valla, tras la cual vivía Luisa, había desaparecido como por encanto. ¿Todo ello no era muy singular y muy satisfactorio?

Y, sin embargo, aun entonces, Harthouse no abrigaba ninguna intención seria de arrastrarla al mal. Para el bien público, como para el bien privado, más hubiera valido, para el honor del siglo en que vivía Harthouse, que él y la numerosa legión de que formaba parte, fuesen francamente perversos, en vez de indiferentes, amoraes, que están al acecho de las ocasiones. Los grandes témpanos que se dejan arrastrar por doquier a merced de la corriente, son los que más naufragios causan. Cuando el diablo toma la figura de un león que ruge, se muestra bajo una forma que sólo atrae a los salvajes o a los cazadores. Pero cuando va bien compuesto, bien peinado y vestido, según la moda; cuando está cansado del vicio y de la virtud, aburrido del azufre del infierno y de las delicias del Paraíso, entonces, ya se muestra hipócritamente humilde o inflamado en rojas llamas, es el único a quien se debe temer, el diablo en persona, el verdadero demonio.

Jaime Harthouse estaba, pues, sentado junto a la ventana, fumando indolentemente y recapitulando el camino que había adelantado y que le

había brindado la casualidad. El objeto que perseguía estaba claramente precisado; pero no se tomaba la molestia de meditar sobre el particular: lo que ha de ser, será.

Como aquel día tenía en perspectiva un largo paseo a caballo, pues a pocas millas de la finca se celebraba un mítin, en que tendría ocasión de hacer propaganda por el partido de Gradgrind, se vistió muy pronto y bajó a desayunar. Estaba impaciente por ver si Luisa se había encerrado de nuevo en su concha de indiferencia y frialdad. Pero no: la encontró donde la había visto otras veces y ella le dirigió nuevamente una mirada de interés.

Transcurrió el día, mal que bien, para Harthouse, pero no sin cierto aburrimiento, y hasta enojo, como era de esperar, por el agotador empleo de la jornada, y regresó a caballo a las seis. Había una avenida de una media milla entre la verja de entrada y la finca, y Jaime cabalgaba al paso sobre el enarenado sendero, que en otros tiempos perteneciera a Nickits, cuando el señor Bounderby surgió de súbito de entre unos arbustos con tal ímpetu, que el caballo, espantado, se echó al otro lado del sendero.

—¡Harthouse! —gritó Bounderby—. ¿Sabe la noticia ya?

—¿Qué noticia? —respondió Harthouse, conteniendo a su caballo y mandando, desde el fondo de su alma, a todos los diablos al señor Bounderby.

—Luego, ¿no ha oído usted hablar...?

—No he oído más que a usted, y también le oyó mi caballo. Pero no he oído más.

El señor Bounderby, encendido y jadeante, se plantó en medio del camino, delante del caballo, para hacer estallar la bomba con más efecto.

—¡Ha habido un robo en el Banco!

—¡Bah!

—Cometieron el robo anoche, señor, cometieron el robo de un modo extraordinario: con una llave falsa.

—¿Robaron mucho?

El señor Bounderby, en su deseo de dar toda la importancia posible al hecho, se vio muy contrariado al tener que responder:

—¡Toma, no ha sido gran cosa, pero podía haberlo sido!

—¿Cuánto?

—¡Oh! En cuanto a la suma, si se atiende a la suma, no pasa de ciento cincuenta libras —informó Bounderby con impaciencia—. Pero no es por la suma, sino por el hecho en sí. El hecho es que han robado al Banco, y esta es la circunstancia importante. Me sorprende que usted no se escandalice.

—Mi querido Bounderby —dijo Jaime echando pie a tierra y dando las riendas a su criado—, todo lo considero, y estoy tan estupefacto como puede usted suponerse, ante el espectáculo que acaba usted de presentar a mi espíritu. Sin embargo, me permitirá usted que le felicite con todo mi corazón, porque las pérdidas no hayan sido más graves.

—Gracias —contestó Bounderby con tono breve y brusco, un tanto disgustado—. Pero le diré a usted: he estado expuesto a perder veinte mil libras.

—No lo dudo.

—¿Que no lo duda? ¡Pardiez! ¡Tiene usted razón en no dudar! ¡Por San Jorge, que podían haber sido cuarenta mil libras! ¡Dios sabe cuánto hubiera podido perderse, si los ladrones no hubieran fracasado!

Luisa se aproximó en este momento, acompañada de la señora Sparsit y de Bitzer.

—¡Aquí tiene usted a la hija de Tomás Gradgrind, que sabe cuánto pude haber perdido, si es que lo ignora usted! —rugió Bounderby—. Ha caído inerte, señor, como herida por un rayo, cuando se lo he dicho. Es la primera vez que le pasa cosa semejante; en mi opinión, en vista de las circunstancias, ese desmayo la honra mucho.

Luisa estaba aún débil y pálida. El señor Harthouse le ofreció el brazo y, conforme iban andando lentamente, le preguntó cómo se había perpetrado el robo.

—Iba a decírselo a usted —exclamó Bounderby con acritud, dando el brazo a la señora Sparsit—. Si no hubiera usted tenido tanta curiosidad por saber a cuánto ascendía la cantidad, robada, le hubiera dicho cómo la robaron. ¿Conoce usted a esta dama... porque es una dama... la señora Sparsit?

—Ya he tenido el honor...

—Muy bien. Y este mozo, Bitzer, le vio a usted también en la misma ocasión.

El señor Harthouse movió la cabeza en señal de asentimiento, y Bitzer saludó, llevándose una mano a la frente.

—Muy bien. Ambos viven en el Banco. ¿Sabe usted, quizá, que viven en el Banco? Anoche, a la hora de cerrar la oficina, se cerró todo, como de costumbre. En la cámara acorazada, a cuya puerta duerme este mozo, había... una cantidad que no hace al caso. En la caja pequeña de caudales de la sección de Tomás, destinada a recibir los valores de poca consideración, había ciento cincuenta y tantas libras.

—Ciento cincuenta y cuatro libras y media —precisó Bitzer.

—¡Vaya, sólo faltaba que me interrumpiese usted! —gritó Bounderby, volviéndose hacia el mozo—. ¡Bastante tengo con haber sido robado, mientras roncaba usted a pierna suelta, sin que encima me salga usted con que si son cincuenta o cincuenta y ocho libras y media! ¡Debo decir a usted que cuando yo tenía su edad, no roncaba! ¡Yo no comía lo suficiente para roncar! ¡Y no hablaba de cincuenta y ocho libras y media ni aun cuando lo supiera la cifra exacta!

Bitzer se llevó de nuevo la mano a la frente con aire apesadumbrado, y pareció vivamente edificado e impresionado, a la vez, por el ejemplo de abnegación que le daba la juventud de Bounderby.

—Ciento cincuenta y tantas libras —repitió el señor Bounderby—. Tomasiello había guardado esta suma en su caja de caudales, que no es de las más sólidas; pero esto ya no hace al caso. Todo había sido dejado en orden. En medio de la noche, mientras este sujeto roncaba... señora Sparsit, ¿no me ha dicho que lo ha oído roncar?

—Señor —repuso la señora Sparsit—, no puedo decir precisamente que le haya oído roncar, y por consiguiente, no puedo afirmar ese hecho. Pero durante las noches de invierno, cuando se quedaba dormido en la mesa, le he oído emitir un ruido que sólo puedo definir como una especie de respiración ahogada. En diversas ocasiones le he oído producir sonidos semejantes a los que algunas veces produce un reloj de pesas. No —añadió la señora Sparsit con el aire soberbio de una mujer obligada a dar un testimonio estrictamente verídico—, no es que yo quiera recriminar en lo más mínimo el carácter moral de Bitzer. Lejos de eso, siempre lo he considerado como un joven de sólidos principios, y deseo que esta declaración pueda interpretarse en favor suyo.

—Bueno —dijo el iracundo e inflexible Bounderby—; mientras roncaba o jadeaba, o imitaba el ruido de un reloj de pesas, o lo que sea, durante su sueño, algunos sujetos, no sé quiénes y no sé cómo, ocultos o no en la casa —todo eso está aún por saber— llegaron hasta la caja de Tomás y la violentaron y robaron el contenido. Habiéndoles fracasado en parte el plan, huyeron por la puerta delantera, que cerraron de nuevo con su doble llave

—como había cerrado ya Bitzer con la llave que la señora Sparsit guardaba bajo la almohada—, habiendo utilizado los ladrones una llave falsa, que se ha encontrado en la calle, junto al Banco, a eso del mediodía. Al abrir las oficinas, nadie observó cosa alguna capaz de producir alarma. Bitzer se levantó, arregló los pupitres antes de que llegasen los empleados, y al llegar a la caja de caudales, vio la puerta abierta, la cerradura forzada y el dinero robado.

—A propósito, ¿dónde está Tomás? —preguntó el señor Harthouse, mirando a su alrededor.

—Ha estado ayudando en las investigaciones policíacas y se ha quedado en el Banco —explicó Bounderby—. No hubiera deseado sino que esos ganapanes hubiesen intentado robarme cuando yo tenía la edad de Tomás. Yo respondo a ustedes de que no hubieran conseguido ni para los gastos, porque no disponía yo ni de ocho peniques.

—¿Se sospecha de alguien?

—¿Que si se sospecha de alguien? ¡Ya lo creo que se sospecha! —replicó Bounderby, soltando el brazo de la señora Sparsit, para enjugar su sudorosa frente— ¡No se saquea así como así a Josué Bounderby, de Villahulla, sin que se sospeche de alguien! ¡No, gracias a Dios!

El señor Harthouse se aventuró a preguntar de quién se sospechaba.

—Pues bien, voy a decírselo —contestó Bounderby, deteniéndose y volviendo la cara para mirarlos a todos—. Pero no lo vayan contando por ahí, no lo comenten en ninguna parte, porque entonces los bribones complicados en el caso —son una banda— prepararán la coartada. Por consiguiente, oigan esto en confidencia. Espere un momento —dijo el señor Bounderby enjugándose de nuevo la frente con el pañuelo—. ¿Qué diría usted —aquí el señor Bounderby estalló con violencia—, qué diría usted si un obrero estuviese complicado en el cotarro?

—Espero que no será nuestro amigo Blackpot —dijo Harthouse lánguidamente.

—Diga usted «pool», en vez de «pot», y tendremos a nuestro hombre —indicó Bounderby.

Luisa dejó escapar una débil exclamación de duda y de sorpresa.

—¡Oh, si, ya lo sé! —exclamó Bounderby, cazando al vuelo aquella protesta—. Sí, ya lo sé; estoy acostumbrado. Lo sé muy bien. Esos sujetos son las gentes más honradas del mundo, son unas mosquitas muertas; ya estoy al cabo. Lo único que pretenden es que se les explique sus derechos... Voy

a decirle lo que son. ¡Tunantes! Preséntenme un obrero descontento, y yo les presentaré un hombre capaz de todo... ¡Sí, de todo...!

Esta era otra de las ficciones populares de Villahulla, que se habían tomado el trabajo de acreditarla en la opinión y, en realidad, había muchas almas buenas que las creían sinceramente.

—Pero yo conozco a esos canallitas —prosiguió el señor Bounderby—. Leo en ellos como en un libro abierto. Vamos a ver, señora Sparsit, a su memoria me remito. ¿Qué advertencia hice a ese Blackpool la primera vez que puso las pezuñas en casa, cuando vino con la expresa intención de que yo le dijese lo que debía hacer para dar un papirotazo a la religión y derrumbar por los suelos la iglesia establecida? Señora Sparsit, usted que, por razón de su noble parentesco, está al nivel de la aristocracia, declare si dije o no a ese sujeto: «No es usted ángel de mi devoción; acabará, usted mal».

—Es verdad, señor —confirmó la señora Sparsit—. Usted le hizo tal advertencia, y de modo que debió causarle grande impresión.

—¿Y no se la hice cuando ofendió groseramente la delicadeza de los sentimientos de usted? —preguntó Bounderby.

—Sí, señor; nada más exacto —asintió la señora Sparsit, moviendo humildemente la cabeza—. Aunque no pretendo que mis sentimientos sean hoy más delicados... más exaltados... —si prefiere usted esta expresión— sobre ciertos particulares... de lo que serían si hubiese yo ocupado siempre mi posición de antaño.

El señor Bounderby fijó en el señor Harthouse una mirada resplandeciente de orgullo, como diciéndole: «Yo soy el propietario de esta señora, y creo que merece toda clase de atenciones de parte de usted». Luego reanudó el hilo de su discurso:

—Usted mismo, Harthouse, puede recordar lo que le dije delante de usted. No anduve con rodeos. Nunca gasto requilorios con ellos. Los conozco como si los hubiera parido. Pues bien, bien, señor mío: tres días después desaparece. Huye, sin que nadie sepa adónde ha ido: como hizo mi madre cuando yo era un niño, con la única diferencia de que ese barbián es peor aún que mi madre, si cabe. ¿Y qué ha hecho antes de huir? No lo creará usted nunca —el señor Bounderby que tenía el sombrero en la mano, dio un golpecito a la copa a cada período de su discurso, como si el sombrero hubiera sido un pandero—. Si yo dijese a usted, si yo asegurase a usted, que se ha visto varias noches seguidas a ese Blackpool rondando el Banco; que se le ha visto por los alrededores en los anocheceres; que la señora Sparsit se dijo que no podía aquel hombre rondar por allí con buenas intencio-

nes; que esta señora llamó la atención de Bitzer hacia aquel sujeto, que le observaron los dos y, por último, que según las declaraciones que hoy han hecho, hasta los vecinos también le observaron, ¿qué diría usted?

Ahora que había llegado al punto culminante de su discurso, el señor Bounderby se cubrió con el sombrero, en el cual repicaba, así como llevan el panderero a la cabeza las danzarinas orientales.

—En efecto: es para sospechar... —dijo el señor Harthouse.

—¡Ya lo creo, señor, ya lo creo! —exclamó Bounderby con mirada retadora—. Pero ese Blackpool no es el único complicado. Tiene por cómplice a una vieja. Esas cosas nunca se saben hasta que el mal está hecho; siempre se descubre que la puerta de la cuadra no cerraba bien, cuando han robado el caballo. Ahora se trata de una vieja: una vieja que al parecer viene a la ciudad de vez en cuando montada en el palo de una escoba. Durante el día no hace otra cosa que espiar la casa, antes de que su cómplice la releve, y la noche en que le vio usted, la vieja anda en tratos con él, celebran consejo, sin duda para cobrar una vez dado el golpe. ¡Que no cargara con ella el diablo!

—En efecto —pensó Luisa— aquella noche, en aquel cuarto, había una vieja y parecía no querer que se la observara.

—No es eso todo; sino que sabemos bastante más de ellos —dijo Bounderby moviendo varias veces la cabeza con aire misterioso—. Pero, por el momento, ya he dicho bastante. Tendrán ustedes la bondad de no dejar traslucir nada, ni decir a nadie una palabra de este asunto. Acaso haga falta tiempo, pero les echaremos el guante. Es un procedimiento muy diplomático aflojarles las riendas, por lo pronto; no hay que precipitar las cosas, pues no ocasiona ningún perjuicio.

—Naturalmente serán castigados con todo el rigor de la ley —como dicen los bandos de las esquinas, y estará muy bien hecho —declaró Jaime Harthouse—. Los que saquean un Banco, deben sufrir las consecuencias. Si no hubiera consecuencias, todos iríamos a robar los Bancos.

Había cogido suavemente la sombrilla que Luisa llevaba en la mano, y la había abierto, de manera que Luisa iba cobijada por la sombrilla, aunque no hacía sol.

—Por lo pronto, Lulú —dijo Bounderby—, cuida de la señora Sparsit. Se han desatado sus nervios, y se quedará aquí un día o dos. Así que dispón lo que sea para que esté cómodamente.

—Muchas gracias, señor; pero suplico que nadie se moleste por mí —dijo la discreta señora—. No necesito nada.

Pronto pareció evidente que si se podía reprochar algo a la señora Sparsit en sus relaciones de aquel interior doméstico, era ocuparse excesivamente poco de sí misma, hasta el punto de hacerse pesada. Cuando le enseñaron su habitación, le impresionó tan atrozmente su aspecto confortable y tanto se resistió a ocuparla, que cualquiera hubiese creído que preferiría pasar la noche sobre la mesa de la cocina.

—Los Powler y los Scadgers, es verdad, estaban acostumbrados al lujo —solía decir con cierta complacencia la señora Sparsit; pero es mi deber el no olvidarme de que ya no soy lo que fui—. Nunca dejaba de hacer esta observación con cierta humildad altanera, especialmente si podía oír la algún criado.— Y en verdad —añadía— si podía borrar para siempre el recuerdo de que la señora Sparsit es una Powler, o que está emparentada con la señora Scadgers, si yo pudiera cambiar lo que soy y trocarme en una persona de humilde cuna, relacionada con gente humilde, lo haría con mucho gusto. Atendiendo a las circunstancias que me rodean, creería que el hacerlo era mi deber.

El mismo espíritu de abnegación monacal la impulsaba durante las comidas a renunciar a los platos succulentos y a vinos, hasta que el señor Bounderby le ordenaba formalmente que los probara. Entonces decía:

—En verdad que es usted muy bueno, señor.

Y renunciaba, por pura obediencia, a su firme resolución, que había anunciado en voz alta, de que se daba por satisfecha con una tajadita de cordero. Se deshacía también en excusas cuando necesitaba la sal, y como era suficientemente amable para no corroborar las afirmaciones de Bounderby sobre el desatamiento de sus nervios, se apoyaba de vez en cuando en el respaldo de su silla para llorar en silencio, en cuyos trances se podía ver, o mejor dicho, no había más remedio que ver, una lágrima de grandes dimensiones, semejante a un gran pendiente de cristal, resbalar a todo lo largo de su nariz romana.

Pero el rasgo más importante de la señora Sparsit, desde el principio hasta el fin, era su inquebrantable resolución de compadecer al señor Bounderby. En ciertos momentos no se podía dominar, y movía la cabeza como diciendo:

—¡Ay, pobre Yorick!

Después de haberse traicionado con aquellas pruebas de su emoción, contraía su rostro una ligera sonrisa, resplandecía de contento y decía en tono festivo:

—Gracias a Dios que conserva usted su buen humor.

Y aparentaba mirar como una bendición que el señor Bounderby conservara aún su humor de antes, que no hubiera sucumbido bajo el peso de sus infortunios. Otra originalidad que no podía vencer sin gran trabajo era la de deshacerse en excusas. Sentía una inclinación extraña a llamar señorita Gradgrind a la señora de Bounderby, y esto le ocurrió lo menos sesenta veces aquella noche. La repetición de semejante error la llenaba de humilde azoramiento; pero verdaderamente, según aseguraba, le parecía tan natural decir señorita Gradgrind, que le era casi imposible figurarse que aquella joven, a la cual había tenido la dicha de conocer desde que era una niña, fuera real y verdaderamente la señora de Bounderby. Caracterizábase aquella confusión inconcebible por el hecho de que cuanto más pensaba en el cambio, más imposible le parecía, «sobre todo —observaba— siendo tan chocante la diferencia de edades».

Después de comer, en el salón, por su propia autoridad, trató el señor Bounderby sobre el asunto del robo; examinó a los testigos, tomó nota de sus declaraciones, dedujo quiénes eran los culpables y les impuso las penas más severas. Terminado el proceso, se manió a Bitzer que volviera a la ciudad, con orden de recomendar a Tomás que viniese en el tren expreso.

Cuando se encendieron las luces, murmuró la señora Sparsit:

—No esté tan afligido, señor. Le suplico encarecidamente que esté tan alegre como siempre le vi.

El señor Bounderby, a quien estos consuelos empezaban a poner sentimental en grado estúpido, resopló como una ballena.

—No puedo verle así—replicó la señora Sparsit—. Juguemos una partida de «burro», como hacía usted cuando yo tenía el honor de vivir bajo su honorable techo...

—Desde entonces no he vuelto a jugar al «burro» —dijo Bounderby.

—Verdad que no; lo sé muy bien —dijo la señora Sparsit en tono consolador—. Ahora recuerdo que este juego no le gusta a la señora Gradgrind. Pero me tendré por muy dichosa si usted condescendiera...

Se pusieron a jugar cerca de una ventana que daba al jardín. Era una noche encantadora; no era una noche de luna, pero sí tibia y perfumada. Luisa y Harthouse salieron para dar un paseo por el jardín, en donde se oían sus voces en el silencio nocturno, aunque no se podía precisar lo que hablaban. La señora Sparsit, atenta en apariencia a la partida de «burro», se obstinaba, desde su sitio, en penetrar la sombra con la mirada.

—¿Qué es lo que pasa ahí fuera, señora? —preguntó Bounderby—. ¿Supongo que no estará usted viendo un fuego?

—Nada de eso, señor —contestó la señora Sparsit—. Estaba pensando en el relente.

—¿Y qué le importa a usted, qué le ha hecho a usted el relente, señora? —inquirió Bounderby.

—No es por mí —respondió la señora Gradgrind—, pero temo que la señora Gradgrind se constipe.

—No se constipa nunca —informó Bounderby.

—¿De veras, señor?—preguntó la señora Sparsit, que comenzó a carraspear.

Cuando llegó la hora de retirarse, el señor Bounderby pidió un vaso de agua.

—¿Agua, señor? ¿Pues, y el jerez caliente con limón y nuez moscada que tanto le gustaba?

—He perdido la costumbre de tomarlo —explicó Bounderby.

—Tanto peor, señor —replicó la señora Sparsit—. Está usted perdiendo todas sus buenas y antiguas costumbres. ¡Ánimo, señor ¡Si la señorita Gradgrind me lo permite, me ofrezco a prepararle a usted su vaso de jerez, como se lo he servido tantas veces.

Habiendo permitido muy gustosa la señorita Gradgrind a la señora Sparsit que hiciera todo cuanto quisiese, la bondadosa señora Sparsit combinó la bebida y se lo presentó al señor Bounderby.

—Le sentará muy bien, señor. Calentará su estómago. Reanimará su corazón. Esto es lo que le hace falta, y no debe dejar de tomarlo.

Y cuando el señor Bounderby dijo: «A su salud, señora», ella respondió con mucho sentimiento:

—Gracias, señor. Lo mismo le deseo y muchas felicidades.

Finalmente le deseó muy buenas noches de un modo patético, y el señor Bounderby se fue a acostarse, convencido de que había experimentado alguna contrariedad muy sensible, aunque no podía decir precisamente cuál era.

Largo rato después de haberse desnudado y acostado, Luisa espío la llegada de Tomás a casa. Sabía que no podía volver antes de la una de la madrugada; pero en el sombrío silencio del campo, poco propicio para calmar la agitación de su espíritu, el tiempo se hizo muy largo. Al fin, cuando la oscuridad y el silencio parecieron redoblar a porfía, oyó que la campanilla de la cancela repicaba. Hubiese querido que la campanilla

siguiera sonando hasta el amanecer; pero cesó el ruido, las ondas sonoras de sus últimas vibraciones fueron a perderse en el aire, y la noche quedó muda de nuevo.

Esperó aún cosa de un cuarto de hora, según pudo juzgar. Entonces se levantó, se puso un peinador, salió de su aposento, en medio de la oscuridad, y subió al cuarto de su hermano. La puerta estaba cerrada; la abrió suavemente, y llamó a Tomás, aproximándose a su cama con paso silencioso.

Se arrodilló junto al lecho, rodeó con su brazo el cuello de su hermano y acercó la cara a la de él. Sabía muy bien que no estaba dormido y que sólo lo aparentaba, pero no le dijo una palabra.

De pronto Tomás se estremeció, como si acabara de despertarse sobresaltado, y preguntó quién era y qué es lo que quería.

—Tomás, ¿no tienes nada que decirme? —preguntó Luisa—. Si es que me has querido y tienes un secreto que ocultar a los demás, dímelo.

—No comprendo lo que quieres decir, Lulú. Debes haber estado soñando.

—Tomasillo, ¿nada tienes que decirme? —volvió a preguntar Luisa, descansando la cabeza sobre la almohada y esparciendo los cabellos sobre él, como si quisiera ocultarla a toda mirada que no fuera la suya—. ¿No hay nada que puedas decirme? Nada de cuanto puedas decirme, disminuiré mi cariño, bien lo sabes. ¡Oh, Tomasillo, dime la verdad!

—No comprendo lo que quieres decir, Lulú.

—Tal como estás echado, querido Tomás, en la noche triste y sombría, así yacerás alguna noche cuando yo, si es que entonces aún vivo, me vea obligada a abandonarte. Tal como yo estoy junto a ti, confundida en la oscuridad, así debo yacer en la noche de la muerte, hasta convertirme en polvo. En nombre de esas noches eternas que nos esperan, te pido que me digas la verdad.

—Pero ¿qué es lo que quieres saber?

En la fuerza de su afecto le estrechaba contra su pecho, como si fuera un niño.

—Puedes estar seguro —le dijo— de que yo no te reprocharé nada. Puedes estar seguro de que te salvaré, cueste lo que cueste. ¡Oh, Tomasillo!, ¿nada tienes que decirme? Háblame en voz muy baja. Di solamente «sí», y te comprenderé...

Acercó el oído a los labios de su hermano; pero éste guardó un obstinado silencio.

—¿Ni una palabra, Tomás?

—¿Cómo quieres que te diga que «sí», o cómo quieres que te diga «no», si no sé lo que quieres decir? Lulú, eres una muchacha muy buena, muy virtuosa y muy digna de tener —empiezo a creerlo— un hermano mejor que yo, pero nada más tengo que decirte. Vete a acostar, vete a acostar.

—¿Estás muy cansado? —murmuró Luisa, al cabo de unos momentos.

—Sí, estoy muy cansado.

—¡Tan ocupado habrás estado hoy, y tan fatigoso habrá sido el día para ti...! ¿Se ha descubierto algo más?

—Nada más que lo que has sabido por boca de él.

—Tomasillo: ¿has dicho a alguien que fuimos a casa de esas gentes, y que vimos a los tres juntos?

—No. ¿No me rogaste tú misma, con gran empeño, que no dijese nada, al pedirme que te acompañara hasta allí?

—Sí. Pero yo no sabía lo que iba a suceder.

—¡Ni yo tampoco! ¿Cómo habría podido saberlo?

Había hasta mal humor en la brusquedad de aquella respuesta.

—Después de lo ocurrido —preguntó la hermana poniéndose de pie junto a la cama— ¿debo decir que hice aquella visita? ¿Será preciso que lo diga? ¿Qué debo hacer?

—¡Por Dios, Lulú! —replicó su hermano—. No tienes por costumbre pedirme mi parecer. ¡Di lo que quieras! Si quieres guardarlo en secreto, lo guardaré yo también. Si quieres declararlo, pues hazlo y asunto concluido.

La oscuridad era demasiado intensa para que pudieran verse, pero los dos parecían estar muy pensativos: pensaban las palabras antes de hablar.

—Tomasillo, ¿crees tú que aquel hombre a quien di dinero está verdaderamente complicado en ese robo?

—No lo sé. No veo por qué no puede estarlo.

—Me pareció un hombre honrado.

—Puede habértelo parecido y no serlo —repuso Tomás.

Hubo un momento de silencio, porque había vacilado, y se detuvo.

—En una palabra —prosiguió el hermano, como si hubiera tomado una resolución—: si quieres que te diga la verdad, tan lejos estaba yo de pensar bien de aquel hombre que le hice salir al rellano de la escalera para decirle

sencillamente que debía considerarse muy satisfecho con la limosna que le había procurado la visita de mi hermana, y que esperaba hiciera buen uso del dinero. Ya recordarás si le hice o no salir. Nada digo en contra de ese individuo; puede que sea un excelente sujeto, y confío en que en efecto lo es.

—¿Se ofendió por lo que le dijiste?

—No, lo tomó por las buenas; estuvo bastante correcto. ¿Dónde estás, Lulú?

Se incorporó en la cama y besó a su hermana.

—Buenas noches, chiquilla, buenas noches.

—¿Nada más tienes que decirme, Tomasillo?

—Nada. ¿Qué quieres que te diga? No querrás obligarme a decir una mentira.

—Esta noche menos que nunca; Tomasillo, te deseo muy buenas noches.

—Gracias, querida Lulú. Estoy tan cansado, que me asombra no poder decirte algo para que me dejes dormir de una vez. Vete a acostarte, vete a acostarte.

Después de besarla de nuevo, dio media vuelta, se cubrió la cabeza con la manta y quedó tan inmóvil como si aquella noche eterna que invocara Luisa, hubiera ya llegado para él. La hermana permaneció un rato al lado del lecho, antes de alejarse lentamente. Se detuvo en la puerta antes de abrirla, volvió la cabeza y preguntó a Tomás si la había llamado. Pero el hermano no rehusó. Entonces Luisa cerró suavemente la puerta y volvió a su dormitorio.

Entonces el miserable levantó la cabeza con precaución, y volvió a echarse sobre la cama, mesándose los cabellos, llorando amargamente, queriendo a su hermana, pero irritado contra ella, lleno de un desprecio profundo, implacable, contra sí mismo, lleno de un desprecio no menos profundo, maligno e impotente, hacia todo cuanto hay de bueno en el mundo.

CAPÍTULO IX. LAS ÚLTIMAS PALABRAS

Mientras la señora Sparsit descansaba en la finca de Bounderby para tonificar sus nervios, ejercía día y noche una vigilancia tan activa a la sombra de sus cejas coriolanescas, que sus ojos, semejantes a dos faros encendidos, hubieran bastado para advertir a todo marino prudente que tuviera cuidado de no chocar contra una roca tan terrible como la nariz romana de aquella señora y los sombríos escollos de los alrededores —de los alrededores de la nariz romana— si la buena señora no se hubiese tranquilizado por la mansedumbre de sus apariencias tranquilas y suaves.

Aunque resultara imposible creer que sus desapariciones nocturnas obedecían a otra cosa que a una necesidad —de tal modo sus ojos se mantenían severamente abiertos al desvelo y de tal modo parecía de todo punto imposible que aquella nariz rígida cediera a la influencia de un manso sueño— se notaba, sin embargo, en toda su persona, en su manera de sentarse, de alisar sus mitones, en su modo de cabalgar al paso sobre su silla hacia países ignotos con el pie en el almohadón, tal serenidad, que el mejor observador se hubiera visto obligado a tomarla por una mansa paloma, encarnada por uno de esos caprichos de la Naturaleza en la forma terrenal de un pájaro de presa.

No había mujer como ella para rondar por los rincones de la casa. ¿Cómo se las componía para que la encontrasen en todos los pisos a la vez, constituía un verdadero misterio. De una dama en la que parecía innato el sentido de las conveniencias, no se podía sospechar que saltara por las barandillas, y se deslizara hacia abajo para llegar más pronto, aunque la facilidad extraordinaria con que se trasladaba sugería tan absurda suposición. Otra circunstancia notable en la señora Sparsit es que nunca se daba prisa, para nada. Se trasladaba, con la rapidez del rayo, de la guardilla a la planta baja sin perder la respiración y su dignidad, su prosopopeya en el momento de la llegada; jamás ojos humanos la vieron andar con paso precipitado.

Estuvo muy cariñosa con Harthouse, y cambió con él algunas palabras amables, poco después de su llegada a casa del señor Bounderby. Una mañana, antes de desayunar, le hizo en el jardín su majestuosa reverencia.

—¡Cómo pasa el tiempo! —exclamó la señora Sparsit—. Parece que fue ayer cuando tuve el honor de recibir al señor en el Banco, cuando tuvo usted la bondad de ir a preguntarme dónde vivía el señor Bounderby.

—Fue un acontecimiento que no olvidaré jamás en toda mi vida —aseguró el señor Harthouse, inclinando la cabeza hacia la señora Sparsit con el aire más indolente posible.

—Vivimos en un mundo muy extraño, señor —afirmó la señora Sparsit.

—También he tenido el honor, por una coincidencia de la cual siempre estaré orgulloso, de haber hecho una observación análoga, aunque en términos menos intencionados.

—Digo un mundo extraño, caballero —prosiguió la señora Sparsit, después de agradecer el cumplido, bajando sus negras cejas, lo que no daba a su rostro una expresión tan dulce como su voz demasiado melosa—, digo un mundo extraño, caballero, en lo que concierne a que intimamos hoy con personas que ayer nos eran totalmente desconocidas. Me acuerdo, señor, de que en aquella ocasión llegó usted a decir que la señora Gradgrind le causaba cierto miedo.

—Su memoria me hace un honor que no merece mi insignificancia —contestó Harthouse—. Aproveché sus advertencias para corregir mi timidez, y huelga añadir que dichas advertencias eran completamente certeras. Su talento, señora Sparsit, para... en una palabra, para todo cuanto reclama exactitud... con ayuda de una energía moral... y de ingenio de familia... se ha manifestado con harta frecuencia para que nadie pueda ponerlo en duda.

Se hubiera creído que iba a quedarse dormido al dirigir esta galantería, pues tanto le había costado conseguir acabarla y tan distraído se había mostrado al hacerlo.

—¿Le ha parecido a usted la señorita Gradgrind... —está visto que no puedo llamarla Bounderby; es una torpeza mía— le ha parecido a usted tan joven como yo se la había pintado? —preguntó la señora Sparsit melosamente.

—Me pintó usted el vivo retrato —declaró Harthouse—. La semejanza es perfecta.

—¡Qué amable es! ¿Verdad, señor? —dijo la señora Sparsit, frotándose uno con otro los mitones.

—Extremadamente amable.

—Podía advertirse en otro tiempo —dijo la señora Sparsit— que la señorita Gradgrind se hallaba desanimada, que le faltaba cierta expresión; pero

confieso que me parece que ha ganado mucho sobre este punto; ha sido, en verdad, un cambio admirable. ¡Ah!, a propósito; ahí viene el señor Bounderby —exclamó la señora Sparsit moviendo la cabeza varias veces seguidas, como si no tuviera ojos ni oídos más que para él—. ¿Cómo se siente usted hoy, señor? Vamos, vamos, señor Bounderby, haga porque le veamos un poco más alegre.

El caso era que aquella perseverancia de la señora Sparsit en querer consolarle de sus cuitas y aliviar sus pesadumbres, había empezado a hacer que Bounderby estuviese más amable con ella, y más brusco que de costumbre hacia los demás, comenzando por su esposa. Así, cuando la señora Sparsit, haciendo de tripas corazón, le dijo: «Necesita usted almorzar, señor, pero supongo que la señorita Gradgrind no tardará en venir a presidir la mesa», el señor Bounderby, replicó: «Si yo esperase a que mi mujer se ocupara de mí, ha de saber usted, señora, que ya podría estarla esperando hasta el día del juicio; por lo tanto, ruego a usted se tome la molestia de preparar el té».

La señora Sparsit consintió y recuperó su antiguo puesto en la mesa.

Ésta era para ella una excelente ocasión para mostrarse de nuevo sentimental. Sin embargo, era tan humilde, que cuando Luisa apareció, se puso en pie, protestando que no hubiera jamás de sentarse en aquel sitio, dadas las circunstancias actuales, aunque por muchos años había tenido el honor de preparar el desayuno del señor Bounderby; antes de que la señorita Gradgrind hubiera aceptado la posición que ocupaba ahora. Perdón por lo de la señorita Gradgrind: quería decir, señora Bounderby...: suponía que la dispensarían, pero aún no acertaba a llamarla de otro modo, aunque poco a poco abrigaba la esperanza de que se acostumbraría a llamarle debidamente... No fue —agregó— nada más que porque la señorita Gradgrind se retrasó un poco y porque el tiempo del señor Bounderby era inestimable... y, por último, porque ella sabía, de antes, lo importante, lo esencial, que era al señor desayunar a hora fija, y se había tomado la libertad de acceder a su petición, dado que, desde hacía mucho, las órdenes del señor eran leyes para ella.

—¡Ahí quieta! Permanezca donde está, señora —dijo Bounderby—. Permanezca donde está; estoy seguro de que la señora Bounderby estará encantada de que continúe usted aquí.

—¡No diga eso, señor! —replicó la señora Sparsit con tono casi severo—; porque puede ser mortificante para la señora Bounderby, y no es usted de los que quieren mortificar a nadie.

—Puede usted estar tranquila, señora. ¿No es verdad que te da lo mismo, Lulú? —dijo Bounderby a su mujer de un modo brusco.

—Ciertamente. ¿Qué puede importarme? ¿Qué importancia puede tener para mí?

—¿Y por qué quiere usted que eso nos importe lo más mínimo, señora Sparsit? —interpeló el señor Bounderby, hinchado con un sentimiento de su dignidad ofendida—. Por lo que veo, de usted demasiada importancia a estas cosas, señora. ¡Por San Jorge! ¡No faltaba más, sino que me hicieran renunciar a mis más queridas tradiciones domésticas! Tiene usted, señora, ideas extravagantes, trasnochadas. ¡Hábleme luego de los niños de Tomás Gradgrind!

—¿Qué te pasa? —preguntó Luisa con frialdad, llena de asombro—. ¿Quién te ha ofendido?

—¡Ofendido! —exclamó Bounderby—. ¿Piensas, acaso, que si me hubiera ofendido en lo más mínimo no lo hubiera dicho y de hubiera exigido reparación inmediata? Creo que tengo la costumbre de hablar con franqueza; no me ando con chiquitas.

—No supongo, en efecto, que nadie haya podido tener ocasión de encontrarte demasiado discreto o delicado en la expresión de tus sentimientos —contestó tranquilamente Luisa—. En cuanto a mí, puedo decir que nunca te dirigí tal reproche, ni de niña, ni siendo tu esposa. No sé qué es lo que quieres.

—¿Lo que quiero? Nada —repuso el señor Bounderby—. De lo contrario, ¿crees tú, Lulú, que si quisiera algo yo, Josué Bounderby, de Villahulla, no lo tendría?

Como dio un tan formidable puñetazo en la mesa que hizo retemblar las tazas, Luisa le miró con un rostro infamado por un sonrojo de orgullo, que era un nuevo encanto, según pensó el señor Harthouse.

—Estás incomprendible esta mañana —dijo Luisa—, pero te ruego que no te tomes la molestia de explicarte más. No siento ninguna curiosidad por saber lo que quieres decir. ¡Qué más me da!

No se habló más del asunto, y el señor Harthouse se puso a hablar, con una alegría indolente, cansina, de cosas insignificantes. Mas, desde aquel momento, la influencia ejercida por la señora Sparsit sobre el señor Bounderby contribuyó a unir más aun a Harthouse y a Luisa; a alejar más de su marido a aquella mujer, y a aproximarla más a un extraño, hacia el cual se había dejado llevar por grados tan insensibles que, al presente, no hubiera podido retroceder, aunque lo hubiera intentado. Pero, que lo intentara o no, era un secreto que permanecía oculto en lo más íntimo de su corazón.

Tan conmovida se manifestó la señora Sparsit aquella mañana que, después del desayuno, cuando ayudaba al señor Bounderby a coger su sombrero en el vestíbulo, depositó un casto beso sobre su mano, murmurando: «¡Mi bienhechor!», y se retiró agobiada de pena. Sin embargo, es un hecho incontestable, llegado al conocimiento del autor de esta historia, que cinco minutos después de que el señor Bounderby saliera de la casa cubierta la cabeza con aquel mismo sombrero, la descendiente de los Powler amenazó con su diestra amitonada el retrato de su bienhechor, e hizo a aquella obra de arte una mueca despectiva, como diciendo:

—Te está bien empleado, idiota; me alegro.

Acababa de partir el señor Bounderby, cuando apareció Bitzer. Era portador de un mensaje del Refugio de Piedra, llegado en el tren que se veía en aquel momento alejarse refunfuñando y dando alaridos a lo largo de los viaductos que atravesaban las tierras carboníferas pasadas y presentes, de aquella región inculta.

Era una nota escrita precipitadamente, para avisar a Luisa que la señora Gradgrind estaba muy enferma. La pobre señora nunca gozó de salud, y así la vio su hija desde que tuvo uso de razón; pero desde hacía ya varios días habían empeorado sus achaques, y en la pasada noche se había temido por su vida; encontrándose tan próxima a la muerte, que pensaba hallarse cerca de algo que exigía, al mudar de condición, la sobra de una voluntad contraria a la nulidad de sus facultades volitivas.

Acompañada del más ágil de los consejeros, pálido servidor acertadamente elegido para abrir las puertas de la muerte en las que golpeaba la señora Gradgrind, Luisa voló a Villahulla sobre las hulleras pasadas y presentes, y pronto se vio absorbida por aquella ciudad de máquinas y de humo. Despidió al mensajero, tomó un coche y ordenó la condujeran a su antigua casa.

Rara vez había vuelto allí desde su boda. Su padre estaba casi siempre en Londres, ocupado en tamizar y volver a tamizar su montón de cenizas parlamentarias, y se encontraba todavía removiendo el basurero nacional. Su madre, echada, como siempre, en un sofá, no consideraba las visitas de su hija más que como motivo de molestia. Luisa no se hallaba muy a gusto en compañía de los niños; nunca se había vuelto a mostrar cariñosa con Celia, desde la noche en que la hija del titiritero alzó los ojos para mirar compasivamente a la prometida del señor Bounderby. Nada tenía Luisa que le hiciese desear volver a la casa paterna, y, por consiguiente, rara vez lo había hecho.

Cuando se aproximó a la casa donde había pasado su infancia, no sintió despertarse en ella las dulces influencias que se supone sugiere el hogar paterno. Los sueños de la niñez, sus aladas fábulas, sus castillos en el aire, las perspectivas risueñas, encantadoras, imposibles, de un mundo imaginario; todas esas ilusiones en las cuales es tan dulce haber creído alguna vez en la vida, que es tan dulce recordar cuando ya no se puede creer en ellas, no podían despertarse en Luisa; no podían acudir aquellos recuerdos de la juventud, igual que la Caridad llama en torno suyo a todas las criaturas; ilusiones que trazan con sus manos puras, en los pedregosos caminos de este mundo, un jardín, donde más les valiera a los hijos de Adán ir con frecuencia para recuperar su confianza sencilla e ingenua, en vez de su sabiduría, adquirida en las miserias mundanales. ¿Qué tenía Luisa que ver con todas estas cosas? Antes de llegar a la razón no había recorrido los caminos encantados de la imaginación por donde tantos millones de niños pasaron antes que ella. No había encontrado, al final de su jornada, la razón, bajo la forma de una deidad bienhechora, inclinándose ante divinidades no menos poderosas. La razón se le había mostrado de pronto como un ídolo sombrío, frío y cruel, cual tirano feroz, cuyas víctimas estaban atadas de pies y manos, y cuyos labios de hielo no saben articular palabra, si no es tratar del movimiento reducido a tantos kilos, a tantos caballos de vapor. ¿Qué tenía ella que ver con las ilusiones infantiles? Sus recuerdos del hogar paterno y de la niñez eran los tristes recuerdos de que le habían desecado, en su corazón joven, las primaverales fuentes de la ilusión temprana, cuando más se querían desbordar. ¿Dónde estaban ahora aquellas aguas bienhechoras? Habían ido a fertilizar las campiñas donde las vides brotan entre las zarzas y las higueras entre los cardos silvestres.

Entró en la casa y en la alcoba de su madre, presa de un profundo y terrible dolor. Desde que Luisa abandonó aquella casa, Celia había vivido con el resto de la familia bajo un pie de igualdad. Celia estaba junto a la señora Gradgrind, y Juana, la hermana menor, que tenía unos diez o doce años, se hallaba en la alcoba.

Costó mucho trabajo hacer comprender a la señora Gradgrind que su hija mayor estaba allí; descansaba sobre un sofá, apoyada, según su inveterada costumbre, en almohadones, conservaba su actitud habitual cuanto se lo permitía su extremada debilidad. Se había resistido resueltamente a meterse en cama, temiendo, según decía, no volver a salir de ella.

Su débil voz parecía venir de muy lejos, del fondo de su montón de chales, y el sonido de las voces ajenas que le dirigían la palabra, parecían invertir tanto tiempo en llegar a sus oídos, que se la hubiera creído acostada en

el fondo de un pozo. La pobre señora estaba más cerca de la verdad de lo que jamás había estado.

Cuando le dijeron que la señora Bounderby estaba allí, contestó, como si jugara a los despropósitos, que jamás había llamado a su yerno por aquel nombre, desde que se casara con Luisa; que en espera de que se le encontrara un nombre conveniente, le había llamado por su inicial, y que no quería en aquel momento alterar la regla que había observado hasta entonces, siendo así que no había hallado aún un nombre definitivo. Luisa se había sentado junto a ella hacía unos minutos, y le había hablado antes de que la enferma llegara a comprender con claridad que se encontraba allí. Entonces pareció despertar de pronto.

—Hija mía —dijo la señora Gradgrind—, supongo que todo marchará satisfactoriamente para ti. Todo fue cosa de tu padre. Tenía en ello mucho empeño, y sus esfuerzos habrán redundado en tu bien

—Madre, yo quisiera hablar de ti; no de mí.

—¿Quieres hablar de mí, querida? Cosa inusitada; pues te aseguro que aquí nadie se preocupa de saber como sigo. No estoy del todo bien, Luisa. Me siento débil y mareada.

—¿Te duele algo, mamá?

—Creo que existe un dolor en alguna parte de esta alcoba —respondió la señora Gradgrind—; pero no puedo decir que es un hecho que sea yo quien lo tenga.

Después de esta extraña respuesta, guardó silencio, durante unos minutos. Luisa, que tenía cogida la mano de su madre, no le sentía latir el pulso; pero cuando la llevó a sus labios sintió palpitar un leve soplo de vida.

—Raras veces ves a tu hermana —dijo la señora Gradgrind—. Conforme se hace mayor se te parece más y más. Quisiera que la vieses. Celia, hija mía: tráenosla.

Trajeron a la niña, y se quedó de pie, con una mano entre las de su hermana. Luisa observó que Juana se había adelantado, rodeando con el brazo el cuello de Celia, y sintió la diferencia del agasajo.

—¿Ves como se te parece, Luisa?

—Sí, mamá. Creo que se me parece, pero...

—¿Qué? Sí, es lo que siempre he dicho —exclamó la señora Gradgrind con una ligereza inesperada—. Y eso me recuerda... tengo... que hablarte, querida. Celia, buena niña, déjanos a solas un momento.

Luisa había soltado la mano de Juana; le parecía, el rostro de su hermana más risueño y más feliz que el suyo cuando tenía aquella edad; había visto, no sin un sentimiento de despecho, hasta en la alcoba de su madre moribunda, un reflejo de la dulzura de aquel otro semblante presente siempre ante sus ojos; aquel tierno semblante de ojos tranquilos, empalidecido por las noches de vela, pero más pálido aún por el contraste de una cabellera negra como el azabache.

Una vez a solas con su madre, Luisa vio extenderse por el rostro de la moribunda una inmovilidad lúgubre; se hubiera dicho que la enferma flotaba sobre las aguas de un río, y, toda resistencia terminada, se dejaba arrastrar por la corriente. Luisa llevó de nuevo a sus labios la sombra de aquella mano, y recordó a su madre:

—¿De qué me ibas a hablar, madre mía?

—¡Cómo! ¡Ah, sí, sí, querida! Ya sabes que tu padre está casi siempre ausente. Es preciso que yo le escriba para hablarle de eso...

—¿De qué, madre? No te preocupes. ¿De qué?

—Recordarás, querida, que cuantas veces he indicado algo sobre cualquier cosa me he quedado con las ganas de verlo realizado; por consiguiente, hace mucho que he dejado de decir mi opinión o de indicar nada...

—Ya te oigo, madre.

Pero sólo acercando el oído y siguiendo con atención los movimientos de los labios, pudo Luisa recoger, para darles sentido, unas palabras inarticuladas y sin ilación.

—Tú y tu hermano habéis aprendido mucho. «Hechologías» de todas clases, desde la mañana a la tarde. Si alguna «hechología» queda que no ha sido aplicada en esta casa hasta las heces, todo lo que puedo decir es que al menos espero no saber jamás cómo se llama.

—Te comprendo, mamá; pero haz un esfuerzo para continuar —dijo Luisa, para impedir que su madre se dejara arrastrar del todo por la corriente.

—Pero hay algo que no se encuentra de seguro en esas «hechologías» y de la que se ha prescindido porque no se la conoce o porque se la ha olvidado. Luisa. No sé a punto fijo lo que puede ser, y he pensado en ella frecuentemente, cuando Celia estaba allí, sentada a mi lado. No sabré decir en este momento cuál es su nombre. Tal vez tu padre lo sepa. Y esto me tiene inquieta. Quiero escribirle, para pedirle por Dios que averigüe lo que es. Dame una pluma... dame una pluma...

Pero no tenía ya fuerza ni para moverse; su pobre cabeza se movía sin cesar de un lado a otro, a falta de otro lenguaje más expresivo.

Se imaginó, sin embargo, que le habían dado lo que pedía, y que la pluma, que no hubiera podido sostener, estaba entre sus dedos. Poco importan los caracteres ininteligibles que se puso a trazar sobre las sábanas.

No tardó en detenerse la mano; la luz, que no había proyectado más que débilmente aquella sombra chinesca, se extinguió, y la señora Gradgrind, aun siendo insignificante como era, al salir de estas tinieblas, donde el hombre se agita y se desvela en vano, se encontró revestida de la impresionante gravedad propia de los sabios y de los patriarcas.

CAPÍTULO X. LA ESCALERA DE LA SEÑORA SPARSIT

Como los nervios de la señora Sparsit se resistían tenazmente a recobrar el tono que habían perdido, esta digna mujer permaneció una temporada de algunas semanas en la finca de Bounderby, donde, a pesar de su espíritu de temple ascético, basado en un sentimiento de conveniencias por la decadencia de su pasada posición social, se resignó, como quien dice, a que la alojaran y alimentaran como a una princesa. Mientras duraron estas vacaciones, la gran cancerbera del Banco permaneció impertérrita en su papel de compadecer al señor Bounderby en sus propias narices, con una compasión que pocos hombres pueden estar orgullosos de haber inspirado desde que el mundo es mundo, y llamando al retrato de su señor, también en sus propias narices, imbécil y otras ternezas por el estilo, dichas con el mayor despecho y desprecio hacia él.

Al tempestuoso señor Bounderby se le había metido en la cabeza que la señora Sparsit era una mujer muy superior, puesto que había observado en él ciertas contrariedades que le inspiraban compasión —aunque no sabía con exactitud en qué consistía su desgracia—; se figuraba, por otra parte, que Luisa se opondría a recibir las visitas frecuentes de dicha dama sin el respeto debido a la voluntad de su dueño y señor; así que decidió no separarse tan fácilmente de la señora Sparsit. Por consiguiente, cuando los nervios de esta dama se restablecieron lo suficiente para permitirle consumir de nuevo a solas el estofado, señal de su independencia, su señor le dijo, durante la comida, la víspera de su partida:

—Tengo que decirle una cosa... Vendrá usted aquí todos los sábados, mientras dure el buen tiempo, y se quedará hasta el lunes.

A lo cual la señora Sparsit contestó, aunque no tenía creencias mahometanas, la frase musulmana:

—Oír es obedecer.

Aunque la señora Sparsit no era, ni con mucho, una mujer poética, se le ocurrió una idea, formulada por una fantasía alegórica. Y era que a fuerza de espiar a Luisa, de observar su impenetrable continente, que aguzaba y se burlaba de la curiosidad de la señora Sparsit, había acabado por elevarse a las alturas de la inspiración. Erigió en su imaginación una inmensa

escalera, en cuyo último escalón se hallaba un sombrío abismo de ruina y de deshonor; de día en día, de hora en hora, veía a Luisa rodar escaleras abajo.

La señora Sparsit no se ocupó ya de otra cosa más que de contemplar su escalera y ver cómo Luisa descendía, ya lentamente, ya de un modo rápido, algunas veces franqueando varios escalones a un tiempo, otras deteniéndose, pero sin intentar nunca subir, recuperando el trecho perdido. Si Luisa hubiera retrocedido un paso siquiera, la señora Sparsit se habría muerto de disgusto y de rabia.

Pero Luisa había seguido descendiendo, sin detenerse, hasta el día, y aun en el día mismo en que el señor Bounderby dirigió a la señora Sparsit la mencionada invitación semanal que hemos señalado más arriba. La señora Sparsit estaba, pues, de muy buen humor, y dispuesta a charlar hasta por los codos.

—A propósito, señor —perdone si oso formularle una pregunta relativa a un individuo por el cual muestra usted cierta reserva —lo que ciertamente es un gran atrevimiento por mi parte, sabiendo como lo sé, que usted no obra jamás sin motivo—: ¿Ha recibido usted algún nuevo informe, con respecto al robo?

—No, señora, no. Y en vista de las circunstancias, no espero que hayan dado con el ladrón. Señora, no se edificó Roma en un solo día.

—Es verdad —asintió la señora Sparsit, moviendo la cabeza.

—Ni en una semana.

—No, señor, es muy cierto—asintió de nuevo la señora Sparsit con una dulce melancolía.

—Pues bien: como usted comprende, también puedo esperar yo, hablando en sentido figurado. Si Rómulo y Remo esperaron, Josué Bounderby puede esperar también. Estos, sin embargo, tuvieron una juventud mejor que la mía: tuvieron por nodriza a una loba; yo he tenido únicamente una loba por abuela. Y no me daba leche, señora mía, que me daba golpes. En cuanto a eso, era una verdadera vaca de Alderney.

—¡Ah! —exhaló la señora Sparsit, con un estremecimiento.

—Nada, señora, nada nuevo he sabido sobre el particular. Sin embargo, el asunto está en buenas manos, y Tomás, que por cierto trabaja ahora con regular asiduidad —cosa rara en él; no se educó en la misma escuela que yo— ayuda cuanto puede a la Policía... Yo les recomiendo: esténse quietos, háganse los muertos, no respiren siquiera. Háganlo todo a la chita callando,

pero sin dejar traslucir lo más mínimo que están ustedes ojo avizor, o de lo contrario, verán cómo medio centenar de la cuadrilla se ponen de acuerdo para que logre escapar de las garras de la Justicia el barbián desaparecido. Estén tranquilos; los ladrones irán tomando poco a poco confianza en que no corren peligro, y entonces les echaremos el guante.

—Muy bien pensado; es una idea maravillosa —dijo la señora Sparsit—. Esto me interesa vivamente. ¿Y la anciana de quien usted habló?

—La vieja de quien hablé no se encuentra — interrumpió Bounderby con tono acerbo, puesto que en aquello no tenía de qué vanagloriarse—. Pero puede usted estar bien segura de que se descubrirá su paradero. Entre tanto, señora, soy de opinión que valdrá más ocuparnos menos de ella.

Aquella misma tarde la señora Sparsit, desde las ventanas de su cuarto, donde descansaba de hacer el equipaje, miró hacia su gran escalera, y vio a Luisa que seguía rodando escalones abajo.

La vio sentada al lado del señor Harthouse en un bosquecillo del jardín, hablando en voz muy queda; él se inclinaba hacia ella, y su rostro rozaba casi los cabellos de Luisa.

—Si es que no los ha rozado del todo —pensó la señora Sparsit, haciendo todos los esfuerzos posibles para ver con sus ojos de halcón.

La señora Sparsit estaba demasiado lejos de la pareja para oír ni siquiera una sola palabra de la conversación, y saber si hablaban en voz baja; pero lo adivinaba por su actitud.

Decían:

—¿Se acuerda usted de este hombre, señor Harthouse?

—¡Perfectamente!

—¿Se acuerda de su cara, de sus maneras y de lo que dijo?

—Perfectamente. Por cierto que me pareció muy pesado. Fastidioso y pedestre sobremanera. Por lo demás, fue muy hábil al adoptar el género de elocuencia patrocinado por la escuela de humildad virtuosa; pero le aseguro que, oyéndole, yo exclamaba: «Buen hombre, exageras».

—Confieso que me hubiera costado mucho trabajo pensar mal de ese hombre.

—¡Querida Luisa... como dice Tomás!, (aunque Tomás nunca la llamaba así). ¿Conoce usted alguna buena acción de ese individuo?

—No.

—¿Ni de ninguna otra persona de su calaña?

—¿Cómo puede ser de otro modo, cuando nada sé de ellos, ni de los hombres, ni de las mujeres? —replicó Luisa en un tono muy parecido a su tono de otras veces, y que ya parecía haber perdido.

—Entonces, querida Luisa, consienta usted en aceptar las ideas que somete a usted humildemente su amigo sincero, que conoce diversas variedades de sus excelentes semejantes, porque son excelentes —estoy dispuesto a reconocerlo— a pesar de cierta debilidad, entre las cuales hay que contar la que consiste en apropiarse de todo cuanto cae en sus manos. El individuo en cuestión hace frases; muy bien, pero ¿quién no posee esa habilidad? Profesa ideas de moralidad; muy bien; pero los charlatanes de toda especie frasean ideas de moralidad. Desde la Cámara de los Comunes hasta la Casa de Corrección, se profesan ideas de moralidad, excepto entre los que son como uno es; y esta excepción es la que nos hace menos soporíferos que los demás. Ya ha visto usted y ha oído el caso: se trata de un tejedor, y que ve que mi estimable amigo el señor Bounderby le manda a paseo; y conve ngamos en que el señor Bounderby no pone la delicadeza necesaria para dorar la píldora. El obrero se siente injuriado, vejado, exasperado, sale de la casa rezongando, se encuentra con alguien que le propone asociarse con él para dar el golpe en el Banco; acepta, se guarda algo en los bolsillos, que están vacíos, y se aleja con la conciencia tranquila. Francamente, es necesario convenir en que Blackpool, en vez de ser un sujeto vulgar, hubiera sido un hombre extraordinario, de no haberse aprovechado de una ocasión semejante. Hasta es posible que se le haya ocurrido a él antes que al otro, si posee suficiente inteligencia para eso.

—Casi tengo remordimiento —respondió Luisa después de meditar un instante— por estar tan dispuesta a escuchar a usted y de que sus palabras me alivien de un peso enorme.

—Nada digo que no sea razonable; nada que no sea digno de creerse. He hablado de ello más de una vez con mi amigo Tomás —porque existe la mayor confianza entre Tomás y yo— y tiene la misma opinión que yo. ¿Quiere usted dar un paseíto?

Se alejaron, paseándose por los senderos, que el crepúsculo empezaba a envolver entre sombras, apoyada Luisa en el brazo de Harthouse, sin pensar ni remotamente que seguía rodando, rodando, rodando por la escalera de la señora Sparsit.

La señora Sparsit vigila alerta, ojo avizor, día y noche. Una vez que Luisa hubiese llegado a lo hondo y hubiese desaparecido en el abismo, la escalera podría derrumbarse sobre la víctima, si así se le antojaba; mas, hasta

ese momento, el tinglado debía continuar armado para regodear la vista de la señora Sparsit, porque veía en él siempre a Luisa, que cada vez rodaba más abajo, más abajo siempre.

La señora Sparsit veía a Jaime Harthouse ir y venir, oía hablar de él a izquierda y derecha; veía como él los cambios de expresión que había estudiado en el semblante de Luisa; observaba también, como él, si se cubría con alguna nube, cómo y en qué momento; sabía, además, por qué esa nube se desvanecía en un instante; tenía sus negros ojos siempre abiertos, sin la menor piedad, sin el menor remordimiento, absorbida en su interés; en el interés que ponía en ver a su víctima siempre rodando, sin una mano amiga que la detuviera, cada vez más cerca del último peldaño de su gigantesca escalera imaginaria.

A pesar de todo el respeto que le inspiraba el señor Bounderby, como compensación a los insultos que le dirigía al retrato no tenía ni la más remota intención de impedir aquel descenso. Ansiosa de verlo realizado, aunque paciente en la espera, aguardaba el postrer tumbo para recoger el fruto de sus esperanzas más ardientes. Esperaba en silencio, fija siempre en la escalera su mirada cautelosa, y si alguna vez había algún movimiento amenazador, no era sino muy raramente, cuando nadie pudiese observarla.

CAPÍTULO XI. MÁS ABAJO, SIEMPRE MÁS ABAJO

Luisa bajaba por la gran escalera sin mirar atrás, dirigiéndose siempre, cual piedra arrojada a un pozo, hacia el sombrío abismo que la esperaba en lo hondo.

El señor Gradgrind, informado de la muerte de su mujer, había regresado de Londres y la había enterrado como conviene a un hombre eminentemente práctico. Después se apresuró a regresar al basurero nacional, y volvió a engolfarse en el tamizado de las escorias, a fin de descubrir lo que buscaba, para echar las cenizas a los ojos de los que perseguían otros objetivos. En una palabra: reanudaba sus funciones parlamentarias.

Entretanto, la señora Sparsit no daba tregua ni descanso a su asiduo espionaje. Separada de su escalera durante la semana por toda la extensión del camino de hierro que unía Villahulla con la finca, no dejaba por eso de observar los movimientos de Luisa, como gato al acecho de los ratones. El marido, el hermano, el señor Harthouse, los sobres de las cartas y de los envoltorios de los paquetes, todo objeto animado o inanimado, que podía tener relación con aquella fatal escalera, le proporcionaba, sin saberlo, noticias muy útiles; todo, todo lo vigilaba.

—Ya tienes el pie en el último tramo, señorona —murmuraba la señora Sparsit, apostrofando con la ayuda de su mitón amenazador a la mujer a quien veía rodar—, y por mucho que haga usted, todos sus artificios no me separarán de mis fines; por mucho arte que te des, no me cegarán tus mañas.

Sin embargo, fuese efecto del arte que se daba, fuese efecto de la Naturaleza, gracias al fondo primitivo del carácter de Luisa, o gracias a las circunstancias que habían concurrido, su extraña reserva burlaba la penetración de la señora Sparsit, sin dejar de dar estímulo a su curiosidad.

Había momentos en que el mismo señor Harthouse no estaba seguro de comprender el modo de ser de Luisa. Había momentos en que no podía ya leer en el rostro que tanto había estudiado, y aquella solitaria joven era para él un misterio más impenetrable que todas las mujeres del mundo rodeadas de un círculo de satélites que las ayuda a disimular.

Por aquel entonces, el señor Bounderby tuvo necesidad de ausentarse para un asunto que exigía su presencia en otra parte, durante tres o cuatro días. Fue un viernes cuando se lo anunció a la señora Sparsit, en el interior del Banco, añadiendo:

—Pero usted irá a la quinta como de costumbre. Irá usted por allí como si yo estuviera. Lo mismo debe dar a usted que esté yo como que no esté.

—Le ruego, señor —repuso la señora Sparsit, en tono de reconvención, y como a un resorte—, que no me diga eso. Su ausencia determinará para mí una gran indiferencia; supongo que ya lo comprenderá usted.

—Pues bien, señora: debe usted procurar resignarse y pasarlo lo mejor que pueda en mi ausencia —repuso el señor Bounderby, muy lisonjeado por aquella reconvención afectuosa.

—Señor Bounderby —respondió la señora Sparsit—: su voluntad es para mí una ley. De otro modo me hubiera visto inclinada a rehusar sus amables ofrecimientos, no estando muy segura de que la señorita Gradgrind encuentre tanto placer como usted en compartir conmigo su generosa hospitalidad. Pero ni una palabra más, señor; iré puesto que usted me lo ordena.

—Es que cuando invito a usted a ir a mi finca —repuso Bounderby abriendo los ojos—, me parece que no necesitará usted de más invitación que la mía.

—Verdad que no; al menos así lo espero, señor —replicó la señora Sparsit—. No hablemos más de eso, señor. Solamente quisiera ver a usted, otra vez, alegre.

—¿Qué quiere usted decir, señora? —interpeló Bounderby con su voz tempestuosa.

—Señor —contestó la señora Sparsit—, antes tenía usted una agilidad que lamento sinceramente no hallar ahora. Hay que hacerse fuertes, señor.

El señor Bounderby, bajo la influencia de esta difícil recomendación, que la señora Sparsit había acompañado con una mirada llena de compasión, no supo hacer más que rascarse la cabeza con una turbación ridícula; únicamente más tarde, y a distancia, intentó reponerse, empleando formas groseras con todos sus empleados, con quienes tuvo que hablar durante toda la mañana.

—Bitzer —dijo la señora Sparsit en la misma tarde de aquel día memorable, después de que su amo se puso en camino, y se cerró el Banco—, vaya

a presentar mis respetos al señorito Tomás, y pregúntele si quiere subir a compartir conmigo una chuleta de cordero, un puñado de nueces y un vaso de buen vino.

El señorito Tomás, siempre dispuesto a aceptar las invitaciones de este género, dio las gracias atentamente y poco después se presentó en la estancia.

—Señorito Tomás —dijo la señora Sparsit— al ver este refrigerio de mi casa, se me ocurrió que podríais caer en la tentación de probar algo.

—Gracias, señora —dijo Tomás.

Y se puso a comer con aire sombrío.

—¿Cómo está el señor Harthouse, señorito Tomás? —preguntó la señora Sparsit.

—¡Oh! Muy bien.

—¿Dónde está ahora? —interrogó la señora Sparsit con tono ligero después de haber abandonado a Tomás a las divinidades infernales, para enseñarle a ser más comunicativo.

—Está cazando en Yorkshire —contestó Tomás—. Ayer envió a mi hermana una cesta llena de caza, tan grande como una iglesia.

—Sólo con verlo —dijo la señora Sparsit con amabilidad— se adivina que el señor Harthouse es un diestro cazador.

—Estupendo —respondió Tomás.

Desde su más tierna edad, Tomás había tenido algo de falso en la mirada; más adelante se le había acentuado de tal modo este defecto que no podía mirar a nadie frente a frente por espacio de tres segundos consecutivos. Así, pues, la señora Sparsit tenía las mayores facilidades para observarle a su gusto.

—El señor Harthouse me ha sido desde luego muy simpático, como lo es para todas las personas que le tratan. ¿Podemos confiar en volver a verle pronto, señorito Tomás?

—Sí, mañana le espero.

—¡Oh! Esa es una buena noticia —exclamó la señora Sparsit.

—Estoy citado con él por la tarde aquí cerca, en el desembarcadero —dijo Tomás— y creo que cenaremos juntos. No irá por la casa de campo hasta dentro de ocho o diez días; al menos así me lo ha dicho. Sin embargo, no me extrañaría verle por allí el domingo.

—A propósito: ¿se acordaría de un recado que voy a darle para su hermana?

—Señora, procuraré acordarme —respondió Tomás de muy mal humor—, con tal de que el recado no sea muy difícil de retener en la memoria.

—Sólo se trata de ofrecer mis respetos a su hermana y prevenirle que temo mucho no me sea posible ir a molestarla con mi presencia esta mañana; estoy aún afectada de los nervios y creo haré bien en quedarme sola con mi tristeza.

—¡Oh! Si no es más que eso —observó Tomás— poco se perderá, aunque olvide su encargo, porque es probable que Luisa sólo la recuerde a usted cuando la tiene delante.

Después de haber pagado con este amable cumplido el refrigerio que le ofreció aquella amable señora, se encerró en el más completo mutismo hasta que dio fin de los postres, y entonces exclamó:

—¡Señora Sparsit, tengo que marcharme!

Y se fue.

Al día siguiente, que era sábado, la señora Sparsit lo pasó en la ventana viendo pasar los transeúntes, observando el tráfico callejero, revolviendo una infinidad de cosas en su cabeza, y sobre todo, no perdiendo de vista la escalera.

Llegada la noche se puso el sombrero y el chal y salió tranquilamente.

Sin duda tenía sus razones especiales para rondar por los alrededores de la estación, donde había de apearse a un viajero procedente de Yorkshire, y para elegir un puesto de observación tras las columnas, en los rincones, o tras los cristales de una sala de espera, mejor que dejarse ver a la luz. Tomás esperaba, rascándose, la llegada del tren.

Este tren no condujo al señor Harthouse. Tomás esperó a que los viajeros se dispersaran y se apaciguara el barullo; después consultó una lista de las horas de llegada de los trenes, y se informó por unos mozos de estación. Luego, se alejó lentamente, se detuvo en la calle, miró a derecha e izquierda, se quitó el sombrero, se lo volvió a poner, bostezó, se desperezó y simuló, en una palabra, todos los síntomas de ese aburrimiento mortal que ha de experimentar un hombre condenado a esperar la llegada del tren siguiente, cosa de un par de horas.

—Ha sido un pretexto para que el hermano no les estorbe —murmuró la señora Sparsit saliendo de la estación, donde no había perdido de vista a Tomás—. En esta momento Harthouse está con su hermana.

Fue un rayo de luz en un momento de inspiración, y echó a andar con la rapidez de que era capaz, a fin de comprobar si era fundada su sospecha. La estación del tren que pasaba junto a la casa de campo estaba situada en el otro extremo de la ciudad, el camino era difícil y no tenía tiempo que perder; pero fue tan expedita para tomar un coche de alquiler, tan ágil para apearse de él, tan pronta para sacar su dinero, para tomar su billete y subir a un vagón, que se sintió llevada por encima de los viaductos que cruzan las cuencas carboníferas, pasadas y presentes, igual que si hubiese sido sorbida y transportada lejos por una tromba. Durante todo el trayecto vio ante ella, inmóvil en el aire, tan visible a los ojos oscuros de su espíritu como lo eran a los ojos negros de su cara, los hilos eléctricos que semejabán un gigantesco pentagrama sobre el cielo del atardecer, su fantástica escalera, y a quien por ella descendía. Ya estaba la víctima en el último peldaño; Luisa se mantenía milagrosamente al borde mismo del abismo.

La noche, una noche nebulosa de otoño, vio, entreabriendo sus párpados medio cerrados aun por el crepúsculo, cómo la señora Sparsit se apeaba del vagón, bajaba los escalones de madera del andén para salir a un camino pedregoso; lo atravesaba para penetrar en un paseo de acacias, y se quedaba escondida tras unos macizos de ramas y de hojas. Uno o dos pájaros piaban somnolientamente en sus nidos; un murciélago que pasaba y repasaba a su alrededor con vuelo tardo, y el rumor ahogado de los propios pasos sobre el polvo espeso del camino, sobre el que se andaba como sobre terciopelo. Fue todo cuanto vio y oyó la señora Sparsit hasta el momento en que cerró suavemente la verja.

Se aproximó a la casa, siempre escondiéndose tras los arbustos, y dio la vuelta al edificio, examinando, a través de las hojas, las ventanas del piso bajo. La mayor parte de éstas estaban abiertas —no se acostumbraba a cerrarlas en un tiempo tan caluroso—; pero no se veía luz alguna y todo estaba en silencio. Recorrió el jardín, sin el menor resultado. Se dirigió hacia el bosquecillo a paso de lobo sin cuidarse de los hierbajos ni de las espinas; sin miedo de los gusanos, babosas, caracoles y demás bichos que pueden trepar por las piernas. Explorando con sus ojos negros y olisqueando todo con su nariz encorvada, la señora Sparsit atravesó suavemente las espesas retamas que hollaba en el camino, tan absorbida por su objetivo, que aunque el bosque hubiera sido un nido de víboras, no hubiera avanzado con menos temor.

¡Silencio!...

Los pajarillos hubieran podido caerse de sus nidos, fascinados por el brillo de los ojos de la señora Sparsit, en la sombra, cuando se detuvo para escuchar.

Hablaban en voz baja muy cerca de allí. Era la voz de Luisa y la del señor Harthouse. Luego la cita de éste con el hermano era un pretexto para tenerlo a distancia. Allí estaban los dos, cerca del árbol derribado.

Agachándose, para estar oculta entre las altas hierbas húmedas de rocío, la señora Sparsit se aproximó aún más a ellos. Se enderezó después, y se puso detrás de un árbol, como Robinson Crusoe cuando se emboscó para esperar a los salvajes; se halló tan cerca de ellos, que, de haber dado un paso más hubiera podido tocarlos con la mano. Harthouse estaba allí de incógnito y no se había dejado ver un la casa. Había ido a caballo, y tuvo que atravesar los campos vecinos, porque su caballo había quedado atado a unos cuantos pasos, en un prado, al otro lado de la cerca.

—Amor mío, ¿qué querías que hiciese? —decía—. Sabiendo que estabas sola, ¿cómo podía yo estar lejos de ti?

—Sí, sí, baja la cabeza para dártelas de más interesante —pensó la señora Sparsit—. No sé lo que verán los ojos de tu amante en tu rostro cuando se lo muestras; pero, de todos modos, bien sabes, «amor mío», que unos ojos te están observando...

Luisa bajaba la cabeza en efecto. Suplicaba a Harthouse que se fuera, le ordenó que se marchara, pero sin volver la cara hacia él, sin levantarla siquiera. Sin embargo, ¡cosa extraña!, la amable dama, emboscada detrás del árbol, no había visto a Luisa, en ninguna época de su vida, más tranquila que en aquel momento. Tenía cruzadas las manos, inmóviles como si fuesen de una estatua, y ni aun su palabra reflejaba la menor turbación.

—Amor mío —decía Harthouse, y la señora Sparsit vio con júbilo cómo abrazaba a Luisa por el talle—, ¿no consentirás que permanezca unos instantes a tu lado?

—Aquí, no.

—¿Dónde, Luisa?

—Aquí, no.

—¡Pero en tan corto el tiempo de que podemos disponer, y vengo de tan lejos, y estoy tan rendido a ti y tan desesperado...! Nunca el esclavo más sumiso se vio maltratado de este modo por su dueña. ¡Después de haber esperado una acogida afectuosa, que me hubiera hecho renacer a la vida, me desgarras el corazón!

—¿Cuántas veces tendré que decirle que quiero estar sola?

—Pero es preciso que nos veamos, Luisa mía. ¿Dónde nos encontraremos?

Se estremecieron los dos. La espía se estremeció también, como una culpable, porque creyó que había otro espía escondido entre los árboles. No era más que el rumor de la lluvia, que comenzaba a caer en gruesas gotas.

—¿Quieres que monte a caballo y que dentro de un rato me presente en tu casa, fingiendo suponer, inocentemente, que el amo está en ella, y que se mostrará encantado de recibirme?

—¡No!

—Tus crueles órdenes serán ejecutadas al pie de la letra, aunque deba considerarme como el hombre más desgraciado de la tierra. ¡Haber sido insensible ante las demás mujeres, para verme al fin subyugado y despreciado por la más hermosa, la más codiciada y la más ingrata! Mi admirable Luisa: no puedo irme, no puedo abandonarte, por más que abuses así de tu poder.

La señora Sparsit le vio retener a Luisa con el brazo con que la estrechaba, y en el mismo instante escuchó, aquella voz cuyo menor detalle no escapaba a sus oídos, declarar que la adoraba, y que ella era el único premio por el cual quisiera él sacrificarlo todo, hasta su propia vida. El objeto principal de cuanto había perseguido hasta ahora, el afán constante de todos sus deseos, nada era comparado con su amor; el triunfo electoral, que casi tenía ya en la mano, los arrojaba lejos de sí como un vil interés, en comparación de su amor. Sólo se ocuparía en adelante en buscar medios de estar junto a Luisa; renunciaría a todo si tenía que separarse de ella; huiría, si ella quería huir con él, o mantendría en secreto su amor, si ella se lo ordenaba; todo le era igual, con tal de que ella se abandonase fielmente al hombre que había comprendido su sacrificio y su alejamiento, al hombre a quién había inspirado desde el primer día una admiración y un interés que ya no podía contener en silencio; al hombre que había obtenido su confianza, y que la merecía por su abnegación y por su pasión ardiente, el hombre que la reverenciaba e idolatraba. Todo esto y mucho más fue oído furtivamente por la señora Sparsit, a pesar de su nerviosismo, a pesar del temor de verse descubierta, del rumor creciente que producía el chaparrón que caía entre las hojas, y de una tormenta que se echaba encima con horrísono rugir de truenos.

La señora Sparsit recogió todas las palabras, pero de tal modo envueltas en una bruma inevitable de confusión, que cuando Harthouse saltó por la empalizada del cercado, y se fue en su caballo, la espía no estaba segura de dónde volverían a encontrarse los amantes, ni cuándo, aunque sí sabía que se habían dado cita para aquella misma noche.

Pero uno de los amantes permanecía aún cerca de ella, en medio de la oscuridad; así que, mientras pudiese seguir los pasos de Luisa, no podía equivocarse.

«¡Oh, amor mío! —pensó la señora Sparsit—. ¡Qué poco te imaginarás que llevas tan buena escolta!»

La señora Sparsit vio a Luisa salir del bosque y entrar en la casa.

¿Qué hacer? Llovía, como si se hubiesen desatado las cataratas del cielo. Las medias blancas de la señora Sparsit se habían manchado de mil colores, predominantemente de verde; tenía pinchos en los zapatos; en diversas partes de su vestido colgaban orugas, balanceándose en hamacas confeccionadas por ellas mismas; corrían canalillos de su sombrero y de su nariz romana. Todo esto no impidió que fuese a ocultarse entre los arbustos, para reflexionar sobre lo que podría hacer.

«Pero ¿no es Luisa quien sale de la casa? Apenas ha tenido tiempo para coger un chal y ya sale de la quinta. Va a reunirse con su amante. Ya está rodando el último tramo de la escalera, ya está hundida en el abismo».

Andando, a pesar de la lluvia, con paso firme y veloz, Luisa abandona el paseo principal para tomar un sendero paralelo. La señora Sparsit la sigue a la sombra de los árboles, pero a corta distancia: temía perderla de vista, según lo apresurada que marchaba ante aquella frondosidad tenebrosa.

Cuando Luisa se detuvo para cerrar sin ruido la verja, la señora Sparsit se detuvo también. Cuando Luisa volvió a andar, la señora Sparsit echó a andar también. Luisa tomó por el mismo camino por donde había llegado la señora Sparsit; salió de la verde alameda, cruzó el camino pedregoso y subió por la escalinata de madera que conducía a la estación. La señora Sparsit sabía que el tren para Villahulla no tardaría en llegar; dedujo, por consiguiente, que Villahulla iba a ser el primer punto de destino.

En el estado deplorable del vestido —desceñido y empapado— de la señora Sparsit, pocas precauciones eran necesarias para que no la conociesen; pero, aun así, se detuvo a la sombra de una pared de la estación, dobló el chal de forma distinta de antes y se lo puso cubriéndose el sombrero. Disfrazada así, pudo sin temor a ser reconocida, subir la escalera, y pagar su billete en la taquilla. Luisa esperaba sentada en un rincón. La señora Sparsit se sentó, para esperar, en otro rincón. Ambas oían la tempestad que rugía con violencia y la lluvia, que resbalaba por el tejado o azotaba las columnas. Dos o tres faroles, que se encendieron, volvieron a apagarse por el viento y la lluvia; en consecuencia, las dos viajeras contemplaban en

todo su esplendor la luz del relámpago, cuando dejaba ver sus culebrillas y sus zig-zags a lo largo de las vías.

Pronto retembló la estación, y se acentuaron sus palpitaciones como un corazón enfermo, anunciando la llegada del tren. Una llamarada de fuego, vapor y humo; una luz roja, un silbido, un enorme estrépito, una campana, un aviso de partida y Luisa se halla dentro de un coche de tren, y la señora Sparsit en otro; la pequeña estación no es ya más que un punto desierto, perdido en la tempestad.

La humedad y el frío hacían tiritar a la señora Sparsit, mas no por eso dejaba de estar radiante de alegría. Luisa había caído al fondo del abismo, y en cierto modo le parecía a la buena señora que sólo tenía que vigilar un cadáver. Después de haber desplegado tanta actividad para organizar aquel triunfo fúnebre, ¿cómo no iba a estar radiante de alegría, reventando de gozo?

«Llegará a Villahulla mucho antes que él, por muy veloz que sea el caballo de su enamorado —pensó la señora Sparsit, cuando el tren se detuvo en la ciudad—. ¿Dónde irá a esperarla? ¿Y dónde irán después juntos? Paciencia; ya veremos».

Tan fuerte era la lluvia, que causó enorme confusión cuando el tren llegó a su destino. Los canalones y las gárgolas se habían desbordado, las alcantarillas estaban inundadas y las calles eran verdaderos torrentes. Desde el primer instante en que se apeó la señora Sparsit, dirigió una mirada desesperada hacia los coches que esperaban a los viajeros, que materialmente los asaltaban.

«Probablemente subiré a un coche —pensó— y desapareceré antes de que yo haya tenido tiempo de seguirla en otro. Aun a riesgo de que me aplasten, quiero ver el número del coche, y enterarme de las señas que da al cochero».

Pero la señora Sparsit se equivocó en sus cálculos. Luisa no montó en un coche; había ya partido a pie. Los ojos negros que estuvieron fijos en el vagón donde Luisa había viajado, no fueron lo bastante diligentes.

Al cabo de un rato, viendo que la portezuela no se abría, la señora Sparsit pasó y volvió a pasar por delante, sin ver nada; acabó por mirar en el interior y vio el vagón vacío. Hela aquí empapada hasta los huesos, con los pies tan mojados que chocleaban a cada paso, con un barniz de lluvia en su rostro clásico, con su sombrero arrugado como un higo, con las ropas en desorden, con las señas desteñidas que habían dejado en su espalda todos los botones, lazos y corchetes de su vestido; con todo el conjunto

Charles Dickens

adornado por un musgo verdoso como el que se acumula en las tapias de un parque en una avenida húmeda; de esta suerte, en fin, a la señora Sparsit no le quedó otro recurso que verter un raudal de amargas lágrimas y gritar:

—¡He perdido la pista!

CAPÍTULO XII. LA CAÍDA

Los que mangonean en el basurero nacional, después de divertirse propinándose unos a otros una serie de trastazos en mil batallas muy encarnizadas, se habían dispersado por el momento, y el señor Gradgrind había regresado a su casa para pasar las vacaciones.

Se disponía a escribir, en el despacho ornamentado con el reloj de lúgubre sonsonete, sin duda para demostrar algo: quizá que el buen Samaritano fue, en cambio, un pésimo economista. El ruido de la lluvia no le distraía gran cosa, pero atraía su atención lo suficiente para que algunas veces levantara la cabeza, como si rezongara contra los elementos. Al estallar estruendosamente un trueno, miró hacia Villahulla, y se le ocurrió la idea de que el rayo podría derribar alguna de aquellas gigantescas chimeneas.

Rodaba la tempestad en la lejanía y la lluvia caía como a un diluvio, cuando se abrió la puerta del despacho. Gradgrind miró tras de la lámpara que había sobre la mesa y estupefacto observó que era su hija mayor.

—¡Luisa!

—Padre; tengo que hablar contigo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué me revela la agitación de tu semblante? —exclamó el señor Gradgrind, asombrándose cada vez más—. ¿Y has podido llegar hasta aquí con esta tormenta?

Luisa llevó las manos a su vestido, como si no supiera que estaba mojado.

—Sí.

Descubrió su cabeza y dejando caer al suelo su capa de capucha, permaneció con los ojos clavados en su padre, tan pálida, tan despeinada, tan desesperada y tan amenazadora a la vez, que Gradgrind tuvo miedo de ella.

—¿Qué pasa? Te conjuro, Luisa, para que me digas qué ocurre.

—Padre: me has educado desde la cuna.

—Sí, Luisa.

—¡Maldita sea la hora en que nací para verme tan desgraciada!

Gradgrind con aire de duda y de espanto, repitiendo sin comprender:

—¿Maldita sea la hora...? ¿Que eres desgraciada...?

—¿Cómo has podido darme la vida y privarme de todas esas cosas imprescindibles e inapreciables que hacen que el vivo valga más que un muerto con conciencia de su estado? ¿Dónde están las gracias de mi alma? ¿Dónde los sentimientos de mi corazón? ¿Qué has hecho, padre, qué has hecho de este jardín que hubiera debido dar flores en este gran desierto que aquí ves, que llevo conmigo?

Y se golpeó el pecho con ambas manos.

—Si alguna vez hubiera florecido en mí, sus cenizas me bastarían para salvarme del vacío en que mi vida entera se destruye. Yo no quería decirte esto; pero, padre, ¿te acuerdas de nuestra última conversación en este mismo cuarto?

El señor Gradgrind estaba tan lejos de esperar lo que estaba oyendo, que respondió con cierta dificultad.

—Sí, Luisa.

—Lo que ahora sale de mis labios, te lo habría dicho aquel día, si hubieras venido en mi ayuda un solo instante. No te lo reprocho, padre mío. Lo que no has intentado nunca infiltrar en mi corazón, no intentaste tampoco nunca infiltrarlo en el tuyo; pero ¡ay!, si lo hubieses hecho tiempo ha, o si al menos me hubieras abandonado a mí misma, ¡cuánto más feliz no sería hoy!

Al oír estas palabras, triste recompensa de sus pasados desvelos, Gradgrind apoyó la cabeza en una mano y exhaló un gemido.

—¡Padre, si hubieras sabido, si hubieras comprendido, la última vez que estuvimos aquí juntos, lo que yo sentía en mí misma, aunque procuraba vencerlo! Yo no he hecho otra cosa desde mi infancia que procurar vencer los impulsos de mi corazón. Padre, si hubieras sabido que quedaban en mi pecho sentimientos, afectos, debilidades capaces de desarrollarse en él a pesar de todos los cálculos que hayan hecho los hombres, y tan desconocidos en nuestras Matemáticas, como lo es el Creador de todas las cosas; si hubieras sabido todo eso, ¿me habrías dado un marido que estoy segura de que aborrezco?

—¡No, no, pobre hija mía! —respondió Gradgrind.

—¿Me habrías condenado a la educación fría y estéril que de este modo me ha destrozado y endurecido? ¿Me habrías despojado —no para enriquecer a nadie, sino solamente por la mayor desolación de este mundo—, me habrías despojado de la parte material de mi existencia, de la primavera

y del verano de mis creencias, mi refugio contra todo cuanto hay de perverso y de sórdido en lo que me rodea, la escuela donde yo hubiera podido aprender a ser más humilde y confiada hacia esas cosas y esos seres, y a buscar en mi pequeña esfera el modo de hacerles todo el bien posible?

—¡Oh, no, no, Luisa!

—Sin embargo, padre, si yo hubiese sido ciega; si me hubiera visto obligada a buscar a tientas mi camino, y si, conociendo las cosas solamente por su forma y por el contacto de su superficie, habría sido libre para ejercitar mi imaginación para sacar partido de ella, yo sería hoy un millón de veces más feliz, más amante, más inocente, más humana, en todos sentidos, de lo que lo soy conociéndolas por los ojos que tengo ahora, por estos ojos que ven tanto. Y ahora, escucha lo que he venido a decirte.

Gradgrind cambió de posición. Habiéndose levantado Luisa al mismo tiempo, se encontraron el uno al lado del otro. Luisa tenía una mano puesta sobre el hombro de su padre y le miraba fijamente.

—Padre: sufriendo un hambre y una sed que nunca se han aplacado ni por un solo momento; atraída por un deseo ardiente hacia una región en donde las reglas, las cifras y las definiciones no fueran la única cosa de importancia, he ido creciendo y luchando a cada paso de mi camino.

—Jamás me imaginé que fueses desgraciada, hija mía.

—Yo sí lo sabía, padre. En este combate he renegado de mi ángel bueno y lo he trocado en un demonio. Lo que he aprendido me ha obligado a ser incrédula, desdeñosa, y hacerme lamentar lo que no había aprendido; mi postrero y lúgubre recurso ha sido que la vida se acabaría pronto y que nada había en ella que mereciese la pena o la molestia de un esfuerzo.

—¡A tus años, Luisa! —murmuró el padre, con voz doliente.

—A mis años —repitió Luisa—. En aquella condición me propusiste a Bounderby por marido; ahora me muestro cual soy, sin temor y sin esperanza, conociendo lo mortales que son las heridas. Ni tú ni él podéis reconvenirme por haber aparentado que lo amaba. Sabía, y tú también lo sabes y él tampoco lo ignora, que yo nunca le había querido. No era del todo indiferente, porque abrigaba la ilusión de complacer en todo y de ser útil a Tomás. Mi imaginación creó esas escapatorias, pero luego comprendí que han sido estériles. Tomás había sido el objeto de todas las ternuras de mi vida; acaso se ha vuelto así porque aprendí a compadecerlo. Pero no importa ahora el porqué, a menos que sirva para mirar con ojos indulgentes los errores de Tomás.

En tanto que el señor Gradgrind la sostenía en sus brazos, Luisa colocó la otra mano en el hombro de su padre, y continuó con los ojos fijos en él.

—Cuando me vi casada irrevocablemente, se despertó la antigua lucha; mi alma se revolvió contra aquel lazo, que ha hecho tan odiosas todas las antipatías que separan nuestros modos de ser tan distintos, y que todas las fórmulas generales o leyes no podrán apaciguar jamás, en tanto que la anatomía no haya descubierto región donde hundir su escabelo para llegar hasta los secretos del corazón.

—¡Luisa! —imploró Gradgrind, porque recordaba perfectamente lo ocurrido entre ellos la noche de su última entrevista; en aquel despacho.

—Nada te reprocho, padre; de nada me quejo. He venido a otra cosa.

—¿Qué puedo hacer, hija mía? Pídeme lo que quieras.

—Ya voy, padre. La casualidad ha puesto en mitad de mi camino un nuevo conocimiento: un hombre como jamás había visto; un hombre de mundo, fino, correcto, elegante, que sabe declarar abiertamente el triste concepto de todas las cosas que apenas me atrevía a abrigar en secreto; un hombre que me ha dado a entender, desde el primer día, aunque no sé cómo ni por qué medios, que me comprendía y leía mis pensamientos. No puedo decir que peor que yo. Parecía existir entre los dos una gran afinidad. Solamente me extrañó el que un hombre que no se interesaba por nada, manifestase tanto interés por mí.

—¡Por ti, Luisa!

Tal vez su padre hubiera dejado de abrazarla fuertemente por un sentimiento instintivo, de no observar en su hija un desmayo y un extraño fulgor en aquellos ojos que constantemente le miraban.

—Nada te diré de cómo ha conseguido ganar mi confianza. Poco importa como la ganó. La cuestión es que lo ha hecho, papá. Lo que sabes de mi matrimonio, no ha tardado en saberlo él tan bien como tú lo sabes ahora.

El rostro de Gradgrind se cubrió de una mortal palidez; retuvo aún a su hija fuertemente entre sus brazos.

—¡Pobres hija mía!

—Si, padre, compadéceme, o más bien compadece tu obra. Yo vivo en un mundo como en un desierto; yo tengo un corazón que para nada me sirve, que por nada se interesa, que es tan impotente para el bien como para el mal; yo no conozco las delicias del sentimiento; no sé en qué consisten las emociones de la vida, ni siquiera conozco el mundo por referencia. Me sucede lo que al hombre que, sin haber salido de la aldea en que nació, oye

hablar de otras regiones sin concebirlas, porque nunca creyó que el mundo se extendiese más allá de donde su vista alcanza; yo oigo a mi alrededor un lenguaje que no comprendo; yo he aprendido a calcular; pero ha llegado la hora en que temo aprender a sentir; y, sin embargo, quiero iniciarme en esa ciencia. Padre, padre: yo que siempre me he visto desheredada, huérfana de cariño; yo, que nunca he gustado los placeres de la ternura; yo, que tengo a mi lado a un hombre que me inspira horror, que me da asco, a quien detesto y a quien maldigo, ¿debo resignarme a esta vida cruel, estéril y fatigosa? ¿No puedo amar?

Luisa retiró las manos de los hombros de su padre, y se las llevó al corazón, mientras en su rostro desfigurado por el dolor, y en todo su ser erguido, resuelta a acabar de una vez con cuanto tenía que decir, se advertía cómo los sentimientos, tanto tiempo ocultos, habían estallado al fin.

Gradgrind vio en la desesperación de su hija todo lo horrible de la tempestad que combatía su alma. Aquella pregunta le descubrió un horrible misterio, y apenas pudo balbucear:

—¿Amar...? ¿A quién...?

—A alguien que me comprenda, a alguien que en un instante me indemnice de tantos años de sufrimientos, aunque envenene todos los días de mi existencia. ¿Qué me importa padecer? Yo quiero que mi corazón lata de alguna manera.

—¡Hija mía, me horrorizas!

—Padre: esta noche mi marido se hallaba fuera, y ese hombre ha estado conmigo; me ha declarado su amor: en este mismo instante me espera, porque no he encontrado otro medio para obligarle a alejarse de mi lado. No sé si estoy indignada, no sé si siento vergüenza, no sé si me siento degradada en mi propia estimación. Todo lo que sé es que todas tus filosofías y tus enseñanzas no me salvarán. ¡Y puesto que tú me has hecho ser como soy, sálvame por cualquier otro medio! ¡Enséñame un medio de romper esta cadena odiosa para recuperar mi libertad!

—No la hay, mi pobre Luisa.

—Yo no puedo creerlo. Si hay poder para atar, ¿por qué no ha de haberlo para desatar lazos terribles? Indícame un medio, padre mío.

—¡La muerte!

—¡La muerte! ¡Ay, adiós a mis esperanzas!

Gradgrind la estrechó con más fuerza, a fin de que no rodara al suelo, pero su hija gritó con voz terrible:

Charles Dickens

—¡Moriré si me sostienes! ¡Déjame que me caiga!

Luisa separó las manos de los hombros de su padre, se cubrió con ellas el rostro y lanzó un grito desgarrador. Y su padre la dejó deslizarse al suelo, y pudo contemplar allí, a sus pies, yaciendo inmóvil, el orgullo de su corazón y el triunfo de su sistema.

Libro tercero

La cosecha

CAPÍTULO I. OTRA COSA NECESARIA

Al volver Luisa de su desmayo, abrió lánguidamente los ojos, y se encontró en su lecho y alcoba de otros tiempos. Le pareció, al pronto, que todo cuanto había sucedido desde la época en que aquellos objetos le eran familiares, no podía ser sino las sombras de su sueño; mas, poco a poco, conforme las cosas se iban dibujando ante sus ojos con más precisión, los acontecimientos tomaban también una forma más real en su espíritu.

Apenas podía mover la cabeza dolorida y pesada; tenía los ojos también fatigados y doloridos, y se sentía muy débil. Una apatía extraña, pasiva, se había apoderado de ella de tal modo, que hasta al cabo de un rato no advirtió la presencia de su hermanita. Aun después de que sus ojos se encontraron con los de la niña, y de haberse acercado ésta al lecho, Luisa permaneció un rato mirándola en silencio, abandonando a Juana la mano que ésta retenía tímidamente, antes de preguntar:

—¿Cuándo me trajeron aquí?

—Anoche, Luisa.

—¿Quién me trajo?

—Creo que Celia.

—¿Por qué dices que lo crees?

—Porque la vi aquí esta mañana. No entró en mi alcoba a despertarme como de costumbre, y fui a buscarla. No estaba tampoco en su cuarto, y me puse a buscarla por toda la casa, hasta que al fin la encontré aquí, cuidándote y poniéndote paños en la frente. ¿Quieres ver a papá? Celia me dijo que debía avisarle cuando te despertaras.

—¡Qué rostro más radiante, más angelical, tienes, Juana! —dijo Luisa, al punto que su hermanita, siempre tímida, se inclinaba para besarla.

—¿De veras? Me alegra mucho que así lo creas. Estoy segura de que todo se lo debo a Celia.

Luisa retiró el brazo con que había empezado a rodear el cuello de la niña.

—Ve a avisar a papá, si quieres.

Deteniéndose un instante, añadió:

—¿Eres tú quien con todo esmero ha arreglado mi cuarto, que le ha dado este aspecto de bienvenida?

—¡Oh, no, Luisa! Ya estaba así antes de que yo subiera; ha sido Celia...

Luisa dio media vuelta en el lecho, y no oyó más. Cuando su hermana se retiró, volvió la cabeza y quedó con los ojos fijos en la puerta, hasta que se abrió para dar paso al señor Gradgrind.

Tenía un aire agobiado e inquieto; su mano, firme por lo común, temblaba entre las de su hija. Se sentó cerca del lecho, preguntó con ternura a Luisa cómo estaba, y le recomendó quietud después de la agitación de la noche pasada y de la tempestad a la que se había expuesto. Hablaba con voz dulce y turbada, muy diferente del tono dictatorial que en él era una costumbre; parecía rebuscar sus palabras.

—¡Mi querida Luisa! ¡Pobre hija mía!

De tal modo estaba aturdido y cohibido, que no pudo decir más. Intentó hablar de nuevo.

—¡Desventurada hija mía!

Le parecía tan difícil abordar el asunto, que aún empezó otra vez.

—Sería inútil, Luisa, procurar decirte cuánto me angustió anoche la revelación que me hiciste. La tierra firme que yo pisaba, tembló bajo mis pies. El único sostén sobre el cual me apoyaba, y del cual siempre me pareció imposible, y me lo parece aún, poner en duda la solidez, se ha deshecho en un instante. Estoy asombrado de este descubrimiento. No hay ningún sentimiento egoísta en lo que te digo, pero encuentro que el golpe que me hirió anoche es muy difícil de soportar.

Luisa no podía ofrecer ningún consuelo sobre este punto, ya que toda su vida no había sido más que un naufragio contra la misma roca.

—No diré, Luisa, que si por una feliz casualidad, me hubieras desengañado hace tiempo, hubiera sido mejor para los dos, para tu tranquilidad y para la mía, porque tengo la convicción de que no formaba parte de mi sistema provocar ninguna confianza de esta clase. He ensayado mi... sistema, y lo he puesto en práctica rigurosamente; debo, por tanto, aceptar la responsabilidad de mi fracaso. Te suplico tan sólo que estés segura, hija mía, de que obré así creyendo favorecerte. Te suplico, hija mía, que creas en mi buena intención.

Hablaba con voz conmovida, y es justo reconocer que decía la verdad. Midiendo abismos sin fondo con su mezquina sonda, y haciendo andar a trancas y a barrancas por toda la superficie del globo a sus compases de patas roñosas y enmohecidas, había creído hacer una gran cosa. En todo cuanto estuvo a su alcance destruyó las flores que embellecen la existencia, aunque con una intención más sincera que la mayor parte de los botarates con quienes se había puesto de acuerdo.

—De eso estoy convencida, padre. Ya sé que siempre me has mirado con ojos de predilección. Ya sé que me has querido hacer feliz. No me he quejado y no me quejaré nunca.

Gradgrind cogió la mano que Luisa le tendía y la retuvo entre las suyas.

—Hija mía —dijo—: toda la noche la he pasado ante mi mesa, repasando en mi espíritu el recuerdo de nuestra dolorosa entrevista. Cuando pienso en tu carácter, cuando pienso que me has ocultado desde hace años lo que sé desde hace unas horas tan sólo; cuando pienso en las circunstancias que te han obligado, al fin, a confesarlo, no puedo por menos deducir que debo desconfiar de mí mismo.

Podría haber ido más lejos en la confesión de su impotencia, viendo aquel semblante que le contemplaba; pero calló, avanzando la mano para separar, con suavidad, de la frente de su hija sus cabellos en desorden. Tan sencillas caricias, insignificantes en otro cualquiera, eran en Gradgrind muy significativas, y su hija las aceptaba como si hubieran sido palabras de arrepentimiento.

—De todas formas, Luisa —continuó Gradgrind con visibles muestras de vacilación y de desfallecimiento—, si tengo razón para desconfiar de mí mismo con respecto al pasado, no debo desconfiar menos con respecto al presente y al porvenir. Ayer, a estas horas, no hubiese yo empleado semejante lenguaje; pero hoy disto mucho de estar convencido de que merezco la confianza que depositas en mí, de que sea capaz de responder al llamamiento que has venido a hacerme, de que tenga el criterio necesario para ayudarte y volverte a poner en el buen camino, hija mía.

Luisa se había vuelto de espaldas, y tenía el rostro apoyado en el brazo, de modo que su padre no la podía ver. La violencia y la cólera de la joven se habían calmado; pero, aunque conmovida por más dulces sentimientos, no lloraba. Y su padre, ¿quién podría creerlo?, había cambiado tanto de modo de pensar, que se hubiera alegrado de verla verter un torrente de lágrimas.

—Hay personas que aseguran —prosiguió siempre en tono vacilante— que existe una sabiduría del corazón y otra de la cabeza. No lo creo; pero como ya te he dicho, tampoco creo en mí. Siempre supuse que la cabeza es suficiente para todo. Y puede ser que no sea así. ¿Puedo yo atreverme hoy a sostener lo contrario, si esa otra especie de sabiduría era por casualidad la que yo he descuidado, y fuera precisamente el sentimiento lo necesario, entonces, Luisa...?

Sus palabras revelaban aún gran duda, como si hasta aquel momento le repugnara admitir aquella hipótesis. Luisa no contestó; estaba tendida en la cama, casi a medio vestir, como su padre la vio tendida la noche pasada.

—Luisa —continuó, y su mano se posó de nuevo sobre el cabello de su hija—, desde hace algún tiempo he estado ausente de casa con frecuencia, y aunque la educación de tu hermana se ha basado en el... sistema... —parecía pronunciar con repugnancia esta palabra—, su educación ha sido modificada por el ejemplo de ciertas compañías que, en hora feliz para ella, no habría dejado de influir en su alma. Y yo te pregunto, con la mayor ignorancia, y humildad, hija mía, si habrá sido una felicidad esto para Juana. ¿Qué te parece?

—Padre —contestó Luisa sin moverse—, si se ha despertado en su infantil corazón una armonía que permaneció callada en el mío hasta que degeneró en discordancia, debe dar gracias a Dios por ello, y que prosiga por un sendero más feliz, sintiéndose dichosa de no haber seguido el mismo camino que yo.

—¡Oh, hija mía, hija mía! —exclamó Gradgrind con desesperado acento—. ¡Qué desgraciado soy al verte así! ¿De qué me vale que no me dirijas reproches, si yo mismo me reprocho tan acerbamente? Luisa —prosiguió, bajando la cabeza y hablando en voz baja—: tengo una idea vaga de que comienza a operarse en mí algún cambio feliz, por el mero efecto del amor y del agradecimiento: lo que la cabeza ha dejado sin realizar, quizá el corazón lo esté haciendo en silencio. ¿Lo crees posible?

Luisa no respondió.

—En todo caso, esto no podría servirme de motivo de orgullo, Luisa. ¿Cómo podría sentirme satisfecho, viéndote ante mí en semejante estado? ¿Verdad, hija mía?

Gradgrind, preso de desesperación, la contempló una vez más tendida y vuelta, y, sin pronunciar palabra, salió de la alcoba.

Apenas se había alejado, cuando Luisa oyó andar de puntillas junto a la puerta y sospechó que Celia había venido a colocarse a la cabecera de su lecho. No volvió la cabeza. Al pensar que la iba a ver en aquel lamentable estado, y que la mirada involuntaria de piedad, que tanto la irritara un día, iba a encontrarse justificada, una ira sorda se encendió en ella, cual rescoldo que se aviva. Toda fuerza que se ha comprimido, estalla y destruye. El aire que tanto beneficia a la tierra, el agua que la fertiliza, el calor que madura los frutos, son fuerzas destructoras cuando se pretende dominarlas. Así ocurría con su pobre corazón: las excelentes cualidades que Luisa poseía se habían transformado, a fuerza de ser contenidas, en un bloque que se oponía al consuelo de un corazón amigo.

Por fortuna, sintió entonces que una mano se posaba suavemente sobre su cuello, y comprendió que la suponían dormida. La simpatía de aquella mano no podía despertar su cólera... Que siguiera, que siguiera posándose.

La mano permaneció quieta, despertando y provocando en Luisa una multitud de dulces pensamientos. Cuando se sintió en tan muelle descanso, con la conciencia de estar bien cuidada, algunas lágrimas asomaron a sus ojos. Una cara —el rostro de un ángel misterioso— rozó la suya, y sintió Luisa que lloraban sobre sus mejillas y que lloraban por ella.

En cuanto Luisa fingió que se despertaba, sentándose en la cama, Celia se apartó y quedó tranquilamente junto a la cabecera.

—Sentiría haberla molestado... Venía a preguntarle si quería usted que la acompañara.

—¿Y para qué? Mi hermana no puede pasarse sin ti; lo eres todo para ella.

—¿De veras? —respondió Celia moviendo la cabeza—. Quisiera hacer algo por usted.

—¿En qué?—preguntó Luisa, casi con dureza.

—No importa en qué; aquello de que estuviera usted más necesitada, si fuera posible. De todos modos, quisiera ser a usted lo más útil posible; y, por difícil que sea lo que me pida, no me cansaré de intentarlo. ¿Quiere usted permitírmelo?

—¿Te ha enviado mi padre para preguntármelo?

—No, por cierto —respondió Celia—. Me dijo que ahora no podía entrar; y esta mañana me hizo salir de aquí, cosa que en verdad...

Vaciló y se detuvo.

—En verdad, ¿qué?—preguntó Luisa, dirigiéndole una mirada escrutadora.

—Cosa que, en verdad, me pareció bien hecha, porque yo ignoraba si le gustaría a usted verme aquí.

—Crees que siempre te he detestado, ¿no es verdad?

—Me parece que no, porque yo siempre la he querido y he procurado demostrárselo a usted. Pero usted cambió algo conmigo poco antes de dejar la casa de su padre. No lo extrañé. ¡Usted sabía tantas cosas, y yo tan pocas! Y, además, era tan natural, yendo como iba a vivir entre nuevos amigos... que no tuve motivo por qué quejarme y no guardé a usted rencor por eso.

Celia se ruborizaba al decirlo, con acento humilde y animado. Luisa comprendió entonces la delicadeza de aquella alma, y sintió remordimiento.

—¿Puedo intentarlo? —preguntó Celia, que se sentía más atrevida, hasta el extremo de alzar la mano hacia el cuello que poco a poco se inclinaba ante ella.

Luisa detuvo aquella mano, la estrechó entre las suyas y respondió:

—Ante todo, Celia, ¿sabes cómo soy? Tan orgullosa y tan severa; siento en mi espíritu tanta turbación y me afligen tantas penas; soy tan colérica y tan injusta hacia los demás y hacia mí misma, que todo en mí es tormentoso y perverso... ¿No te asusta todo eso?

—No.

—Soy tan desgraciada y es tan completa la ruina de todo cuanto hubiera podido cambiar mis sentimientos, que si hubiera estado inconsciente hasta este momento, en vez de haber aprendido tanto como tú crees, no por eso dejaría de tener que empezar por aprender cosas tan sencillas ni de necesitar un guía que me orientara hacia la paz, el contento, el honor y todo lo bueno que me hace falta. ¿No te asusta eso?

—No.

En la inocencia de su constante afecto y en la prodigalidad de su antigua abnegación y simpatía. Celia esparcía como una suave luz en el ánimo sombrío de su compañera.

Luisa alzó la mano de Celia para permitirle que la abrazase. Después, cayendo de rodillas y estrechando entre sus brazos a la hija del titiritero, la contempló casi con veneración.

Charles Dickens

—Perdóname, compadéceme, auxiliame. ¡Ten piedad de mi gran dolor, y deja que recline mi cansada cabeza sobre tu corazón generoso!

—¡Oh, descánsela aquí, amiga mía! —exclamó Celia—. ¡Descánsela aquí!

CAPÍTULO II. MUY RIDÍCULO

El señor Jaime Harthouse pasó toda la noche y todo el día siguiente preso de tanta agitación, que el gran mundo, provisto de sus mejores lentes, no habría podido casi reconocer en él, durante aquel intervalo de excitación mental, a Jem, el hermano del honorable y chistoso miembro del Parlamento.

Verdaderamente, estaba muy agitado. Había veces en que se expresaba con una animación sólo propia de la gente vulgar. Entraba y salía de una manera incomprensible, como quien no sabe qué hacer. Se pasaba el día a caballo galopando por las calles como un bandolero. En una palabra: estaba tan aburrido, que se olvidaba hasta de que, algunas veces, el aburrimiento es de buen tono, y de que existen ciertas reglas, prescritas por autoridades competentes en cuestiones de moda.

Después de picar espuelas a su caballo con rumbo a Villahulla, a pesar de la tormenta, como si la ciudad estuviera a un paso, pasó en vela toda la noche; de cuando en cuando tiraba del cordón de la campanilla con verdadera furia, acusando al mozo de haberse guardado una carta, o un recado que no podía dejar de haber recibido, y exigiéndole la entrega al instante. Pero despuntó la aurora, se hizo de día, y no había aún rastro de carta ni de recado alguno; entonces decidió ir a la casa de campo. Una vez allí, supo que el señor Bounderby estaba ausente y su señora en la ciudad. Se había marchado a la ciudad, súbitamente, la noche anterior. Ni siquiera se enteraron de que se había marchado hasta que se recibió una orden diciendo que por el momento no se la esperara.

¿Qué hacer? En aquellas circunstancias, no le quedaba otro recurso que seguirla a la ciudad. Fue a la casa de Bounderby, en Villahulla. La señora Bounderby no estaba. Fue a ver si estaba en el Banco; el señor Bounderby estaba ausente, así como la señora Sparsit. ¿También retaba ausente la señora Sparsit? ¡Verse reducido al extremo de tener que sentir la ausencia de aquella tarasca!

—¡Está bueno...! No sé dónde estará —dijo Tomás, que tenía sus razones personales para inquietarse por aquella ausencia—. Se marchó no sé adónde esta mañana, al despuntar el día. Es una mujer que siempre se

rodea de misterio: la detesto. Es lo mismo que ese maldito albino, con sus ojos guiñados siempre fijos en uno.

—¿Dónde estuvo usted anoche, Tomás?

—¡Dónde estuve anoche! ¡Vamos, hombre! ¡Buena pregunta! Pues le estuve esperando a usted, señor Harthouse, y eso que caía un chaparrón como no he visto otro en mi vida. ¿Dónde estaba? Es a usted a quien hay que preguntar dónde estuvo.

—No pude venir... me retuvieron ciertos quehaceres...

—¡Lo retuvieron! murmuró Tomás—. En este caso, nos entretuvieron a los dos. Yo lo estaba tanto en la estación, mientras le esperaba a usted, que dejé pasar todos los trenes menos el correo. Habría sido muy divertido marcharme en aquel tren, con semejante noche, y tener que llegar hasta la casa de campo con aquel temporal. Así que me vi obligado a pernoctar en la ciudad.

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser? Pues en mi cuarto, en casa del viejo Bounderby.

—¿Ha visto usted a su hermana?

—¿Cómo diablos había de verla, si estaba a quince millas de aquí? —replicó Tomás abriendo desmesuradamente los ojos.

Maldiciendo los exabruptos del mequetrefe, por quien sentía una amistad tan sincera, el señor Harthouse dio por terminada la entrevista sin más ceremonia, mientras se preguntaba por centésima vez qué significaba todo aquello. Sin embargo, una cosa le parecía bastante clara. Que Luisa estuviera en la ciudad o no, que él la hubiera hecho una declaración prematura después de haber pasado tan malos ratos por comprenderla, que a ella le hubiera faltado valor, o acaso, simplemente, que hubiera ocurrido un accidente o un error incomprensible, por el momento, de todos modos sólo quedaba por hacer una cosa, y era esperar para hacer frente a los acontecimientos, por gravea que fuesen. No podía abandonar el hotel donde todos sabían que se hospedaba durante su residencia en aquella capital ennegrecida. Después de todo... «Lo que ha de ser, será.»

—Ya me espere un mensaje hostil, un cartel de desafío o una cita, reproches penitentes de la bella, o una sesión de boxeo improvisado con mi amigo Bounderby, como en Lancashire, lo que me parece más probable en el estado actual de los acontecimientos, lo primero que voy a hacer es comer —dijo Jaime Harthouse—. Bounderby tiene sobre mí una ventaja, y

es que pesa más; si ha de haber entre nosotros una explicación a la inglesa, mejor será que me vaya preparando.

Agitó, pues, la campanilla y echándose sobre el sofá negligentemente, ordenó:

—Comeré a las seis... que me pongan un buen bistec.

Mientras llegaba la hora mató el tiempo lo mejor que pudo. No era fácil, porque, atormentado como estaba, conforme transcurrían las horas sin obtener la menor explicación, su perplejidad aumentaba como un interés compuesto.

Sin embargo, tomó las cosas con tanta tranquilidad como las puede soportar la naturaleza humana, y le asaltó más de una vez la graciosa idea de practicar un poco de boxeo.

—No estaría mal —dijo bostezando— dar cinco chelines al camarero porque se dejara vencer.

Y poco después se le ocurrió:

—¿Y si alquilara por horas un mocetón de ciento veinte kilos de peso, como Boudierby? Un mocetón al que de un puñetazo le rompiera la crisma.

Pero estos disparates no consiguieron distraerle de su preocupación, y me veo obligado a confesar que el tiempo se le hizo horriblemente largo.

Le fue imposible, hasta la hora de comer, dejar de dar vueltas sobre las cenefas de la alfombra, mirar por la ventana, escuchar a la puerta cada vez que sonaban pasos, y sentir cierta inquietud, cuando creía que aquellos pasos se aproximaban a su cuarto.

Pero después de cenar, cuando el crepúsculo sucedió al día, y después la noche al crepúsculo, sin que hubiera recibido ninguna comunicación, comenzó a sufrir lo que él llamaba «todas las torturas del Santo Oficio».

No obstante, siempre fiel a su convicción —la única que tuvo en su vida— de que el verdadero buen tono consiste en la despreocupación, aprovechó aquella crisis para pedir luz y un periódico.

Hacía cerca de media hora que intentaba leerlo, cuando un criado entró y dijo con tono a la vez humilde y misterioso:

—Dispense, señor. Alguien desea ver a usted, si lo permite.

Un vago recuerdo —que era la fórmula empleada allí por los agentes de policía cuando iban a echar el guante a un ratero—, irritó a Harthouse, el cual preguntó al camarero:

—¿Qué diablos quiere usted decirme con ese «alguien»?

—Dispense, señor. Ahí fuera hay una joven que desea ver a usted.

—¿Ahí fuera? ¿Dónde?

—Detrás de esa puerta, señor.

—¡Que el diablo cargue contigo, imbécil!— exclamó el señor Harthouse, que se precipitó al pasillo, donde encontró, en efecto, a una joven a quien no conocía, vestida sencillamente, muy serena y muy hermosa.

Cuando la condujo a su cuarto y le ofreció una silla, observó a la luz de las bujías, que era más linda de lo que le había parecido al principio. Su rostro resplandecía de inocencia y juventud, y su expresión era muy agradable. No tenía miedo de él y no mostraba ninguna turbación; parecía preocupada únicamente por el objeto de su visita; no pensaba más que en eso y se olvidaba de sí mismo.

—¿Hablo con el señor Harthouse? —preguntó cuando estuvieron solos.

—Sí, señora —contestó Harthouse—. Y le habla usted a él —añadió— con los ojos más confiados que he visto en mi vida, y la voz más firme y serena que nunca oí.

—Si no sé a ciencia cierta... y reconozco en esto mi ignorancia —dijo Celia— las cosas a que le obliga su galantería de caballero, sobre otras cuestiones, creo al menos poder contar con su palabra de que guardará el secreto de mi visita y de lo que voy a decirle. ¿Puedo contar, pues, con su palabra?

—Puede usted contar con ello, se lo aseguro.

—Ya ve usted que soy muy joven; ya ve que vengo sola, y, al presentarme aquí, únicamente mi esperanza me ha dado consejo y valor.

—No he visto cosa más fantástica —pensó Harthouse siguiendo con los ojos la fugaz mirada que la joven dirigió al cielo—. ¡Vaya un principio! No sé adónde iremos a parar.

—Creo que ya habrá adivinado usted a quién acabo de dejar —dijo Celia.

—Hace veinticuatro horas, que me han parecido siglos, que estoy en la mayor ansiedad, en la mayor inquietud, respecto a cierta señora —respondió Harthouse—. Supongo que la esperanza que he concebido, de que usted viene de parte de esa señora, no me engañará.

—Me he separado de ella hace una hora.

—¿Y la ha dejado en..?

—En casa de su padre.

La cara del señor Harthouse se alargó, pese a su sangre fría, y aumentó su perplejidad.

—En verdad —pensó— que no sé adónde vamos a parar.

—Llegó anoche precipitadamente —continuó Celia—. Estaba muy agitada y pasó toda la noche sin conocimiento, desmayada. Yo vivo en casa de su padre, y me quedé cuidándola. Puede usted estar seguro, señor mío, de que no la volverá a ver en toda su vida.

El señor Harthouse exhaló un profundo suspiro, y si en alguna ocasión un hombre se ha visto reducido a no saber qué decir, fue sin duda él.

La ingenuidad infantil de Celia, su modesta intrepidez, su completa abnegación para olvidarse de sí misma y pensar únicamente en el objeto de su visita; todo esto, unido a su cándida fe en una promesa, la cual Jaime estaba casi avergonzado de haber hecho, daban a aquella entrevista un tono al que él no estaba acostumbrado y para el cual se sentía desarmado, de manera que no encontraba una sola palabra con que defenderse. Acabó, sin embargo, por decir:

—Una noticia tan emocionante, comunicada con tal confianza y por tales labios, me desconcierta verdaderamente hasta el último extremo. ¿Me permitirá que le pregunte si ha recibido encargo de la señora en cuestión para expresarse en los términos que lo ha hecho usted?

—No me ha dado encargo alguno.

—El hombre que se hunde, se agarra a un clavo ardiendo. Con todo mi respeto para el parecer de usted, y sin dudar de su sinceridad, permítame que le diga que aun abrigo la esperanza de que todo no está perdido, y que no se me condena a destierro perpetuo.

—No existe ni la más remota esperanza. Mi primer objeto al venir aquí, caballero, es asegurarle que es preciso renunciar a toda idea de volver a hablar con ella, exactamente igual que si se hubiera muerto anoche cuando llegó a casa.

—¿Que es preciso renunciar? ¿Y si yo no pudiese... o si tuviese el defecto de ser lo bastante tenaz para no querer renunciar?

—No por eso dejaría de ser cierto que no existe ninguna esperanza.

Jaime Harthouse la miró con una sonrisa incrédula; pero Celia no admitió la sonrisa, porque su mente estaba ocupada en otros pensamientos.

Harthouse se mordió los labios, y reflexionó un instante.

—Pues bien —dijo—: si por desgracia acabase por reconocerlo, después de los pasos que deba dar para cerciorarme de ello, que me veo obligado a una situación tan desesperada como es el destierro, no me convertiré en el perseguidor de esa señora. Pero ¿dice usted que no le ha dado encargo alguno?

—Solamente he recibido encargo de mi afecto por ella y de su afecto hacia mí. No tengo otro título que me acredite, sino el de haber estado a su lado desde que volvió a casa y de haber obtenido su confianza. No tengo otro título que lo que sé de su carácter y de las circunstancias de su matrimonio. ¡Oh, señor Harthouse!, creo que también usted lo sabe.

Harthouse se sintió conmovido por el fervor de aquel llamamiento hasta el fondo de la cavidad donde hubiera debido hallarse su corazón, en aquel nido de huevos abandonados, donde los pajarillos del cielo hubieran vivido, si no hubieran huido espeluznados de espanto.

—No soy lo que se llama un individuo moral —confesó— y nunca he pretendido pasar por tal. Soy todo lo inmoral que puedo ser. Y sin embargo, si he causado la menor pena a la dama, a quien se refiere nuestra conversación, si infortunadamente la he comprometido, si la he hecho partícipe de sentimientos no del todo conformes con lo que se llama el hogar doméstico, si me he aprovechado de que su padre es una máquina, de que su hermano es un mequetrefe, de que su marido es una bestia, me permitiré asegurar a usted que en todo eso yo no abrigaba ninguna intención maligna, sino que me he dejado arrastrar con una facilidad diabólica, muy ajeno de imaginar que el índice de capítulos era tan largo, basta el momento en que me he puesto a hojearlo. ¡Hasta que me he dado cuenta —añadió Harthouse para concluir— que era ya una novela en varios tomos!

Aunque hablaba con su frivolidad peculiar, se advertía que por aquella vez quería cubrir con una capa de barniz una sucia superficie. Se calló un momento; luego prosiguió con más sangre fría, aunque con unas muestras de descontento y de desilusión que todos los barnices del mundo no podrían disimular:

—Después de lo que acaba de decirme, de un modo que es imposible toda duda —y no sé de que otros labios lo hubiera podido aceptar tan fácilmente— me creo obligado a decir a usted, puesto que goza de la confianza de la señora, que yo no puedo rehusar a la posibilidad de volver a ver a esa señora. Todo cuanto puedo decir es que estoy indignado de haber llevado las cosas tan lejos... —no se hallaba en condiciones de seguir su perorata— pero me es imposible prometer que llegue a ser con el tiempo lo que se

llama un hombre moral, o que crea, ni remotamente, en la existencia de ese fénix fabuloso.

El rostro de Celia indicó con suficiente claridad que su misión había terminado.

—Me ha dicho usted el primer motivo de su visita —advirtió Jaime, cuando la muchacha le miró de nuevo—. ¿Debo, pues, presumir que hay un segundo motivo?

—Sí.

—¿Quiere usted ser tan amable que me lo diga?

—Señor Harthouse —respondió Celia con una dulzura y severidad que le desconcertaron completamente, y con una cándida confianza de verle hacer sin vacilar lo que ella pretendía, cosa que le colocaba en una situación muy rara—. La única reparación que está en su poder es abandonar esta ciudad inmediatamente y para siempre. Estoy completamente convencida de que no puede usted hacer más terrible el mal que ha causado. No diré que sea gran cosa, ni que valga lo bastante esa acción; pero algo es algo y es preciso que lo haga. Así, pues, aunque no tengo otros títulos que invocar más que los que ya conoce usted, y todo esto haya pasado entre usted y yo, sin más testigos, le ruego que abandone la ciudad esta misma noche, dando su palabra de que no volverá nunca.

Si Celia hubiera intentado ejercer sobre él otra influencia que la de la veracidad de sus palabras y la rectitud de sus intenciones; si hubiera mostrado la menor duda o falta de resolución; si hubiera hecho con la mejor voluntad del mundo la menor reserva; si hubiera demostrado o sentido el más leve temor de exponerse al ridículo o a sus objeciones, Harthouse habría sacado de todo eso algún partido. Pero con toda su destreza no habría conseguido turbar el alma cándida y confiada de Celia, como no habría podido trocar el azul del cielo con sólo contemplarlo.

—Pero —preguntó con cierto azoramiento—, ¿comprende usted la importancia de lo que me pide? ¿Ignora usted, acaso, que estoy en esta ciudad por un asunto político, bastante ridículo en sí mismo, el cual, sin embargo, me he comprometido llevar a buen término, y por el que, si fracasa, corro el peligro de que me linchen? Usted, sin duda, ignora todo eso; pero aseguro a usted que el hecho en sí es éste...

Nadie hubiera podido decir que Celia había prestado atención a aquellas palabras.

—Además —prosiguió Harthouse, dando vueltas por el cuarto con muestras de vacilación— todo eso es enormemente absurdo. Es para cubrir de

ridículo a un hombre; después de los sacrificios que he hecho por estas gentes, retirarme de un modo tan incomprensible...

—Sin embargo —replicó Celia—, estoy completamente segura de que es la única reparación que puede usted hacer, caballero. Estoy segurísima, o de lo contrario no habría venido.

Harthouse volvió a mirar el rostro de Celia y continuó paseando.

—Palabra de honor que no sé qué hacer. ¡Es tan inmensamente absurdo!

Entonces le llegó a él el turno de exigir secreto para capitular.

—Si me decidiera a hacer algo tan ridículo —dijo, deteniéndose de nuevo y apoyándose contra la chimenea—, sería solamente a condición de la discreción más absoluta.

—Tengo confianza en usted, caballero —replicó Celia—, y usted la tendrá en mí.

El sitio que ocupaba él ante la chimenea, le recordó su entrevista con el mequetrefe. Era la misma chimenea, y no pudo dejar de ocurrírsele que él era el verdadero mequetrefe en aquella ocasión. No daba pie con bola.

—A fe mía que jamás hombre alguno se ha encontrado en una situación más ridícula —dijo, clavando los ojos en la alfombra, y después en el techo, riendo y frunciendo el entrecejo, yendo y viniendo ante la chimenea—, pero no veo otro escape. «Lo que ha de ser será», y supongo es lo que será, según creo. Es preciso que me vaya, por lo que me imagino... En resumen: doy palabra de hacerlo.

Celia se levantó. Este resultado no la sorprendía; pero estaba muy satisfecha, y su rostro resplandecía de contento.

—Me permitirá usted añadir —continuó Harthouse— que dudo de que ningún otro embajador ni embajadora hubiera podido vanagloriarse del mismo éxito. Confieso que no solamente me ha colocado usted en una posición muy ridícula, sino que también me ha derrotado por completo. ¿Me hará el favor, al menos, de decirme el nombre de mi victoriosa enemiga.

—¿Mi nombre? —preguntó la embajadora.

—Es el único que puede interesarme esta noche.

—Celia Jupe.

—Perdone mi curiosidad, puesto que voy a partir. ¿Es usted de la familia?

—No soy más que una pobre muchacha —respondió Celia—, abandonada en mi infancia...; mi padre no era más que un titiritero; me recogió el señor Gradgrind, y desde entonces he vivido con ellos.

Y Celia se marchó.

—Sólo faltaba esto para completar mi derrota —dijo Jaime Harthouse, tumbándose, con aspecto resignado, en el sofá, después de haber quedado un rato inmóvil—. ¡Mi derrota, mi vergüenza es completa! ¡Una muchacha abandonada! ¡La hija de un titiritero! Nada más que eso; eso es todo...

Y a propósito de la gran pirámide, se le ocurrió la idea de remontar el Nilo. Cogió al instante una pluma para escribir a su hermano la siguiente carta, con unos garrapateados jeroglíficos, muy propios del caso:

«Querido Jack: Todo ha terminado en Villahulla. Me aburro soberanamente; y me voy a probar cómo se va en los camellos. Tu afectísimo, Jem».

Tocó la campanilla.

—Que venga mi criado —ordenó.

—Se fue a acostar, señor.

—Dígale que se levante y prepare las maletas.

Escribió otras dos notas: una, dirigida al señor Bounderby, para anunciarle que se marchaba de la provincia e indicarle dónde se le podría encontrar pasados quince días. La otra nota era para el señor Gradgrind, con el mismo objeto. Apenas se había secado la tinta de la dirección puesta a los sobres, ya Jaime había dejado atrás las largas chimeneas de Villahulla; instalado en un coche del tren que corría veloz humeando por el paisaje sombrío.

Las personas morales se imaginaron que el señor Harthouse se hizo algunas reflexiones consoladoras a propósito del recuerdo de aquella retirada, una de las raras buenas acciones de su vida, que había sido una especie de compensación de las otras, y que le habían servido de desenlace en una intriga bastante fea.

Pero no se hizo tales reflexiones consoladoras. Todo lo que sintió fue un profundo sentimiento de haberse puesto en ridículo, el temor a lo que dirían, si lo supieran, otros individuos que resucitaran aquella lamentable historia... Y se sintió tan atormentado que, aunque era aquélla la acción más loable de su vida, era precisamente la que ocultó con más cuidado, porque era la de la que más se avergonzaba.

CAPÍTULO III. MUY DECIDIDO

A pesar de un fuerte catarro, pródigo en ronquera y en estornudos que, a cada instante, amenazaban, dislocar su majestuosa nariz, la infatigable señora Sparsit fue a la caza del señor Bounderby, hasta que le encontró en la metrópoli. Y ya en ella, presentándose con toda la majestad de su dignidad personal en el hotel de San Jaime, hizo estallar los combustibles de que estaba cargada, explotando como una bomba. Después de haber cumplido su misión, con infinita satisfacción, aquella mujer de elevado espíritu se desmayó, apoyándose en el hombro del señor Bounderby.

El primer cuidado del señor Bounderby fue sacudirse para desembarazarse de la señora Sparsit y dejarla que se las compusiera a solas, como Dios le diera a entender, echada en el suelo, mientras duró el desmayo. Sin perder tiempo recurrió a los estimulantes más poderosos, tales como frotarle los pulgares, darle cachetes en las manos, rociarle la cara con agua abundante y atiborrarle la boca con sal. Cuando, gracias a estas atenciones delicadas, consiguió que volviera en sí la señora Sparsit —lo que no tardó mucho en suceder— el señor Bounderby la instaló en un tren, sin ofrecerle otros sedantes, y la hizo regresar a Villahulla más muerta que viva.

Considerada como una ruina clásica, la señora Sparsit presentaba un espectáculo bastante interesante cuando llegó al término de su viaje; pero, considerada desde otro punto de vista, la indisposición que había sufrido era excesiva y disminuía sus derechos a la admiración pública. Sin prestar la menor atención al deplorable estado del vestido y de la salud de la señora, sordo a sus estornudos patéticos, el señor Bounderby la metió rápidamente en un coche, y la condujo al Refugio de Piedra.

—Señor Tomás Gradgrind —dijo Bounderby, entrando como huracán, bastante avanzada ya la noche, en la habitación de su suegro—. Aquí está una señora... Ya conoce usted a la señora Sparsit... cuya señora va a decirle algo que va a dejarle mudo de asombro.

—¿No has recibido mi carta? —exclamó el señor Gradgrind, sorprendido por aquella inesperada aparición.

—¡Qué carta ni qué cuerno, señor mío! —rugió Bounderby—. No es este el momento de hablar de cartas. ¡Que vengan a hablar de cartas a Josué Bounderby, de Villahulla, con el estado de ánimo en que se encuentra!

—Bounderby —dijo el señor Gradgrind con tono de pacífica reconvencción—: hablo de una carta particularísima que te he escrito, a propósito de Luisa.

—Y yo le hablo a usted, Tomás Gradgrind —replicó Bounderby golpeando repetidamente la mesa—, de un mensajero particularísimo que ha ido a hablarme a propósito de Luisa. Señora, señora Sparsit, avance usted.

La infortunada dama, procurando entonces dar su testimonio, pero sin poder pronunciar con claridad una palabra, y haciendo penosos gestos que expresaban que padecía una inflamación laríngea, se puso tan fatigosa e hizo tantas muecas, que el señor Bounderby, no pudiendo soportarlo más, la cogió por el brazo y la sacudió.

—Si no puede usted hablar, señora, deje que lo haga yo —bramó Bounderby—. No es este el momento para que una lady, por muy distinguida que sea su familia, nos apure la paciencia tosiendo y estornudando y no se deje oír lo más mínimo, como si estuviera tragando bolas de billar. Tomás Gradgrind: esta señora se ha encontrado por casualidad hace poco, en ocasión de sorprender una conversación al aire libre entre la hija de usted y su alhaja de amigo, el gran Jaime Harthouse.

—¿De veras? —preguntó el señor Gradgrind.

—Pues ya se ve que sí. Y en esa conversación...

—Es inútil repetírmelo, Bounderby. Sé lo que ha pasado.

—¿Lo sabe? —dijo Bounderby, a quien sacaban de quicio la calma y la dulzura de su suegro—, puesto que sabe tanto, quizá sepa también dónde está su hija en este momento.

—Sin duda. Está aquí.

—¿Aquí?

—Mi querido Bounderby, permíteme que te ruegue, en interés de todos, que moderes tus arrebatos. Luisa está aquí. Desde que pudo cortar la entrevista con la persona de quien hablas, y que siento en el alma haberte presentado, Luisa se apresuró a venir a casa, a fin de ponerse bajo mi protección. Apenas hacía unas horas que yo había regresado de Londres, cuando la recibí aquí... en esta estancia. Se había apresurado a tomar el primer tren con dirección a Villahulla; corrió desde la estación a casa de su

padre, a pesar de una tempestad horrorosa, y se me presentó en un estado rayano en la locura. Huelga decir que hasta ahora no ha salido de mi casa. Por el interés de uno y otro, te ruego que te tranquilices.

Bounderby miró a su alrededor, sin decir una palabra, en todas direcciones, excepto en la de la señora Sparsit; luego volviéndose bruscamente hacia la sobrina de lady Scadgers, dijo a la infortunada mujer:

—¡Ea!, señora: ¡quedaremos encantados con oír las excusas que juzgue usted adecuadas ofrecernos por haber ido de Ceca en Meca, a todo gas, sin más bagaje que una patochada!

—Señor —murmuró la señora Sparsit—, en este momento mis nervios están demasiado excitados y mi salud muy quebrantada en servicio de usted, para permitirme otra cosa que refugiarme en mis lágrimas.

Y tal como lo dijo, lo hizo.

—Pues bien, señora —dijo Bounderby—, sin formular a usted ninguna observación que no deba hacerse a una dama de distinguida familia, añadiré una palabra, y es que opino que en otro sitio podrá usted refugiarse mejor; por ejemplo, en un coche. Y como el que la ha traído está a la puerta, permitirá usted que la conduzca a él y que la haga llevar al Banco. Ya allí, lo mejor que puede usted hacer es meter los pies en agua lo más caliente posible e ingerir un buen vaso de ron, bien caliente, hirviendo, mejor, con mantequilla, tan pronto como se haya tumbado en la cama.

Diciendo esto, el señor Bounderby tendió su diestra y acompañó hasta el vehículo en cuestión a la llorosa dama, que sembró todo el camino de plañideros estornudos. Pronto volvió solo.

—Como he comprendido en su expresión, Tomás Gradgrind, que deseaba usted hablarme, aquí me tiene. Pero le advierto francamente que estoy de un humor nada agradable; esta cuestión no es de mi gusto, ni aun siquiera como usted la explica, y considero que jamás me ha tratado su hija con el respeto y la sumisión a que yo, como Josué Bounderby, de Villahulla, tiene derecho a esperar de su mujer. Usted tiene su opinión, no lo dudo, pero ya sabe usted que yo tengo la mía. Si usted tiene intención de decirme esta noche algo que esté en contradicción con esta confesión sincera, mejor será que dejemos la conversación por terminada.

Como el señor Gradgrind se había mostrado muy conciliador, el señor Bounderby ponía cuanto estaba de su parte por enardecerle. Era una de las particularidades de su amable carácter.

—Querido Bounderby... —comenzó el señor Gradgrind en respuesta.

—Por lo pronto, y usted perdone —interrumpió Bounderby—, eso de querido, huelga. No me gustan que me quieran tanto. Cuando alguno me dice querido, encuentro generalmente que es con intención de engañarme o de aplastarme. No gasto con usted requilorios, porque ya sabe usted que nada tengo de fino. Si quiere usted etiqueterías, no ignora dónde buscarlas. Usted tiene amigos elegantes, finos, distinguidos, grandes señores, señorones, que le servirán ese artículo hasta que no quiera más; pero yo no tengo surtido de ese género tul en mi almacén.

—Bounderby, todos somos falibles —advirtió el señor Gradgrind.

—Yo creía que usted no.

—Quizá yo también lo creí. Pero repito: todos somos falibles, y quedará muy reconocido a tu delicadeza, si prescindes de esas alusiones al señor Harthouse. Pasaré por alto tu intimidad con él y las libertades que le has dado. Te suplico que, a tu vez, no insistas en hablar de él con relación a mí.

—¡Ni siquiera he mencionado su nombre! —exclamó Bounderby.

—Bien, bien —respondió el señor Gradgrind con paciencia y hasta con sumisión, y permaneció un momento reflexionando—, Bounderby: tengo motivos fundados para creer que nunca hemos comprendido del todo a Luisa.

—¿Qué entiende usted por «no hemos»?

—Bien. Yo no la he comprendido del todo, si así lo prefieres —contestó el señor Gradgrind en respuesta a la brutal pregunta—. Dudo de que haya estado acertado del todo en el sistema de educación empleado con ella.

—¡Al fin! ¡Ya cayó por su peso! —respondió Bounderby—. En eso estamos conformes. ¿Por fin se ha convencido? ¿Por fin ha hecho ese descubrimiento? ¡La educación! Voy a decir a usted lo que es la educación: Es simplemente ponerle a uno de patitas en la calle, y dejarle a uno con viento fresco y media ración para todo, menos para los porrazos. Eso es lo que yo llamo educación.

—Opino que tu buen sentido te demostrará —dijo el señor Gradgrind con tono de humilde reconvención— que por muy grandes que sean los méritos de semejante sistema, es en general de difícil aplicación para las hijas.

—¡Ni mucho menos! —replicó el obstinado Bounderby.

—Bien —suspiró el señor Gradgrind—. No discutiremos sobre ese punto. Te aseguro que no deseo entablar contigo ninguna polémica. Quisiera tan

sólo reparar el mal que he causado, si es posible, y espero que tú me ayudes, Bounderby, con buena voluntad, porque he sido muy desgraciado.

—Todavía no le entiendo —dijo Bounderby con deliberada obstinación—, y, por consiguiente, nada puedo prometer.

—Me parece, querido Bounderby —prosiguió el señor Gradgrind—, que en el espacio de unas horas he aprendido a conocer el carácter de Luisa mejor que en todos los años anteriores. Este conocimiento me ha sido revelado en circunstancias muy penosas, y no puedo vanagloriarme de haber hecho yo mismo el descubrimiento. Bounderby, te mostrarás sorprendido al oírme decir que creo existen en Luisa excelentes cualidades que... que se han abandonado cruelmente y hasta un poco torcido... Y... quisiera decirte que... si tienes la bondad de unirme a mí para intentar, de común acuerdo, dejar a Luisa para rehacerse durante algún tiempo, y para animar sus buenos sentimientos a fuerza de ternura y de solicitudes... eso, eso sería lo mejor para la dicha de todos nosotros. Ya sabes —concluyó el señor Gradgrind, ocultándose el rostro entre las manos— que Luisa ha sido siempre nuestra hija predilecta.

El soberbio y tempestuoso Bounderby, al oír estas palabras, se puso como la grana y se hinchó de tal modo, que parecía que fuera a darle un reventón, o un ataque de apoplejía fulminante. Con las orejas encendidas en pura púrpura con toques de bermellón, contuvo su indignación, sin embargo, y replicó:

—¿Quiere usted, por ventura, retenerla aquí durante algún tiempo?

—Yo... tenía la intención de consultarte, querido Bounderby, sobre si sería conveniente que Luisa permaneciese aquí como en una visita, para que la cuide Celia —ya sabes quién, es, Celia Jupe—, que la comprende y que goza de su confianza.

—De donde concluyo, Tomás Gradgrind —dijo Bounderby, levantándose con las manos en los bolsillos—, que la opinión de usted es la de que entre Lulú Bounderby y yo, Josué Bounderby, de Villahulla, exista lo que el vulgo llama incompatibilidad de caracteres.

—Temo que, por el momento, existe una incompatibilidad entre Luisa y... y... entre todas las relaciones sociales entre las cuales la he colocado —fue la triste respuesta del afligido padre.

—Con que, vamos a ver, Tomás Gradgrind —dijo Bounderby con la cara aún encendida, las piernas separadas, las manos metidas en los bolsillos, y con los cabellos que se parecían, más que nunca, a un campo de trigo abatingido por la cólera de sus ventoleras—. Usted me ha dicho su opinión, lo que

tenía que decir; ahora voy yo a decir la mía. Yo soy un villahullense, soy Josué Bounderby, de Villahulla; conozco todas las fábricas de esta ciudad, conozco todas sus chimeneas, conozco el humo de éstas y conozco a los obreros que en la ciudad trabajan; conozco todas esas cosas divinamente, porque son cosas reales. Pero cuando un hombre viene a hablarme de algo que revele cualidades imaginativas, contesto invariablemente a ese hombre, sea quien quiera, que le veo venir. Quiere comer sopa de tortuga y faisanes con cuchara de oro y aspira simplemente a montar en un carruaje tirado por seis caballos. Esto es lo que quiere su hija de usted. Puesto que usted opina que se le debe dar todo cuanto se le antoje, le aconsejo sea usted mismo quien se lo proporcione, porque ha de saber usted, Tomás Gradgrind, que de mí no ha de obtenerlo nunca.

—Bounderby —dijo el señor Gradgrind—, yo esperaba que, después de mis súplicas, emplearías un tono muy distinto.

—Espere un poco —replicó Bounderby—. Ha hablado usted cuanto se le ha antojado y he oído a usted sin chistar; ahora escúcheme a mí si le da la gana. Ha sido usted un modelo de inconsecuencia; no lo sea también de injusticia, pues por mucha pena que me cause ver a Tomás Gradgrind reducido a la situación en que se encuentra, me apenaría doblemente verle caer más bajo aún. Por lo demás, caso de existir incompatibilidad cualquiera, como usted lo da a entender, entre Luisa y yo, por mi parte doy a entender a usted, a mi vez, que existe una incompatibilidad grandísima e incontestable, que puede resumirse del siguiente modo: su hija está muy lejos de apreciar como debiera los méritos y cualidades de su marido y no está tan convencida, tan halagada como debiera por el honor que le reporta su casamiento. ¡No, por San Jorge! Me parece que no me salgo de la cuestión, y esto es hablar sin rodeos.

—Bounderby, eso no es entrar en razón —objetó el señor Gradgrind.

—¿De veras? —rezongó Bounderby—. Me encanta oírle hablar así, porque cuando Tomás Gradgrind, con sus nuevas luces de entendimiento, pretende que lo que digo está fuera de razón, no necesito más para convencerme de que lo que digo es muy sensato. Continúo, pues, con su permiso. Ya conoce usted mi origen y sabe usted que durante muchos años no he necesitado andaderas, por la sencilla razón de que desde niño me acostumbraron a andar solo. Pues bien: que me crea usted o que no me crea —es usted muy dueño de juzgarlo como le dé la gana— existen damas... damas linajudas... señoras, señoronas bien nacidas... pertenecientes a familias... a grandes familias, que tendrían a orgullo ir besuqueando la tierra que yo piso.

Disparó esta frase como un cohete, a la cabeza de su suegro.

—En tanto que su hija —prosiguió Bounderby— está muy lejos de ser una lady encopetada, está muy lejos de haber tenido un nacimiento linajudo. Me importan un bledo esas bagatelas, porque sabe usted que no me cuido de ellas, pero el hecho es éste, y usted —le desafío, señor Gradgrind— no puede cambiar un hecho. Ahora bien: ¿a propósito de qué he dicho todo esto?

—Supongo que no habrá sido por halagarme —observó el señor Gradgrind en voz baja.

—Escúcheme hasta el fin y no me interrumpa hasta que le llegue el turno de hablar. He dicho tolo eso, porque señoras pertenecientes a familias linajudas se han quedado estupefactas al ver la manera que su hija de usted tenía de conducirse conmigo. Se han admirado de la insensibilidad de su hija. Se han mostrado maravilladas de cómo podía yo tolerar semejante cosa. Yo mismo me maravillo ahora y estoy dispuesto a no soportarlo más.

—Bounderby — replicó el señor Gradgrind, levantándose—, creo que cuanto menos se prolongue esta entrevista, será mejor para los dos.

—Al contrario, señor Gradgrind; creo que esta entrevista debe prolongarse. Al menos... —esta consideración le detuvo— al menos hasta que haya dicho todo lo que tenía intención de decir; después, poco me importa el tiempo que estemos hablando, nos detendremos donde usted quiera. Voy a pasar a una pregunta que podrá simplificar el asunto. ¿Qué es lo que ha querido usted decir con la proposición que acaba de hacerme?

—¿Lo que quiero decir, Bounderby...?

—Sí, respecto a ese proyecto de visita —explicó Bounderby con un inflexible movimiento de cabeza.

—Quiero decir que espero consienta amistosamente que Luisa disfrute en casa de un período de descanso y de reflexión, que poco a poco podrá aportar una mejoría, deseable en muchos sentidos.

—Con lo cual se dulcificará el aspecto de incompatibilidad de caracteres —añadió Bounderby.

—En efecto, si es que planteas la cuestión en esos términos.

—¿Y dónde ha adquirido usted esas ideas? —interpeló Bounderby.

—Ya te he dicho que temo que no hayamos comprendido a Luisa. ¿Es mucho pedirte, Bounderby, que tú, que tienes bastantes años más que ella, me ayudes a intentar rehabilitarla? Aceptaste una gran responsabilidad al casarte con ella, «para bien y para mal», según dice la Epístola.

Posible es que el señor Bounderby se quedase de una pieza al oír que le repetían las palabras textuales que él había dirigido a Esteban Blackpool; pero cortó la cita litúrgica, dando un salto, y encolerizado.

—¡Vamos, hombre! —exclamó—. No tengo necesidad de que me lo digan: sé muy bien cómo la he aceptado; lo sé tan bien como usted. No se torture usted por eso, que es cuenta mía.

—Iba a observar solamente que, quién más, quién menos, todos podemos ser falibles, sin exceptuarte a ti, y que una ligera concesión de tu parte, fundada en la responsabilidad que aceptaste, no sería solamente un acto de bondad, de verdadera bondad, sino acaso un deber que Luisa puede reclamar.

—No es esa mi opinión —rezongó Bounderby—, y voy a liquidar este asunto de acuerdo con mis opiniones. Por lo pronto, advierto que no quiero que esto sea motivo de disputa entre nosotros, Tomás Gradgrind. A decir verdad, opino que sería indigno de mi reputación reñir por tan poco. En cuanto a su amigazo, el caballerecillo ese, puede largarse con viento fresco al infierno si le parece. Si me lo topo un día en mi camino, le diré mi manera de pensar; si no me lo encuentro, no le diré nada, porque no valdrá la pena incomodarme. En cuanto a la hija de usted, a la que he hecho ser Lulú Bounderby, y a quien hubiese hecho mejor en dejar que fuera Lulú Gradgrind, si mañana no vuelve a casa al mediodía, comprenderé que prefiere permanecer en otro sitio, y le mandaré aquí sus efectos personales para que pueda usted tenerla en su compañía en adelante, todo el tiempo que se le antoje, hasta el día del Juicio Final, si le da la real gana. A la gente en general, refiriéndome a la incompatibilidad que me ha obligado a este paso, diré: «Yo soy Josué Bounderby, de Villahulla, y me he educado así y así; ella es la hija de Tomás Gradgrind, y se ha educado de tal y cual manera, de otro modo; así que las dos bestias no podían formar una yunta». Creo, sin vanagloriarme, que nadie me tiene en el concepto de un hombre ordinario; así, pues, la mayoría de las personas comprenderán, sin necesidad de que yo lo diga, que me ha sido preciso casarme con una mujer que se saliera también de lo ordinario.

—Déjame, Bounderby, reflexionar seriamente antes de tomar semejante resolución.

—Yo me decido siempre pronto —replicó Bounderby, poniéndose el sombrero de cualquier modo—. Lo que tengo que hacer lo hago en seguida. Y me sorprendería que Tomás Gradgrind hiciera a Josué Bounderby, de Villahulla, semejante observación, conociéndole como le conoce, si pudiera en adelante maravillarme por nada de lo que atañe a Tomás Gradgrind, des-

pués de hacerse partidario de esas estupideces sentimentales. Ya conoce usted mi resolución, no tengo más que añadir. Buenas noches.

Con esto, el señor Bounderby se fue a su casa y se acostó. A las doce y cinco minutos del día siguiente, dio órdenes de embalar cuidadosamente los efectos personales de su señora y de llevarlos a casa de Tomás Gradgrind. Después, anunció en «El Diario de Villahulla», la venta, por contrato privado, de su casa de campo, y nació otra vez a la vida de soltero.

CAPÍTULO IV. PERDIDO

A pesar de que no había dejado de la mano el robo del Banco, desde aquel día el negocio ocupó lugar preferente en la atención del jefe de dicho establecimiento. Como prueba irrefutable de que no sin razón se jactaba de su prontitud y actividad incansables, el señor Bounderby, en su calidad de hombre que se salía de lo ordinario, de hombre que se había educado a sí mismo, como una maravilla comercial que era, más admirable que la misma Venus, puesto que ésta surgió del seno del mar y él del cieno, tenía mucho empeño en demostrar cuán poco disminuía su fiebre de los negocios estas pequeñeces domésticas. Por tanto, durante las primeras semanas de su segundo celibato, trajinaba más que nunca, y cada día que pasaba renovaba con tal ahínco las investigaciones a propósito del robo, que los agentes encargados de las pesquisas habrían casi deseado que tal robo no se hubiese perpetrado nunca.

Por otra parte, estaban desorientados y habían perdido la pista. Bien es verdad que habían permanecido tan inactivos desde que se descubrió el delito, que la mayoría de la gente suponía que se habían abandonado ya las pesquisas, dándolas por inútiles, al no haberse hecho ningún nuevo descubrimiento. Ninguno de los complicados, hombre o mujer, había dado el menor paso para comprometerse. Y —lo que aún parecerá más extraño—, no se había vuelto a oír hablar de Esteban Blackpool, y la misteriosa vieja seguía siendo un misterio.

Habiendo llegado las cosas a tal extremo, y viendo que las pesquisas resultaban infructuosas, el señor Bounderby resolvió dar un golpe de gracia. Redactó un anuncio ofreciendo una recompensa de veinte libras a quien consiguiera echar el guante a Esteban Blackpool, como presunto cómplice en el robo perpetrado en el Banco de Villahulla; describió las señas del citado Esteban Blackpool, su traje, su complexión, talla aproximada, etc., tan minuciosamente como le fue posible; refirió cómo el obrero había abandonado la ciudad, e indicó la dirección que se le había visto tomar.

Impresa la descripción de las señas del presunto cómplice en un gran pliego con caracteres negros, muy visibles, mandó pegar la especie de cartel en todas las esquinas al amparo de la noche, a fin que por la mañana llamase la atención de todos los habitantes de la ciudad.

Fue necesario que las campanas de las fábricas repicaran con su voz más sonora, llamando al trabajo, para que se dispersaran los grupos de obreros que, plantados ante los carteles al despuntar el día, los devoraban con ojos ávidos, no siendo los más ávidos los de aquellos que sabían leer, sino los de los analfabetos, que escuchaban la voz amiga que leía en voz alta, siempre había alguno que les hacía este favor.

Contemplaban aquellos grandes caracteres con un vago terror y un respeto que hubieran parecido casi ridículos, si el espectáculo de la ignorancia pública no despertase más bien ideas de compasión por sus perjuicios. Muchos oídos y muchos ojos quedaron aturdidos para todo el día con la audición y con la visión de lo que habían leído en aquellos carteles hasta cuando estuvieron entre el estruendo de la fábrica y el ajetreo de las ruedas de las máquinas. Y cuando se dispersaron los obreros por las calles, el grupo de lectores no decreció por eso.

El delegado Slackbridge convocó aquella noche misma a su auditorio; había obtenido del impresor un cartel muy nuevo, que llevaba en el bolsillo. ¡Oh, amigos míos y compatriotas, trabajadores oprimidos de Villahulla, hermanos míos en el trabajo y en la Humanidad; ¡oh, conciudadanos!: ¡qué jaleo se armó cuando Slackbridge desdobló lo que designó con el nombre de: «Este documento infernal», y lo expuso a las miradas y a la execración de la comunidad obrera!

—¡Oh, hermanos míos en la Humanidad: ved de lo que es capaz un traidor que deserta del campo donde combaten las almas generosas, al amparo de la santa bandera de la Justicia y de la unión! ¡Oh, amigos míos, que, lleváis al cuello el bárbaro yugo de la tiranía; vosotros, sobre quienes el despotismo cocea con sus patas ferradas, obligándoos a revolcaros en el polvo en donde quisieran teneros hasta el fin de vuestros días, como a la serpiente del paraíso terrenal! ¡Oh, hermanos míos, oh, hermanas mías! ¿Qué pensáis ahora de Esteban Blackpool, ligeramente encorvado de espaldas, con un metro setenta, de estatura, según anuncia este degradante e innoble documento, esta hoja bochornosa, este aviso pernicioso, este anuncio abominable? ¿Con qué majestuosa indignación aplastaréis la víbora que intenta arrojar esta mancha y esta vergüenza sobre la raza sacrosanta que felizmente lo ha, expulsado para siempre de su seno? ¡Sí, ciudadanos; se le ha expulsado de nuestro seno; se le ha echado! Porque ya os acordaréis de aquella noche que se presentó a nosotros en esta tribuna. Ya recordaréis cómo frente a frente, cómo cara a cara, y paso a paso, le perseguí a través de la maraña de sus tortuosas respuestas; ya recordaréis cómo bajó la cabeza retorciéndose, tratando de escurrírseme entre los dedos y dar por terminadas las preguntas, hasta el momento en que, no

sabiendo de qué medio valerse, le obligué a salir de esta sala, para que en adelante le pudiera señalar el dedo inflexible del desprecio, marcado con un hierro candente, con el estigma que lo separe de todo espíritu libre y sensato. Y ahora, amigos míos, vosotros los trabajadores —porque yo me jacto y enorgullezco de este lazo—, vosotros, amigos míos, que habéis conseguido tener un lecho duro, pero honrado, a fuerza de trabajar y no por el robo; vosotros, que ganáis con el sudor de vuestra frente vuestro condumio escaso, pero digno, decidme: ¿qué nombre merece ese infame holgazán, que arrojando la máscara, se yergue ante nosotros en toda su monstruosidad innata...?

¿Cómo le llamaréis...? ¿Un qué...? ¡Un ladrón! ¡Un bandido! ¡Un fugitivo! ¡Un proscrito, a cuya cabeza ponen precio, cuya cabeza está pregonada; una llaga, una úlcera, bajo la noble apariencia de tejedor de Villahulla ¡Así, pues, ¡oh, hermanos míos!, asociados en una obra sagrada, en la que vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos, que aún están por nacer, han de firmar, rubricar y sellar con el visto bueno, os propongo, en nombre del Sindicato en pleno reunido, que siempre tiene los ojos abiertos para vuestro beneficio, siempre celoso para vuestros intereses, os propongo que en esta reunión se declare la siguiente resolución: «Que Esteban Blackpool, tejedor, a quien se refiere este cartel, ha sido expulsado del Sindicato de obreros de Villahulla, y éste no tiene, por consiguiente, nada que ver con las fechorías de aquél, y no es responsable, como clase social, de sus deshonrosas acciones».

Así habló Slackbridge, rechinando los dientes y sudando el kilo. Algunas voces severas exclamaron: «No», y treinta o cuarenta obreros apoyaron esta preposición, gritando: «¡Orden, orden!» Un obrero dirigió al orador esta amonestación: ¡Slackbridge, vas demasiado lejos; modérate!

Pero estos eran unos pigmeos luchando contra un ejército de gigantes; la casi totalidad de la asamblea suscribió el evangelio que predicaba San Slackbridge, y lanzó tres vivas en su honor, mientras él se sentaba jadeante.

Los obreros y las obreras del mítin deambulaban aún por las calles dirigiéndose hacia sus domicilios, cuando Celia, que había sido llamada unos momentos antes, volvió al lado de Luisa. Habían tocado la campanilla.

—¿Quién es?—preguntó Luisa.

—Es el señor Bounderby —contestó Celia, pronunciando con timidez el nombre— que viene con el hermano de usted y una mujer joven, que dice llamarse Raquel y que usted la conoce.

—¿Qué quieren, Celia?

—Quieren ver a usted. Raquel ha estado llorando y parece estar muy enfadada.

—Padre —dijo Luisa, porque el señor Gradgrind estaba presente—, no puedo negarme a recibirlos. ¿Puedo decirles que pasen?

Como el señor Gradgrind respondió afirmativamente, Celia salió a decir a los visitantes que pasaran. Volvió casi inmediatamente con ellos. Tomás entró el último, y se quedó en el lugar más oscuro de la habitación, cerca de la puerta.

—Señora Bounderby —dijo el marido, que se presentó saludando con una ligera inclinación, muy fría—, espero que no le molestará mi presencia. No es hora muy a propósito, quizá; pero me acompaña esta joven, quien afirma ciertas cosas que me obligan a visitar a usted. Tomás Gradgrind, como su hijo se obstina en no decir una palabra sobre esas afirmaciones, me veo precisado a provocar esta especie de careo con su hermana.

—Usted me ha visto ya en otra ocasión, señora —dijo Raquel, plantándose frente a Luisa.

Tomás tosió.

—Usted me ha visto en otra ocasión —repitió Raquel, viendo que Luisa no contestaba.

Tomás volvió a toser.

—Es verdad —confirmó Luisa.

Raquel miró con aire altivo al señor Bounderby, y dijo:

—Señora, ¿querría usted decir dónde me vio y qué personas estaban presentes?

—Fui a la casa donde vivía Esteban Blackpool, la noche en que fue despedido de la fábrica, y allí vi a usted. También estaban presentes él y una anciana, que no habló nada, y a quien apenas vi, porque permaneció en un rincón oscuro. Me acompañaba mi hermano.

—¿Y no podías habernos dicho antes todo eso? —preguntó Bounderby.

—Prometí a mi hermana que no lo diría —(Luisa se apresuró a confirmar este aserto)—. Además —añadió el mequetrefe, con amarga ironía—, ella cuenta la historia con tan exactos detalles, que hubiera sido una lástima privarle a usted del placer de escuchar el relato.

—Haga el favor, señora, de decirnos —prosiguió Raquel— qué la llevó a usted en aquel día desgraciado a casa de Esteban Blackpool.

—Me dio lástima —respondió Luisa, ruborizándose—, y deseaba saber lo que iba a hacer, para prestarle ayuda.

—Gracias, señora —dijo Bounderby—. Muy agradecido; eso me congratula.

—¿Le ofreció usted un billete de Banco? —preguntó Raquel.

—Sí, pero lo rehusó. No pude hacerle aceptar más que dos libras en oro.

Raquel volvió otra vez los ojos hacia el señor Bounderby.

—¿De veras? —exclamó éste—. Se confirma totalmente el cuento que acaba de contarme, y que al pronto me pareció ridículo y absurdo.

—Señora —dijo Raquel—. Esteban está tachado hoy día de ladrón en unos carteles que han sido pegados por todas las esquinas de esta ciudad, y acaso de otras. Esta noche se ha celebrado un mitin, en el cual se ha hablado de él en iguales términos deshonorosos. ¡Esteban! ¡El más honrado, el más franco, el mejor hombre que hay en el mundo!

Su indignación la hizo desfallecer y rompió en sollozos.

—Lo siento mucho, muchísimo —dijo Luisa.

—¡Oh, señora, señora! —dijo Raquel—. Las personas de su clase no nos tratan, no nos conocen, no se preocupan de nosotros, no se creen de la misma especie que nosotros. No sé qué la impulsó a usted a ir a casa de Esteban aquella noche. No puedo afirmar que fue usted con alguna intención secreta que usted sólo conocía, sin preocuparse del daño que podría causar a un hombre. Entonces dije a usted: «Bendita sea, por haber venido», y lo dije con todo mi corazón. ¡Mostraba usted tanta conmiseración por sus penas...! Pero hoy no sé qué decir, no sé qué pensar.

Al verla tan fiel a la amistad que la unía con aquel hombre, y tan afligida, Luisa no tuvo valor para reprocharle sus injustas sospechas.

—Y cuando pienso —continuó Raquel, con voz entrecortada por los sollozos— que el pobre hombre estaba tan agradecido, creyendo a usted tan buena; cuando pienso que llevó su mano a su fatigado rostro para ocultar las lágrimas que usted le arrancó... ¡Oh! Comprendo que esté usted disgustada, pero no sé, no puedo asegurar...

—Acabemos de una vez —interrumpió el mequetrefe, agitándose con inquietud en la penumbra del rincón—. Es usted una alhaja para venir a insultar a las gentes con esas imputaciones. Merece usted una lección: que la planten en la calle por no saber tratar a la gente; no merece otra cosa.

Raquel no contestó una palabra y sus ahogados sollozos fueron el único rumor que se oyó hasta el momento en que el señor Bounderby tomó la palabra.

—¡Vamos! —dijo—. Ya sabe usted lo que ha prometido. Mejor sería que, en vez de llorar, pensara en eso.

—Estoy avergonzada —replicó Raquel, enjugando sus lágrimas— de que me hayan visto en esta estado, pero no volveré a hacerlo. Señora, cuando leí lo que se ha impreso contra Esteban —una serie de mentiras, tan falsas como si las hubieran dicho de usted—, me fui derecha al Banco, para decir que yo sabía dónde estaba Esteban, y para prometer solemnemente que vendría a Villahulla dentro de dos días. No encontré al señor Bounderby, y su hermano de usted me despidió. Entonces procuré ver a usted; mas, no pudiendo conseguirlo, volví a mi trabajo. Tan luego como salí de la fábrica, corrí a enterarme de lo que se decía de Esteban, porque sé muy bien, y lo digo con orgullo que él vendrá para avergonzar a todos sus detractores. Volví otra vez a casa del señor Bounderby, le encontré y dije todo cuanto sabía. No ha querido creer ni una palabra, y me ha traído aquí.

—Hasta ahí todo en exacto —asintió el señor Bounderby, con las manos en los bolsillos y el sombrero puesto—; pero no es de ayer desde cuando conozco a los obreros, entiéndalo bien, y sé que no se muerden la lengua. Pero ahora; recomiendo a usted que no hable más de lo preciso, y que obre, en cambio. Usted ha prometido hacer cierta cosa; todo lo que puedo decirle por el momento es que la haga.

—He escrito a Esteban por el correo de esta noche, como ya lo he hecho otra vez durante su ausencia —contestó Raquel—, y estará aquí, a más tardar, dentro de dos días.

—Voy a hacerle a usted una advertencia. Quizá no ignore usted —replicó Bounderby— que también ha sido vigilada de vez en cuando, porque no está exenta de toda sospecha de complicidad en este asunto; de acuerdo con el refrán: «Dime con quién andas, y te diré quién eres». No se nos ha olvidado registrar la saca de la correspondencia. Y lo que digo a usted en que en ella no había ninguna carta dirigida a Esteban Blackpool; así que dígame usted qué ha sido de las tuyas. A menos que se haga la ilusión de que le ha escrito.

—Señora, no hacía una semana que se había ido —dijo Raquel volviéndose a Luisa con aire suplicante— cuando recibí la única carta que él me ha escrito, diciéndome que se veía obligado a buscar trabajo bajo un nombre supuesto.

—¡Por San Jorge! —exclamó Bounderby silbando—. ¿Con que cambia de nombre? Eso está pero muy feo en un sujeto tan immaculado. Los Tribunales de Justicia, ¡vamos, creo yo!, siempre encuentran algo sospechoso en que un inocente dé en la manía de usar varios nombres.

—¿Qué iba a hacer, señora? —dijo Raquel, con los ojos arrasados en lágrimas—. En el nombre del cielo, ¿qué quería usted que hiciese el pobre hombre? Por un lado, los patronos estaban en contra suya; por otro, los obreros, aunque él sólo pedía que se le dejase trabajar en paz y vivir honradamente. ¿Es que un obrero no puede tener alma ni opinión propia? Es preciso, pues, que quede mal con los unos o con los otros, si no quiere que entre los dos lo aplasten.

—Es cierto, es cierto —dijo Luisa—. Le compadezco con todo mi corazón y espero que se rehabilitará.

—No tenga miedo, señora —replicó Raquel—. Está sobre seguro.

—Y tan seguro, por lo que sospecho —intervino el señor Bounderby—, puesto que rehúsa usted decirme donde está, ¿eh?

—No regresará, por indicación mía, para que se le reprocha inmerecidamente haber vuelto a la fuerza. Vendrá libremente, por su propia voluntad, para justificarse y avergonzar a todos los que han ofendido su buena reputación cuando él estaba ausente y no podía defenderse. Le he dicho lo que han hecho en contra suya —prosiguió Raquel, oponiéndose a toda observación cual una roca a los embates de la mar—, y estará aquí, repito, dentro de dos días.

—No obstante esa promesa —añadió el señor Bounderby—, si se le puede echar mano cuanto antes, podrá justificarse más pronto. En cuanto a usted, nada tengo que decir en su contra; lo que fue usted a decirme ha resultado cierto; yo le he facilitado los medios de que es verdad, y en paz. Buenas noches a todos; tengo que ir a examinar más detenidamente este asunto.

Cuando el señor Bounderby se puso en marcha, salió Tomás de su rincón, se le pegó como una lapa y se fue con él. La única despedida que pronunció antes de salir fue un «Buenas noches, papá», dicho de mala gana. Después de tan breve frase, y de una mirada de indignación a su hermana, abandonó la casa.

El señor Gradgrind no había prodigado sus palabras desde que había vuelto a su hogar. Seguía callado, cuando Luisa dijo dulcemente:

—Raquel, cuando algún día me conozca mejor, no desconfiará de mí.

—No es propio de mi carácter —contestó Raquel con tono más amable— desconfiar de nadie; pero cuando se desconfía de mí... de todos nosotros... no puedo desechar de mi mente tales pensamientos. Pido a usted perdón por haberla ofendido. No pienso ya en lo que he dicho hace poco, y, sin embargo, quizá vuelva a pensarlo, viendo la injusticia con que se trata al pobre Esteban.

—¿Le dijo a usted en su carta —preguntó Celia— que se sospecha de él, a lo que parece, porque se le vio rondar de noche alrededor del Banco? Así podría saber él lo que ha de contestar a su regreso, y no pillarle de sorpresa.

—Sí, señora —respondió Raquel—; aunque no puedo adivinar qué iba a hacer por allí. Aquel no era su camino, sino el opuesto. Su camino es el mismo que el mío, y no pasa por allí.

Celia se había acercado a Raquel, preguntándole dónde vivía, y si podría ir a su casa al día siguiente, para enterarse de si tenía noticias de Esteban.

—Dudo —respondió Raquel— de que pueda estar aquí antes de dos días.

—Entonces iré también pasado mañana, por la noche—dijo Celia.

Cuando Raquel se marchó, después de consentir en aquella cita, el señor Gradgrind alzó la cabeza y dijo a su hija:

—Luisa, hija mía: no recuerdo haber visto nunca a ese hombre. ¿Crees que está complicado en el robo?

—Sé que había acabado por creerlo, aunque con gran dificultad —respondióle su hija—. Mas ahora no lo creo, en absoluto.

—Es decir, que has hecho todo lo posible por creerle culpable, en vista de las sospechas que pesaban sobre él. Su aspecto y sus modales, ¿son los de un hombre honrado?

—Muy honrados.

—¡Nadie quebranta la confianza en él! Y me pregunto yo —dijo el señor Gradgrind, con aire preocupado—: el verdadero culpable, ¿conoce estas acusaciones? ¿Quién es? ¿Dónde puedo estar?

Los cabellos del señor Gradgrind habían empezado a cambiar de color de algún tiempo a esta parte. Al verle apoyar en la mano se cabeza encanecida. Luisa, con expresión de piedad y de espanto, se apresuró a sentarse a su lado. En aquel momento sus ojos se encontraron casualmente con los de Celia. Ésta se sonrojó y se estremeció, y Luisa se llevó un dedo a los labios.

A la noche siguiente, cuando Celia volvió la casa y dijo a Luisa que Esteban no había llegado, lo dijo en voz muy baja. La noche después, cuando volvió con la misma noticia, habló con la misma entonación de misterio. Desde el momento en que cambiaron aquella mirada, no volvieron a pronunciar ya el nombre de Esteban, y ni siquiera aludieron a él en voz alta; antes bien, procuraban desviar la conversación cuando el señor Gradgrind hablaba del robo.

Transcurrieron los dos días fijados; transcurrieron tres días con sus noches, sin que Esteban volviese, y sin noticias de él. Al cuarto día, Raquel, cuya confianza no se había quebrantado, aunque pensando que su carta se había perdido, fue al Banco a enseñar la carta que había recibido de Esteban con sus señas: una de las numerosas colonias obreras, a unas sesenta millas de la carretera principal. Se enviaron agentes al sitio indicado, y toda la ciudad esperaba que al día siguiente trajeran preso a Esteban.

Entre tanto el mequetrefe no se separaba del señor Bounderby; parecía su sombra, ayudándole en todas las pesquisas. Estaba muy agitado, horriblemente nervioso, se mordía las uñas hasta hacerse sangre. A la hora en que se esperaba la llegada del supuesto ladrón, el mequetrefe estaba en la estación, apostando a que Esteban había desaparecido antes de la llegada de los agentes enviados en su busca.

El mequetrefe tenía razón. Los enviados regresaron solos. La carta de Raquel había llegado, la carta de Raquel había sido entregada, y Esteban había partido en el acto, sin que nadie supiera más de él. Sólo había una duda en el ánimo de los villahullenses: todos se preguntaban si Raquel había escrito en efecto a Esteban para hacerle volver o para advertirle que emprendiese la fuga. Sobre este punto estaban divididas las opiniones.

Pasaron seis días, siete días: iba transcurriendo otra semana, y el miserable mequetrefe comienza a mostrar una triste audacia y a bravuconear, a desafiar a las gentes con la mirada.

—¿Conque no era el ladrón el individuo sospechoso? ¡Linda pregunta! Si no lo era, ¿donde está y por qué no vuelve para justificarse?

¿Donde estaba aquel hombre? ¿Por qué no volvía? En medio de la quietud de la noche, el eco de sus propias palabras, que durante el día había pronunciado Dios sabe dónde, volvía, sin querer, a los oídos de Tomás, donde resonaban hasta que entraba la mañana.

CAPÍTULO V. HALLADA

Transcurrieron dos días con sus noches, sin que apareciese Esteban Blackpool. ¿Dónde estaba y por qué no regresaba?

Todas las noches Celia iba a casa de Raquel, a pasar un rato con ella en su cuartito, tan modesto y aseado. Raquel trabajaba durante todo el día, como las gentes de su clase necesitan trabajar, sin levantar la cabeza, cualesquiera que sean sus ocupaciones. Las serpientes de humo mostrábanse indiferentes de que alguien se hubiera perdido o de que se le hubiera hallado; de que existiera gente mala o buena, inocentes o culpables; los elefantes neurasténicos, por nada que sucediera alteraban su marcha rutinaria, ni más ni menos que los partidarios de los hechos positivos.

Transcurrieron otro día y otra noche, y nada nuevo vino a interrumpir la monotonía villahullense. La desaparición de Esteban Blackpool iba cayendo ya en el olvido y comenzaba a ser un hecho tan monótono como el movimiento de una máquina cualquiera.

—Apostaría —dijo Raquel— a que no hay en la ciudad ni veinte personas que sigan creyendo en la inocencia de ese pobre hombre.

Se lo decía a Celia; ambas estaban sentadas en aquella habitación, alumbrada únicamente por el farol de la esquina de la calle.

Celia había llegado la primera, cuando anocheceía, para esperar que la obrera volviese de su trabajo. Raquel la había encontrado sentada junto a la ventana, y allí siguieron después juntas, sin necesidad de otra luz que la que alumbrase su melancólica conversación.

—Si no hubiera tenido la dicha de haberte conocido para que hablaras conmigo todas las noches —dijo Raquel—, hay ratos en que hubiera perdido el juicio. Pero tú me infundes valor y esperanza. ¿Verdad que estás convencida de que, aunque las apariencias le condenan, conseguirá demostrar su inocencia?

—Lo creo, Raquel, con todo mi corazón —respondió Celia—. De tal modo estoy persuadida, que la confianza con que rechazas todo desaliento la comparto vivamente. Tanto creo en su inocencia, como si le hubiese conocido toda mi vida.

—Y yo, querida —dijo Raquel, con voz temblorosa—, hace muchos años que le conozco, y siempre, lo he visto tan resignado, tan fiel a todo lo que es bueno y honrado, que, aunque no volviese a tener noticias de él, y aunque viviese cien años esperándole, diría hasta el momento de exhalar el último suspiro: «Dios conoce mi corazón. Nunca he dejado de tener confianza, en Esteban Blackpool».

—En casa todos estamos convencidos de que, tarde o temprano, brillará su inocencia.

—Cuanto más sé que en aquella casa están todos convencidos, querida —dijo Raquel—, más buena me parece al venir de allí, con el propósito de consolarme, hacerme compañía y de que te vean conmigo, cuando ni yo misma estoy libre de toda sospecha; y siento más, también, las palabras de desconfianza que dije a la señorita. Sin embargo...

—¿Ya no desconfías de ella, Raquel?

—Ahora que tú has procurado que la vea a menudo, no; pero de todos modos, sin poderlo remediar...

Su voz eran tan baja, casi como la de quien habla entre dientes, que Celia, aun estando sentada al lado suyo, se vio obligada a escuchar con atención.

—No puedo dejar de desconfiar de alguien... No puedo precisar quién sea, ni cómo, ni por qué han obrado así, pero temo que alguien haya hecho desaparecer a Esteban. Tengo la sospecha de que si se hubiese presentado voluntariamente a probar su inocencia ante el mundo, alguien quedaría comprometido, alguien que, para evitarlo, tal vez le haya cortado el paso y lo haya hecho desaparecer...

—¡Es horrible pensarlo! —dijo Celia, palideciendo.

—¡Oh! Sí... muy horrible...; ¡si le hubiesen asesinado!

Celia se estremeció y palideció más aún.

—Cuando me asalta esta idea —prosiguió Raquel—, y me asalta con frecuencia, aunque hago todo lo que puedo por desecharla, contando hasta mil mientras trabajo, recitando veces y veces fábulas que aprendí cuando era niña, me sumo en tan febril locura que, a pesar del cansancio, siento necesidad de andar apresuradamente leguas y leguas. No podría acostarme antes. Te acompañaré hasta tu casa.

—Ha podido caer enfermo cuando regresaba —dijo Celia, ofreciendo tímidamente un postrer cable de esperanza a aquella infeliz—, y en ese caso se habrá detenido en algún pueblo.

—Pero no está en ninguno de los pueblos que hay entre esta ciudad y el sitio donde ahora trabajaba. Se le ha buscado por todas partes, y en ninguna se le ha encontrado.

—Es verdad —contestó Celia, con desaliento.

—Sólo necesita dos días para hacer el viaje a pie. Aun cuando hubiera tenido doloridos los pies y no hubiese podido andar, no habría sido obstáculo, porque en la carta que le escribí incluí algún dinero para que tomara la diligencia, en caso de que no le quedara dinero suyo para pagar el asiento.

—Esperemos que el día de mañana nos traiga mejores noticias. Vamos a tomar un poco el aire, Raquel.

Con mano solícita puso el chal sobre los cabellos negros de Raquel, en la forma que acostumbraba a llevarlo, y salieron. La noche era hermosa, y en las esquinas de las calles conversaban algunos obreros, formando pequeños grupos; era la hora de cenar, y había poca gente por las calles.

—Ahora no estás tan agitada, Raquel; tu mano está menos ardorosa.

—Me encuentro mejor cuando empiezo a andar y respiro el aire fresco; pero cuando no puedo hacerlo, me siento mal y como trastornada.

—Ea, Raquel, no te dejes abatir, porque de un momento a otro se puede necesitar de ti para que tomes la defensa de Esteban. Mañana es sábado. Si no hay noticias mañana, ¿quieres que el domingo paseemos juntas por el campo? Este paseo te dará fuerzas para la semana próxima. ¿Quieres que vayamos?

—Sí, querida.

En aquel momento se hallaban en la calle donde estaba la casa del señor Bounderby. Para ir Celia a su casa, debían pasar ante la de Bounderby; en consecuencia, tomaron dicha dirección. Acababa de llegar a Villahulla un tren que había puesto en movimiento multitud de vehículos, produciendo: al disgregarse por las calles cierto bullicio en la ciudad. Infinidad de carruajes llevaban a los viajeros en una y otra dirección: uno de ellos se detuvo tan en seco a la puerta de la casa del señor Bounderby, que las dos muchachas se volvieron instintivamente. Al resplandor del reverbero de gas que alumbraba la puerta de la casa del banquero, vieron dentro del coche a la señora Sparsit, presa de violenta excitación, tratando de abrir la portezuela. Cuando la señora Sparsit las vio, gritó que se detuviesen.

—¡Qué extraña coincidencia! —exclamó la señora Sparsit, después de ayudarla el cochero—. ¡Qué coincidencia providencial! Apéese —dijo entonces

la señora Sparsit, dirigiéndose a alguien que aún estaba en el interior del coche—. Apéese o le haremos bajar a la fuerza.

Tras estas palabras, se vio descender a la misteriosa vieja, a la cual la señora Sparsit se apresuró a echarle las garras.

—¡Quieto todo el mundo! —gritó la señora Sparsit con gran energía—. ¡Que nadie la toque! Me pertenece. Entre usted, señora —añadió del mismo modo que había dicho hacía poco que saliera del coche—. Entre usted, señora, si no quiere que la hagamos entrar a la fuerza.

El espectáculo de una matrona de clásico continente en ademán de agarrar a una anciana por el pescuezo, para obligarla a entrar a regañadientes en una casa, habría bastado en cualquier ocasión para despertar la curiosidad de los badulaques británicos lo bastante afortunados para presenciar semejante escena, y les habría inducido a invadir la casa para ver en que paraba todo aquello.

Pero cuando la atracción del tal fenómeno estaba aumentada aún por el escándalo que había armado por toda la ciudad el robo del Banco, tan notorio y tan misterioso a la vez, claro está que los curiosos no podían razonablemente resistir al deseo de penetrar en la casa, aunque el techo hubiera amenazado desplomarse sobre sus cabezas. Por consiguiente, el grupo de espectadores que el azar había reunido, compuesto de unos veinticinco vecinos de los más oficiosos, se agolpaba detrás de Celia y de Raquel, que a su vez iban pisando los talones a la señora Sparsit y a su cautiva. Toda aquella gente irrumpió de un modo desordenado en el comedor del señor Bounderby, donde, los que llegaban los últimos, no vacilaron ni un instante en encaramarse a las sillas para ver por encima de los que tenían delante.

—¡Que llamen al señor Bounderby! —ordenó la señora Sparsit—. Raquel, ¿conoce usted a esta mujer?

—Es la señora Pegler —respondió la joven.

—¡Ya lo creo que lo es! —exclamó la señora Sparsit triunfalmente—. ¡Que venga el señor Bounderby! Vamos, hagan ustedes sitio.

En ese momento la anciana señora Pegler, envolviéndose en su chal y tratando de evitar las miradas curiosas, murmuró unas palabras de súplica.

—¡Vaya, no venga con esas! ¡Sí que sería gracioso! —replicó la señora Sparsit con voz alta—. Le he dicho ya veinte veces, mientras veníamos, que no la soltaría hasta habérsela entregado a él mismo en persona.

El señor Bounderby se presentó en compañía del señor Gradgrind y del mequetrefe, con los cuales había estado celebrando una conferencia en el piso superior. La mirada del señor Bounderby demostró un sentimiento de sorpresa más bien que de hostilidad al ver a los convidados, no invitados, que llenaban su comedor.

—¿Que significa esto, señora Sparsit? —interpeló—. ¿Qué pasa?

—Señor —comenzó a decir la digna ama de llaves—: doy gracias a mi buena estrella por haberme procurado la satisfacción de presentar a usted a una persona a quien está usted buscando desde hace mucho tiempo. Estimulada por mi deseo de librar a usted de la ansiedad que le devora, señor, y no teniendo más que datos vagos acerca de la localidad en que se suponía habitaba esta vieja, hube de valerme de las noticias que me facilitó esta joven obrera, Raquel, la cual se halla, afortunadamente, aquí para reconocer la identidad de la culpable... Me ha costado no poco trabajo realizar esta misión, señor; pero las fatigas en servicio de usted son un placer para mí, y el hambre, la sed, el frío, se convierten para mí en un exquisito bienestar.

La señora Sparsit calló, porque pudo observar en el rostro del señor Bounderby que un color se le iba y otro le venía, y una expresión de desagrado cuando se presentó ante sus ojos la vieja señora Pegler.

—Pero ¿qué le importa a usted eso? —fue su respuesta, inesperada, pero enérgica—. Señora Sparsit: preguntó a usted que qué le pueden a usted importar mis cosas...

—¡Señor! —exclamó la señora Sparsit con voz débil.

—¿Por qué no se mete usted en sus asuntos? —rugió Bounderby—. ¿No tiene usted, por ventura, nada mejor en qué ocuparse más que en ir a olisquear, con sus narices oficiosas, mis asuntos de familia.

Esta maliciosa alusión a la parte predilecta de su rostro anonadó por completo a la señora Sparsit. Se dejó caer sobre una silla, como petrificada, y fijando en el señor Bounderby sus estupefactos ojos, se puso a frotar uno con otro sus mitones, tan petrificados como ella.

—¡Mi querido Josué! —exclamó la señora Pegler temblando!—. ¡Mi querido hijo! ¡No reniegues de mí! ¡No es culpa mía! He dicho mil veces a esta señora que lo que hacía no te gustaría, pero no ha querido escucharme...

—¿Por qué le ha permitido usted que la trajera aquí? —interrogó Bounderby—. ¿Es que no podía usted arrancarle de un cachete el sombrero, o un diente, o haberla arañado, o algo por el estilo?

—¡Querido hijo mío! Me ha amenazado con hacerme conducir por los guardias si me resistía. ¿No era, pues, preferible seguirla tranquilamente, que no armar escándalo en una casa... —la señora Pegler dirigió una mirada tímida, pero orgullosa, en derredor de la estancia— en una, casa tan bonita como ésta? Te juro que no es culpa mía, querido hijo, noble y digno hijo mío. Yo he vivido siempre recatada y discreta, Josué, hijo mío. Yo no he faltado nunca a lo convenido. A nadie he revelado que fuese tu madre; te he admirado a distancia, y sólo de tarde en tarde he venido a la ciudad, para verte de lejos furtivamente, pero con orgullo siempre. Lo hice de incógnito, hijo mío, y me volví conforme vine.

El señor Bounderby, con las manos en los bolsillos, se paseaba con impaciencia, muy afectado, junto a la mesa del comedor, mientras los espectadores recogían con avidez cada sílaba de las tiernas palabras de la señora Pegler y abrían más y más los ojos. El señor Bounderby seguía dando vueltas cuando la señora Pegler cesó en sus súplicas, y el señor Gradgrind, a su vez se dirigió así a la vieja a quien creía tan malvada:

—Me admiro, señora —declaró con severidad—, de que se atreva usted, dada su avanzada edad, a reclamar por su hijo al señor Bounderby, después del trato desnaturalizado e inhumano que le ha hecho usted sufrir.

—¿Yo desnaturalizada? —exclamó la pobre vieja Pegler—. ¿Yo inhumana? ¿Y para con mi hijo adorado?

—¡Su hijo adorado! —replicó el señor Gradgrind—. Sí, sí, muy adorado ahora, que se ha enriquecido por su propio esfuerzo; no lo dudo, señora; sin embargo, no le era tan adorado cuando le abandonó usted en la infancia, a la brutalidad de su abuela, borracha.

—¿Que yo he abandonado a mí Josué? —exclamó la señora Pegler, juntando las manos—, ¡Que Dios perdone a usted, señor, sus pérfidas palabras y calumnias, contra la memoria de mi pobre madre, de mi buena madre, que murió en mis brazos antes de que Josué naciera! Quiera Dios, señor, que llegue usted a arrepentirse y que viva lo bastante para informarse mejor.

Estaba la señora Pegler tan seria e indignada, que el señor Gradgrind, horrorizado con la idea que le vino a la imaginación le preguntó con dulzura:

—¿Niega usted, entonces, que abandonó a su hijo cuando nació... y que lo recogieron en el arroyo?

—¡Josué en el arroyo! —exclamó la señora Pegler—. No hay tal cosa, señor. ¡Jamás! Debiera usted sonrojarse, señor, de lo que dice. Mi querido hijo

sabe bien —él mismo podrá decírselo— que si ha nacido de padres pobres, han sido padres que le han amado tan tiernamente cual hubieran podido hacerlo los de más elevada alcurnia. Que no han vacilado en imponerse toda clase de privaciones para hacerle aprender a escribir y hacer cuentas como Dios manda; y en prueba de ello, aún le puedo enseñar sus cuadernos, que en casa guardo. ¡Ah!, sí que los tengo —dijo la señora Pegler con orgulloso tono—. Mi adorado hijo sabe muy bien —y él mismo se lo podrá decir a usted— que cuando su pobre padre murió, cuando Josué sólo tenía ocho años, su madre, la pobre viuda, se sacrificó por él también, como era su deber, su placer, su orgullo, para ponerle en estado de ganarse la vida, colocándolo de aprendiz. Y como se portó bien, no le faltó un buen amo que le ayudó al establecerse. De este modo ha llegado a ser rico. Y también ha de saber usted, señor..., porque mi adorado hijo no se lo diría... que aunque su madre no tiene más que un tenducho en la aldea, no lo ha olvidado nunca, porque me pasa una pensión de treinta libras cada año —más de lo que necesito, de suerte que todos los años ahorro algo— con la única condición de que permaneceré en mi pueblo, que no me jactaré de ser su madre y de que no vendré a molestarle con mis chocheces. Tiene razón mi hijo —añadió la pobre vieja Pegler procurando defenderse del modo más afectuoso—, de querer que yo permanezca en mi pueblo, porque si yo viviera aquí, no hay duda de que cometería un sin fin de disparates, mientras que en mi habitual residencia, estoy contenta y puedo guardar para mí sola el orgullo de tener un hijo al que puedo querer a mis anchas desde allí. Así pues, señor, me avergüenzo yo misma —dijo la señora Pegler para terminar—, al oír a usted semejantes calumnias e insidias. Esta es la primera vez que entro en esta casa, y no quería hacerlo, puesto que mi querido hijo me había dicho que no era necesario. No estaría yo aquí si no se me hubiera obligado a entrar por fuerza. ¡Cuánta mayor vergüenza no debía usted sentir por acusarme de haber sido una mala madre, cuando mi hijo está ahí presente para desmentir lo que usted dice!

Los curiosos, tanto los que estaban encaramados sobre las sillas, como los que estaban de pie, rompieron en un murmullo de simpatía a favor de la señora Pegler, y el señor Gradgrind comprendió qué inocentemente había dado un paso en falso, cuando el señor Bounderby, que no había interrumpido su paseo, y cuyo rostro se inflaba cada vez más y más azorado, se detuvo al fin bruscamente, diciendo:

—No comprendo hasta qué punto, por qué las personas aquí presentes, han creído su deber honrarme con su visita, pero no pido explicaciones. Cuando hayan satisfecho su curiosidad, supongo que tendrán la bondad de largarse, o mejor dicho, que hayan o no satisfecho su curiosidad, ten-

drán la bondad de largarse con viento fresco a otra parte. No creo que esté obligado a dar esta noche una conferencia sobre mis asuntos de familia; no abrigo tal intención, y no lo haré, para que lo sepan ustedes. Los que esperaban oírme dar explicaciones sobre este asunto, se verán defraudados en su esperanza, y sobre todo Tomás Gradgrind, que no sabría explicárselo tan de pronto. Por lo que se refiere al robo del Banco, se ha cometido un error con mi madre. Si no hubiese habido exceso de celo, una oficiosidad, no se hubiera cometido ese error, y aunque no se hubiera cometido, aborrezco de todos modos los excesos de celo. ¡Buenas noches!

Aunque el señor Bounderby se expresaba en aquellos términos, teniendo la puerta abierta para dejar salir a la caterva de curiosos; se veía en su aire fanfarrón una turbación que le daba un aspecto absurdo y ridículo. Convicto de no ser más un fanfarrón de humildad, que había cimentado sobre mentiras su frágil reputación, y de no haber respetado la verdad en sus jactancias, lo mismo que si hubiera tenido la abyecta pretensión, la más abyecta de todas, de proclamarse entroncado en una noble genealogía, se mostraba como el ser más ridículo imaginable. Mientras veía desfilar por la puerta, que él tenía abierta de par en par, aquella caterva de curiosos, que no dejarían de propagar la historia por toda la ciudad, no habría hecho más triste figura el pobre fatuo fracasado, aun cuando le hubiesen cortado las dos orejas. La misma señora Sparsit, caída desde la cúspide de la alegría a los abismos de la desesperación, no estaba aún tan denigrada como Josué Bounderby de Villahulla, el hombre singular que decía lo debía todo a su propio esfuerzo.

Raquel y Celia, dejando a la señora Peglar tomar posesión de una cama en casa de su hijo, por aquella noche solamente, se dirigieron juntas hacia el Refugio de Piedra, despidiéndose en la puerta. El señor Gradgrind se había reunido con ellas en el camino, y les había hablado con mucho interés de Esteban Blackpool, diciendo que las injustas sospechas que habían recaído sobre la señora Pegler serían favorables para el obrero.

En cuanto al mequetrefe, durante la pasada escena no se movió del lado de Bounderby, al que no dejaba ni a sol ni a sombra.

Creía que mientras Bounderby no hiciese ningún descubrimiento, sin que él lo supiese, nada tenía que temer. Por lo demás, no iba nunca a casa de su hermana y no la había visto más que una sola vez desde que había regresado a la casa paterna; es decir, desde la noche en que Tomás decidió no separarse ya de Bounderby, según hemos dicho ya.

La conciencia de Luisa alimentaba un temor oscuro y vago, del cual no hablaba nunca, pero que envolvía en un horrible misterio a este joven

ingrato y perverso. La misma idea de triste posibilidad había asaltado a Celia, en igual forma indecisa, aquel mismo día en que Raquel le habló de alguien que debía estar comprometido, si regresara Esteban, al que acaso habían hecho desaparecer. Luisa no había confesado nunca que sospechara que su hermano estaba complicado en el robo. Celia y ella no se habían hecho ninguna confidencia al respecto, a excepción de la mirada de inteligencia que cruzaron el día en que hallaron al señor Gradgrind muy pensativo, con la cabeza cana apoyada en la mano; pero ambas se comprendían muy bien, y conocía la una lo que sentía la otra. Este nuevo temor era tan terrible que se cernía sobre ellas como la sombra de un fantasma. Luisa no creía, sin embargo, que este fantasma estuviera junto a ella, y menos aún que se hallara junto a su amiga. En la misma creencia estaba Celia.

Y sin embargo, el ánimo esforzado que el mequetrefe había llamado en su ayuda, no le había abandonado.

—Si Esteban Blackpool no es el ladrón, que se presente, entonces... ¿Por que no lo hace? —decía.

Pasó otra noche. Pasó otro día. Y ni rastro de Esteban Blackpool. ¿Dónde estaba aquel hombre, y por qué no regresaba?

CAPÍTULO VI. LA LUZ DE UNA ESTRELLA

El domingo siguiente, un domingo de otoño, luminoso, transparente y fresco, Celia y Raquel se reunieron muy temprano, para irse de paseo al campo.

Como Villahulla no se contentaba con cubrir de cenizas su propia cabeza, sino también la de los lugares vecinos —a imitación de esos devotos que hacen penitencia de sus propias culpas, obligando al prójimo a llevar un cilicio—, los que deseaban respirar de vez en cuando aire puro —cosa que no es precisamente la más criminal de las vanidades— tenían costumbre de hacerse transportar por el ferrocarril a varias millas de distancia de las fábricas, antes de empezar su paseo o excursión campestre. Celia y Raquel hicieron lo mismo que todo el mundo para escapar de la humareda de Villahulla, y bajaron en una estación situada a mitad de camino entre la ciudad y la casa de campo del señor Bounderby.

Aunque el verde paisaje estaba a trechos ennegrecido con manchas — montones— de carbón, con todo, presentaba un aspecto muy agradable, tenía bastantes árboles que contemplar y alondras que cantaban sin darse cuenta de que estaba prohibido por ser domingo; el aire estaba perfumado de aromáticos colores y todo estaba cubierto por la bóveda luminosa y azul del cielo. Por un lado, en lontananza, Villahulla se esfumaba como una bruma densa; a otro lado, las colinas empezaban a delinearse; desde otro punto de vista, se advertía un ligero cambio en la claridad del horizonte, que brillaba sobre un mar lejano. Era fresca la hierba bajo los pies, las graciosas sombras de las ramas la salpicaban de claro oscuro. Las encinas se erguían espléndidas; todo era paz y mansedumbre. Las locomotoras, a la entrada de los pozos de las minas, estaban tan tranquilas como las mulas flácidas que se echan al suelo para descansar, después de haber recorrido el ciclo de su trabajo cotidiano; habían cesado de girar las ruedas por unas horas; sólo giraba la gran esfera del mundo, sin trepidación y sin estrépito. Celia y Raquel paseaban por los campos y también por las veredas bordeadas de árboles, escalando de vez en cuando una valla, carcomida de tal suerte que se partía al contacto del pie, y pasando otras veces junto a escombros de ladrillos y maderas, medio escondidos bajo la hierba y que marcaban el emplazamiento de alguna explotación abandonada.

Tomaban con preferencia los caminos trazados y los senderos, evitando los lugares donde la hierba era espesa y estaba muy lozana, donde crecían entremezcladas las gramas, las zarzas y los cardos, porque se contaban en aquella región tétricas historias de los viejos pozos ocultos bajo aquellas señales engañosas.

Al filo del mediodía se sentaron a descansar. No habían visto a nadie, ni de cerca ni de lejos, desde hacía largo rato; nada turbaba su soledad.

—Es tan solitario este sitio, Raquel, y el camino que hemos seguido parece ser tan poco frecuentado, que muy bien podemos ser las únicas personas que lo hemos recorrido este verano.

Mientras estaban hablando, Celia vio en el suelo un pedazo de madera —uno de esos trozos carcomidos de alguna empalizada—, y lo cogió para examinarlo.

—Me parece que no hace mucho tiempo que alguien cortó este trozo de madera, pues aún se ve muy blanca... ¡Oh, Raquel...!

Corrió hacia su amiga y se arrojó en sus brazos. Raquel se había levantado ya de un salto.

—¿Qué ocurre?

—No sé. Hay un sombrero abandonado sobre la hierba.

Avanzaron juntas. Raquel recogió el sombrero, temblando de pies a cabeza. Después de haberlo examinado prorrumpió en amargo llanto. Esteban Blackpool había escrito su nombre, en el forro, de su puño y letra.

—¡Oh, pobre desgraciado, pobre desgraciado! ¡Han debido asesinarlo; su cadáver no puede estar lejos!

—¿Hay algo? ¿Ves sangre en el sombrero? —balbuceó Celia.

Pasaron algunos instantes antes de que se atrevieran a examinar el terreno, y cuando lo hicieron no encontraron ninguna señal de violencia por ningún sitio. El sombrero debía estar allí desde hacía unos días, porque la lluvia y el relente lo habían desteñido y había dejado impresa su forma sobre la hierba donde había rodado. Las dos mujeres dirigieron una mirada de espanto en torno suyo, sin atreverse a dar un paso, pero no distinguieron ninguna huella de Esteban.

—Raquel —murmuró Celia—, voy a adelantarme un poco, pero prefiero ir sola.

Había soltado ya la mano de Raquel para adelantarse sola, pero ésta le atrajo a sus brazos con un grito que resonó a lo lejos por el campo solita-

rio. Ante ellas, casi a un metro, se hallaba el borde de un abismo sombrío y peñascoso, oculto por el herbazal. Dieron un salto hacia atrás y cayeron de rodillas, ocultando cada una el rostro en el hombro de su compañera.

—¡Oh, Dios mío! ¡Esteban está ahí dentro! ¡Esteban está ahí dentro!

Estas palabras, acompañadas de terribles gritos, fueron las únicas que Celia pudo obtener de Raquel. Las lágrimas, las suplicas y los reproches nada pudieron con ella. Era imposible hacerla callar, y hasta fue preciso retenerla a viva fuerza, porque, de lo contrario, se habría arrojado al pozo.

—¡Raquel, Raquel querida, mi buena Raquel! ¡Por el amor de Dios, no des esos gritos tan desgarradores! ¡Piensa en Esteban, piensa en Esteban, piensa en Esteban!

A fuerza de repetir esta súplica con el mayor fervor y con la angustia natural de aquel momento, Celia consiguió al fin que Raquel cesara en sus gritos y que la mirara sin lágrimas, inmóvil como una estatua de piedra.

—Raquel —dijo Celia—, tal vez Esteban vive aún. Tú no consentirías en dejarle ahí destrozado, en el fondo de ese horrible abismo, si pudieras acudir en su auxilio.

—No, no, no.

—¡Por el amor que le tienes, no te muevas de aquí! Déjame que vaya a escuchar.

Se horrorizó al acercarse al abismo; pero gateando se arrastró hasta el mismo borde, y desde allí llamó a Esteban, levantando la voz tanto como le fue posible, pero nadie le contestó. Llamó de nuevo, y volvió a escuchar, sin que le contestara nadie. Volvió a hacerlo veinte, treinta veces. Cogió un terrón del borde donde Esteban había tropezado, y lo arrojó al abismo. No se oyó si llegaba al fondo.

La vasta campiña tan bella en su quietud un momento antes, llevó la desesperación al intrépido corazón de Celia, cuando al levantarse y pasear la mirada en torno suyo, no vio a nadie que pudiera prestar socorro.

—Raquel, no hay tiempo que perder. Es preciso que cada una por su lado vaya en busca de socorro. Toma tú el camino por donde hemos venido; yo seguiré por este sendero adelante. Di a los que encuentres todo lo que ha ocurrido. ¡Piensa en Esteban, piensa en Esteban!

Leyó en el rostro de Raquel que podía confiar ya en su serenidad.

Y después de haberse detenido para verla correr, retorciéndose las manos, emprendió el camino por el lado opuesto. Se detuvo un instante para

colgar su chal de un tronco para reconocer el lugar, y luego corrió como no había corrido en toda su vida.

«Corre, Celia, corre, por el amor de Dios. No te detengas para tomar aliento, corre, corre». Acelerando su marcha con estas frases que se dirigía a sí misma, corrió de prado en prado, de camino en camino, como jamás había corrido, hasta que al fin distinguió una caseta, a la sombra de la cual estaban tendidos dos hombres, durmiendo sobre paja.

Despertar a estos hombres, contarles después toda emocionada y jadeante, como estaba, para qué había llegado hasta allí, no era cosa fácil; sin embargo, apenas aquellos dos hombres hubieron comprendido a Celia, se mostraron tan activos como ella. Uno de ellos dormía la mona; pero en cuanto su compañero le dijo a voces de que un hombre había caído en los viejos pozos del Infierno, se levantó precipitadamente, se dirigió a un cubo de agua fría, donde metió la cabeza, y volvió completamente despejado. Acompañada Celia de aquellos dos hombres, corrió otra media milla, y luego, sola, otra media milla aún, mientras que sus compañeros tomaban cada uno diferente dirección. Al fin consiguió que le prestaran un caballo, y encargó a un tercer hombre que fuera a todo escape al ferrocarril, y que entregara a Luisa una nota que para ella acababa de escribir. Entonces se puso toda la aldea en movimiento, y cada cual reunía de prisa y corriendo, para transportarlos a los antiguos pozos del Infierno, los cabrestantes, cuerdas, ganchos, poleas, linternas y demás objetos precisos que habían de ser transportados a los viejos pozos del Infierno.

Le parecía sin embargo a Celia que habían transcurrido muchas horas desde que había dejado a Esteban metido en aquella sima donde estaba enterrado vivo. No podía decidirse a permanecer lejos de él más tiempo, le parecía que era una deserción; así es que se apresuró a volver al sitio en que estaba abierto el abismo, acompañada de media docena de obreros, entre los cuales se contaba el borracho, que con la fatal noticia había recuperado su serenidad, y que era el más diligente y animoso de todos. Cuando llegaron a los viejos pozos del Infierno, todo estaba en el mismo abandono que antes.

Los obreros llamaron y escucharon, como ya había hecho Celia antes; examinaron los bordes del abismo y hablaron acerca del modo cómo pudo ocurrir el accidente; luego se sentaron y esperaron los útiles que hacían falta para realizar la extracción.

El bordoneo de los insectos, el más leve rumor producido por las hojas, la menor palabra cuchicheada por los obreros, hacia estremecer a Celia, porque se imaginaba que aquellos ruidos eran voces que procedían del

fondo del pozo. Pero el viento soplaba suavemente; ningún ruido llegaba de lo hondo a la superficie; y todos permanecieron sentados sobre la hierba, espera que te espera. Después de algún tiempo empezaron a presentarse algunos que, estando paseando, se habían enterado de la desgracia; y luego llegaron los objetos necesarios para el salvamento. Entre los recién llegados estaba Raquel, que traía a un médico, portador de reconfortantes y de botiquín, aun cuando nadie alimentaba la esperanza de encontrar con vida a Esteban.

Como se habían reunido ya demasiados curiosos que podían estorbar las operaciones de salvamento, el hombre que había estado borracho —ya fuera porque se había puesto a la cabeza de todos o porque todos consintieron en que los dirigiera— mandó formar un gran círculo alrededor de los pozos del Infierno, y colocó centinelas para que nadie lo traspasase. Excepto los voluntarios que había aceptado como trabajadores, no admitió por de pronto, en el interior del círculo, más que a Celia y a Raquel; pero, más avanzada la tarde pudieron penetrar también el señor Gradgrind y Luisa, el señor Bounderby y el mequetrefe, después de recibir el mensaje de Celia.

Hacía ya cuatro horas desde que Celia y Raquel se habían sentado sobre la hierba la primera vez, y aún no se había preparado del todo, con escaleras y cuerdas, un aparato que permitiera a dos hombres bajar al pozo sin peligro alguno. Por sencilla que fuera la construcción de aquel aparato, se habían presentado dificultades, se habían olvidado objetos indispensables y fue preciso ir por ellos a la población más cercana y volver. Eran las cinco de la tarde de aquel claro domingo de otoño, cuando se hizo la prueba de bajar una tea encendida para comprobar si el aire del pozo estaba viciado, mientras tres o cuatro rostros rudos se asomaban al borde del abismo, observando atentamente la luz que iba descendiendo por aquella terrible y misteriosa oscuridad. Cuando izaron la tea, ardía débilmente, y entonces echaron dentro del pozo un poco de agua; se enganchó un gran tonel al extremo de la cuerda, y el improvisado jefe de los trabajadores, en compañía de uno de sus compañeros, se instaló en él con linternas, y dio la orden de «Abajo».

Mientras desliaban la cuerda rígida, en tanto que el cabrestante crujía por el esfuerzo, no hubo hombre ni mujer, entre las doscientas personas allí reunidas, que respirase a sus anchas. Al fin, hicieron los que descendían señal de que dejara de funcionar el cabrestante, que se detuvo. Se vio con satisfacción que había más cuerda de la que hacía falta. El intervalo, durante el cual los hombres encargados del cabrestante permanecieron quietos, pareció tan largo que varias mujeres empezaron a gritar por si

había ocurrido otra desgracia; pero el médico, que consultaba su reloj, declaró que no habían pasado aún cinco minutos, y recomendó que todo el mundo guardara silencio. Apenas había acabado de decirlo, cuando el cabrestante comenzó a funcionar ascensionalmente. Incluso los menos observadores pudieron advertir que no giraba tan pesadamente como antes, indicio evidente de que uno de los trabajadores se había quedado en el fondo del pozo.

La cuerda fue subiendo y arrollándose alrededor del cilindro, y todas las miradas estaban fijadas en la boca del pozo. El jefe de los trabajadores saltó prestamente a la hierba. Hubo un grito general de: «¿Vivo o muerto?» Después se hizo un profundo silencio.

Cuando contestó que «vivo», la multitud prorrumpió en grandes aclamaciones, y las lágrimas corrieron por muchos ojos.

—Pero está muy mal herido —añadió el obrero, cuando pudo hacerse oír de nuevo—. ¿Dónde está el doctor? Se ha herido tan gravemente, que no sabemos cómo hacer para subirlo.

Cambiaron impresiones, observando con inquietud el rostro del médico, el cual hacía varias preguntas y sacudía la cabeza al oír las respuestas. El sol empezaba a declinar, la rojiza luz que precede al crepúsculo iluminaba el sombrío cuadro, permitiendo observar la profunda ansiedad que expresaba cada semblante.

El resultado de las consultas fue que los obreros volvieran a hacer girar el cabrestante y el que bajó antes volvió a bajar al pozo, llevando consigo vino y varias otras cosas menudas. Entonces subió su compañero. Entretanto, siguiendo las indicaciones del médico, unos improvisaron, con ramas, una especie de camilla, en la cual otros prepararon un tosco colchón, hecho con ropas rellenas de paja, mientras que el médico confeccionaba él mismo vendajes y compresas con pañuelos, que, en cuanto estaban hechas colgaba en el brazo del obrero que había subido el último, indicándole cómo usarlas. Y aquel obrero, que escuchaba atento, con el rostro iluminado por la linterna que llevaba, apoyando una de sus recias manos sobre uno de los sostenes del torno, y dirigiendo a veces una rápida mirada a lo hondo del pozo, y otras a la gente que lo rodeaba, no era el personaje menos interesante de aquella conmovedora escena.

Había cerrado la noche, y se encendieron unas antorchas. Parecía ser, por las pocas palabras que pronunció el hombre que acababa de subir del pozo —palabras que no tardaron en repetirse por todo el círculo— que el obrero misteriosamente desaparecido había caído sobre un montón de

escombros que medio cegaban la mitad del fondo de aquél, y que su caída fue un tanto atenuada por la tierra que se había desprendido de las paredes. Esteban Blackpool estaba tendido boca arriba, con un brazo doblado bajo la espalda, y desde que había caído decía no recordar haber hecho movimiento alguno, excepto para introducir su mano libre en un bolsillo, donde guardaba un poco de carne y de pan, del cual sólo había comido algunas migas, o para beber un poco de agua de la cantimplora.

Esteban había dejado el trabajo desde que recibió la carta, y había hecho a pie todo el viaje; se dirigía hacia la casa de campo del señor Bounderby, en medio de la noche, cuando cayó. Había atravesado aquella peligrosa región a hora tan poco propicia, porque tenía el deseo de probar su inocencia del delito que se le imputaba, y quería tomar el camino más corto para presentarse a la justicia.

—El viejo pozo del Infierno —dijo el obrero con una maldición— quiere merecer hasta lo último su odioso nombre.

Porque si bien Esteban hablaba aún, era de esperar que no pudiese vivir mucho tiempo.

Cuando todo estuvo dispuesto, el obrero, escuchando aún las apresuradas advertencias que le hacían el médico y sus compañeros, tan pronto como el cabrestante se puso otra vez en movimiento, desapareció en el pozo. Se deslió la cuerda como antes, y luego que hicieron una señal de abajo, el cabrestante dejó de girar; los que daban a los brazos del cabrestante no quitaron de ellos la manos aquella vez y aguardaron inclinados, dispuestos a hacer girar el torno en sentido inverso. Se dio al fin la señal convenida, y el corro entero de trabajadores se estrechó, inclinándose, porque entonces la cuerda estaba tan tirante, que les costaba mucho trabajo enroscarla al cabrestante, que crujía. Nadie se atrevía a mirar la cuerda, temiendo, sin duda, que se rompiera. Pero poco a poco fue enroscándose alrededor del cilindro, y al fin apareció la cadena, a cuyos lados venían agarrados los dos salvadores —lo cual era un espectáculo que daba vértigos y oprimía el corazón—, sosteniendo en sus brazos tiernamente el cuerpo de un pobre ser humano medio destrozado.

Un sordo murmullo de piedad se oyó alrededor y las mujeres prorrumpieron en llanto cuando aquel ser, casi informe, fue retirado lenta y cuidadosamente del improvisado ascensor y depositado sobre el lecho de paja. En seguida el médico se colocó a la cabecera del desventurado, e hizo todo lo que pudo para acomodar aquel cuerpo en la yáciga y taparlo bien. Después de hacerlo con mucha dulzura, llamó a Raquel y a Celia. Entonces pudo distinguirse una cara pálida, desfallecida, mortal, que miraba al cielo, y una

mano destrozada que pendía a lo largo de las coberturas que ocultaban el resto del cuerpo, como si esperara estrechar otra mano.

Raquel y Celia le dieron de beber, le refrescaron la cara, y le hicieron tomar algunas gotas de cordial y de vino. Aun cuando Esteban continuaba mirando al cielo, completamente inmóvil, sonrió y murmuró:

—¡Raquel!

Raquel se arrodilló a su lado sobre la hierba y se inclinó sobre él hasta que sus ojos se hallaron entre el cielo y su amado, que no tenía fuerza para volverlos hacia su amiga y mirarla.

—Raquel adorada.

Ella le cogió la mano y Esteban sonrió nuevamente, diciendo:

—No la sueltes.

—¿Sufres mucho, Esteban mío?

—He sufrido mucho; pero ya no. He pasado sufrimientos horribles, atroces, gloria mía; pero.. ya se acabó. ¡Ah, Raquel, qué abismo! ¡Siempre un abismo, desde el principio hasta el fin!

Hablaba dulcemente, sin cólera contra nadie.

—Raquel, no habrás olvidado a tu hermanita. No creo que la olvides, ni a mí, que voy a caer junto a ella... Ya sabes, pobre criatura que has sido tan desgraciada y tan sufrida, cuánto trabajaste por ella cuando se quedaba sentada en su sillita junto a la ventana, y cómo murió, joven y raquíca, asesinada por esa atmósfera malsana que era necesario evitar, y que apesta las casas míseras de los obreros. ¡Qué desorden! ¡Qué espantoso caos!

Luisa se aproximó a él, pero éste no la pudo ver, tendido como estaba, cara al cielo estrellado.

—Si todo lo que nos rodea, si todo lo que se relaciona con nosotros, amor mío, no fuera un verdadero caos, ¿habría tenido yo necesidad de venir a parar aquí? Si no estuviésemos metidos en un continuo atolladero, mis compañeros y mis amigos habrían podido comprenderme mejor. Si el señor Bounderby me hubiese conocido mejor... no se habría ofendido conmigo... Pero mira allá arriba, Raquel. ¡Mira allá arriba!

Siguiendo Raquel la dirección de los ojos de Esteban, vio que esto contemplaba una estrella.

—Ha derramado su luz sobre mí —dijo Esteban con respeto— y ha presenciado todos mis dolores y angustias desde mi caída a la sima. A fuerza de mirarla, y de pensar en ti, Raquel, he acabado casi por no pensar ya en este

desbarajuste que es el mundo, porque si algunos me han comprendido bien, yo también he debido comprenderlos mejor. Cuando recibí tu carta, creí, demasiado pronto, que al venir a verme la señora y su hermano lo hicieron porque habían tramado contra mí algún infame complot. Cuando caí, estaba indignado contra ella, y poco faltó para que fuese yo tan injusto con ella, como otros lo han sido conmigo. Pero, tanto en nuestros juicios, como en nuestras acciones, hay que sufrir y resignarse. En medio de mi dolor y de mi angustia, fijé los ojos en lo alto... en la hermosa estrella que brilla sobre mi cabeza... y he visto más claro y mi última aspiración es que todos los mortales puedan amarse más estrechamente y conseguir comprenderse mejor unos a otros, que cuando yo estaba lleno de vida.

Al oír Luisa estas palabras de dulce resignación, se inclinó sobre el desventurado Esteban, de modo que éste pudo verla.

—¿Ha oído usted, señora? —preguntó Esteban, tras breve pausa—. No la he olvidado.

—Sí, Esteban, le he oído, y deseo lo mismo que usted desea.

—Usted tiene padre. ¿Querrá usted darle un recado de mi parte?

—Está aquí —respondió Luisa aterrorizada—. ¿Quiere usted que le haga acercarse?

—Si hace usted el favor...

Al cabo de unos instantes regresó Luisa, acompañada de su padre, y ambos contemplaron la faz solemne del moribundo.

—Caballero... usted me perdonará y me devolverá mi buena reputación a los ojos de todos los hombres. Legó a usted este cuidado.

El señor Gradgrind se turbó y preguntó cómo podría él hacerlo.

—Señor, su hijo se lo dirá —respondió Esteban—. Pregúnteselo usted. Yo no acuso a nadie; no quiero dejar tras de mí ninguna acusación; no diré ni una sola palabra. Pero sepa usted que cierta noche estuve con el hijo de usted y hablé con él. No le pido más sino que rehabilite mi memoria, y creo que lo hará usted.

Los hombres que debían hacer de camilleros se prepararon para transportar al herido, cosa que el médico deseaba ardientemente, y los que llevaban las antorchas y las linternas se dispusieron a ponerse en marcha a la cabeza del cortejo.

Antes de que lo alzarán del suelo, y mientras se terminaban los preparativos, Esteban, que seguía mirando a la estrella, dijo a Raquel:

—Cada vez que he abierto los ojos y la he visto brillar sobre mí, durante mis mortales angustias, pensaba si sería la estrella que guió a la Cristiandad al pesebre donde nació Nuestro Señor. Aseguraría que era la misma estrella.

Al ponerse el cortejo en marcha, Esteban se mostró contento de ver que le llevaban en la misma dirección que la estrella parecía guiarle.

—Raquel, querida, bien mío, no sueltes mi mano. Esta noche podemos ir juntos.

—Te tendré cogido de la mano, Esteban, y no me apartaré de ti en todo el camino.

—¡Dios le bendiga! ¡Aún hay un ser compasivo que me cubrirá el rostro!

Le condujeron suave y dulcemente por los campos y por los caminos, a través de aquella campiña desierta, y Raquel siempre tenía la mano de Esteban en la suya. Apenas si algunos cuchicheos rompían el tétrico silencio del cortejo, que pronto fue una procesión funeraria. La estrella había enseñado a Esteban dónde se hallaba el Dios de los pobres y de los humildes; y después de pasar por la pobreza, por el dolor y por el perdón, había ido a descansar en el regazo de su Redentor.

CAPÍTULO VII. CAZA AL MEQUETREFE

Antes de que se hubiera dispersado el círculo formado alrededor del viejo pozo del Infierno, uno de los personajes admitidos en el interior del corro había ya desaparecido. El señor Bounderby y su sombra no se habían reunido con Luisa, la cual daba el brazo a su padre, sino que habían permanecido apartados. Cuando el señor Gradgrind fue llamado cerca de la camilla, Celia, atenta a todo lo que ocurría, se deslizó por detrás de aquella sombra aborrecible, cuyo aterrado semblante habría llamado la atención de todos, si no hubieran estado mirando al herido, y murmuró algunas palabras a su oído. El mequetrefe cambió con ella algunas palabras, sin volver la cabeza y al punto desapareció. Por eso el mequetrefe abandonó la escena antes de que el cortejo se pusiera en marcha.

Cuando el señor Gradgrind hubo regresado a su casa, mandó recado al señor Bounderby para que dijese a su hijo que inmediatamente se trasladase al Refugio de Pieira. Se le contestó que el señor Bounderby había perdido a Tomás en medio de la muchedumbre y que, no habiéndole visto más, había creído que estaba en casa de su padre.

—Yo creo, padre, que Tomás no regresará a Villahulla esta noche —dijo Luisa.

El señor Gradgrind volvió la cabeza sin contestar una palabra, pero a la mañana siguiente se presentó a primera hora en el Banco, y viendo desde la puerta que el sitio que ocupaba su hijo en la oficina estaba vacante, se volvió a la calle para salir al encuentro del señor Bounderby, el cual no podía tardar en llegar.

El señor Gradgrind previno al banquero que, por los motivos que más adelante le diría, pero que ahora le suplicaba no preguntase, había considerado necesario ocupar a su hijo en otra parte durante algún tiempo. Le dijo, además, que estaba encargado de rehabilitar la memoria de Esteban Blackpool, y declarar el nombre del ladrón. El señor Bounderby se quedó de una pieza en medio de la calle, inmóvil como un poste, cuando su suegro le dejó allí plantado, hinchándose como una pompa de jabón, aunque sin la vistosidad de ésta.

El señor Gradgrind regresó a su casa, y se encerró en su cuarto, donde pasó todo el día. Cuando Celia y Luisa llamaban a la puerta, él contestaba, sin abrir:

—Ahora no, hijas mías; a la noche.

Cuando volvieron a la noche, contestó:

—Aun no..., hasta mañana.

No comió nada en todo el día, y no pidió luz al hacerse de noche; pero a altas horas de la madrugada se le oía pasear por el cuarto.

A la mañana siguiente bajó a desayunar a la hora de costumbre, sentándose en su sitio habitual en la mesa. Parecía muy envejecido, abatido, encorvado, y sin embargo, tenía el aire más tranquilo, y parecía más dichoso que en los tiempos en que declaraba que no se necesitaba en esta vida sino los hechos y nada más que los hechos.

Antes de salir del comedor, fijó la hora en que Luisa y Celia debían volver a reunirse con él, y después partió, con la cabeza baja.

—Papá mío —dijo Luisa al acudir a la cita dada por aquél—, te quedan aún tres hijos. No se parecen a los otros; yo misma seré distinta, si el cielo lo permite.

Tendió la mano a Celia, como queriendo decir: «yo también con tu ayuda, querida Celia».

—¿Crees, Luisa —preguntó el señor Gradgrind—, que tu desdichado hermano había premeditado ya este robo cuando te acompañó a la vivienda del pobre obrero?

—Lo temo, padre, porque sé que necesitaba dinero, y que había ya gastado mucho.

—Viendo que Blackpool iba a ausentarse de la ciudad, tal vez tuvo Tomás la mala idea de hacer recaer las sospechas sobre el desgraciado.

—Papá, yo creo que la mala idea le asaltó mientras estuvimos en aquella casa, porque fui yo quien le rogó que me acompañara. La idea de aquella visita no salió de él.

—Habría con aquel hombre. ¿Habló aparte con él?

—Le hizo salir del cuarto. Le pregunté después por qué lo había hecho, y me dio una explicación vaga; pero desde anoche, acordándome de las circunstancias que han mediado, creo que adivinaría todo lo que ha debido pasar entre ellos.

—Veamos —dijo el señor Gradgrind— si tus temores te presentan a tu hermano en la misma sombría condición que yo sospecho.

—Papá —dijo Luisa vacilando—, tengo miedo de que haya hecho, tal vez en nombre propio, tal vez en el mío, ciertas proposiciones que habrán comprometido al desdichado obrero a hacer, con la mayor inocencia, lo que jamás había hecho, esto es, ir a aguardar a Tomás por los alrededores del Banco, las dos o tres noches que precedieron a su marcha de Villahulla.

—Es evidente —asintió el padre—. Es evidente.

Se cubrió la cara con las manos y permaneció unos instantes en silencio. Dominando al fin su emoción, dijo:

—¿Y ahora, dónde le encontraremos? ¿Cómo arrancarle de las manos de la justicia? ¿Cómo, durante las pocas horas que puedo dejar pasar aún sin decir la verdad, cómo podré encontrar a tu hermano antes de que caiga en poder de los otros? ¡Si con dar mil libras pudiera conseguirse...!

—Celia lo ha conseguido por menos, papá.

Gradgrind alzó los ojos hacia donde estaba Celia, como el hada madrina de la casa, y le dijo, con acento de dulce estimación y de cariñoso agradecimiento:

—¡Siempre tú, hija mía...!

—Nuestros temores —expuso Celia, mirando a Luisa— no datan de ayer; así que, cuando vi que le llevaban a usted anoche cerca de la camilla de Esteban Blackpool, cuando oí todo al lado de Raquel, donde estuve todo el tiempo, me coloqué junto al señorito, aprovechando que nadie se fijaba en él, y le dije; «No me mire. Mire hacia donde está su padre. Huya por él y por su propio beneficio». Su hijo temblaba antes de que yo le hablara en voz baja; pero entonces comenzó a temblar más, y me contestó: «¿A dónde quieres que vaya? Tengo muy poco dinero y no conozco a nadie que quiera ocultarme». Entonces pensó en el antiguo circo de mi padre. No me he olvidado del sitio por donde suele andar el señor Sleary en esta época del año, y además lo vi el otro día anunciado en un periódico. Le dije al señorito que fuera sin perder tiempo al circo, que diera su nombre y rogara al señor Sleary que lo ocultase hasta que fuera yo. «Estaré allí antes de que amanezca», me dijo. Y le vi escabullirse entre la gente.

—¡Loado sea Dios! —exclamó el padre—. ¡Quizá todavía podrá pasar al extranjero!

Había bastante probabilidad de conseguirlo, puesto que la ciudad adonde Celia había dirigido al fugitivo estaba a tres horas de Liverpool, en cuyo

puerto podría embarcar para cualquier parte del mundo. Mas era preciso obrar con prudencia para encontrarle, porque el peligro de que se sospechara ya de él aumentaba, y nadie podría asegurar que el mismo señor Bounderby, en un arrebatado de celo público, representara el papel de Bruto. Se decidió, pues, que Celia y Luisa partieran al pueblo en cuestión, en una dirección convenida, en tanto que el infortunado padre, tomando una dirección opuesta, daría un rodeo mayor aún para llegar al mismo sitio. Acordaron también que el señor Gradgrind no se presentaría en casa de Sleary directamente, por el temor de que éste sospechara de la sinceridad de sus intenciones, o bien porque al saber su llegada no obligara a su hijo a emprender de nuevo la huida, sino que Celia y Luisa serían las encargadas de entablar las negociaciones y anunciar al autor de esta vergonzosa aventura, la presencia del señor Gradgrind y el motivo de su venida. Cuando este proyecto fue discutido y perfectamente comprendido por los tres actores que debían ponerlo en ejecución, el señor Gradgrind salió muy temprano y se dirigió a la estación. Llegada que fue la noche, las dos muchachas partieron para la misma expedición, tomando, sin embargo, diferente ruta, felicitándose de no haber encontrado ningún conocido durante el trayecto.

Viajaron toda la noche, y a la mañana siguiente se apearon en un terreno desolado, a una milla o dos de la ciudad donde pensaban ir. Las sacó de aquel triste apeadero un cochero bárbaro, que, por fortuna, se había levantado muy de mañanita para enganchar al coche un caballo en un santiamén. De este modo Luisa y Celia entraron en aquel pueblo, por calles donde hozaban los cerdos, y aunque el camino nada tenía de magnífico ni de agradable, era la carretera principal de aquel país.

Lo primero que vieron las jóvenes al llegar a la población fue el almacén del circo de Sleary. La compañía había salido para ir a otro punto que distaba unas veinte millas, en el que debía haber dado ya la primera función. La única comunicación que había entre los dos pueblos era un camino montañoso, cuyo recorrido era muy difícil. Aunque no se detuvieron más que un instante para desayunar apresuradamente, sin descansar nada llegó el mediodía sin que descubrieran en las paredes de las casas de las aldeas intermedias y de los cobertizos los carteles del circo Sleary, y era la una cuando hicieron alto en la plaza del mercado.

En el momento en que se apeaban, un pregonero, provisto de una campanilla, anunciaba una gran representación diurna que iba a comenzar en aquel instante. Celia opinó que, para evitar preguntas y no atraer la atención pública, debían tomar los billetes de entrada como todo el mundo. Si el señor Sleary estaba en el despacho de los billetes, para recoger el

dinero, no dejaría de reconocerla y procedería con discreción. Si no estaba allí, estaría seguramente dentro de la barraca, donde también obraría con prudencia, comunicándoles lo que había hecho con el fugitivo.

Así, pues, se dirigieron con el corazón palpitante hacia la barraca de los titiriteros, tan conocida de Celia. Allí ondeaba la bandera con la inscripción CIRCO ECUESTRE DE SLEARY, allí se veía también la garita, pero no al señor Sleary. El señor Kydderminster, que había llegado a una madurez demasiado materialista para que la imaginación más calenturienta no pudiera aceptarle ya en su papel de Cupido, había cedido ante la fuerza invencible de las circunstancias —y de su barba— y en su condición de hombre útil para toda clase de trabajos, estaba en aquel momento despachando localidades, con un tambor en reserva, con el que distraer sus ocios y donde aplicar el resto de sus energías. Inclinado sobre las monedas, Kydderminster no veía entonces otra cosa: Celia pasó sin ser reconocida y las dos penetraron en el interior del circo.

El Emperador del Japón, cabalgando un jamelgo blanco con pintas negras, estaba lanzando al aire cinco platos a la vez; pues ésta es, como se sabe, la diversión favorita de dicho monarca.

A pesar de que Celia estaba familiarizada desde la infancia con esta real familia, no conocía, sin embargo, al actual Emperador, cuyo reinado era de los más pacíficos. La señorita Josefina Sleary, que debía representar su gracioso ejercicio ecuestre de las flores del Tirol, fue anunciada por un nuevo payaso, que por hacer un chiste, dijo: «El ejercicio de las coliflores». Y en ese preciso momento apareció el señor Sleary, llevando de la mano a su hija.

Apenas había Sleary sacudido al payaso un latigazo con su larga fusta, y apenas el payaso había dicho: «Si lo vuelves a hacer, te tiro el caballo a la cabeza», cuando el padre y la hija reconocieron a Celia. Pero no por esto dejaron de seguir representando su respectivo papel con la mayor serenidad; el señor Sleary, salvo el primer instante, no puso más expresión en su ojo movable que en el ojo inmóvil. La representación se les hizo a Celia y a Luisa un poco larga, singularmente en el intervalo destinado a que el payaso contara al señor Sleary —el cual, mirando al público con el ojo inmóvil, respondía con toda calma: «Claro, señor»— este cuento:

«Dos patas estaban sobre tres patas, viendo una pata; en esto llegan cuatro patas, y cogen una pata; se levantan dos patas, cogen las tres patas y se las tiran a las cuatro patas, que se van con la pata».

Si bien este era un cuento muy sencillo, que pintaba a un carnicero sentado en un taburete de tres patas, y al cual un perro viene a robar una pata de

carnero, el cuento y las explicaciones exigieron un tiempo que resultó muy largo, atendida la inquietud de Celia y de Luisa. Al fin la rubia Josefina hizo una reverencia en medio de grandes aplausos; el payaso, que quedó solo en la pista, acababa de frotarse las manos diciendo: «Ahora voy a dar una vuelta», cuando Celia sintió que la tocaban en el hombro y le hacían señas de que saliera.

Salió ésta en compañía de Luisa, y fueron recibidas por el señor Sleary en un cuartito reservado, cuyas paredes estaban forradas de tela, y con techo de madera, y sobre el cual los espectadores del primer piso, para demostrar, sin duda, su aprobación, pateaban terriblemente, como si se hubieran propuesto echarlo abajo.

—Cecilia —dijo el señor Sleary, que tenía en la mano un vaso de agua y aguardiente—: ¡cuánto me alegro de verte! Tú siempre fuiste nuestra predilecta y estoy seguro de que siempre nos habrás dejado en buen lugar. Es preciso, querida, que veas a tus camaradas, antes de empezar a ocuparnos de ningún asunto, porque, de lo contrario, se morirían de pena, sobre todo las mujeres. He aquí a Josefina, que se casó con E. W. B. Childers, y tiene ya un niño que, aun teniendo sólo tres añitos, se mantiene firme sobre el peor caballo en que lo monten. Se llama «la sutil maravilla de la equitación escolástica», y si no oyes hablar de este niño en el circo de Asley, ya oirás hablar de él en París. ¿Te acuerdas de Kydderminster, que algunos decían que estaba enamorado de ti? Pues bien, se casó con una viuda, que podría ser su madre, la cual bailaba sobre la cuerda floja, pero que ya no sirve de nada, porque está muy obesa. Tiene dos hijos, de suerte que estamos muy bien surtidos para cierta clase de funciones, es decir, para las representaciones de hadas y para los niños prodigio. Si tú vieras a nuestros «niños perdidos en el bosque» con su madre y su padre que se mueren sobre un caballo, con un malvado tío suyo que los recoge sobre un caballo, y los petirrojos que vienen a cubrirlos de hojas cuando han muerto sobre un caballo... dirías que es la cosa más completa que has visto nunca. Y ¿te acuerdas de Emma Gordon, que fue como una madre para ti? Claro que te acuerdas; no necesito preguntártelo.

Pues bien: Emma ha perdido a su marido. Se cayó del lomo de un elefante, desde una especie de pagoda, al hacer el Sultán de las Indias, y se fue para siempre. Emma se casó por segunda vez con un fabricante de quesos que se enamoró de ella desde un anfiteatro, y que se está haciendo rico.

El señor Sleary, que respiraba con alguna pena, con más asma que nunca, contaba todos estos cambios domésticos con una ingenuidad maravillosa y que seguramente no podía esperarse de un veterano de caballería y un viejo bebedor de aguardiente, como él decía.

Después trajo a Josefina y a E. W. B. Childers, cuya cara estaba descaradamente pintarrajeada, y a «la sutil maravilla de la equitación escolástica»; en una palabra, a toda la compañía. Luisa no podía menos de sorprenderse al ver a estos personajes, estos acróbatas de blanco y sonrosado cutis, vistiéndolos ridículamente. Sin embargo, le agradaba ver cómo todos se apresuraban a rodear a Celia, y ésta respondía con lágrimas a los agasajos.

—¡Ea! Ahora que Cecilia ya ha besado a todos los niños y abrazado a todas las mujeres, y dado la mano a todos los hombres, ¡id despejando y que suene la música para anunciar la segunda parte.

En cuanto salieron los de la compañía, continuó en voz baja:

—Ahora, Cecilia, no pretendo descubrir ningún secreto, pero supongo que esta señorita es...

—Sí. Es su hermana.

—Y la hija del otro señor... Eso es lo que yo quería decir. ¿Está usted bien? ¿Y su señor padre, cómo está?

—Mi padre no tardará en reunirse con nosotras —respondió Luisa, inquieta, y ansiosa de llegar al asunto—. ¿Está a salvo mi hermano?

—Sano y salvo —respondió Sleary—. Puede usted mirar dentro del circo por este agujero. Cecilia sabe bien cómo se ha de mirar; tú encontrarás para ti otra rendija.

Los tres se pusieron a mirar al interior del circo a través de unos resquicios que había entre las tablas.

—Están ejecutando la pantomima titulada «Juanito el despanzurrador de gigantes» —explicó Sleary—. Aquel bastidor que ven allí es la casa donde ha de refugiarse Juanito; allí tienen a mi payaso armado con una cacerola y una escoba, que hace de criado de Juanito; aquel es Juanito en persona, revestido de una magnífica armadura; aquellos son dos graciosos negros, dos veces más grandes que la casa, y que están solamente para llevarla y traerla; y el gigante, que es de mimbre, y que me ha costado un dineral, no ha aparecido aún. Ahora bien, ¿los ven bien a todos?

—Sí —contestaron Celia y Luisa.

—Miren bien otra vez —dijo Sleary—. Miren bien ¿Los ven a todos? Muy bien Entonces, señorita...

Aproximó un banco, para que se sentaran.

—Yo tengo mis opiniones y su señor padre tiene las suyas. Yo no pretendo saber lo que su hermano de usted ha hecho, y vale más que lo ignore; pero

yo sé que su padre no ha abandonado a Celia, y esto yo no puedo olvidarlo jamás. Y su hermano es uno de los que desempeñan el papel de negro.

Luisa, medio avergonzada y medio satisfecha, dejó escapar un grito.

—Ya lo ven —prosiguió Sleary—; no habrían podido adivinarlo. Su padre de usted puede venir y yo guardaré a su hermano aquí después de la representación; pero no le quitaré su disfraz, ni el maquillaje. Esperemos a que venga el señor después de la representación, o entre usted misma cuando se acabe, y estará usted con su hermano, y podrá hablar con él a sus anchas. No le importe su aspecto; lo importante es que esté bien seguro.

Después de haber dado las gracias Luisa, y al ver que ya respiraba con más tranquilidad, el señor Sleary no la quiso retener por más tiempo. Le encargó hiciera presentes sus afectos a su hermano Tomás, y se alejó con los ojos arrasados en lágrimas; volvería con Celia después, a la tarde.

Al cabo de una hora llegó el señor Gradgrind, sin encontrar a nadie conocido, y persuadido de que, con el auxilio del señor Sleary, su desventurado hijo podría partir a Liverpool aquella misma noche. Como ninguno de ellos podría acompañar al fugitivo, sin riesgo de descubrirlo, por disfrazado que éste fuera, el señor Gradgrind escribió con antelación a un conocido de Liverpool, en quien tenía confianza, rogando que embarcara al portador a cualquier precio con rumbo a las Américas del Norte o del Sur, o a cualquier otro país distante, adonde pudiera dirigirlo pronto y en secreto.

Hechos todos los preparativos, los recién llegados se pasearon por la ciudad aguardando a que el circo estuviese completamente desierto, no solamente de espectadores, sino también de artistas y caballos. Tras un largo rato de espera, vieron al señor Sleary sacar una silla y sentarse, con un pitillo en la mano, ante una puerta lateral, como para indicarles que ya podían acercarse.

—Servidor de usted, señor mío —dijo para despistar a los transeúntes, cuando entraron al circo—. Si me necesita usted para algo, aquí estoy. No se vaya usted a afligir porque su hijo haya tenido que vestir un disfraz grotesco.

Entraron, y el señor Gradgrind, muy abatido, se sentó en medio de la pista, en la silla que servía para la actuación del payaso. Sentado sobre uno de los bancos del fondo, estaba el miserable mequetrefe, malhumorado como siempre, a quien tenía la desgracia de llamar su hijo.

Vestía un traje grotesco, parecido al de un alguacilillo, con guarniciones y paramentos de una exageración increíble: un chaleco inmenso, calzón corto, zapatos con hebillas y un tricornio infame; ninguna de estas prendas

le estaba a la medida, y era, además, de tela muy ordinaria y completamente apolillada. Se veían en su cara blancas cicatrices, en los puntos en que el calor había agrietado la grasienta capa con que le habían embadurnado la cara. El señor Gradgrind, de no verlo con sus propios ojos, jamás habría podido creer la ridícula figura que hacía el mequetrefe, vestido con una grotesca librea; y sin embargo, era un hecho, un hecho contundente, un hecho a la vista. ¡Y que uno de sus hijos modelo hubiera llegado a aquello!

Al pronto el mequetrefe no quería aproximarse, sino que se obstinó en seguir acurrucado en su rincón del fondo. Cediendo al fin a los ruegos de Celia, si se puede llamar ceder a una concesión hecha de mala gana, puesto que a Luisa la rechazó en redondo, descendió de una en una por las filas de asientos hasta llegar junto a la barrera de la pista, todo lo lejos posible del sitio donde se hallaba sentado su padre.

—¿Cómo se ejecutó? —preguntó éste.

—¿Cómo se ejecutó qué? —respondió el hijo malhumoradamente.

—El robo —concretó el padre, recalcando la palabra.

—Yo mismo forcé la caja aquella misma noche, antes de salir del despacho, y la dejé entreabierta; hacía ya mucho tiempo que había mandado hacer la llave que se encontró al día siguiente en la calle, para que se creyera que la habían usado para abrir. No cogí todo el dinero de una vez. Todas las noches fingía hacer mi balance. Ahora lo sabes todo.

—Si hubiera caído sobre mí un rayo, no me habría hecho más daño —dijo el padre.

—No veo por qué —replicó el hijo—. ¡Hay tanta gente empleada en puestos de confianza, y entre tanta gente, tantos que no serán honrados! Cientos de veces te he oído hablar de ellos como si fueran la norma. ¿Cómo puedo yo contravenir las normas? Padre: tú has consolado a la gente con esos razonamientos. Consuélate ahora tú.

El padre ocultó su rostro entre las manos, y el hijo permaneció de pie con su grotesco atavío, mordisqueando una brizna de paja; sus manos, como habían perdido algo de color, parecían las patas de un mono. Caía la tarde; de vez en cuando Tomás miraba con el rabillo del ojo a su padre, mostrando su enojo y su impaciencia. Era la única parte de la cara que conservaba alguna expresión; tan espesa era la costra de pintura que cubría el resto.

—No tienes más remedio que marcharte a Liverpool y emigrar.

—Ya sé que no me queda otro recurso. Por lo demás, en ninguna parte llevaré una vida más miserable que la que he llevado aquí, desde que tengo uso de razón —rezongó el botarate—. Algo es algo.

El señor Gradgrind fue a la puerta y volvió con Sleary, a quien preguntó cómo se las arreglarían para hacer huir a aquel deplorable sujeto.

—He estado pensando en ello, señor. No hay tiempo que perder; así que debe decir sí o no en seguida. De aquí a la estación hay veinte millas, y dentro de media hora saldrá un coche que irá a la estación a la llegada del correo. Este tren le llevará a Liverpool.

—Pero, mírelo usted —gimió el señor Gradgrind—. En ningún coche que-rrán...

—No quiero decir que vaya con esa librea irrisoria —replicó Sleary—. Dígame una sola palabra y, gracias a nuestro vestuario, le transformo en menos que canta un gallo en un auténtico gaznápiro.

—No comprendo —confesó el señor Gradgrind.

—En un gaznápiro.., en un carretero. Decídase de prisa, señor. Tienen que traer cerveza. No conozco nada más eficaz que la cerveza para quitar la pintura negra.

El señor Gradgrind aceptó inmediatamente; el señor Sleary se apresuró a sacar del baúl una blusa, un sombrero de fieltro y los demás accesorios; el botarate se apresuró a mudar de traje detrás de una cortina de dril; el señor Sleary se apresuró también a buscar cerveza, con la que lavó al negro, convirtiéndole en blanco, nuevamente.

—Ahora —dijo Sleary—, venga al coche y cuélese en la imperial. Yo le acompañaré hasta la estación, y supondrán que es usted un artista de mi compañía. Diga adiós a su familia.

Y se retiró con delicadeza.

—Aquí tienes la carta —dijo el señor Gradgrind—. Se te proporcionará todo lo que necesites. Redímete, por el arrepentimiento y por una conducta mejor, de la vergonzosa acción que has cometido y que ha tenido tan fatales consecuencias. Dame la mano, hijo mío, y que Dios te perdone como te perdono yo.

El culpable, conmovido por aquellas palabras, estuvo a punto de derramar algunas mezquinas lágrimas. Pero cuando Luisa le abrió los brazos, la rechazó de nuevo.

—A ti, de ningún modo. No quiero tener nada que ver contigo.

—¡Oh, Tomás, Tomás! ¡De esta manera te marchas, sabiendo el cariño que te profesó!

—¡El cariño que me profesas! —replicó gravemente—. ¡Bonito cariño! ¡Abandonar al viejo carcamal de Bounderby y despreciar a mi mejor amigo Harthouse, yéndote a nuestra casa, cuando estaba yo en el mayor peligro! ¡Bonito cariño! ¡Confesar palabra por palabra que estuvimos en aquella casa, cuando me veías envuelto en una red! ¡Bonito cariño! Podrías decir mejor que me has vendido. ¡Tú nunca me has querido!

—¡Vamos! —dijo Sleary, desde la puerta.

Salieron confusamente; Luisa, diciendo que le perdonaba y que lo quería siempre, que algún día se arrepentiría, cuando estuviera lejos, de haberse despedido con aquellas palabras. En ese momento vieron que un hombre corría en dirección a ellos. El señor Gradgrind y Celia, que iban delante de Tomás, en tanto que la hermana le abrazaba aún, se detuvieron de pronto, porque ante ellos, jadeante, sin aliento, con la boca entreabierta, con la nariz dilatada, con las albinas cejas temblorosas, con la cara pálida, más pálida que nunca, como si la carrera que sofoca a todo el mundo le hiciera a él palidecer, estaba Bitzer. Allí estaba, sudoroso y jadeante, como si no hubiera dejado de correr desde aquella tarde, ya lejana, en que corría en pos de Celia.

—Lamento infinitamente trastornar sus planes —dijo Bitzer sacudiendo la cabeza— pero no puedo dejarme derrotar por unos titiriteros. Debo echarle el guante a Gradgrind hijo; tengo que impedir que los titiriteros le pongan a salvo. ¡Ahí va, vestido de blusa; haré que se entregue y me siga!

Bitzer, según parece, se creyó obligado a agarrar a Tomás por el cuello, para tenerlo más seguro, y así lo hizo.

CAPÍTULO VIII. FILOSÓFICO

Cuando regresaron a la barraca, Sleary cerró la puerta para que ningún intruso penetrara en ella. Bitzer, que aún tenía agarrado al culpable por el cuello, se plantó en la pista, mirando a su antiguo maestro, al cual podía distinguir a pesar de la poca luz del crepúsculo.

—Bitzer —dijo el señor Gradgrind, muy abatido y en tono humilde—, ¿tienes corazón?

—La circulación, señor —replicó Bitzer, echándose a reír al oír tan extraña pregunta—, no podría existir sin el corazón. Ninguna persona, señor, por poco familiarizada que esté con los hechos establecidos por Harvey, referentes a la circulación de la sangre, puede dudar de que yo tengo corazón.

—¿Es accesible a los sentimientos de la compasión? —preguntó el señor Gradgrind en tono de súplica.

—Es accesible a la razón, señor —replicó el discípulo de los hechos— y a nada más.

Se quedaron mirándose el uno al otro. El rostro del señor Gradgrind estaba tan lívido como el del perseguidor.

—¿Qué motivo, puesto en razón, puedes tener para impedir la fuga de este desgraciado —preguntó el señor Gradgrind— y para humillar y sumir en el dolor a su desventurado padre...? Mira cómo está su pobre hermana.. ¡Ten piedad de nosotros!

—Señor —contestó Bitzer en tono resuelto y enérgico—, puesto que me pregunta usted qué motivo razonable tengo para conducir al señorito Tomás a Villahulla, será razonable decírselo. Desde que tuve la primera noticia del robo del Banco, sospeché de su hijo. Aun antes de que se perpetrara, yo no le quitaba ojo, porque me figuraba sus proyectos. Guardé, sin embargo, mis observaciones para mí; pero seguí haciéndolas, y hoy poseo una respetable colección de pruebas en su contra, sin incluir su fuga y su propia confesión, la cual he tenido ocasión de escuchar. Ayer por la mañana tuve el gusto de vigilar su casa, y de seguirles hasta aquí. Voy, pues, a conducir a Villahulla al señorito Tomás, para ponerlo en manos del

señor Bounderby. Estoy seguro, señor, de que me ascenderá dándome la plaza que desempeñaba su hijo, cosa que me dará honra y provecho.

—Si sólo es para ti una cuestión de interés personal...—comenzó a decir el señor Gradgrind.

—Perdone que le interrumpa, señor —saltó Bitzer—; pero usted no puede ignorar que el sistema social entero se resume en una cuestión de interés personal. Al interés personal es a quien debe consultársele siempre. Es nuestro único sostén. El hombre es también un hecho. Era yo muy joven cuando me nutrieron de esta doctrina, como usted sabe muy bien, señor mío.

—¿Cuánto dinero quieres, en cambio del ascenso que esperas? —preguntó el señor Gradgrind.

—Le doy las gracias por su proposición tortuosa, señor —replicó Bitzer—, pero debo decirle que no aceptaré ninguna indemnización semejante. Como conozco sus principios eminentemente prácticos, ya había previsto que me ofrecería una alternativa de este género. Pues bien: he hecho mis cálculos y he llegado a la conclusión de que venderme a un ladrón, por muy elevada suma que se me de, no me proporcionaría tantos beneficios ni tanta seguridad como la consecución de mis propósitos en el Banco.

—Bitzer —dijo el señor Gradgrind, tendiéndole los brazos como diciendo: «¡Ve cuán desgraciado soy!»—. Bitzer, no me queda más que un recurso para ablandar tu corazón. Tú estuviste muchos años en la escuela que yo fundé. Si, como un recuerdo de los cuidados que en ella se te prodigaron, puedes olvidar un instante tu interés personal y dejar en libertad a mi hijo, te pido y te suplico que me concedas este señalado favor.

—Verdaderamente me admira, señor —replicó el antiguo alumno en tono persuasivo—, la posición en que usted mismo se coloca. Mi educación fue pagada; fue una compraventa, y cuando dejé la escuela, la compraventa terminó. Era un principio fundamental de la filosofía Gradgrind que todo trabajo merece un salario. Nadie debe, bajo ningún pretexto, dar cosa alguna ni prestar ayuda a nadie, sea quien sea, sin el pago de su salario. La gratitud debía ser abolida con todas las virtudes que de ella se derivan. Cada centímetro de la existencia de los hombres, desde su nacimiento hasta su muerte, no debía ser más que una compraventa efectuada sobre un mostrador. Y si no llegamos al cielo por este camino, es porque el cielo no es ningún punto económico-político, y entonces nada tenemos que hacer allí.

—Reconozco que mi educación no me ha costado gran cosa —añadió Bitzer— pero eso mismo me da la razón. Si me educó a bajo precio, tengo derecho a fijarme un precio elevado.

Bitzer, al llegar a este punto de su discurso, se turbó un poco, a causa del llanto de Luisa y de Celia.

—Les suplico que no lloren —dijo— porque no hacen más que provocarme. Parece como si pretendieran que yo deseo hacer daño sin motivo al señorito Tomás. Pero no hay nada de eso: sólo quiero conducirlo a Villahulla por las razones que acabo de decir. Que no trate de resistirse, porque entonces me pondré a gritar con todas mis fuerzas: «¡A ése!» Pero estén seguros de que no resistirá.

El señor Sleary, que con la boca abierta y con el ojo movable tan quieto ahora como el ojo inmóvil, había escuchado estas doctrinas con la más profunda atención, avanzó y, dirigiéndose al señor Gradgrind, dijo:

—Señor, usted sabe perfectamente, y su hija lo sabe tan bien como usted, o mejor aún, porque yo se lo he dicho, que yo ignoraba lo que su hijo había hecho, y que no quería saberlo, porque creía se trataba de alguna chiquillada. Pero habiendo declarado este joven que se trata nada menos que del robo de un Banco, confieso que es una cosa muy seria, demasiado seria, para arreglarme con ustedes, como ha dicho muy bien este joven. Por consiguiente, señor, no debe usted ofenderse si me pongo de parte de este joven rubio, y digo que tiene razón y que la cosa no tiene remedio. Sin embargo, voy a decir a usted lo que puedo hacer en su obsequio: haré preparar un coche que lleve a su hijo y al joven rubio a la estación para evitar aquí un escándalo. No puedo hacer más.

Esta deserción del último amigo que les quedaba provocó nuevas lágrimas por parte de Luisa y causó profunda impresión al señor Gradgrind. Pero Celia, mirando con atención al señor Sleary, comprendió que no era cierto lo que decía. Cuando todos iban a salir, Sleary dirigió a Celia una mirada giratoria con su ojo movable, invitándola a quedarse rezagada. Cerró la puerta con llave y le dijo apresuradamente:

—El señor se ha portado bien contigo, Celia, y yo me portaré bien con él. Más aún: este acusón es un granuja, una bestia vanidosa, a quien mi tropa ha debido echar por la ventana. La noche será oscura: tengo un caballo al que no le falta más que hablar; tengo una jaca que trota cuatro leguas por hora cuando Childers la guía; tengo un perro que retendrá a este jovenzuelo clavado en el mismo sitio, sin poder moverse, durante veinticuatro horas. Di dos palabras al oído del señorito. Dile que no tenga miedo de caer

cuando nuestro caballo comience a danzar, sino que esté muy atento, vigilando la llegada de un cochecito tirado por la jaca. Dile que en cuanto vea el cochecillo, se apeee y lo tome, que en él volverá a ganar todo el tiempo perdido. Si mi perro permite al jovenzuelo albino apearse, ya puedes decir que es cosa rara, y si mi caballo se ha movido antes de mañana por la mañana del paraje donde empezó a danzar, entonces que no lo conozco. Ni una palabra más.

Se desplegó tal actividad que al cabo de diez minutos el señor Childers, que se paseaba en zapatillas por la plaza del mercado, había recibido la orden de marcha, y todo estaba dispuesto. Era digno de verse al perro amaestrado ladrando en torno del coche, y al señor Sleary que, con una mirada de su ojo movible, recomendaba a Bitzer a la particular atención del inteligente cuadrúpedo. Habiendo llegado la noche, los tres viajeros subieron al coche y emprendieron la marcha; el perro amaestrado, de tamaño gigantesco, tenía ya a Bitzer fascinado en su asiento, y no se separaba de la rueda de su lado, a fin de estar presto a echársele encima en el caso de que manifestara la menor intención de apearse.

El señor Gradgrind, Luisa y Celia, velaron toda la noche en la posada, con gran inquietud. A las ocho de la mañana, el señor Sleary y el perro se presentaron juntos, llenos de júbilo.

—Todo va bien, señor —comunicó Sleary—. Sin duda su hijo estará embarcado a estas horas. Childers lo dejó en camino anoche hora y media después de salir. El caballo ha bailado una polka hasta quedar medio muerto —habría valsado, de no estar enganchado al coche— y luego le dije que parase, y se puso a dormir como un bendito. Cuando ese granuja de albino quiso continuar su camino a pie, el perro se le colgó de la corbata, con las patas en el aire, y lo hizo rodar por tierra. En vista de esto, el rubiales volvió a subir al coche y no se movió hasta que hice desandar el camino a mi caballo, esta mañana a las seis y media.

Huelga decir que el señor Gradgrind le colmó de gracias e insinuó, lo más delicadamente que pudo, que estaba dispuesto a recompensar tan señalado favor con una decente gratificación en metálico.

—Yo no necesito dinero, señor; pero Childers es padre de familia, y si quiere usted ofrecerle un billete de cinco libras, de fijo que no se negaría a aceptarlo. Asimismo, si quiere usted regalar un collar al perro o una guarnición con cascabeles al caballo, lo aceptaré de buena gana... Agua y aguardiente no me faltan. —Había ya bebido un vaso, y acababa de pedir el segundo.

—Si no me pareciera un abuso, señor, proponerle a usted que diera un pequeño banquete a la compañía de un cubierto baratito por barba, sin contar al perro, les causaría gran júbilo.

El señor Gradgrind declaró que estaba dispuesto a corresponder con aquellas pequeñas muestras de gratitud. Y añadió que le parecían muy poca cosa en recompensa de semejante servicio.

—Muy bien, señor; en este caso, si siempre que encuentre usted a unos titiriteros les encarga que den una función, ganará usted su deuda más que con creces, y ahora, señor, si su hija me lo permite, quisiera hablar con usted solo, antes de irse, unas palabras.

Luisa y Celia se retiraron a un cuarto contiguo; el señor Sleary, removiéndolo y bebiendo su agua y aguardiente, dijo:

—Señor, no tengo necesidad de decirle que el perro es un animal maravilloso.

—Su instinto —declaró el señor Gradgrind— tiene algo de maravilloso.

—Llámelo usted como quiera... que me ahorquen si se qué nombre darle —dijo Sleary—; pero es sorprendente el modo con que un perro llega a encontrar a uno... y el camino que recorre para ello.

—¡Su olfato es tan delicado!—dijo el señor Gradgrind.

—¡Que me ahorquen, repito, si sé qué nombre darle! —repitió Sleary sacudiendo la cabeza—. Pero yo he visto un perro que me encontró de un modo que me hizo pensar si aquel perro había ido a otro chucho y le había preguntado:

«¿No conoces por casualidad a un hombre que se llama Sleary, eh? Uno que se llama Sleary y que tiene un circo ecuestre. Que es regordete y que tiene un ojo muy vivaracho...» Y pensé que el otro chucho le debió contestar: «No puedo decir que le conozca personalmente, pero se de un perro que seguramente lo conocerá». Aquel otro chucho, al que se consultó, debió reflexionar y dijo: «¿Sleary, Sleary...? ¡Sí, pardiez! Un amigo mío me habló de él no hace mucho; puedo darte su dirección en seguida:». Y como yo —continuó el señor Sleary— me presento tanto en público ya que viajo tanto, hay una barbaridad de perros que me conocen, y a quien yo no recuerdo.

Semejantes rodeos parecían turbar profundamente al señor Gradgrind.

—De todos modos —continuó Sleary, después de haberse humedecido los labios con el refresco—, hará unos catorce meses que dábamos funciones en Chester. Representábamos una mañana «Los niños perdidos en

el bosque», cuando llegó un perro a nuestro circo por la puerta reservada a los artistas. Había andado mucho, venía en muy mal estado, cojeaba y estaba casi ciego. Se acercó a cada uno de los presentes y les olisqueó, uno tras otro, como si buscara a alguien que él conocía. Luego se vino hacia mí, y alzándose sobre sus dos patas traseras, débil como estaba, meneó el rabo y murió... ¡Señor, aquel chucho era «Patasalegres»!

—¿El perro del padre de Cecilia? —inquirió el señor Gradgrind.

—El perro, ya viejo, del padre de Cecilia. Ahora, bien, señor: conociendo a aquel perro, como le conozco, puedo jurar que su amo estaba muerto, que estaba ya enterrado, y por eso vino al perro a buscarme. Josefina, Childers y yo hemos hablado de eso muchas veces, preguntándonos si debíamos comunicárselo a usted o no. Pero discutíamos: «No; nada ganaremos con decírselo; ¿a santo de qué turbar el alma de Cecilia y hacerla desgraciada?» Así, pues, no sabremos nunca si el padre la abandonó o si ha preferido morir de pena a solas antes que hacerla pasar con él mala vida; no podremos saberlo nunca, señor, hasta el día que sepamos cómo se las componen los perros para encontrarnos.

—Celia ha guardado hasta hoy la botella que su padre le envió a buscar, y mientras viva creerá que su padre la abandonó por puro afecto.

—Eso parece enseñarnos dos cosas, ¿no es verdad, señor? —dijo Sleary meditabundo y contemplando el fondo del vaso—. Una: que hay en el mundo un amor que no es, en absoluto, interés personal, sino algo muy distinto; otra: que este algo tiene una manera muy singular de reflexionar o de no reflexionar, que de un modo u otro es tan difícil de explicar como el instinto de los perros.

Semejantes rodeos parecían turbar profundamente al señor Gradgrind.

El señor Gradgrind miró por la ventana, sin contestar.

El señor Sleary apuró su vaso y llamó a Luisa y a Celia.

—Celia, hija mía, dame un beso y adiós. Señorita, ver que la trata usted como a una hermana, en quien deposita usted su confianza, y a la que honra usted con su afecto, es para mí un espectáculo encantador. Yo confío en que su hermano viva para que llegue a ser más digno de usted y la haga más dichosa. Señor Gradgrind, un apretón de manos, el primero y el último. No sea usted severo con nosotros, los pobres vagabundos; deje que la gente se distraiga. No se puede estar siempre aprendiendo; no se puede estar siempre trabajando; la gente no existe sólo para eso. Usted «debe» aceptarnos, señor. Obre al mismo tiempo discreta y compasiva-

Charles Dickens

mente, y estímenos por lo que tengamos de bueno, sin despreciarnos por lo malo.

Y asomando la cabeza a la puerta, en despedida, añadió el señor Sleary:

—¡Nunca habría creído que era yo tan buen titiritero!

CAPÍTULO IX. CONCLUSIÓN

Cuando se trata con un hombre ensoberbecido es peligroso descubrir algo que él no haya descubierto antes. El señor Bounderby no perdonó a la señora Sparsit que tuviese la audacia de habersele adelantado, ni que hubiera pretendido neciamente saber más que él. Profundamente indignado con ella por el triunfal descubrimiento que hizo de la señora Pegler, le afectó de tal manera la presuntuosidad por parte de una mujer que estaba bajo sus órdenes, y acumuló tantas faltas y defectos, que formaron como una bola de nieve. Por último, Bounderby comprendió que al despedir a esta señora bien nacida, le daría el derecho de decir: «Era una dama emparentada con nobles familias, y quería ser tanto como yo; pero yo no he querido y la he puesto de patitas en la calle». Aparte de verse así libre de ella, se coronaba él de gloria, y de paso castigaba a la señora Sparsit en proporción a sus méritos.

Más poseído que nunca de sí mismo con esta gran idea, el señor Bounderby entró a merendar y se sentó en el comedor de siempre, delante de su retrato. La señora Sparsit estaba sentada junto a la chimenea, con un pie en el almohadón como en estribo, bien ajena de pensar hacia dónde cabalgaba.

Desde el asunto Pegler, esta distinguida señora había recubierto la compasión que le inspiraba Bounderby con un velo de arrepentimiento de mansa melancolía. Como consecuencia de este cambio de carácter, tenía la costumbre de afectar un aire triste desde que divisaba al señor Bounderby, y no dejó de aparentarlo en este momento para hacer mejor acogida a su señor.

—¿Qué pasa, señora? —preguntó el señor Bounderby en tono brusco y seco.

—¡Dios mío! —contestó la señora Sparsit—. ¿Es que va usted a morderme la nariz?

—¿Morderle la nariz? ¡Su famosa nariz!

Dio a entender con esto, según presumió la señora Sparsit, que era una nariz demasiado exuberante para efectuarlo de un tirón. Después de la

grosera respuesta, el señor Bounderby cortó un cacho de pan y tiró el cuchillo ruidosamente sobre la mesa.

La señora Sparsit retiró su pie del estribo, y dijo:

—¡Señor Bounderby!...

—¿Qué pasa, señora? —respondió Bounderby—. ¿Qué mira usted?

—¿Me permite preguntarle, señor, qué es lo que le ha excitado hoy?

—Sí, señora.

—¿Me atreveré a preguntarle, señor —prosiguió la señora Sparsit—, si he sido yo, por desdicha, la causa de su mal humor?

—Señora, contestaré a usted, que yo no estoy aquí para ser un mártir —replicó Bounderby—. Una mujer puede ser bien nacida, puede estar noblemente emparentada, pero eso no es razón para permitírsele que aburra y atormente a un hombre de mi clase; no lo aguantaré más.

Creyó el señor Bounderby que debía ir directamente al grano, previendo que si entablaban discusión quedaría vencido. La señora Sparsit frunció primero sus cejas coriolanescas, recogió su labor en el costurero y se levantó.

—Señor —dijo con aire majestuoso—, veo claramente que mi presencia le estorba en este momento y, por lo mismo, voy a retirarme a mi aposento.

—Déjeme que le abra la puerta, señora.

—Gracias, caballero; puedo hacerlo yo misma.

—Hará usted mejor en dejarme a mí —repuso Bounderby avanzando y poniendo la mano en el picaporte—, porque así aprovecharé la ocasión para decirte una palabra, antes de que se marche. Señora Sparsit, temo que está usted aquí algo reducida, ¿comprende usted? Me parece que bajo mi humilde techo apenas hay espacio suficiente para albergar a una dama de tanto talento como usted en los asuntos del prójimo.

La señora Sparsit le lanzó una mirada del más profundo desprecio, y le dijo con gran cumplimiento irónico:

—¿De veras, señor?

—Mire usted: he estado pensando en ello desde los pasados acontecimientos —respondió Bounderby—, y creo, en mi reconocida humilde manera de pensar...

—¡Oh, señor! Le suplico que no reste méritos a su modo de pensar —interrumpió la señora Sparsit con jovial solicitud—. Todo el mundo sabe que la opinión del señor Bounderby es infalible. Todo el mundo ha tenido prue-

bas irrefutables de ello; y ha llegado a ser el tema de todas las conversaciones. Desprecie usted cualquiera otra de sus cualidades, si quiere, pero no su criterio —dijo la señora Sparsit, soltando una sonora carcajada.

El señor Bounderby, sumamente sofocado y de mal humor, replicó:

—Decía, pues, señora, que una dama de los méritos de usted requiere una casa de distinta índole. Por ejemplo, una casa como la de su pariente Scadgers. ¿No cree usted, señora, que en una casa de este rango encontraría usted bastantes asuntos para ocupar su oficiosa actividad...?

—Jamás se me había ocurrido hasta ahora, señor —confesó la señora Sparsit—, pero ahora que usted sugiere semejante idea, la cosa me parece muy probable.

—Así, pues, supongo que usted lo intentará, señora —dijo Bounderby, depositando sobre el costurero un cheque dentro de un sobre—. Se tomará usted el tiempo que se le antoje para largarse; pero, entretanto, será más agradable a una dama de sus facultades comer sola en su aposento, donde nadie la molestará. No me queda sino pedirle perdón —yo que sólo soy el pobre Josué Bounderby, de Villahulla— por haberla tenido tanto tiempo oprimida.

—No diga eso, señor, se lo ruego —respondió la señora Sparsit—. Si pudiera hablar ese retrato... pero, más dichoso que el original, tiene la ventaja de no hacer el ridículo y de no fastidiar al prójimo... podría dar testimonio de que, desde hace mucho, tengo la costumbre de llamarle el retrato de un «imbécil». Usted sabe muy bien que nada de lo que haga un imbécil puede causar la menor sorpresa ni la más pequeña indignación; las decisiones de un imbécil solamente pueden inspirar desprecio.

Y, al decir esto, la señora Sparsit, cuyas facciones romanas la hacían parecer una moneda acuñada para conmemorar su desdén hacia el señor Bounderby, le miró fijamente de pies a cabeza, pasó ante él con majestuoso desdén y subió a sus habitaciones. El señor Bounderby cerró la puerta y se quedó plantificado ante la chimenea, contemplando con aire fanfarrón su retrato, después de sus brutales desahogos... y pensando en el futuro.

¿Qué videncia tuvo del futuro? ¿Vio a la señora Sparsit sosteniendo una cotidiana batalla con todas las armas de que se compone el arsenal femenino, con la sórdida, antipática, agria o indigesta lady Scadgers, que siempre en cama con su pierna misteriosa consumía en mes y medio su exigua pensión de un trimestre, viviendo en un cuartito poco ventilado, una especie de jaula para uno solo, o de nicho muy angosto para dos? ¿Vio algo más? ¿Se vio a sí mismo haciendo el elogio de Bitzer a quienes lo visitaban, pre-

sentándole como un joven de porvenir, adicto a los grandes méritos de su director, que había conseguido justamente la plaza de Tomás, que habría capturado al propio Tomás, si unos ganapanes no le hubieran ayudado a fugarse. ¿Creyó entrever como un reflejo de su propia imagen haciendo un testamento vanidoso, según el cual, veinticinco truhanes, veinticinco farsantes, de más de cincuenta y cinco años cada uno, con escarapelas en las que se leía el nombre de Josué Bounderby, de Villahulla, deberían comer en el Palacio Bounderby, habitar en edificios de Bounderby, asistir al servicio divino en una capilla de Bounderby, dormirse arrullados por los sermones de un capellán bounderbiano, estar mantenidos con capital de Bounderby y dar náuseas a todos los estómagos bien constituidos, ante aquel gran cúmulo de estupidez y de vanidad bounderbianas? ¿Previo el día en que, cinco años después, debía morir en una calle de esta ciudad, de un ataque de apoplejía fulminante, y que entonces su admirable testamento debía empezar su larga carrera de estafas, de chanchullos, de bajezas, de falsos pretendientes; testamento, que, muy amparado de la ley, no iba a rendir provecho alguno, excepto a los curiales? Probablemente, no... Y sin embargo, el retrato aquél había de presenciarlo todo.

Mirad por otro lado. El mismo día y a la misma hora, meditaba en su despacho el señor Gradgrind. ¿Qué porvenir entreveía? ¿Se vio a sí mismo, decrepito y canoso, modificando, según las circunstancias, sus teorías en otro tiempo inflexibles, poniendo los hechos y las cifras muy por delante de la Fe, la Esperanza y la Caridad, y no tratando de pasear nuevamente esta celeste trinidad por el molino de sus mezquinas y enmohecidas máquinas? ¿Se vio a sí mismo despreciado por sus partidarios políticos de antes? ¿Los vio dispuestos a declarar que los hombres que mangonean el basurero nacional forman un cuerpo «sui generis», que nada tiene que ver con el resto de la gente, sin ningún deber que cumplir hacia esa abstracción que llaman el «pueblo», lanzando sin descanso, cinco noches por semana, sus «honorables señorías», a propósito de esto, de lo otro y de lo más allá, hasta rayar el alba...? Es probable que leyese todo en el porvenir, porque conocía bien a sus colegas.

Aquel mismo día, por la noche, contemplaba Luisa la lumbre como en otros tiempos, pero con un, semblante más dulce y más humilde. ¿Qué escenas ofrece el porvenir a los ojos de la joven? ¿Grandes pliegos fijados en las esquinas de las calles y firmados con el nombre de su padre, rehabilitando la memoria de Esteban Blackpool de la acusación injusta y haciendo pública la culpabilidad del propio hijo, procurando atenuarlo todo lo posible, teniendo en cuenta la poca edad y las tentaciones, aunque sin decidirse a añadir que por efecto de la educación recibida? Pero estos pliegos

existían ya. La piedra de la tumba de Esteban Blackpool, con el epitafio en que el señor Gradgrind contaba la muerte del tejedor, pertenecía también por decirlo así, al presente, y Luisa lo sabía ya. Todas estas cosas las veía claras. Pero de los acontecimientos futuros, ¿qué es lo que entrevió?

Una obrera, llamada Raquel, que después de una larga enfermedad, vuelve a la fábrica, al toque de campana; que va y viene, a horas fijas, confundida entre los obreros de Villahulla; una mujer de belleza melancólica, vistiendo siempre de luto; la única alma de toda la ciudad que parece tener piedad de una desgraciada borracha que se ve a menudo por las calles pidiendo limosna secretamente a Raquel y llorándole sus cuitas; una mujer que trabaja desde la mañana hasta la noche, que trabaja siempre, pero que trabaja contenta y que prefiere trabajar, sin pedir nada extraordinario, porque considera el trabajo como la obligación para que fue creada, hasta el momento en que las fuerzas la abandonen ¿Vio Luisa todo esto? En este caso no se engañaba.

¿Vio a un hermano solitario, a muchos miles de leguas de distancia, escribiendo en un papel, emborronado por las lágrimas, que las últimas palabras de Luisa habían sido proféticas, y que daría él todos los tesoros del mundo con tal de volver a ver un solo instante el rostro de su inolvidable hermana? ¿Vio que, al fin, este hermano, que regresa al hogar, con la esperanza de ver a la hermana querida, cae enfermo durante el viaje; luego una carta, de letra desconocida, anunciando que «ha muerto tal día, del tifus, en un hospital, y que murió arrepentido y pronunciando con todo cariño el nombre de su hermana al exhalar el postrer suspiro»? ¿Vio Luisa todo eso? ¡Ay! Eran los sucesos que iban a ocurrir en lo futuro.

¿Se vio tal vez casada por segunda vez, educando a sus hijos con amorosa solicitud, y vigilando siempre para que sus almas fuesen tan infantiles como lo eran sus cuerpecitos, porque sabía que era siempre la cosa más hermosa, y un verdadero tesoro, del cual el menor recuerdo es una bendición y una ventura hasta para los hombres más sesudos? ¿Vio Luisa todo eso?

¡Ay! ¡Eso sí que no iba a suceder nunca! ¡Entonces se habría equivocado!

Pero, ¿se vio querida por los felices hijos de la venturosa Celia; se vio muy documentada en cuentos de hadas; persuadida de que no debían despreciarse nunca aquellas imaginaciones inocentes, tratando de darles a conocer a sus semejantes y de embellecer su existencia mecánica y real con ayuda de tan deleitosas fantasías, sin las cuales los corazones infantiles se marchitan, sin las cuales el desarrollo corporal, por próspero que sea, no es más que la muerte absoluta, sin las cuales la prosperidad nacional, mejor demostrada con cifras, no es sino un «Mane Thezel Phares», escrito

en la pared para los convidados en, el festín de Baltasar...? ¿Se vio, Luisa, ejercitando la caridad, no a consecuencia de un voto romántico, ni de una obligación, ni de un convencionalismo, ni de un convenio, ni de un vestido de fantasía, ni de un deseo vanidoso, sino sencillamente para cumplir un deber...? ¿Se vio Luisa de este modo?

Entonces, pues, no se equivocaba. Era exactamente lo que iba a acontecer.

¡Querido lector! De ti o de mí depende que semejantes cosas se hagan o no realidad en nuestras dos esferas de acción. ¡Que se realicen...! Será lo mejor. Así tendremos mas tranquilo nuestro corazón cuando, sentados, soñando al calor de la lumbre, veamos cómo va extinguiéndose y trocándose en cenizas el rescoldo de nuestro hogar.

FIN

Acerca del Autor

Charles Dickens

La extensa obra narrativa de Charles Dickens combina sentido de la ironía, una aguda percepción de la condición humana y mirada crítica sobre lo social.

Dickens nació en 1812, cerca de Londres, y llevó una infancia pobre. Asistió un tiempo a la escuela, pero la mayor parte de su educación fue autodidacta. Comenzó a ejercitar la escritura como redactor de crónicas parlamentarias. Con *Los papeles del club Pickwick* (1836), alcanzó gran éxito editorial. Sus obras posteriores dejan de lado el costado más humorístico y se adentran con extraordinaria complejidad narrativa y densidad psicológica en temáticas de gran relevancia social. Entre sus títulos se destacan *Oliver Twist* (1837-39), *David Copperfield* (1849-50), *Casa desolada* (1853), *La pequeña Dorritt* (1857), *Historia de dos ciudades* (1859), *Grandes esperanzas* (1861) y *Nuestro amigo común* (1865).



Editorial LibrosEnRed

LibrosEnRed es la Editorial Digital más completa en idioma español. Desde junio de 2000 trabajamos en la edición y venta de libros digitales e impresos bajo demanda.

Nuestra misión es facilitar a todos los autores la **edición** de sus obras y ofrecer a los lectores acceso rápido y económico a libros de todo tipo.

Editamos novelas, cuentos, poesías, tesis, investigaciones, manuales, monografías y toda variedad de contenidos. Brindamos la posibilidad de **comercializar** las obras desde Internet para millones de potenciales lectores. De este modo, intentamos fortalecer la difusión de los autores que escriben en español.

Nuestro sistema de atribución de regalías permite que los autores **obtengan una ganancia 300% o 400% mayor** a la que reciben en el circuito tradicional.

Ingrese a www.librosenred.com y conozca nuestro catálogo, compuesto por cientos de títulos clásicos y de autores contemporáneos.